

1099045

7-20

EL LAGO DE LA LIMIA.

ALIALE ALI... I. 36

---

Se halla de venta en casa del editor.

---

[BIBLIOTECA POPULAR DE GALICIA.]

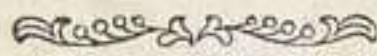
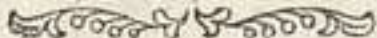
---

# EL LAGO DE LA LIMIA,

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO IX.

POR

D. BENITO VICETTO.

  
Tomo primero.  


CORUÑA.—1861.

IMPRENTA DE CASTOR MIGUEZ.

Acevedo, número 57.



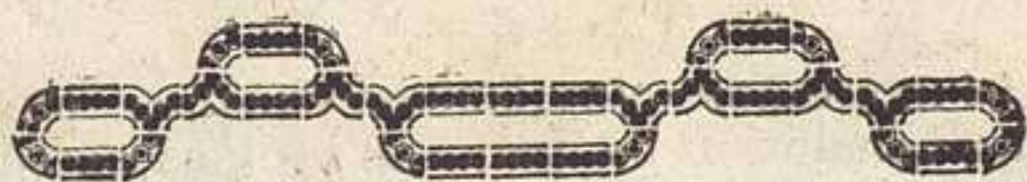
Ayuntamiento de  
La Coruña

Biblioteca y  
Archivo Municipal



LA CORUÑA

R. 02257



# DIORAMA DRAMATICO DE GALICIA,

POR

DON BENITO VICETTO.



PROLOGO (I).

I.

DOMINACIONES.

**H**ay un pais en la Península tan rico de glorias como pobre de datos históricos. Este antiguo reino eleva sus pintores-

---

(1) Este prólogo es el que escribió el autor para todas sus obras histórico-caballerescas del pais, y que hoy dá á luz al frente de su última produccion *El Lago de la Limia*.—*El Diorama Dramático de Galicia* está dividido en dos secciones, *Galicia histórica*

cas montañas sobre los dos Océanos, medio velado por las flotantes nieblas de sus rios, como una heroina sin epopeya que se cubre con el cendal de la resignacion.

Poblado por los celtas, engrandecido por los fenicios, dominado por los griegos, esplotado por los cartagineses y romanos, realzado por los suevos, conquistado por los godos, hollado por los árabes, uncido al yugo del astur, y palpitando siempre por su independendencia, ni sus desgracias se han reflejado en crónica alguna, ni sus triunfos forman parte de la guirnalda de lauros que constituye la historia nacional.

¿Quereis una percepcion histórica de esas dominaciones sucesivas?

No existe en libro alguno: -la invencion sublime de Faust y de Guttemberg no penetró en aquel territorio sino para poetizar en grandes volúmenes las maravillas del esclarecido Apóstol del *Campus-Stellæ* ó *Compostela*.

Si quereis, pues, una idea histórica de esas dominaciones, buscadla en el revuelto manto de sus montañas horadadas,

---

y caballescica, y Galicia tradicional.—La primera comprende los siguientes cuadros: *La Condesa Geloira, Peto Burdelo, El Lago de la Limia, Trono y Candalso, Portella de Areas, El conde de Laza, Rojin Rojal, Los Churruchaos, y Los Hidalgos de Monforte*; y la segunda comprende: *El Salto de Santiago, El Puente Da, Alira de Elfe, La Corona de Fuego, El Caballero de Calatrava, Macias el Enamorado, La Castellana de Mesia, El último Roade, y La Aureana del Sil.*

en los vestigios de sus primitivos pueblos; (2)

en sus fanos; (3)

en sus islas como *Anmos* (4), y *Cicæ* ó *Cassiterides*; (5)

en sus faros; (6)

en sus lucos; (7)

en sus piedras vacilantes; (8)

---

(2) Los griegos fundaron poblaciones en Galicia *Amphilochia*, ciudad levantada en las cercanias de Orense por *Amphiloco*, uno de los héroes que se hallaron en el sitio de Troya, el cual vino con una colonia á tomar asiento en nuestras riberas: *Tyde*, ó *Tuy*, por *Diomedes*, hijo de *Tydeo* y rey de *Etolia*; ciudad que despues fué *Pontevedra* por capital de los *gruios* ó *gravios*; *Teucro*, llamada *Helenes*, etc, etc.

(3) En una cumbre de la sierra *Larouco*, hay una planicie de mas de media legua de estension y en ella se ven vestigios que se atribuyen á un fano, dedicado en la antigüedad á *Júpiter*.

(4) Hoy *Ons*. En ella existió una ciudad caláica llamada *Aunona*, que ni los romanos ni los suevos pudieron dominar. Estos últimos particularmente se ensañaron mucho contra ella en el año 466, pero por mas que desplegaron todos sus medios de guerra, no pudieron rendirla nunca. En 469, viendo el rey *Remismundo* que perdiera ya la flor de sus soldados, transigió con los *aunonenses*, dando por imposible el subyugarlos.—Hé ahí un pueblo de héroes que aun no tiene una página de gloria en los anales de su pais ingrato...! Hé ahí unos nobles defensores de la independencia caláica, sobre cuya tumba ningun poeta cantó la escelencia de sus virtudes cívicas y de su valor indomable!— Los laureles inmarcesibles de los *aunonenses*, no han tenido mas canto de gloria sobre sus cenizas que el arrullo del Océano y los tristes ecos de las aves de la costa.

(5) Hoy *Cies*. Estas islas poseian abundantes mi-

- en sus dolmenes; (9)
  - en sus mamoaas; (10)
  - en sus puentes; (11)
  - en sus columnas miliares; (12)
  - en sus aras sextianas; (13)
- 

nas de estaño y plomo que esplotaron los griegos y los fenicios, siendo habitadas por estos pueblos.

(6) Torres de Hércules y de Lantada, erigidas por los fenicios.

(7) Bosques sagrados donde los antiguos *caporos* adoraban á Dios como Abraham con su familia en el de Bersabé: *Lucos silentes*, los llama Virgilio: y *Lucos santos*, Ovidio.—Lugo ha sido uno de estos lugares en los primitivos tiempos.

(8) Las de Bayona, las de Sande, y la de la *Barca de Nuestra Señora*. Esta última piedra movediza es sumamente particular, y se cree un monumento célico. Se halla situada cerca de la villa de Santa Maria de Mujia, orilla del Océano, entre el cabo Touriñan y la punta de Buitra: algunos la conocen por *Piedra Gullada*. Este enorme peñon está colocado horizontalmente sobre otros peñascos, y á pesar de su gran mole se mueve facilmente; por eso la generalidad le llama la *Barca de Nuestra Señora*. Cerca de ella se conservan las ruinas de un edificio antiquísimo.

(9) Se ven junto á Villagarcía.

(10) Túmulos que se encuentran con frecuencia en nuestras montañas cónicas, coronando las cimas á modo de reductos: se creen de origen celta. El mas notable de Galicia es el llamado *mamoa grande*, que se halla cerca de Aldosende, á 7 leguas de Lugo.

(11) *Pons Cæsaris*, hoy Cezures; puente de Orense; el del Tamaga, etc.

(12) Via militar romana de Astorga á Braga, de la cual se conservan vestigios; lápidas itinerarias con votos á los lares viales, en Bande, y columnas cilindricas con inscripciones, en las feligresias de Tornos, Lobios, Riocalda y en el monte Portela de Home; lo mismo que en la calzada romana de Orense á Lugo, calzada abierta entre formidables



en sus tuneles; (14)  
en sus murallas lucenses; (15)  
en sus castros; (16)

y en sus aldeas como Lámbre, (17) un día ciudades opulentas ante cuyos muros se humillaban las legiones de Décimo Junio Bruto.

Después, si la arqueología no os ilustra, inclinad la frente, cerrad el album y descansad bajo las anchas copas de los castaños, orillas de esos rios murmuradores que desatan su blanca espuma à vuestras plantas, en una ebullicion armónica que arrullará las emociones del desaliento, postreras emociones de vuestra santa peregrinacion.

---

peñascos calizos de suma dureza, y oculta hoy entre las malezas de Olego, ayuntamiento de Rubiana, llamada la Geira.

(13) Llamadas tambien *Arcae Augusti*: fueron levantadas en la desembocadura del Ulla en la ria de Arosa, en honor de Augusto por L. Sexto Apuleyo. Hoy se llama *Torres de Este*.

(14) Monte furado, orillas del Sil, etc. etc.

(15) Las de Lugo, *Lucus Augusti* de los romanos, *Lek* de los árabes.

(16) Aun existen muchos en el pais. Eran innumerables. Se llamaban así unas colinas de bastante altura, cuya cúspide se allanara artificialmente, rodeándola de un foso profundo, y construyendo con la tierra sacada de él un parapeto ó trinchera. Algunos confunden los *castros* de los romanos con las *mamoas* de los celtas. Los primeros tienen en el centro vestigios de un pozo ó cisterna, y en el parapeto circular una sola entrada: estas fortificaciones las levantaron aquellos conquistadores para tener á raya el pais, pues sus destacamentos se auxiliaban al efecto entendiéndose por medio de señales.

## II.

### SUBLEVACIONES.

Quereis una percepcion histórica de las sublevaciones de Galicia, en honor de su independendencia?

¡Oh, Dios! siendo un diorama dramático tan interesante como sangriento, tampoco existe una Iliada, un martirologio.

Si anhelaís saber las revoluciones que enrojecieron las limpias aguas de nuestros rios, al intentar Galicia emanciparse

---

Los segundos ya hemos dicho que eran tûmulos, donde los druidas celtas hacian oracion: son pequeñas alturas cónicas rodeadas tambien de una muralla de tierra poco elevada y de bastante espesor. — Los naturales del pais no distinguen las *mamoas* de los *castros*, y conceptuan estos lugares fortificaciones de los moros, dotándolos de consejas y encantamientos.

(17) Lámbris ó Lámbrica, un tiempo capital de la república de los *Bedios* ó *Bedios*, los cuales eran de la raza céltica, y fueron célebres en la Galia.

de la corona de Castilla, al intentar sacudir el pesado yugo de la teocracia, y al intentar romper las cadenas de su esclavitud feudal en las coronadas frentes de sus tiranos de horca y cuchillo, tal vez no encontrareis mas que diez ó doce líneas en un Noviliario (18), y una nota mas en otro vólumen (19) de los castillos arrasados por las hermandades al elocuente grito de *Deus fratesque Gallaicæ!*

Esto en cuanto á la bibliografía del pais —en cuanto á la bibliografía exterior, leed todo lo que se haya escrito de los demás reinos de la edad média española, y tened la gran paciencia de ir consignando en vuestro album lo que se refiera *por incidencia* á esa olvidada region que tanto idolatramos,

Despues *si las crónicas de otros reinos os ilustran respecto á vuestro pais mas que las crónicas propias*, erguid la frente, no cerréis aun el album, no descanséis aun satisfechos á la sombra de nuestras emramadas, ni en las verdes riberas de nuestros rios murmuradores:--corred á las ruinas de los castillos feudales, investigad en los archivos solariegos y municipales, oid la tradicion sencilla del labrador como la tradicion erudita del abad...y entonces, de ese caos de notas, incompletas unas, contradictorias otras, surgirá radiante y purísima la concepcion histórica de

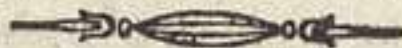
---

(18) Gándara.

(19) Blason de Galicia.

las sublevaciones de Galicia, como la luz del sol de entre las negras tinieblas de la nada.

Triste es, por Dios, todo eso; pero solo así gritareis *eureka* en el cielo de la verdad.



### III.

#### CARÁCTER HISTÓRICO.

**D**ominaciones y sublevaciones; he aquí las dos fases mas características del pasado de Galicia:--bajar y levantar la frente, he aquí el péndulo histórico-político del reloj que marcó los instantes y los siglos de su esclavitud y de su abnegacion. ¡Pobre pais! ¡Adorado pais!....--Pais sin historia escrita, porque á los esclavos no se les permite escribir, ni aun con su sangre, el diario de sus sufrimientos y de sus aspiraciones de libertad, Galicia no es una matrona imponente como la que cantaban sus poetas en la década de 1830 á 1840, celebrando sus glorias contra el inglés (20), contra el portugués (21) y contra el

---

(20) Bloqueo de la Coruña.—Sitios del Ferrol y de Vigo.

(21) Rendicion de Monzon.

francés (22):--es por el contrario, un fantasma flexible, sin forma determinada, sin mas forma que la que recibe en la turquesa de un cronista extraño.

Uncida à la coyunda de Leon, pierde su carácter típico ó genuino en la degradacion de su adherencia forzosa:--y mas tarde, en el siglo XV, al realizarse el unitarismo monárquico de la Península, Galicia es una reverberacion tan pálida y tan undida del reino astúrico, que parece una parte territorial sin existencia propia; un cuerpo opaco, escéntrico de otros cuerpos ó reinos luminosos que dejan caer el rayo de su luz en la frente de Fernando V de Aragon; el haz de sus glorias, en el regazo maternal de Isabel I de Castilla.

Pudiendo brillar como Escocia, arrastró sus cadenas como Irlanda.

El pueblo gallego no tuvo la culpa de tanta ignominia, que bien peleó siempre por su nacionalidad; pero sí sus magnates.

El pueblo gallego preferia mejor derramar su sangre que sus lágrimas, por su independencia; pero la idea de su independencia, hija del espíritu público, era de continuo bastardeada por el espíritu de pandillage de sus magnates.

De aqui las guerras civiles que lo diezmaron.

Ved todas las sublevaciones desde la de

---

(22) Victoria del Puente de S. Payo y de Puente Caldelas.

D. Froila, conde de la Limia Alta-siglo IX-hasta la de *los hermanos de Galicia*-siglo XV-el pueblo siempre acudia regocijado á agruparse en torno de la Santa bandera de su emancipacion. Conseguia emanciparse; un conde se proclama rey; una vez rey se entregaba á toda clase de desórdenes y liviandades, como D. Froila, y el pueblo nada ganaba en estas revoluciones, pues al hacer pedazos el látigo del rey extraño, se encontraba bajo el látigo, mil veces mas cruel, de otro rey propio. Asi que, con la misma espontaneidad blandia su chuzo contra la opresion del castellano, que contra la *nueva* opresion de su *nuevo* monarca gallego.

Si el primer rey indígena independiente D. Froila Dorna, hubiera sido un rey amante de su pais y de sus súbditos, y no un azote para ellos, Galicia, semejante á Escocia, hubiera tenido jornadas como las de Bannock-Burn y Flodden, por sus Dornas como aquella por sus Stuardos.

Ella no conoció el amor á sus instantáneos reyes gallegos, porque estos fueron siempre unos tiranos, desde el conde de la Limia-Alta hasta el conde de Caminha (a) Pedro Madruga.

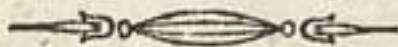
Vejada por propios y por extraños, y sumida en el negro abismo de su opresion y envilecimiento, ella solo conoció el amor á la blanca luz de la libertad; no á una raza valiente de reyes que le hubiera conservado su independendencia, una raza de

reyes nobles, generosos y humanos que vincularan la dinastía de su nacionalidad.

Pero día llegará en que su carácter típico y su existencia propia, recobre completamente en la magnificencia de su historia, cuando se escriba.

Hé aquí el gran monumento que debe erigir à Galicia su literatura provincial.

La inteligencia que encadene todos los eslabones de su esclavitud y todas sus tentativas de independéncia, es decir, todos sus triunfos y sus reveses esparcidos incidentalmente en otros volúmenes extraños, según el plan ó el capricho de los narradores, esa inteligencia será para nosotros la inteligencia mas digna de galardón y renombre, porque adhiriendo esos átomos de luz dispersos en otros horizontes, con ellos constituirá el sol que anhelamos, el sol que difunda en el interior *ilustracion*, y en el exterior *dignidad*.





## IV.

### CARÁCTER DRAMÁTICO.

**N**osotros, que nos hemos consagrado desde niños á remover los escombros hacinados de la opulencia feudal y teocrática de Galicia, deduciendo afirmaciones tanjibles sobre las causas que motivaron la abyeccion popular; - nosotros, que hemos recorrido los gastados lucillos y los funerarios pavimentos de sus iglesias para leer en las losas sepulcrales los nombres de sus verdugos y de sus mártires; - nosotros, que hemos encontrado en los escudos de sus derrotados torreones las glorias que adquirieron sus hijos de cara á las cimitarras y gumias del agareno; nosotros, que hemos leído en los amarillos inéditos de sus bernardos, benedictinos y franciscanos los sacudimientos que

conmovieron hondamente el país al mágico grito de *independencia*; nosotros que hemos concentrado nuestras afecciones mas lisongeras en el amor inalterable que siempre la tuvimos; nosotros, pues, nos hemos entusiasmado con sus triunfos y hemos llorado con sus derrotas.--¡Único entusiasmo, únicas lágrimas del alma!

Pero al rasgar el denso velo de su pasado para escribir su historia, su historia ha sido siempre superior á nuestras facultades intelectuales, vibrantes por el *sentimiento*, nunca por el cálculo.

Por eso el *sentimiento* de nuestra pasión á Galicia, abismaba el espíritu en la *poesía* de sus dramas históricos.

La pureza de la filosofía analítica y decisiva del historiador, difícilmente transige y armoniza con la exaltación poética del drama; y los dramas históricos de nuestras montañas, nos han sobrecitado hasta el delirio.

Oh! cuántas veces en la noche hembra, al borrarse el plateado rayo de la luna sobre la rota almena, poseidos de nuestra pasión natal, nos reclinábamos sobre las pardas ruinas de las fortalezas señoriales: y allí, en nuestra soledad, evocábamos con veneración profunda la sombra augusta y melancólica de Galicia, y ese fantasma incoloro de su pasado, aparecía á nuestro lado, flotando sobre las errantes nieblas de la montaña, y nos conducía

á la toma de Lugo por Alfonso I, á ver

espirar de amor á la condesa Geloira, por el moro Mahamut ó Mahomed;

á *Peto Burdelo* á ver como varios infanzones se batian con ramas de *figueras* para rescatar á sus novias ó á sus hermanas, que les arrebatában los árabes, cuando el tributo de las cien doncellas;

al Lago de la Limia, á ver como sucumbia el conde-rey amarrado al cadáver de la baronesa de Celme, despues de haber emancipado el pais de la corona de Leon;

á Monterroso, á ver caer la cabeza del conde de Deza, gobernador de Galicia por el rey Ordoño; decapitado de órden del conde de Barcala, que al castigar sus desafueros, levanta el lábaro de la independencia del territorio;

á Portella de Arenas, á ver la sangrienta batalla en que Bermudo I de Galicia pierde la flor del clero y de la nobleza por ambicionar la corona de Leon que ceñia Ramiro III;

á Allariz, á ver la consagracion del nuevo rey Gonzalvo Menendez, conde de Laza, hecha por el cura de Orga, porque todos los obispos y dignidades eclesiásticas huian de él; el cual comenzó su reinado por perseguirlos encarnizadamente, hasta que estos lo envenenan á su entrada en Santiago;

á la Baronía de Roupar, á ver el doble crimen que comete el rey de Galicia don Garcia I, instigado por su cruel favorito Vernula Gunderedo de Villalva;

à Santiago, à ver asesinar en la procesion del Corpus à su arzobispo, pcr Fernan Perez Churruchao y Gonzalo Gomez Gallinato, delante del rey don Pedro de Castilla;

à las Ventas de Naron, à asistir à las asambleas que celebraban en ellas *los hermanos de Galicia*, donde ví à Guimaro descepado (23) donde escuché el santo grito de.

Oh! leed, leed las páginas que se habren detrás de estas líneas, si interesados en la historia dramática de Galicia, quereis ver el diorama de sus cuadros mas caballerescos.

Yo los desarrollaré à mi vez ante vuestros ojos, en pobres y desaliñadas leyendas escritas bajo la inspiracion del *sentimiento*, no bajo la inspiracion del *arte*.

B. VICETTO.

---

(23) *Los Hidalgos de Monforte*, edicion de Madrid, enriquecida con mas datos históricos que la de Sevilla y las de la Coruña.



EL LAGO DE LA LIMIA,  
HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO NOVENO.

INTRODUCCION.

LOS BORBORINOS.

Cruzan por nuestras montañas unos pobres niños, especie de juglares que os cantan romances antiguos y antiguas baladas por un pedazo de pan.

Errantes como las aves en busca de nido, no hay romería, no hay feria, no hay reunion rural donde no se vean.

En cualquiera parte forman un círculo de oyentes: ya en el atrio de la iglesia engalanada, ya à orillas del rio que murmura cerca, ya bajo las transparentes bóvedas de los castaños, ya en la escalinata de la cruz de piedra del campo del mercado.

Huérfanos los mas ó hijos de padres sumamente pobres, que es lo mismo, se aso-

(1.--3.)

cian de dos en dos y recorren el pais con su zurroncito al hombro y su largo palo; y de romeria en romeria, de feria en feria-pasan la vida cantando, ó mas bien recitando à su modo, con cierto tonillo de oracion de escuela, los romances mas antiguos y mas estraños, ya de milagros de Santos, ya de desaguisados de moros, amen de ciertas fábulas que à mas de una pudorosa labradora obligan à bajar los ojos, para volverlos à levantar luego rápidamente al ver que salen de los inocentes lãbios de unas infelices criaturas.

Hijos de sus cantares, con sus cantares viven; pues donde quiera que les sorprende la noche, cantan, y la puerta de la casa se abre para recibirlos, cantan, y cenan con los comarcanos que les dan albergue, y tienen su rincon à la lumbre del hogar doméstico.

La primera vez que los ví fué en la romeria del Dormea (1), y escitaron mi curiosidad por su canto especial, y por la atencion profunda con que los escuchaban nuestros sencillos montañeses, formando corro en torno de ellos.

Yo estaba asomado à una de las ventanas de la casa del prior, y ellos cantaban ó recitaban sus romances debajo de ella.

El que cantaban en aquel momento, empezaba así:

---

(1) Priorato contiguo à las montañas del Bocelo, cerca de Mellid.

•Estaba ó señor don Galo  
en silla d' oro sentado. .

El prior se asomó tambien para ver lo  
que yo miraba tan obstinadamente.

—Ah, los Borborinos! dijo sonriendo.

—Los Borborinos! repetí yo—por qué los  
llama usted Borborinos?

—Porque asi los designan todos.

—¿Y esa designacion...?

—Esa designacion la deben á uno de  
sus romances mas famosos del tiempo de  
los moros, pues como en él repiten fre-  
cuentemente, *Borborás, Borborás*, dieron  
en llamarles Borborinos. Los demás mu-  
chachos los hacen rabiarse mucho tirándo-  
les piedras y cantándoles:

Borborin, Borborás,  
si non calas chorarás.

Mostré deseos de oír aquel romance, y  
los Borborinos lo cantaron: pero no era  
del tiempo de los moros!

Aquel rey Borborás, era uno de nues-  
tros antiguos nobles del siglo IX; el rey  
Dornas era otro noble de gran valia; la  
voz *Inda*, que usaban los Borborinos co-  
mo el *aun* del dialecto, era *Inda*, disminu-  
tivo de *Adosinda*; y *Zás* uno de los casti-  
llos que pertenecian al primero, orillas del  
rio Viñas, hoy parroquia de San Pedro de  
*Xuraenzas* ó *Jurenzás*.

Hé aquí el romance:

•Preso ten á ó mao rey Dornas  
ó rey Borborás en Zás,  
é lle mandou ó verdugo  
prá decille ó que oirás.

•Xura en cruz, xura en Zás,  
si non xuras, Borborás;  
é si xuras, Dornarás.  
Xura en cruz, xura en Zás  
si non xuras, famearás:  
é si xuras, folgarás.  
Xura en cruz, xura en Zás,  
si non xuras, mal farás;  
é si xuras, casarás.  
Xura en cruz, xura en Zás,  
si non xuras, Borborás;  
é si xuras, Dornarás.  
Xura en cruz, xura en Zás,  
si non xuras, chorarás;  
é si xuras, croarás.  
Xura en cruz, xura en Zás,  
si non xuras, morrerás;  
é si xuras, inda abrás.  
Xura en cruz, xura en Zás,  
si non xuras, Borborás;  
é si xuras, Dornarás •

Este romance es la única espresion popular de nuestra historia, es el gorglífico que vamos á descifrar en ella.





## PROLOGO.

---

### Los tres castillos.

Esperad á que esos espesos velos de niebla vayan girando en espirales fantásticas, á los cielos...

Esperad á que se eleven y se disipen en las alturas, vencidos por los oscilantes rayos de un sol de oro y de rosa.

Esperad á que esos turbiones de cerrazon que enlutan el horizonte, formados por los vapores de nuestros palpitantes rios, se pierdan en la atmósfera como los inmensos tules de un vastísimo manto desgarrado en cien pedazos, que elevaran las brisas á la region del viento.

Helos ya sobre las cumbres de las montañas, errando entre las últimas rocas como si en su despedida pugnarau por adherirse á ellas.

Hélos allí luchando, retorciéndose aun, como indecisos entre su ascension ó su descenso....

Pero, helos ya flotando en el espacio, desprendidos de la tierra, y vagando entre las nubes con formas mil, variadas y caprichosas.

Ahora tended la vista en derredor, y admirad ese Oceano de verdura, esos montes que se recortan en los claros de luz, y que parece que van saltando tumultuosamente los unos sobre los otros, como las gigantes ondulaciones que arremolina el huracan para batir con toda su potente fuerza, la calcárea borda de nuestras marinas.

La impresion no podrá menos de sorprendernos... Estamos sobre las rocas mas elevadas del Ambia, y á nuestros pies brilla à los rayos del sol el *Lethes* de los griegos, el *Oblibionus flavius* de los romanos.

Verdaderamente que, el viagero que atraviesa la carretera general de Vigo à Zamora, al escalar las escarpadas eminencias que encuentra à la salida de Allariz, semejante à un inaccesible puerto que se interpusiese entre los deliciosos valles de Arnoya y las pintorescas pendientes de la Limia, se sorprenderà agradablemente al abarcar de una mirada la gran cuenca de montañas que circunferencian el horizonte de la antigua laguna Antela.

Porque el panorama es de los mas belli-

simos, de los mas interesantes de Galicia.

Porque nada falta en él para completar la magnificencia de luz y de colores que lo particularizan, impresionando profundamente el espíritu.

Porque todo es allí poético bajo la brillante bóveda del firmamento: el lago y las nieblas, las arboledas y los caserios, las montañas y las ruinas señoriales que elevan sobre ellas sus mutilados torreonnes.

Aun el mas acostumbrado á los caprichosos paisajes de nuestros brazos de mar; á la florida riqueza y vigorosa entonacion de sus variantes formas, y á sus rotas y quebradas ensenadas en las espumosas rompientes de la costa, no podrá menos de sorprenderse agradablemente al ver brillar de improviso las cristalinas aguas del lago Beon (2), tan tranquilas en el abismo de los encumbrados montes que parecen encerrarlo, como las satinadas aguas de nuestras rias durante la calma inalterable de las auroras de verano.

Para los que nunca han visto el mar, para los que nunca han sentido desvanecerse su pensamiento el verde tremante de su inmensidad como en el inmóvil azul del cielo, la repentina decoracion del lago desde aquellas alturas, hiere su vista y desvanece su intelectualidad en la idea sublime del infinito.

¡Oh! es con efecto una decoracion muy

(2) Se llama tambien asi, corrupcion de *Baelion*.

impresionable la que el Señor ofrece á las curiosas miradas del viagero, en la grandiosidad de aquel lujoso cuadro que abarca determinadamente, de golpe sin escurecersele detalle alguno.

En las edades remotas aun era mas caudalosa, mas inmensa la laguna Antela,

Es tradicion en el pais, que en el fondo existió una ciudad muy populosa de los celtas; la cual por adorar á un gallo. Dios la castigó terriblemente haciendo surgir los criaderos que la anegaron.—Los campesinos atestiguan que cuando declinan las aguas en el estio, se distinguen las aguzadas torres de aquella gran ciudad, en cuyas puntas se recorta un gallo de piedra.

Otra tradicion refiere que aquella ciudad se llamaba *Antioquia* (3), y que ocupaba el mismo sitio que ocupa en la actualidad la villa de Ginzo, situada á una legua del lago; que en esa ciudad y por los años 123 de la era vulgar, nació Santa Marina, hija de Tedino, gobernador del pais, en tiempo del emperador Adriano, y que bajo el gobierno del feroz Olibrio dicha Santa sufrió el martirio en la fortaleza de la Rabeda, que aun existe desmoronada á una legua de Allariz.

Y por último, otra tradicion asegura que á media legua hácia el E. de Ginzo se hallaba la antigua *Lémis*, ciudad de los

---

(3) Los eruditos dicen que *Amphilochia*, fundada por Amphiloco, uno de los héroes del sitio de Troya.

*Limicos*, de donde el país tomó el nombre de Limia (4).

Lo cierto es que la villa de Ginzo, capital de las tierras de la Limia, tiene por armas ó por blason local un gallo.

La laguna Antela ha sido el panteon de las preocupaciones mas estrañas de todos los pueblos que dominaron el territorio. Hasta los romanos participaron de ellas, pues creyeron que sus aguas eran las del Leteo, que hacian perder la memoria.

Víctimas de esta supersticion las legiones triunfantes que mandaba Décimo Junio Bruto, llamado el *Caláico* por haber subyugado á los celtas que dominaban nuestro país (5), vacilaron al vadear el rio de la Limia en el año 619 de la fundacion de Roma, 143 años antes del nacimiento de Jesus.

Los capitanes desplegaron toda su energia para hacerse obedecer y destruir aquel error, pero los soldados se resistieron petrificados en la orilla por el pánico, y no temian sucumbir acuchillados por sus gefes. Estos al ver tanta entereza, se dirigen á Bruto; Bruto tira á su vez de la espada, recorre las filas, perora con fuerte ánimo, pero no menos afortunado que sus capitanes, se rinde desalentado ante la indomable preocupacion que se apodera tenazmente de sus tropas.

---

(4) Cerca de Lodoselo, aun se ven las ruinas de esta poblacion, llamada Límica: segun otros.

(5) Otros dominan á este pretor Décio Junio Bruto.

Entonces comprometido en tan inaudito trance aquel ilustre guerrero, toma el estandarte en la mano, lo tremola al frente de la legion, y atraviesa impávido el rio por un punto inmediato al lago.

Después, llamando vigorosamente á sus soldados desde la opuesta ribera, les hizo ver el pretor cuan erróneas eran sus creencias, y cuan infundado su terror á aquellas aguas.

El lago de la Limia, visto desde las elevadas eminencias del camino de Allariz, era en la antigüedad el gran espejo en que se veian retratadas todas las montañas que lo ciñen.

Hoy, no obstante las impetuosas avenidas del invierno, no tiene mas estension que una legua de N. á S., y una y cuarto de E. á O.

El desagüe de 1832, cuando se empezó á romper el peñascal de puente Linares, ha reducido considerablemente su region hidrográfica.

Pero aun asi, sin agitacion visible, estenso, azulado é irregular; marcando el fondo de la gran cuenca que forman las vertientes que lo circuyen, el lago de la Limia es una de las percepciones mas altamente pintorescas de Galicia.

Sobre todo, lo que lo poetiza mas que nada para nosotros, son las melancólicas ruinas de sus tres castillos feudales, levantándose sobre el ondulante marco de las montañas como otros tantos gigantes de

granito, enclavados en los vértices del triángulo topográfico que marcan.

Sandiães, Celme y Aldapena. (6)

Hoy de Sandiães no queda mas que una torre cuadrangular de sillares enormes, enteramente abierta de uno de sus cuatro frentes como la garita de un centinela colossal, y sentada sobre una risueña colina que besan las azuladas aguas del lago en las crecientes del invierno. Es la mas inmediata á él y la mas undida en el fondo del paisage.

Celme se eleva mas. Coronando las altas crestas de la cordillera de San Pedro de Bande, tambien presenta la sombría mole de sus ruinas á la derecha de Sandiães, siguiendo la curva de las montañas que limitan el lago de S. à O. y hácia la feracísima region de la Limia-baja.

Aldapena, solar primitivo de los Dornas que fundaron la abadia del Buen Jesus (7) despues de la toma del castillo del Viso, es el mas imponente y completo que verá el viagero al distinguir la Limia. Levantado sobre las pendientes de las tierras altas del Este, fronterizo al de Sandiães, y al otro lado del lago, se destaca distintamente sobre los argentados celages del horizonte como el de Celme.

En cuanto al origen de estos castillos,

---

(6) En la actualidad Dapena ó dá Pena.

(7) Antes de ser convento de franciscos, fué abadia segun nuestros datos.

rasgaremos las espesas brumas del pasado.

Segun la historia tradicional y las notas inéditas que poseemos, al ser invadida Galicia à principios del siglo V por los suevos, vándalos, alanos y silingos, que la hicieron teatro de las mayores crueldades, los suevos prevalecieron en esta conquista, arrojando de ella à los demas pueblos invasores. La antigua *Galláica* ó *Gallettia* se erigió en seguida en reino bajo su gran caudillo Hermenerico, (8) año 409; y entonces se fueron levantando muchas fortalezas aristocráticas, que aquel monarca dió en tenencias y señorios à sus mas bravos y valerosos capitanes.

Entre esas fortalezas figuran los tres castillos de que nos ocupamos, los cuales sufrieron demoliciones en la revolucion del año 583, en que el rey Enrico fué destronado por el tirano Andeces ó An Deza quien no gozó largo tiempo de su usurpacion, pues Leovigildo, rey de los visogodos, lo espulsó de Galicia en 585, incorporando este reino à su corona.

Los tres castillos fueron reparados bajo el dominio de los godos, continuando en señorios ó cabeza de condados.

Trascurrieron los años.....

Llegó la irrupcion de los árabes en 713, y sus poseedores lejos de transigir con ellos, levantaron muy alta la cruz de sus banderas en aquella lucha de independen-

---

(8) Hermérico en nuestras notas.



cia, de religion, tan tristemente bautizada en las rojas ondas del Guadalete.

Inundado el pais de musulmanes, sus condes resistieron desesperadamente en aquellas fortalezas; pero por mas que las defendieron palmo á palmo, escalera tras escalera, gacias que pudieron abandonarlas con vida, suspendiendo una resistencia tan infructuosa como sangrienta.

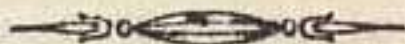
Pero su abandono no fué para llorar estériles làgrimas sobre las cadenas del infortunio. Se dividieron en haces, cada conde con sus fieles montañeses y su estandarte: y posesionándose de las ásperas y nevadas sierras de San Mamed, Larouco, Porto y Segundera, continuaron su lucha encarnizadamente descendiendo de tiempo en tiempo á los valles de la Limia, hostilizando al islamismo donde quiera que veian cruzar un alquiceló un turbando, y combatiendo siempre sin trégua ni cuartel, con esa fiereza indomable tan inherente à la altivez del godo.

Durante la devastadora dominacion del agarenó, aquellos tres castillos sufrieron algunas modificaciones, elevándose en forma de atalayas.

Pero en la época de la reconquista, cuando pasó el árabe como pasaron los demás dominadores, sus condes ó sus señores regresaron á sus respectivos estados, sino precisamente los mismos esforzados caballeros, si sus valientes hijos.

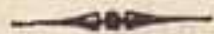
Con esto los tres castillos de la Limia se

reformaron en poco tiempo, recobrando su aristocrática capacidad y opulencia; y las aguas del lago volvieron á reflejar su antigua forma arquitectónica, si bien en alguno continuaron las ventanas arabescas al par que las ventanas góticas, no obstante el acrecentamiento ostensiblemente de sus proporciones imponentes.





## PRIMERA PARTE.



# LAS GUERRAS DEL MIÑO.

## I.

### El castillo de Sandiaes.

Corrian los años 866 de la era cristiana...  
Hacia ya mas de medio siglo que el estruendo de la guerra contra el moro no vibraba en los valles de Galicia, resonando pavorosamente en los antros de las rocas y en los retorcidos desfiladeros de sus montañas.

La calma sucedia á la tempestad; el descanso á la agitacion de la lucha.

Los paladines dormian sobre sus laureles: los arqueros recogian el fruto de los sembrados, y los monges oraban por los unos y los otros sin que nada turbara la grata y melancólica quietud de los templos.

cristianos, levantados sobre las ruinas de las mezquitas del islamismo.

Esterminado á su vez el árabe esterminador, alanceado hasta los tendidos páramos de Leon, y hasta las lejanas riberas del ancho Duero: purificada ya Galicia con la sangre de aquella dominacion de bárbaros que habian hecho pasar sus trotones sobre sus ídolos y sus altares, sus hijos respiraban tranquilamente las perfumadas brisas de la costa, y se reclinaban bajo las diáfanas y verdes bóvedas de sus enramadas, embriagados con el aroma de las flores y arrullados por las cromáticas notas de las aves de encendido color.

A las nebulosas mañanas de sangre, de incendio, de desolacion y de horror, sucedian las mañanas de púrpura y de plata, de florida vegetacion y de inefables satisfacciones, en que nuestra fresca Galicia irradiaba los mil florones de su manto en las erizadas ondas de sus marinas en las blancas cascadas de sus vertientes, y en las delicadas láminas de sus lagos.

En una de esas deliciosas mañanas de primavera, era de ver el de la Limia, reflejando como una inmensa placa metálica sus tres formidables castillos; y al verlos tan inmóviles sobre el cristal de su espejo y al ver sobre sus altivas almenas una aureola de bellísimos celages, seguramente que las viejas hilanderas de Varonice retirarian la profecía que lanzaran veinte

años antes, cuando al nacer Eugea Horban de Sandiaés (9) las aguas del lago se rizaron como las de los mares, los *gayos* cantaron tristemente (10), los castillos se entrechocaron en el fondo como si lucharan entre si, y las negras nieblas del Buen Jesus y de Lodesedo los borraron del paisaje que se reflejaba en su oscilante linfa.

La profecía de las hechiceras de Varonice era horrorosa, fundándose en el canto lúgubre de los *gayos*;—pronosticaron que aquella niña que ya al nacer costaba la vida á su madre, no solo seria el origen de la estincion de su señorío de Sandiaés, y de las mayores calamidades para la Limia-alta y para la Limia baja, sino que por ella las aguas del lago recogerian la sangre mas noble y generosa de Galicia.

Y sin embargo, aquella niña era un ángel de belleza y de dulzura: habia llegado hasta la edad de veinte años siendo el encanto de cuantos la miraban, y el consuelo mas grato de su anciano padre por su carácter amante, suavísimo é infantil.

Pero las viejas hilanderas persistian tenazmente en su profecía á pesar de todo eso, y tanto mas cuanto que llevaban nota de las muertes que acaecieran en la familia de los Horban de Sandiaés, desde

---

(9) Hoy Sandias, vulgo Sandianes.

(10) Llaman *gayos* en el pais á unas aves muy singulares que hay en él, especie de loros que imitan la voz humana y otros sonidos.

que Eugea naciera; pues además de su madre al darle la vida, habían sucumbido también desgraciadamente todos sus hermanos. El mayor cayera muerto en el lago al subirse à un árbol para cogerle un ave de brillantes colores, que se le antojara à ella siendo muy niña; el segundo en una justa de Ginzo, al estrenar una banda que ella le bordara; y el tercero devorado por los lobos de la selva, que ceñía en aquellos tiempos las aguas de la Limia por una parte, al defender la vida de su hermana que imprudentemente se acercara allí paseando.

Las fatídicas hechiceras divulgaron tanto estas desgracias, y persistían tanto en la significación mortal de aquella criatura, que conciliando su belleza y su bondad con su fatalismo, no se la conocía en el país por otro nombre que por el de: *ó anxel da morte* (11).

En aquella época de fantasmas y quimeras, de hechicerías y supersticiones, hechicerías y supersticiones que constituían las creencias más principales del vulgo, como resultado del trastorno ideológico que produjeran las tres religiones que acababan de luchar para prevalecer, el arrianismo, el cristianismo y el islamismo; en aquella época, pues, la denominación que recibiera Eugea de las viejas hilanderas de Varonice, había sido aceptada por to-

---

(11) Angel de la muerte.

dos como una calificación justísima: por lo que si sucedía alguna desgracia en el país ó alguna muerte fatal, al instante buscaban la analogía que pudieran tener con las miradas, con las palabras ó con el roce de la hermosa niña. Cuantos desastres eran hijos de la casualidad ó de la naturaleza de las personas y de las cosas, tantos atribuían à su misión mortal en este mundo; esceptuándose de aquella falange de supersticiosos, los jóvenes caballeros de espíritu fuerte y de buen gusto, pues menos incrédulos y más despreocupados que la generalidad, no huían jamás de Eugea, y antes por el contrario sentían una delicia inefable en admirar el luciente ébano de sus cabellos, la dulzura celestial de sus ojos azules, la rosa de su rostro y el argentino timbre de su acento.

Pero las viejas hilanderas todo lo exageraban diabólicamente; pues aunque era verdad que sus cabellos negros solían tener un tornasol de vivísimo azul, casi ideal, porque parecía su brillo una ilusión de óptica, ellas decían que eran completamente cárdenos como los lirios del lago; y sus ojos que eran negros como la noche, con los globos rojos como las llamas, y su semblante que era pálido como el de un cadáver, pero una palidez opaca como la de la plata por bruñir.

Eugea padecía de accidentes; y las hechiceras de Varonice decían que estos tenían lugar cuando ella no podía matar con sus

maleficios á las personas que miraba.

Las circunstancias favorecian mucho, las mas de las veces, à la terrible calificación de las lenguaraces dueñas, respecto á aquel ángel que tenían por un ser sobrehumano de destruccion y de muerte, pues todo en derredor de él era casi siempre aciago, fúnebre y doloroso;—y como su carácter era sumamente triste, como nunca la vieran sonreir.,. ni en el templo para Dios, ni en los campos para el sol, para las aves y para las flores, en vez de llamarla el ángel de la tristeza ó del dolor, la llamaban pertinazmente *el ángel de la muerte*.

Sin embargo de su belleza especial, de esquisitos rasgos y de delicada espresion, la influencia mortal que la atribuian y la denominacion que le dieran, hacian que Eugea fuera considerada como un ser fantástico; y sin duda à esto mas que à nada se deberia el don singular que la particularizaba realmente, pues una vez vista, jamás se olvidaba la melancolia de sus ojos... jamás dejaban de recordarse con un sentimiento de dulce terror, si así puede decirse. Parecia encontrarse uno con ellos en todas partes; de dia, entre las verdes hojas de la enrramada; de noche, en la densidad de las tinieblas... brillando cual si, desprendidos de su figura, flotaran en la atmósfera como un vapor errante y luminoso, como irradiaciones vividas y fugaces.



Esta especialidad, que era un *encanto* de la misma mágia de su mirada angelical, pues al mirar (12) sus ojos se sentia uno como fascinado, elevándose el espíritu al *oasis* del cielo; esta especialidad ó este don de los ojos de Eugea, era lo que precisamente constituia *el encanto de la muerte*, segun las viejas hilanderas, asegurando que se valia de este poder para desvanecer las almas en la inmensidad de la nada como se desvanece una gota de licor rojo en la inmensidad de los mares ó un suspiro de amor en la inmensidad del espacio.

En aquella mañana tan deliciosa de primavera, se hallaba Eugea asomada á una de las ventanas góticas del castillo de Sandiães, que miraban al lago.

Su padre estaba junto á Eugea, sentado en un sillón almohadillado; y tenia puesta una de sus manos sobre la encantadora cabeza de la niña, que ella apoyaba sobre sus rodillas, vuelto el semblante hácia los lejanos torreones de Celme.

Un page se hallaba en un ángulo de aquella cámara, cuidando del vino que cocia con romero en un anafe, del cual llenaba una copa de plata de tiempo en tiempo, y se acercaba con el mayor respeto á los cogines donde descansaba Eu-

---

(12) Téngase en cuenta que usamos á propósito la palabra *mirar* y no *ver*, para expresar precisamente la acepcion de la primera y no de la segunda.

gea á los piés de su padre, para que esta se la sirviera al anciano guerrero.

Reinaba un silencio completo.

De vez en cuando el señor de Sandiaes, murmuraba dificilmente algunas palabras que, ó su hija no comprendia, ó su alma absorta en su muda y triste contemplacion, no las acogia como debiera.

Estas palabras parecian mas bien un murmullo, una oracion; pues los ojos del achacoso anciano clavados en el azul del lago, ni su inmovilidad estatuarica demostraban dirigirse á su hija.

Por fin hubo un momento en que sus miradas se separaron del lago, cayendo amorosamente sobre Eugea; su diestra posada en su cabeza, empezó á jugar con sus negros rizos, y sus lábios se movieron mas ostensiblemente que antes.

—Eugea, murmuró muy lentamente.

La niña exaló un suspiro como si la despertaran de un ensueño mágico que conmoviera dulcemente su alma, ó como para dar á entender al anciano que hablase, que ya le oia.

--Eugea;-volvió á decirle su padre;-los dias pasan, pasan, y yo cada vez me acerco mas al sepulcro.

—Oh! padre mio! ¿á qué hablar de la muerte?.., porqué siempre ese pensamiento en vuestra frente?

E incorporándose Eugea, besó al anciano en la megilla, volviendo á adoptar la misma postura que tenia antes.

Oh! hija mia!-prosiguió el anciano bien sabe Dios que no quisiera tenerlo! Bien sabe Dios que daria todo lo que poseo por no verme tan lleno de años, para disfrutar mas dias, mas momentos de los consuelos de mi querida Eugea!

Y la devolvió otra beso.

Eugea no contestó nada; y trató de corresponder á aquella ternura tomando entre las suyas la mano de su padre.

El anciano pareció no contentarse con esto, pues prosiguió casi á media voz:

—Pero los decretos de Dios son inmutables y yo siento que me llama á si, dejándote huérfana en el mundo. Oh! si tuviera el placer de verte casada antes de espirar, yo moriria mas satisfecho, Eugea, yo moriria mas satisfecho pensando en el cielo, donde me espera tu madre, y en tí, feliz en los brazos de un esposo que te adorase como debes ser adorada.

—Oh, señor... ya sabeis que los Dornas...

Eugea se detuvo, no completó su pensamiento, como si fuera á hablar de personas que le disgustaran.

—Prosigue, Eugea, hija mia... instó el anciano señor de Sandiaes.

—Otro dia hablaremos de eso, padre mio.

—Oh, Eugea; cuando el alma está tranquila como la superficie de ese lago, cuando el alma experimenta la dulce y natural satisfaccion que embarga las nuestras,

debe uno pensar en el porvenir para despejar las brumas que lo enluten, porque entonces las decisiones son tan juiciosas como acertadas.

El rico-home calló.

Eugea no levantó la cabeza para contestarle, ni sus labios murmuraron palabra alguna; mirando melancólicamente hácia el elevado castillo de Celme que se elevaba sobre la sombría cordillera de San Pedro de Bande.

Aquella conversacion la entristecia sin duda, porque sus ojos irradiaban lánguidamente sus apagados rayos.

El rico-home continuó con la misma lentitud y con la misma dificultad aneja á su amortiguada existencia.

—Los Dornas, dices tú; ya ves, Eugea, que cualquiera de los tres hermanos te haria venturosa.

Eugea levantó la cabeza vivamente, moviéndola en el sentido que encerraban sus palabras.

—No.... no, padre mio; los Dornas no....

Despues la dejó caer sobre las rodillas de su padre.

El rico-home separó su mano de la encantadora frente de su hija, coronada angelicalmente de abundantes y negros rizos.

—¡Siempre esa antipatía á los Dornas! murmuró el anciano con tristeza. ¿Qué puedes reprochar en el mayor conde de la Limia-Alta y gobernador de Galicia por el señor rey D. Ordoño?

—Oh, señor! Froila no me haria feliz como vos deseais: su carácter es colérico y voluble: hoy piensa ir à batir á los moros de Braga; mañana quiere ir á reñir con el rey de Asturias, descontento de qué lo mande. Hoy me vé y me pide en matrimonio, como me pidió hace poco: y vé mañana á la hija del conde de Monterrey, y hace lo mismo. ¡Oh, Froila de Dorna no, no, padre mio!

—Cuanto se dijo de sus recientes amores con la hija del conde de Monterrey, no es cierto, Eugea. Hace pocos dias, y aun ayer, me lo aseguró así el mismo don Froila.

—¿Y sus amores con la hermana del conde de Maceda, señor?

Y al hacer esta pregunta, Eugea levantó la cabeza y miró á su padre altivamente.

--Tambien dice que él no es padre de aquella criatura... contestó el rico-home.

—Si lo dirà, cualquiera cosa dirà el villano, murmuró Eugea; y lo mismo dirá del hijo que tiene de la hermana del baron de Celme; y negará que eso por poco le cuesta la vida, si ella no hubiera implorado gracia á los piés de Wimaredo!

El anciano apartó sus ojos del rostro de su hija, resplandeciente de exaltacion y dignidad.

—Padre, dijo la niña, ese hombre es muy infame, y tan depravado como insaciable.

Y volvió á bajar la cabeza, apoyándola, como antes, en las rodillas del anciano señor, y volvió a fijar sus ojos en los torreones de Celme.

El rico-home continuó unos momentos cabizbajo; pidió una copa de vino, que se la sirvió su hija con amor, y después babei-buceó débilmente

—Bien, Eugea; veo que las voces que corren acerca del mayor de los Dornas, justas ó injustas, te obligan á mirarlo con aversion: pero al pedir tu mano, enamorado de tí como lo está, me dijo que si tu continuabas aun desdeñosa con él, cualquiera de sus hermanos se consideraria muy feliz al enlazarse contigo.

La dama no contestó nada á estas palabras.

El rico-home prosiguió:

—En ese caso, Eugea; como los Dornas por sus timbres de esclarecidos caballeros en nada desmerecen de los Horban de Sandiaes, pues son los mas principales y opulentos infanzones del pais, porque nadie raya mas alto que ellos, ni nadie puede presentar un blason mas distinguido que el que heredaron de su ilustre padre, gobernador tambien del reino por don Alfonso el Católico; su ilustre padre el primero que clavó el pendon de sus tierras de la Limia-alta en los ensangrentados muros de Santa Cristina del Viso, concluyendo con Mahomed-Ben-Abd-el-Dyjibir, en ese caso, Eugea, si rechazas al mayor

de los Dornas, puedes aceptar a Senracino; que es el segundo.

El rico-home calló esperando una respuesta satisfactoria de su hija; pero esta parecia absorta en su contemplacion melancólica.

—Que! dijo el rico-home de Sandiaes, ¿tampoco te agrada Senracino?

--Oh, padre; contestó Eugea, Senracino no piensa mas que en domar caballos, y en correr los mas indómitos por las llanuras de Ginzo. Senracino no piensa mas que en su jauria y en levantar piezas con sus mas adiestrados perros por los bosques y las fragas de Damiel y Lodoselo. Senracino tiene á gala vestirse con las pieles de los osos y corzos que caza... y feroz y áspero, padre mio, Senracino no me haria feliz si aspirais á que yo viva feliz una vez casada.

—Es verdad que tiene esas rudas propiedades, Eugea; pero él dice que no hay ninguna dama en la Limia ni fuera de ella mas hermosa que tú, y que por ser tu esposo cambiaria todos sus gustos, todas sus inclinaciones.—Y yo lo creo así, pues lo que no haria un ángel como mi Eugea, no lo haria nadie en la tierra.

El anciano volvió á callar, esperando una contestacion mas grata en favor del segundo Dorna; pero Eugea continuaba silenciosa sin desviar la vista de las montañas de San Pedro de Bande.

El anciano por el contrario no desviaba

los ojos de aquel ángel, y aun volvió á posar su temblante mano sobre los rizos de su bellisima cabeza.

En aquel momento era su respiracion mas dificultosa, hija de su ansiedad por oir á su hija docilitarse á sus insinuaciones.

Eugea habló por fin despues de unos momentos de silencio:

—Padre, no os molesteis en hablarme de Senracino Dorna: no intentéis sacrificarle á un oso.

El rico-home hizo un gesto de enfado, apenas visible, separó la mano de la cabeza de su hija, y volvió á pedir otra copa de vino.

Como era muy anciano, y como le costaba trabajo hablar, pues pronunciaba muy lenta y apagadamente, se conocia que necesitaba á menudo de aquel cocimiento tan usado de los antiguos caballeros, achacosos por las penalidades de la guerra encarnizada que hacian á los musulmanes.

El paje presentó la copa en una bandeja, Eugea la tomó y sirvió á su padre cariñosamente.

Despues volvieron ambos á formar el pintoresco grupo que hemos descrito en pocas pinceladas, contando siempre, como en todo, con la penetracion superior de nuestros lectores.

El anciano prosiguió hablando de los Dornas:



—Eugea, hija mia... adorada hija mia... si Froila el mayor es malo, y si Senracino el segundo hermano es demasiado brusco, ¿no rechazarás al menor de todos, Vitila?

El rico-home de Sandiaes esperó respuesta, como siempre, y Eugea continuó callada.

El rico-home llevó su mano à la cabeza de la jóven, y continuó:

—Vitila es jóven y galan, discreto y hasta hermoso como una muger, Eugea: tiene ademanes flexibles y delicados; no viste mas que de terciopelo y oro, y al contrario de Froila y de Senracino, no le gustan mas que las aves y las flores... las músicas y las danzas.

—Oh, señor, -interrumpió la niña contra su costumbre-no decís lo que mas le gusta de todo!

—¿Y qué, Eugea?

—El vino de Monterrey, señor; y mas aun el de Amandi y Rivadabia.

--Pero eso, Eugea, es natural en los caballeros que han de soportar con valor las fatigas de la guerra.

—Ah, señor! es que á Vitila no le placen esas fatigas: ved que abandonó la mesnada con que le habia enviado á Braga su hermano D. Froila, diciendo que preferia mas el blando lecho de su cámara á las duras piedras de un campamento al frente de los moros.

—No, no lo injuries asi, Eugea; si re-

gresó fué por unas calenturas que padecía.

—Oh, padre! y entonces cuando se recobró de ellas ¿cómo no volvió al campo de la gloria á dejar bien puesto el honor de los condes de la Limia-alta?

—Es que... es que...

—No lo disculpeis, señor: á Vitila no le placen mas que los repetidos festines que dà su hermano à los demás caballeros, hacen cantar à los juglares y tirarles despues cobardemente á la cabeza las viandas que sobran.—Es cierto que por las mañanas cuida las aves y las flores del castillo de Aldapena, pero tambien es cierto que todas las noches se acuesta víctima del Amandi.

—Pero sus maneras distinguidas, Eugea... sus donaires... sus trajes....

—Ah, señor, cobarde y traidor, disfraza asi su alma vil y miserable para seducir mejor á quien le conviene, despues... pisa de noche las flores que plantó por la mañana.

—Pero entonces, Eugea, si rehusas tambien dar tu mano á Vitila, quiere decir que rehusas enteramente à todos los Dornas?

—Enteramente, señor;—y si apreciáis la paz de mi alma, no me habéis mas de ellos.

El anciano guardó silencio, pidió otra copa de vino, y fué servido con dulzura por Eugea.

Desechados los Dornas uno à uno, él que

tan halagado estaba por ellos, y cuya alta nobleza le deslumbraba mucho; se quedó pensativo como si buscara entre los demás condes del país alguno en quien depositar al morir el immaculado tesoro de su hija, que tanto parecía entristecerlo.

—Oh!-murmuró con abatimiento-nada, nada como un Dorna para protegerte. Tú sabes, desventurada, que nuestro señorío, situado entre las tierras de la Limia-alta que constituyen el condado de los Dornas, y entre las tierras de la Limia-baja, que constituyen la baronía de los Cousos de Celme, ambos estados ambicionan y lo disputan. Por eso, Eugea, protegido por un Dorna estaría Sandiaes, con sus posesiones libre de todas contiendas; al paso que protegido por un Maceda, un Ulloa, ó un Deza quedaba abandonado á esas luchas de rivalidad encarnizada que no terminarian nunca. Oh, Eugea; míralo bien, hija mia; un Dorna mejor que un Ulloa, un Deza ó un Maceda!

—Y por qué no un Couso de Celme, señor? preguntó vivamente su hija.

Y levantó su hermosa cabeza, y miró á su padre con afán, enderezándose resueltamente sobre los cojines.

—Un Celme... un Couso de Celme... -balbuceó el anciano;-Wimaredo del Couso de Celme ha jurado no abandonar nunca á su hermana, y preocupado con su suerte desgraciada, él que la quiere tanto, no te haria dichosa, hija mia.

—Su hermana podrá casarse aun, si no con su seductor, con otro noble de valia; sin embargo de que Alva está muy enferma del pecho... ó mas bien de amor por su verdugo.

—Aunque asi fuera, Eugea, aun cuando Alva se casara ó muriera, ¿qué sucederia si Wimaredo nunca me habló de tí ni bien ni mal?

A estas elocuentes palabras, Eugea suspiró é inclinó la cabeza sobre el pecho como si la conmoviera una revelacion tristísima.

Un rayo de sol, lánguido y frio, penetrando por la gótica ventana del torreón en aquel momento, se quebró en su semblante doloroso, absorviéndolo en un círculo de luz de oro que hacia mas resplandeciente su tristeza.

—Es verdad..... es verdad..... murmuró la niña sombría y debilmente.

Y plegando las manos sobre el pecho, levantó con lentitud la cabeza, se dejó caer sobre los cogines en que descansaba antes y clavó sus melancólicas miradas en los recortados muros del castillo de Celme, que iluminaba el sol distintamente sobre los ondulantes curvas del lago.

## II.

### El castillo de Aldapena.

**A**quella misma mañana no reinaba igual silencio en el castillo de Aldapena, como en el de Sandiaes.

Veíanse cruzar por donde quiera muchos criados y muchos arqueros, ya con grandes cántaros de vino, ya con grandes fuentes de asado, como si se dispusiera algun festin opiparo dentro de sus espaciosos muros.

De continuo tambien solian llegar al porton varios monjes ginetes en mansas cabalgaduras, y varios caballeros con gran cortejo de soldados armados como si el moro amenazara caer otra vez sobre el pais, lo que hacia presumir que se iba á celebrar aquel dia algun acontecimiento extraordinario de guerra, además de uno de los muchos banquetes con que solia

(1.-7.)

obsequiar á sus numerosos amigas el conde de la Limia-alta, D. Froila Dornas, gobernador del reino por Ordoño I. (13)

Conforme iban llegando los monjes y caballeros, eran conducidos al gran salon de los Dornas de Aldapena, mas tarde solar de los Nocelos Da-pena, quedando su acompañamiento en los patios de la fortaleza, donde se veian ondear los estandartes de las familias mas nobles y poderosas de las orillas del Sil, del Masma, del Landrove, del Neira, del Navéa, del Avia, del Arnoya, y del Cabe y del Ribey, en cuyos dos últimos rios templaban sus armas los fieros *caláicos*. (14)

---

(13) Nuestras notas están contradictorias sobre esto. Unas dicen que este título ó cargo lo tenia por el rey el conde de la Limia alta, y otras por delegacion de don Fruela, hijo de don Bermudo el Diácono, á quien Ordoño I habia nombrado gobernador ó Conde de Galicia, dignidad aneja á los herederos de la corona, que habia establecido D. Alfonso I el Católico en la toma de Lugo, y que estinguió mas adelante don Enrique II el Bastardo, por haber permanecido nuestro reino fiel á su hermano don Pedro el Justiciero.

(14) Estos dos rios llamados Calybe y Bilbilis en los antiguos tiempos, eran de gran celebridad por el fuerte y fino temple que tomaba el fierro, apagándose en sus aguas. Segun los anticuarios lusitanos Andrés Rosende, Meneses Vasconcelos y otros que nos auxilian en la redaccion de esta historia, los belicosos caláicos no se armaban á su gusto, sino con armas que hubiesen recibido el temple en esos rios de nuestro pais, que era un temple tan admirable que hasta los extranjeros preferian sus espadas á las demás de España, despues que conocieron sus ventajas.

Pero lo mas extraño era que ninguno de los tres hermanos se prestaba à hacer los honores del recibimiento, desempeñando este cometido el caballero mayor del conde, el colosal hidalgo de Freandes.

Tambien es verdad que solo don Froila se hallaba en el castillo, y en un estado de meditacion que lo hacia extraño à los incidentes de la concurrencia.

Retraido en su càmara y asomado à una de las arabescas ventanas que daban al lago, fijaba la vista con tanto interés en la esbelta y blanquecina torre de Sandiaes, como si de alguna circunstancia que acaeciera dentro de sus muros dependiera su porvenir ò la salvacion de su alma.

El conde de la Limia-alta tendria ya unos cuarenta años, y su estatura atlética y vigorosa imponia. Pero lo que mas lo particularizaba era su semblante blanco y pecoso, sus ojos negros; y sobre todo sus cabellos de un rojo sumamente subido, que venia à ser el distintivo de su raza, caracterizada asi por la naturaleza: la tradicion aun conserva en el pais el antiguo dicho *rojo como un Dorna*.

No habia habido un Dorna que no tuviera de aquel mismo color el rostro, los ojos y la melena, particularidad personal que constituia el blason de aquellos esforzados caballeros que tan gloriosamente combatieran contra el árabe, pues en su escudo de armas ostentaban un mechon de cabellos

rojos al pié de una cruz blanca (15), con esta letra por orla: *Flavios crucis* (16), y varios moros debajo huyendo aterrados à su vista.

Los Dornas parecian particularizarse en todo, pues su carácter era tambien especial. Cuanto anhelaban, cuanto conseguian, ó sucumbian si no. Se cuentan varios hechos de esta familia que califican el duro temple de sus almas: mientras les duraba la esperanza del logro de un objeto, vivian aunque sufrieran; pero cuando perdian la esperanza de satisfacer aquel deseo, se suicidaban. Dos Dornas habian sucumbido asi, Vimala y Gladilano; el uno, por no haber podido casarse con Alira de Elfe (17); y el otro porque hallándose preso por los moros, desesperado de no poder conseguir su libertad, se abrió la cabeza contra los muros de la mazmorra.

Pero asi como desplegaron todos los medios de que podian para conseguir lo que se les antojaba, asi lo despreciaban luego, sin una mirada, sin un recuerdo para ello. En una palabra, amaban lo que no podian obtener, y odiaban lo que poseian.

---

(15) Oro y plata en campo azul.

(16) Rayos de la cruz.

(17) Hay una tradicion muy dramática sobre la desgraciada muerte de esta dama que dió nombre al pintoresco lugar de Aliraelfe, lugar situado en Santa Marta de Arcos, parroquia que dista 6 leguas de Lugo: cruza por este punto el rio Elfe, y en él se halla el antiguo castillo de aquella mora, llamada despues Torre de Arcos.



Aquella mañana se hallaba, pues, don Froila absorto en sus observaciones, cuando de pronto se abrió la puerta de la cámara y penetró en ella Senracino todo cubierto de polvo.

Senracino aunque mas jóven que su hermano, era mucho mas corpulento y formidable; su musculatura revelaba una fuerza fabulosa, y en sus manos seria pequeña alguna de esas pesadas espadas de aquellos siglos, que tan grandes nos parecen en la actualidad.

Volvióse el conde bruscamente al sentir el ruido de su armadura, como si le disgustara que hasta su hermano le interrumpiera.

Senracino le dijo:

—Perdona si entro aquí, à pesar de las órdenes tan terminantes que has dado; pero vengo del Vierzo, de Chamoso, de Pallares, de Trives, y de Laza, y todos sus condes han tomado las espadas y los estandartes y me han seguido animosamente.

—Bueno... bueno..... Senracino.

—Es que... es preciso que salgas à cumplimentarlos, una vez que ellos han mostrado tanta adhesion à mis insinuaciones, y oyen con tanto aplauso los fogosos discursos que el Abad del Buen Jesus pronuncia incesantemente en el salon.

—No... no... Senracino; yo no debo salir... Déjalos que llenen à Aldapena; y lue-

go, cuando llegue Vitila, haremos otra cosa.

—Pero...

—Déjame, hermano; por mas que tu no comprendas eso, hay otro objeto que me llama mas la atencion que lo que tanto halagó hasta aquí mis proyectos deslumbradores, y que ahora, una vez realizados, los considero muy mezquinos.

—Es que...

—Don Senracino...! exclamó el conde enojado, salid de aquí y volved á entrar cuando llegue nuestro hermano.

Senracino obedeció sin hacer mas objeciones, y salió de la cámara vivamente.

El conde volvió á acercarse á la ventana, volvió á clavar sus ojos en la torre de Sandiaes, y á abismarse en sus observaciones misteriosas.

De tiempo en tiempo por aquellos sinuosos caminos que serpenteaban al redor del lago, esmaltados sobre el risueño verdor de los montañas, veia brillar á los rayos del sol las armaduras de muchos infanzones é hidalgos que se dirigian á su solar; veia tambien sus tremolantes pendones, oia sus clarines y trompetas de batalla; pero nada de esto parecia conmoverlo ó escitar su curiosidad.

Solo la torre.....

Solo la torre de Sandiaes parecia concentrar su espiritu en una vigilancia tan constante, que le hacia permanecer extraño á cuanto pasara en torno de él.

Los que llegaban al castillo debían ser muchos y en son de guerra, porque á cada instante crecía el choque de las armaduras, el relincho de los caballos y la algazara de las mesnadas, que ya no cambian en los patios.

Volvóse á abrir la puerta de la cámara, y esta vez entraron en ella los dos hermanos del Conde.

Vitila era mas afeminado que Senracino y que Froila, y no gastaba armadura, vestía de terciopelo azul y rosa.

Vitila dijo al entrar:

—Hermano, la consagración será en Orense ó en Allariz: tu eligirás.

—¿Por qué? preguntó don Froila asperamente.

—El Obispo de Santiago se halla muy malo: sin duda está por el Borborás de Alemparte, pues no lo pude reducir... El de Orense, si: se adhiere enteramente...

—Bien; interrumpió don Froila con gravedad, ya pensaremos eso mas tarde.

Vitila miró para Senracino como estrañando aquella contestación de su hermano mayor.

—Ahora, despejad... prosiguió el conde, que nadie entre hasta que venga Fitorio.

—Pero-dijo Vitila-sal al salón para que te vean y se entusiasmen con tu presencia y con tus palabras, al participarles la muerte del rey Ordoño I, y la usurpación del conde astur don Fruela.

—No... no... interrumpió el conde-yo

no salgo de aquí... aquí estaré como que ignoro la causa de la reunión de los convidados al banquete; y cuando todo esté preparado, cuando todos me acepten, cuando vosotros difundáis bien la voz entre los nobles de que yo no ambiciono nada, de que yo soy tan modesto que no deseo más que la paz y la justicia de mis estados de la Limia-alta, entonces ya sabéis... y ya el Abad os enterará mejor que yo de el plan, si es que todos se muestran propicios.—Entretanto hermanos míos, dejadme aquí solo: salid, y que entre mi escudero Fitorio, tan pronto regrese al castillo.

Senracino y Vitila lo dejaron solo como deseaba, pues le tenían gran cariño y respeto.

El conde volvióse en seguida à la ventana, y con la misma ansiedad que antes, se fijó determinadamente en la torre de San-diaes.

De improviso, sus ojos brillaron con un resplandor vivísimo... y hechó el cuerpo fuera del marco de piedra, sin dejar de mirar hácia las orillas del lago por donde galopaba un ginete que parecia dirigirse à su fortaleza.

Cuando las arboledas de Linares lo ocultaran à sus miradas, el conde se dejó caer de un sillón, trémulo y pálido.

Así permaneció algún tiempo, al cabo del cual abrióse la puerta de la cámara y penetró en ella su escudero.

El conde se levantó del sillón... y clavó sus ojos profundamente en Fitorio, se acercó hacia él con gran acatamiento y con la vista baja.

—Tu aire no me indica buenas nuevas, tartamudeó el conde.

Fitorio hizo un movimiento triste con la cabeza.

—Qué dice el rico-home de Sandiaes? preguntó por fin el conde.

—Ah, señor, contestó el escudero; todo cuanto hizo esta mañana para reducir á su hija fué en vano; no la pudo persuadir.

—Es, decir, que no... que no me quiere? balbuceó don Froila.

Y apoyó una mano en el sillón, como si no pudiera sostenerse en pié.

—Oh, señor conde... el anciano caballero así me lo dijo llorando.

—¿Ni á mi hermano Senracino tampoco?

—Tampoco, señor.

El conde apoyó la otra mano en el sillón.

—¿Ni á mi hermano Vitila?

—Ni á vuestro hermano Vitila.

El conde se dejó caer en el asiento, cadavérico, tembloroso; bajó los ojos como si lo avergonzaran las miradas de su escudero, y un silencio de muerte sucedió en la cámara.

Fitorio lo interrumpió, diciendo con mesura:

—La causa de una negativa tan obs-

tinada, señor, el rico-home de Sandiaes presume que sea...

El conde se levantó vivamente, como si fuera á brillar alguna luz de esperanza en el caos de su desaliento.

—¿Qué... qué...? preguntó à Fitorio devorándolo con la vista.

—Presume que sea una pasion que se apoderó del alma de su hija.

—Por quién...? por quién, Fitorio?

—El anciano señor dice que no es mas que una sospecha... una sospecha fundada en lo mucho que se interesa Eugea por las personas del castillo de Celme, à pesar de que el baron no se interesa nada por ella.

—¡Celme! exclamó el conde corriendo á la ventana.

Y clavó los rayos de sus ojos en los torreones de Piñeira de Arcos.

—Celme...! repitió apretando los dientes fuertemente.

*¡Galicia por el rey don Froila!* gritaron en aquel momento mas de mil voces en el patio de Aldapena, resonando enérgicamente en los oídos del conde.

Y abriéndose las puertas de su cámara, que daban al gran salon del castillo, vióse en él à varios monjes y à una multitud de caballeros con las espadas en una mano y los estandartes en la otra, à cuya cabeza venia el abad mitrado del Buen-Jesus, precedido de dos

pañes que llevaban una corona de oro en una bandeja de plata.

El conde apartó sus fulgurantes ojos de Celme á aquel estruendo; los volvió al salón, cuando instantáneamente se abrieron las puertas y le deslumbró tanto aparato, tanta magnificencia.

—Señor, le dijo el abad con su voz llena y tonante: el clero y la nobleza de Galicia, cansados del yugo astur, os proclaman por su monarca, al saber la muerte de Ordoño I. El antiguo reino de Rechiario se humilla ante don Froila Dorna; desde hoy ya no quiere obedecer mas voluntad despues de la de Dios, que la suya, la de su rey, y confia en que vuestra espada sabrá sostener su dignidad y su independendencia, y vuestro amor elevarlo à la altura que merece por su levantado ànimo y por sus virtudes acrisoladas.

Y volviéndose à los que le acompañaban, gritó:

—¡Viva nuestro rey don Froila!

—¡Viva, viva! repitieron todos, agitando con gran alborozo sus espadas y estandartes.

Al espirar el último eco de aquella exclamacion, el abad cogió con las dos manos la corona que conducian los pañes en una bandeja, y se acercó à don Froila lentamente.

Don Froila se quitó su birrete como si la saludara y se arrodilló.

Al instante todos los espectadores hicieron lo mismo, humillando sus espadas y sus estandartes.

El abad se paró junto á don Froila con la corona en las manos, y volviéndose á la multitud, exclamó:

—¡En nombre de Dios y en nombre de Galicia!

Y se la colocó en la cabeza.

El silencio era solemne... solo el abad permanecía en pié... los demas todos tenían las rodillas en el suelo, las espadas cogidas por la mitad de la hoja, y sus nobles frentes inclinadas sobre la cruz de sus empuñaduras.

El conde-rey se levantó con gran magestad, se adelantó en seguida hácia los circunstantes, y desnudando su brillante espada, contestó:

—Bien, señores: una vez que es la voluntad de Dios y de Galicia que yo sea su rey, librándola de la esclavitud afrentosa del astur, yo tambien, en nombre de Dios y de Galicia, acepto esta corona, y prometo derramar hasta la última gota de mi sangre por su dignidad, por su independendencia, por su justicia y por su ventura!

—¡Viva el rey don Froila! volvieron á exclamar los monjes y los nobles confederados levantándose.

—Viva el rey don Froila...! rugió el pueblo armado, que llenaba los patios.



del castillo, y que conducian en mesnadas varios condes y monjes.

El abad se acercó despues al conde-rey, se arrodilló à sus plantas, y le besó la mano humildemente, en señal de vasallage.

En pos del abad hizo lo mismo el esforzado conde de Chamoso, abatiendo ante él el estandarte de su casa; y así sucesivamente el de Monterrey, con sus cabellos blancos, el de Jusà, el de Pallares, el de Tribes, el de Sanabria, el de Milmanda, el de Lemos, el de Fonsagrada, el de Laza, el del Vierzo, el de Rivadavia, y muchos mas ricos-hombres, caballeros é hidalgos que habian concurrido al solar de los Dornas.

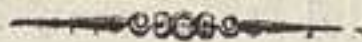
El entusiasmo llegó al delirio... y aquella ebullicion caballeresca que palpita-ba bajo las bóvedas de Aldapena, era la animacion latente de los últimos ca-láicos que habian sucumbido por la in-dependencia del territorio, que descen-dia del cielo de los mártires, como un soplo vivificador, para refrescar la frente de la esclava *Gallacia*.

Poco antes de anochecer se comisio-naron heraldos para que recorrieran las villas, monasterios y castillos del pais, anunciando la muerte de Ordoño I y la proclamacion del conde de la Limia-alta por rey de Galicia.

Cuando cerró la noche aun duraba en Aldapena el clamoreo de aquel pleito

homenaje, y el nuevo monarca que subía al trono fundado por Hermenerico, mandó que se celebrase con un banquete espléndido aquella ceremonia, ceremonia que de antemano tenia preparada, valiéndose de sus hermanos, del abad del Buen Jesus y de los nobles que le eran mas adictos.

La iluminacion del castillo de los Dornas bañó con sus vivas ráfagas la gran cuenca de montañas que circundaban el lago, reflejándose en su linfa, con cambiantes rogizos de color de sangre.



### III.

#### El castillo de Celme.

El cuadro era sumamente triste. En un lecho lujoso, pero sin colgaduras, se destacaba la hermosa cabeza de una dama joven, sobre el negro fondo de sus abundantes y rizados cabellos. Su rostro estaba tan pálido, como los encajes de las almohadas, pues apenas recortaba su óvalo en el blanco de las telas que la cubrían.

Aquella dama yacía moribunda, consumida por una afección pulmonar. Su semblante, además de estar tan quebrado de color, empezaba á surcarse de esos rasgos azulados, que parecen las sombras y precursoras tintas de la muerte; sus ojos, rodeados de un círculo oscuro, que los hacía sumamente hundidos en sus cuencas, despedían un brillo trémulo.

lo y fosforescente, y sus labios violados, entreabriéndose al impulso de una tos seca y consecutiva, que marcaba su respiración dificultosa, apenas empañarian un espejo con el escaso aliento que suspiraban.

Un sacerdote se hallaba á su lado sentado en un sillón, é inclinado sobre la desventurada, le mostraba sin cesar un crucifijo y profería palabras edificantes de religiosa influencia.

En un ángulo de aquel cuadro ó de aquella cámara del castillo, un bizarro caballero profundamente conmovido, Wimaredo del Couso de Celme, dirigía á su vez palabras de consuelo á un pobre niño de seis á siete años, que lloraba quedamente á sus piés.

Todo esto pasaba al anochecer de aquella mañana tan deliciosa; todo esto tenía lugar á la puesta del sol, cuando sus últimos rayos se desvanecían sobre los elevados flancos de las montañas del lago, penetrando lánguidamente en las silenciosas habitaciones de Celme.

Y todo era allí triste, hasta la luz solar que se extinguía.

Y todo era allí dolor al extinguirse también la existencia de Alva.

¡Alva! mártir de amor. Alva que, flor agostada por los rayos abrasadores del hombre á quien había amado, sol de su horizonte, sucumbía precisamente en el instante en que ese mismo hombre

llegaba al cénit de su ambicion, coronado rey del territorio!

En aquel momento en que ella espiaba repitiendo oraciones que no concebía su mente ni conmovían su corazón, por absorber su sensibilidad su amor al que la desdeñaba, aun la infeliz flor elevaba hácia la memoria de su sol los últimos perfumes de su alma, las últimas vibraciones de su espíritu al exalarse lentamente de su pecho; y él por el contrario, ni le concedía la luz de su afecto, desde su altura, ni recordaba con lástima á aquella víctima de su desamor, de su falsía.

El cuadro era, pues, esteriormente triste, pero en su fondo aun había mas tristeza y mas desventura, porque contenía una historia de dolor y de deshonra.

Abrióse la puerta de aquella cámara, y entró en ella Fillao de Armeá, conde de Maceda.

Wimaredo le indicó con la diestra el lecho de la enferma, cuyo semblante desencajado, se recortaba distintamente en la media tinta en que estaba.

El conde lo comprendió tolo de una mirada, y estrechando la mano del baron de Celme, y sentándose á su lado, le dijo:

—Es mas feliz que mi hermana!

Wimaredo le miró con estrañeza.

El conde de Maceda continuó:

(1.—9.)

—Es mas feliz que mi hermana, baron, porque al fin con su muerte termina su... dolor.

—Pero no su deshonra! bramó Wimaredo sordamente.

Y levantando con intencion la cabeza del niño que se hallaba sollozando sobre sus rodillas, le mostró al conde los cabellos rojos que la coronaban, los cabellos de los Dornas.

—No obstante esta indignacion de Wimaredo, Fillao prosiguió:

—Quién sabe si ese mismo niño que reúne la sangre de los Celmes y de los Dornas, reunirá tambien las dos familias en una! No desconfieis, Wimaredo del Couso; lo que vos creéis un padron de ignominia, yo lo miraria como una esperanza viva de feliz suceso.

—Imposible! imposible! murmuró el baron con los ojos fijos en el suelo.

—Quién sabe! El conde de la Limia-alta podrá mudar de vida algun dia, y entonces, entonces reclamará con derecho y con justicia su primogénito.

—Yo no se lo cederia nunca, conde.

—Ay! suspiró dolorosamente la enferma, oyendo estas últimas palabras de su hermano, pronunciadas con energia y con orgullo.

—Yo si, Wimaredo, dijo el conde de Maceda; si viviera mi sobrino, hermano de este infeliz... porque los dos nos hallamos en el mismo caso, respecto à nuestras her-

manas y el conde de la Limia-alta... si viviera, pues, mi sobrino, no solo lo haria reconocer por Dorna, sino por heredero legitimo del señorío de su padre.

El baron no contestó nada, é hizo un gesto de desprecio.

Entonces el conde de Maceda no considerando aquella conversacion à propósito, en el estado en que se hallaba Alva, abordó el objeto que lo conducia al casti- llo de Celme, à aquellas horas.

—Wimaredo. le dijo, conozco que en el sensible caso en que se halla vuestra hermana, no estareis para ocuparos de asunto alguno. Sin embargo, el que hoy me trae aqui es de tanta importancia, que os suplico que me escucheis por un momento.

El baron hizo una señal de asentimien- to con la cabeza.

El conde de Maceda, continuó:

—Vos, Wimaredo, abstraído completa- mente en los cuidados que exige la deli- cada enfermedad que devora á Alva, ha- beis permanecido estos últimos tiempos, extraño á cuanto se fragua en Galicia, para erigirla en reino.

Algo debísteis haber oido ya á pesar de no salir para nada de vuestro casti- llo, y algo os tengo yo contado sobre ello, en las frecuentes visitas que acos- tumbro à haceros.

—Si, Fillao de Armeá, me habeis habla-

do de la ambicion del conde Borborás de Alemparte, afirmó el baron.

—Perfectamente, Wimaredo, y vos y yo entrábamos en su plan, con tal de no ver subyugado al astur, el antiguo reino de los Hermenericos, Miros y Rechiaros. La conspiracion, pues, estaba muy adelantada; por todas partes la idea de la coronacion del conde don Veremundez Borborás de Alemparte, era recibida con entusiasmo; y solo se esperaba una ocasion favorable, para que presentándonos con un lucido ejército, ante el mayor de los Dornas, como gobernador de él, se identificara este ó no á nuestro santo movimiento, llevar adelante el pensamiento de independenciam, estinguiendo ya de hecho la representacion de otro poder extraño en nuestro territorio, que no emanase directamente de la corona de Galicia. Pero hé aquí, Wimaredo, que mientras la mayor parte del clero y de la nobleza explotaba el espíritu público en los castillos y monasterios en favor de este plan, otro plan no menos bien concertado, se anticipa al del conde de Alemparte; pues me acaban de asegurar que se ha recibido en el pais la noticia de la muerte de Ordoño I, y de haberse apoderado del trono de Oviedo, el conde astur don Fruela, hijo de don Vermudo el Diácono, contra los derechos legitimos de Alfonso, hijo de don Ordoño, y que á consecuencia de esta revuelta, tendrá lugar en el castillo



de Aldapena, la proclamacion de Froila Dorna, conde de la Limia-alta, apoyada por mas de doce condes poderosos de la izquierda del Miño, y por muchos canónigos, abades y monges de Mondoñedo, Lugo y Orense.

Wimaredo se sobresaltó à esta nueva. El conde de Maceda prosiguió:

—Si eso es verdad, Wimaredo, ¿qué actitud pensais tomar en estas circunstancias?

—Yo, Fillao de Armeá, pondré mi espada en favor de la independendencia de Galicia, y nada mas.

—Bien; eso haremos todos, porque eso está en el honor y en el interés de todo buen gallego; pero como el astur no está bastante fuerte para contrariarnos, como el no puede disponer ni aun de mil lanzas contra nosotros, y como el es víctima ademas de la usurpacion del conde don Fruela, la cuestion que se va á ventilar no es entre el gallego y el astur..... ¡eso ni pensarlo siquiera! La cuestion que se va á ventilar, Wimaredo, es entre el gallego y el gallego, entre el conde Borboràs de Alemparte y el conde de la Limia-Alta.

—En ese caso, Fillao, yo pondré el pendon de mis estados de la Limia-baja á los piés del que primero se haya espuesto á proclamar la independendencia de Galicia.

—Entonces tendreis que reconocer *por vuestro rey y señor* al asesino de vuestra hermana.

El conde de Maceda recalcó las palabras que subrayamos.

El baron se mordió los labios, dobló la cabeza sobre el pecho, y la tos violenta de su hermana pareció sofocar cierto murmullo incoherente que salia de sus labios.

—Vamos, Wimaredo del Couso, hablad; -dijo el conde de Maceda- yo necesito saber vuestro parecer en todo esto, es una exigencia de mi amistad, tan apremiante que por lo tanto ni aun tengo consideracion al estado de Alva.

El baron de Celme levantó la cabeza con altivez.

—Y vos, que hareis, Fillao, le preguntó, si es cierto que el mayor de los Dornas se proclama rey de Galicia primero que el Borboràs de Alemparte?

—Yo...! ni lo preguntéis siquiera, Wimaredo! Puedo yo transigir nunca con el vil seductor de mi inocente hermana?

—Pues, yo si, contestó el baron de Celme, con dignidad.

La enferma dejó de toser, é hizo un esfuerzo para escuchar mejor en aquel instante.

—Y ¿desde cuando podreis transigir con el seductor de vuestra hermana, Wimaredo?

—Ah, Fillao de Armeá! contestó el baron; desde que lo tuve á mis pies rendido como un perro, cosa que vos no

pudisteis conseguir al defender la honra de la vuestra.

En efecto, el conde de Maceda habia salido herido de su desafio con el mayor de los Dornas.

Esta vez tocó à Fillao morderse los labios.

La enferma sonrió para el cielo, al ver la nobleza de su hermano.

—Es decir... tartamudeó el conde desconcertado, es decir que vos reconocereis por vuestro rey, al conde de la Limia-alta... vos, el poderoso baron de la Limia-baja, no es verdad?

—Si, Fillao, si; desde el momento en que fuí generoso, todo lo olvidé. Esto es de raza... y no lo puedo remediar. Valiente con el sobervio, y generoso con el vencido, constituyen nobleza, segun el escudo de armas que me dejaron mis abuelos; y asi me educó mi padre y asi tengo que morir. Recordad el blason de los Cousos de Celme... recordad sus dos manos (18) la derecha blandiendo una clava, sobre un leon fiero y amenazador (19) y la izquierda puesta sobre la frente de otro leon que se humilla (20).

---

(18) Oro sobre fondo de plata.

(19) Azul y negro.

(20) Oro y negro -- Este escudo aun se vé en las ruinas del castillo de Celme, junto al porton, labrado en uno de los sillares de la derecha; un sillar muy cubierto de musgo, tiene esta orla: «fortis cum superbio milis cum victo novilitas est.» Fuerte con el sobervio, blando con el vencido, nobleza es.

—Oh, Dios! ¿con qué no podremos reunir nuestros soldados y batir à las huestes de Froila Dorna, en nombre de don Veremundez Borborás de Alemparte... rey de Galicia?

—No, conde de Maceda.

—Oh, Wimaredo! y eso me lo decis aquí, à pocos pasos del lecho en que espira vuestra hermana, villanamente pisada como una flor, por Froila Dorna, vuestro rey.

—Si... si... aquí donde espira de amor por él, Fillao de Armeà, lo que no ha podido conseguir la vuestra.

—Gracias... gracias, Dios mio! balbuceó imperceptiblemente la enferma, al ver la abnegacion sublime de su hermano, hácia el ser que ella adoraba aun muriendo, no obstante sus desdenes.

—Bien, señor baron, dijo el conde de Maceda con gravedad, levantándose para salir de allí. Dios quiera que sea tan afortunado contra vos, en la primer batalla que se dé, como vos lo fuísteis contra el aleve conde don Froila Dorna, en vuestro desafio.

—Si asi sucede, señor conde, contestó Wimaredo levantándose para despedirlo; quiere decir que entonces os deberé à vos la vida, como él me la debe à mi. Pero no, no llegará ese caso; pues mi espada no se desnudará para esas contiendas civiles; en favor de la independen-

cia de Galicia, desde luego; en favor de tal ó cual conde, jamás.

—Entonces... dijo el de Maceda, es decir qué vos sereis de quién venza?

—Yo seré del rey de Galicia, sea quien quiera, y aunque acate rendidamente al hombre que obtenga la corona, no acataré en él mas que al padre de mi patria. El día en que ese hombre deje de llenar su objeto paternal, en favor de ella, desde aquel día le retiraré mi pleito-homenaje. Mi espada, Fillao de Maceda, no brillará ni en demanda del Borborás de Alemparte, ni en demanda del conde de la Limia-alta; mi espada no pertenece à las personas, pertenece al país. Tal es el sentimiento de mi idea.

—Todo eso es muy digno y muy noble, Wimaredo, pero yo... yo no puedo imitar vuestra conducta; yo que abrigo resentimientos hondos contra los Dornas, nunca podré aceptarlos por rey. La lucha llama à las puertas de nuestros castillos, con sus trompas de muerte... la lucha, pues, me volverà à poner frente à frente de don Froila, y ¡ay de él si llego à ser *maza* tanto tiempo como fui yunque!

Y Fillao de *Maceda* mostró las armas de su linaje en el escudo que llevaba al pecho (21), un yunque y una *maza* con esta orla: MAZA, DA: *yunque, sufre.* (22)

Despues de hacer esta demostracion con

---

(21) Negro y azul en campo de plata.

(22) Cuando maza, da; cuando yunque, aguanta.

(1.=10.)

arrogancia, se inclinó ante el lecho de la enferma, y salió de la cámara con despecho.

El baron volvió á sentarse y á consolar cariñosamente al hermoso niño de cabellos de oro que sollozaba sobre sus rodillas.

Trascurrieron unos instantes; el sacerdote suspendió su oracion, y salió de aquella cámara como para volver luego.

Entonces la dama llamó al caballero, y este y el niño se acercaron junto á ella.

—¡Oh, Wimaredo! exclamó la infeliz débilmente: déjame besar otra vez á Albay, déjame despedir otra vez de él... ¡Hijo de mi alma!

Y acercando sus lábios á las mejillas del niño, bebió sus lágrimas, como si en ellas recogiera parte de su espíritu.

—¡Oh, Wimaredo! prosiguió despues; tú que tan bueno has sido para mí; tú que en todo te has sacrificado por mi felicidad, no abandones jamás á este desdichado, y sé un verdadero padre para él.

El baron de Celme no contestó nada á estas recomendaciones de su hermana, porque el dolor se lo impedía.

Alva prosiguió:

—Dios lo quiere así, Wimaredo; Dios quiere no dejarle otro padre mas que tú, y tú lo ampararás siempre como á un hijo, hermano mio, y tú velarás por él en la tierra como yo velaré desde el cielo... donde Dios...

La tos no la dejó continuar.

El niño sollozaba, inclinado sobre el rostro de su madre...

Wimaredo respiraba apresuradamente, como si el corazón se le subiera à la garganta.

Alva prosiguió despues de unos momentos:

—Amparado por tí, hermano adorado, Albay no necesitará mendigar nada de su opulento padre; pero, si por el contrario, algun dia la voz de su conciencia corroe sus entrañas, y clama por su hijo, ¡oh! Wimaredo! no se lo rehuses à su padre! Es el postrer favor que te pido... y tú que me has hecho ya tantos, hermano mio; tú que me concediste ya la vida de mi amante, cuando tu espada lo hirió cayendo exánime à tus pies, en el desafio que tuvisteis por su villanía conmigo; tú que nada me negaste nunca, espero que no me rehusarás eso, al verme próxima à espirar.

—¡Oh, Alva! no, no haré tal cosa; tartamudeó Wimaredo. Si en ese propósito estuviera yo, no amaria jamás à este niño... Apesar de sus cabellos, yo me hago siempre la ilusion de que no es un Dorna... ¡Un Dorna, un Dorna, Dios mio! Los Dornas siempre fueron ingratos, ¿y de qué me serviría concentrar en él todo mi cariño? ¡Para qué? ¡Para que mañana que lo reclame su padre, salga de Celme y vuelva luego contra los Couso de Celme, tal vez espada en mano!

—Corre también por sus venas la sangre de los Couso de Celme, Wimaredo, y él no será traidor á su sangre.

—El será lo que le haga ser su padre, hermana mia.

—¡Oh, Dios! imploró la moribunda; y yo que sonrió para el cielo con la esperanza de que su padre se corregirá algun dia, y que ese dia volverá á adorarme en Albay, á profesar á esta criatura tanto amor como yo le he profesado á él, á él, mi Dios y mi verdugo.

Wimaredo guardó silencio.

En aquel momento trajeron luces, y Wimaredo vió surgir dos lágrimas en los hundidos ojos de su hermana.

Wimaredo se enterneció profundamente, y quiso dulcificar su agonía.

—Alva, la dijo; ese dia debe llegar, porque al fin Dios habla tarde ó temprano á los corazones empedernidos. Pero mientras tanto, Albay será... Albay de Celme, no Albay de Dorna.

—¡Oh! ¿Es decir que se lo entregarás al conde si lo reclama algun dia? preguntó la enferma sobreescitada.

—Sí... sí... contestó su hermano, me acordaré de tí... y se lo entregaré.

—¡Gracias, gracias! exclamó la infeliz madre.

Y tendió una mano á Wimaredo, que este besó con ternura.

Hubo un momento de silencio, y el sacerdote entró en la cámara, volviendo á



ocupar el sillón que antes tenía, y siguió en sus piadosas exhortaciones.

El barón y el niño se retiraron de junto al lecho de la enferma.

De repente volvió á abrirse la puerta y Eugenia Horban de Sandiaes entró, saludó ligeramente á Wimaredo, y corrió á abrazar á su moribunda amiga....

Alva quiso incorporarse un poco para tenderla los brazos, y á aquel movimiento tosió violentamente, y llevó el pañuelo á la boca.

Al mismo tiempo sus ojos se cerraron como si se desvaneciera el poder de su mirada, su mano abandonó el pañuelo, y el pañuelo cayó sobre la cama lleno de sangre.

La infeliz Alva hizo en seguida una contracción sumamente ostensible con los labios, y sus ojos volvieron á abrirse y á girar con vivacidad en sus cuencas...

¡Lanzaba el último suspiro!

— ¡*Egrédere, ánima cristiana, ex hoc mundo!* exclamó el sacerdote estendiendo los brazos hácia el cielo.

Eugenia retrocedió espantada..... abrazó al niño... que estaba sobre las rodillas de Wimaredo, y rompiendo á llorar le anunció la muerte de su madre.

Wimaredo quiso levantarse y dirigirse al lecho mortuario á recoger el último suspiro de su hermana, pero volvió á caer

aterrado en el sillón, con los puños crispados sobre su negra melena.

Al mismo tiempo sonó un clarín de guerra al pié del castillo de Celme, y una voz robusta gritó en son de pregon:

— ¡Galicia por el rey don Froila!

— Ah!! exclamó Wimaredo, ella sucumbe, y él sube à un trono!

Y dobló la cabeza sobre el pecho,



#### IV.

### Galicia en el siglo IX.

La fisonomía moral y material de Galicia en el siglo IX, época en que acaecieron los sucesos que consignamos en estas páginas, preciso nos es delinearla en un cuadro especial, pues lo requiere así la importancia histórica de nuestra obra.

La diferencia político-social de la Galicia de entonces à la Galicia actual es tan inmensa y tan poco conocida por la escasez de datos, que ya que poseemos algunos no podemos menos de valerlos de ellos para ilustrar en lo que podamos, no à los eruditos, pero sí à los sencillos comarcanos que nos lean.

Y esto es tan necesario y tan imprescindible para nosotros, pues sin tener completas nociones de aquella época, mal

se pudieran apreciar nuestros trabajos literarios, ó lo que es lo mismo, los cuadros que dibujamos sobre el sombrío caos del pasado, históricamente desconocidos.

En una obra referente al siglo XV ó XVI, el escritor no tiene que luchar con tantas contrariedades; pues hoy casi sería prolijo detallar las escenas caballescacas, tan interesantemente detalladas ya por los poetas nacionales y extranjeros que han logrado popularizar los usos y las costumbres, ... en una palabra, las fisonomías respectivas de esas épocas que acabamos de fijar.

Pero nuestra Galicia en el siglo IX, como tiene un carácter distinto al de los demás reinos por sus condiciones particulares de localidad y de poderes políticos y religiosos, hé aquí por qué nos parece bien este aparte, esta esposicion moral y material que de ella vamos á sacar á plaza.

En el siglo XV y XVI habia en Galicia *pueblo*, en el sentido filósofo-social de esta palabra.

Y en el siglo IX no habia *pueblo* en Galicia: no habia mas que nobleza y clero.

En el siglo XV, habia ciudades en Galicia, cuya preponderancia creciente, colectiva y popular minaba la omnipotencia del feudalismo y de la teocracia.

Y en el siglo IX no habia ciudades en Galicia que debilitaran esa omnipotencia desastrosa; no habia mas que mezquinas

villas cuya jurisdicción pertenecía al clero y á la nobleza, castillos y conventos. Las ciudades que florecían en tiempo de las parcialidades caláicas, de los romanos y de los suevos, fueran destruidas por las luchas intestinas del arrianismo y del catolicismo, completando su ruina la irrupción devastadora del árabe: entonces empezaban á sacudir su velo de escombros empapado en lágrimas y en sangre. (23)

En el siglo XV y XVI había tribunales de justicia que el poder real fundaba para contrarrestar las arbitrariedades del clero y de la nobleza, iniciando el magnífico protectorado de la corona sobre la racional y libre condición del ciudadano. (24)

Y en el siglo IX los tribunales de justicia, en Galicia, los constituían sus señores de *horca y cuchillo*, temporales y espirituales. (25)

---

(23) Y aun no del todo, pues se edificaba sobre las ruinas, como lo prueba el trozo de mosaico descubierto en Lugo no hace muchos años, al derribarse un convento de monjas.

(24) La audiencia de Galicia fué creada en 1482 por los Reyes Católicos á consecuencia de las graves vejaciones y revueltas que ocasionaban los magnates de este antiguo reino, y para poner coto á la revolución popular de que hemos hablado en Los Hidalgos de Monforte, ocasionada por el despotismo feudal y teocrático.

(25) A dos leguas de la Cañiza, y en la feligresía de santa María de Arbo, aun existe un lugar llamado Cham da Forca, en el cual se hallaba entonces la que designaba el poder feudal de los condes de Sal-

En el siglo XV y XVI el *gobierno* era el rey; y aun una regencia, la del cardenal Cisneros, hizo temblar à la nobleza cuando le mostró los poderes con que contaba para *gobernar el reino*.

Y en el siglo IX el *gobierno*, en Galicia, era cada señor de *vidas y haciendas* en sus estados, ya aristócrata, ya teócrata.

En el siglo XV habia ciudadanos en Galicia que, sublevándose con la conciencia de su dignidad y de su razon, lanzan el santo y vibrante grito de *Deus fratresque Gallaicæ*, y organizándose en hermandades, las primeras de España, inician el contrapoder de los municipios que, mas tarde, en el siglo XVI, y à pesar de la derrota de Villalar, llega à elevarse à fórmula orgánico-política de inmensa importancia hasta en los antiguos parlamentos. (26)

Y en el siglo IX no habia ciudadanos, ni gritos de libertad, ni procuradores à Córtes: no habia mas que miserables ilotas que sembraban pan para sus señores.

De la Galicia del siglo XV ó XVI con sus nueve grandes ciudades, à la Galicia

---

vatierra; y en el Carrío del Pozo, frente à la casa municipal, permanece aun el rollo, signo del mencionado señorío; asi como en Beade, en el lugar de la Picota, etc., etc.

(26) Nuestros hermandinos de Galicia fueron precursores de los comuneros. En nuestras montañas retumbó antes que en los llanos de Villalar el grito de libertad que exalaron los mártires de la patria y del pueblo.

del siglo IX sin ninguna, hay una diferencia grandiosa.

Ved cómo estaban entonces nuestras nueve ciudades, ó nuestros únicos grandes centros de población.

Lugo, la antigua capital de los *caporos*, que formaban una de las numerosas regiones en que se dividió la España primitiva; la ciudad patricia de los 85 torreonos; la residencia del legado augustal que gobernaba el extenso territorio lucense, que comprendia 166,000 nobles; la corte de los reyes suevos... tomada en 714 por el caudillo musulman Muza y reconquistada en 755 por Alfonso I, empezaba entonces á ser poblada por sus preladados que, al regresar de la emigracion, la habian encontrado desierta é inhabitable. (27)

Santiago, la antigua *Tenafus*, segun Orteho, y *Burgo de los Tamaricos*, segun Huerta, era un miserable pueblo, resto de los primitivos *præsamarcis*, que con el nombre de Compostela se agrupaba en torno de la iglesia del Zebedeo, iglesia formada con *tapeas de terra* ó tapiería, como dice el P. Mariana, hasta que mas adelante la edificó Alfonso III desde los cimientos con sillares y columnas de

---

(27) *Invenimus ipsam sedem desertam et inhabitatem factam*, palabras de Obvario, obispo de Lugo, segun el *Benedicuno* de Rivas de Sil, cronista del siglo XIV, cuyos datos seguimos en esta historia.

mármol, cosa en aquellos tiempos rara y maravillosa.

Orense, la antigua *Amphiloqua*, arrasada por los árabes en 716 y víctima después de su dominación, empezaba á poblarse nuevamente entre su antiguo puente y la catedral, levantando sus mezquinas y groseras casas entonces, con las piedras labradas por el griego, por el celta y por el romano.

Mondoñedo, la antigua *Ontonia* de los suevos, no estaba en el mismo punto que hoy, pues la sede *britoniense* que se hallaba en Britonia (28), sede con honores de pontificia en el reinado de Teodomiro (570), destruida por los sarracenos (*Britoniense destructa*), anduvo errante por los confines de Asturias, hasta que en 850 vino en huida Sibarico I, obispo de Dumio, junto á Braga, asolada también por los ismaelitas, y estableció su residencia junto á la costa del norte, en San Martín de Mondoñedo, tres leguas distante de la ciudad de este nombre en el día.

Pontevedra, la antigua *Helenes* de Teucro, y *Duo pontes* de los caláicos, empezaba también á repoblarse por aquel tiempo, habiendo sufrido las destrucciones consiguientes á la dominación agarena, y á las revueltas que ocasionaron las doctrinas heresiarcas de Prisciliano.

---

(28) En la actualidad Bretoña, parroquia á dos leguas de Mondoñedo.



Vigo, la antigua *Vicus spacorum*, no tenía significacion alguna entonces, hundida bajo el revuelto manto de sus escombros

La Coruña, la antigua *Cruña* de los artabros ó arrotrebas, el *Portus magnus* de los romanos y la *cibdad Brigantia* de los suevos, sometida al emirato de Córdoba, acababa de sacudir este yugo para luchar nuevamente contra los piratas escandinavos que cometian las mayores atrocidades en sus marinas deliciosas.

Betanzos, la antigua *Brigantium*, capital de la república de los brigantinos, artabros ó arrotrebas, cuyo puerto era *Brigantia* (Coruña), arrasada tambien por las irrupciones del moro, empezaba à repoblarse con las familias indígenas que pudieran librarse de aquel azote, pero sin significacion alguna municipal ó civil.

Tuy, la antigua *Tude*, capital de la parcialidad de los *gruios* ó *gravios*, la corte de Witiza, (29) reconquistada à la capacidad del moro por Ordoño I, lloraba à orillas del Miño su desmantelamiento, recostada sobre sus hacinadas ruinas.

Hé aquí el estado de nuestras ciudades en aquella época, pues no hacemos men-

---

(29) •Witiza reinaba en el antiguo estado de los suevos, mientras que su padre Egica reinaba en el de los godos, estableciendo aquel su corte en la sede tudense. • Crónica escrita por Alfonso III el Magno.

cion de otros pueblos de alguna importancia en la antigüedad como *Lámbriga* ó *Laniobriga*, hoy la aldea de Lambre; (30) *Caronium*, hoy Santiago de Guldreiz; *Gondomar*, poblado en 611 por Gundimarro; *Dactonium*, capital de los *lemavos*, hoy Chantada; *Ebura*, en la desembocadura del Tambre, hoy Obre; *Hegurra*, hoy aldea del valle de Orres, capital un tiempo de los *hegurros*; *Iria Flavia*, mansion de los cónsules y pretores en sus visitas provinciales, hoy Padron, cuya colegiata fué episcopal, antes que la que es hoy su metropolitana, etc., etc., porque por su estado de abatimiento poco ó nada figuraron en los sucesos que nos ocupan, y por la poca consideracion civil que han tenido despues del siglo à que nos referimos.

La vida local de Galicia entonces, se reducía tan solo à sus poderes feudales, ya teócratas ó aristócratas, *anidados* en los monasterios y en las fortalezas que se levantaban desparramadas por los valles y las montañas del territorio.

De esa significacion material que dibujamos con nuestras pálidas tintas, surgía su significacion moral, definitivamente cruel y bárbara, como resultado del choque poderoso de tanta disolucion de costumbres y de religiones, de tanta dominacion de razas como las que, enervando el

---

(30) En Rogin Rojal, hemos dado detalles de su pasada opulencia.

noble orgullo de las castas libres, entrarán en el país con el incendio y la ruina para ser vencidas después con las mismas armas que emplearan en su conquista.

La teocracia, como un principio religioso, y el feudalismo militar como su mantenedor, era el único relieve concreto y definitivo de aquel embrión social que surgía del caos de escombros y de sangre en que giraba indeterminadamente el verdadero pueblo como una masa oscura, como una nube sin forma y sin color que se proyecta en el horizonte para absorber lentamente á los celajes más brillantes.

Aquella duplicidad característica que se encarnaba en la idea del cristianismo por medio del sentimiento unitario de la iglesia, rivalizaba, no obstante, entre sí por el egoísmo jurisdiccional del clero y la poderosa omnipotencia de la nobleza que todo lo quería dominar por el principio de la fuerza.

La antigua *Caláica* se reproducía, pues, con nuevas condiciones políticas, vaciada en la turquesa de otra civilización que no podemos calificar.

Las primitivas repúblicas, tan sencillas como libérrimas, y sus antiguas parcialidades, radiantes de civismo, en las que nadie se individualizaba ante el Dios *innominado* que adoraban en los *lucos* y en las *mamoas*, bajo la inmensa bóveda

de los cielos, surgian del abismo con otra forma mas pronunciada y de mas colorido; surgian con el nombre de *Gallecia* bajo las garras potentes de una idea santa sí, pero de una idea que particularizaba los hombres, por medio de sus instituciones religiosas y militares.

La igualdad condicional y recíproca del ciudadano, la estingua la nueva civilizacion de las *pechas*, del *santuario*, del *ricohome*, de los *milagros* y del *monarca*, en cuyo fondo se revolvian las pasiones mas viles y bastardas, orladas con un esplendoroso cendal de hipocresía.... Empezaba el drama sangriento, terrible, borrascoso, en que los actores deslumbraban al espíritu público con el oro y la plata de sus magníficos ropajes: empezaba el drama de las *desigualdades*... el drama de los verdugos y de las víctimas... el drama que habia de originar la creacion de la audiencia de Galicia (31)... el drama que habia de centralizarlo todo en dos signos, una *cruz* y una *corona*; signos santos, es verdad, pero signos enlodados por sus mismos apóstoles.

¡Oh, qué época!-Aquellos que adquirieran el poder de la fuerza bruta luchando contra el moro en los campos de batalla, se denominaban condes sin autorizacion régia los mas, y tenian su trono en los cas-

---

(31) Revolucion popular del siglo XV, apreciada en «Los Hidalgos de Monforte, edicion de Madrid.»

tillos, desde donde en nombre de su lanza hacian al débil feudatario (32).

De aquí la nobleza:—*primera fase.*

Aquellos que adquirieran el poder de la fuerza intelectual ó espiritual por medio de una vocacion decidida al cristianismo, tenian su trono en las iglesias y en los claustros, desde donde en nombre de Dios hacian *feudatarios* al débil y al fuerte (33).

De aquí la teocracia:—*segunda fase.*

Y aquellos á quienes el cielo no habia dotado de un poderoso brazo ni de una inteligencia clara, eran esclavos irremisiblemente, que vegetaban en humildes chozas (34).

De aquí los *pecheros*:—*tercera fase.*

Ved, pues, en pobres pinceladas las tres manifestaciones mas distintivas, las tres significaciones morales y materiales de nuestra Galicia en el siglo IX, al sacudir el yugo musulman.

---

(32) Dedicaban una torre de su fortaleza esclusivamente para este objeto: llamábase la del «Homenaje.» A sus vasallos les hacian echar el quilo obligándolos á abrir anchos fosos, y este trabajo se llamaba el servicio de la fonsadera.

(33) El Abad de Celanova se titulaba marqués de Sande y conde de Bande, y la mayor parte del clero absorbía de hecho el poder temporal, además del espiritual que le correspondía de derecho.

(34) En aquellos tiempos no se les permitía á los vasallos casas de dos pisos, y los monjes de Celanova, ejerciendo el señorío abadengo sobre la villa hasta hace pocos años, no permitían levantarlas sino hasta la altura de las ventanas del convento.

Allí no habia mas ciudades que castillos y conventos, palacios y monasterios, y hacinamientos de malas casuchas à sus plantas, que se llamaban villas, ni allí habia mas *pueblo* que el que constituian los ricos-homes y los monjes, pueblo de magnates que, girando libre y parcialmente en los pequeños círculos de sus estados, era agitado por las pasiones mas violentas y desenfrenadas, y marchaba de ambicion en ambicion sobre los tostados hombros, sobre la humeante sangre del verdadero pueblo... del que cuidaba de la labranza y de la cria de los ganados. (35)

¡Oh, que época!—El que no se contentaba con ser hidalgo, se hacia rico-home, ó baron, ó conde, y el que creia tener poca hacienda se declaraba en lucha

---

(35) Como una prueba del desdoro con que eran considerados los vasallos, ahí está la parroquia de San Andrés de Abelenda das Penas, á 6 leguas de Orense. No nos referimos al feudo que por razon de yantar pagaba al conde de Rivadabia, ni á lo que satisfacía al priorato de Beade en concepto de luctuoso y de fiogaza; nos referimos á lo que era mas depresivo aun; á que llegando el dia de San Andrés, el prior de Beade habia de presidir con su perro, en ostentacion de dominio señorial, la mesa del cura de aquella parroquia, á la que asistian las cabezas de familia de la misma, y cuando por indisposicion no podia concurrir el prior, enviaba un suplente con el mismo ú otro perro, para que ejecutase la demostracion de sus privilegios.—Si esto no era hacerlos menos que perros á los vasallos, no sabemos lo que era.

Si fuéramos á dar una idea minuciosa de las tropelías de que eran víctimas los inofensivos ha-

abierta contra su vecino: si era noble, con su lanza; si era monje, con el crucifijo.

El que lograba hacerse mas absoluto, el que mas podia en aquellas contiendas de puro egoísmo, aquel era el mas *grande hombre*, porque aquel era el mas *privilegiado*.

El pensamiento del unitarismo monárquico es mas antiguo que Carlos I, el nieto de la *encarnacion* de Aragon y de Castilla: el pensamiento de centralizarlo todo nació con el primer hombre fuerte.

De aquí los caudillos, de aquí los reyes: —Pelayo, Iñigo Arista, etc., que no nos pertenecen, concretándonos á Galicia.

Segun nuestras notas históricas, que debemos á un ilustre anticuario de Braga, era grande el escándalo con que en su fie-

---

bitantes de nuestras montañas, necesitaríamos formar un libro especial en que solo así la aristocracia y la teocracia aparecieran con sus verdaderos colores. — En el archivo municipal de San Ciprian de las Viñas, parroquia de la provincia de Orense, hemos visto un documento de 25 hojas de pergamino en folio, espedido por el tribunal de Galicia, en la Coruña á 15 de mayo de 1577, donde consta que desde muy antiguo lucharon los vecinos de esta feligresia contra el colosal poder que tenia el abad de la Santísima Trinidad de Orense, señor de los tres cotos de Orense, San Ciprian y la Valenzana, y muchas veces se quejaron á los reyes de aquella fuerza que les hacia con sus ambiciosas exigencias, habiendo obtenido proteccion y amparo contra aquel feroz potentado en los reinados de D. Enrique, y de los Católicos D. Fernando y Doña Isabel, segun consta minuciosamente en el citado documento.

reza indómita se abrógaban muchos el dictado y las prerogativas de conde en las tierras de Galicia. Se abusaba estraordinariamente de este título en el siglo IX: antiguamente equivalia á gobernador de una demarcacion, concedido por el caudillo ó por un rey; pero despues de la reconquista del territorio, cuando el árabe abandonò nuestras montañas ensangrentadas, no habia hidalgo medianamente hacendado que no se sirviese de él para completar su esplendor.

La mayor parte de aquellos condes no eran *condecorados* por la gracia de los reyes de Asturias, los cuales no paraban mientes en tal coña, abstraídos en las continuas jornadas que libraban al moro, pero sí por la gracia de Dios, pues no faltaban obispos y abades que los revistieran de esa importancia en una ceremonia religiosa *ad hoc*, bajo el pretesto de *defensores de la fé*.

El acto de esta investidura se reducía á una misa cantada, á la que asistia el señor feudal armado de todas armas, situándose de hinojos al pié del altar. Poco antes de elevarse la hostia desnudaba la espada, la cogia por la hoja, y con el puño dirigido al retablo, se acercaba de rodillas tres veces hasta las plantas del sacerdote que oficiaba, como ofreciéndose a ella al Señor. Despues la cogia por la cruz, y volviéndose hácia las puertas del templo la ponia estendida sobre la frente, y



la hostia se levantaba para los demás por encima de su cabeza. Antes de concluir la función religiosa, se bendecía su estandarte, donde se veía una caldera pintada en muestra de que quedaba obligado á mantener jente en defensa de la religion de Jesucristo.

Por medio de este ceremonial, adquirian aquellos señores de *pendon* y *caldera* el derecho jurisdiccional de *vidas y haciendas*, y el privilegio de oír misa á caballo en los templos de sus estados respectivos, cubiertos con el deslumbrante casco de batalla, y cuando tocaban á alzar volvian grupas al retablo, y con la espada en guardia sobre los ojos permanecian así el corto tiempo que duraba este acto de tanto recogimiento y sublimidad cristiana, como para dar á entender que sucumbiria á la fuerza de su robusto brazo todo el que no humillara la frente hasta el suelo en aquel instante.

El conde de Malpica (36) fué el único que tuvo un privilegio mas estensivo, respecto á esta práctica religiosa de los títulos de aquellos tiempos, pues no solo en las iglesias de sus tierras de Corme, Vimianzo y Cé, sino en toda la monarquía astúrica podia hacer lo mismo; derecho que le

---

(36) No se confunda con el marqués de este nombre, que era el señor de Allariz. Los condes de Malpica, anteriores á los marqueses de este mismo título, tenían su solar en la villa llamada así, cerca de la costa.

concedió don Ramiro, padre de don Ordoño I, por su heroico comportamiento y el de sus *carcamanes* (37) en la batalla de Clavijo, salvando el ejército cristiano de una celada que le preparara el moro en lo mas récio de la pelea.

En cuanto á los demas condes, unos, pues, eran nombrados por el poder real, y otros por el poder espiritual: primero, siguiendo la costumbre de los suevos que habian dividido el territorio de Lugo en doce condados, y asi las demas regiones de Galicia, despues ampliando este número indefinidamente, segun las exigencias de los *ricos-homes*, ó *hijos de algo* que acrecentaban sus haciendas.

Pero con la misma facilidad con que se erigian nuevos condados, con la misma facilidad se desvanecian en mas ó menos periodo, los unos porque al morir sus poseedores no dejaban herederos convenientemente aventajados para conservar sus dominios propios y perpetuar sus razas, y los otros por lo efusion consiguiente á los matrimonios que la nobleza celebraba entre sí.

De todo esto resultó que cinco siglos despues-1370-no habia ya un número tan considerable, y los pocos que se contaban fueron sumamente poderosos, como los de

---

(37) Llámase aun asi en Galicia á los habitantes de las marinas inmediatas al cabo de Finisterre, especie de Lowlands, distintos á los clanes de las montañas de Jallas, con quienes se hostilizaban antiguamente.

Lemos (38), los de Andrade, los de Villalva, los de Altamira, los de Maceda, los de Salvatierra, los de Monterey (39), etc. - También contribuyó mucho á ello don Pedro el Justiciero, que puso coto á tanto conde como aparecía lejos de su corte, mandando que fuera despojado de sus bienes el que continuara usando de algun título que no pudiera justificar con la ejecutoria de tal concedida por él, ó por sus ascendientes.

¡Tal era la época! - Desbordados todos, sin freno alguno, cuanto mas poderosos, cuantos mas títulos, haciendas y privilegios alcanzaban aquellos infinitos condes, barones, ricos-homes, prelados y monjes del país, mas anhelaban las que pertenecían á los demás, y la autoridad que sobre ellos tenían los reyes de Asturias (40), ocupados en las repetidas jornadas de la reconquista, era una autoridad *in nomine*, no real ni efectiva, sino fantástica, de fórmula. Por su propia conveniencia les obedecían cuando reclamaban jente para lidiar contra el moro; pero nada mas. Así que, el poder monárquico, no influía de ningun modo sobre la nobleza y el clero

---

(38) Eso en cuanto á los títulos, que en cuanto á las genealogías variaban incesantemente, pues solo en la posesion de un condado hemos encontrado mas de siete apellidos; Lopez, Gutierrez, Fernandez, Osorios, Castros, que podían formar un Nomenclator regular.

(39) Esta última casa absorbió la mayor parte de los estados de la Limia.

(40) Entonces aun no se titulaban reyes de Leon.

de Galicia en aquel siglo, porque no era un poder administrativo en la grandiosa acepcion del término.

Entregado, pues, á sí mismo aquel pueblo de ricos-homes y sacerdotes, la ambicion lo poseia hasta el vértigio, creéndose parcialidades los condes mas fuertes en favor de su prepotencia feudal, omnimoda y absorbente.

De aquí el poder real en Galicia, de aquí la sublevacion histórica, de que nos vamos á ocupar.

Entre los nobles que mas se elevaban de dia en dia sobre los demás, se señalaban el conde don Veremundez Borborás de Alemparte, que dominaba con su influencia toda la region del Miño, desde su orilla derecha hasta las costas de los dos océanos, y el conde de la Limia-alta, que dominaba lo restante, desde la orilla izquierda hasta las fronteras de Asturias y del moro, comprendiendo el territorio del Vierzo y de la Puebla de Sanabria, que entonces pertenecia á Galicia (41).

Ambos tenian presente que el pais ha-

---

(41) Aun cuando consta en nuestras notas que Braga y toda la provincia portuguesa de entre Duero y Miño perteneció á Galicia hasta fines del siglo IX, nosotros nos desentendemos de entrar en mas detalles sobre esto, por dos razones: primera, porque las poblaciones de este territorio se fijaban mas que en nada en las escaramuzas que sostenian contra el árabe en una lucha encarnizada de continuo, por lo que figuraron casi incidentalmente en nuestras «guerras del Miño,» á escepcion de las de-

bia sido reino de los suevos, y ambos en la omnipotencia de su soberanía feudal soñaban con restaurar la deslumbrante corona que Leovigildo fundiera en la suya al castigarla usurpacion de Andeca.

Ambos osados y emprendedores, ambos condes devorados por el pensamiento supremo que vibraba continuamente en sus cerebros y constituia su animismo, se valian de todos los medios imaginables para adquirir prosélitos entre la nobleza y el clero.

La nobleza, *primera fase*, deslumbrada por efímeras y pomposas promesas, y animada por las rivalidades de localidad cuyo espíritu aun preocupa hoy al país, no tardó en dividirse en favor del uno ó del otro pretendiente.

El clero, *segunda fase*, por su parte, acogia con agrado la idea de la independencia de Galicia, porque á la vez se emancipaba de otra dictadura espiritual, creando una indígena subordinada tan solo al Papa; pero tambien se dividió como la nobleza, segun sus esperanzas de influir

---

marcaciones de Chaves, Melgazo y Monzas, que entraron de lleno en ellas, y de las cuales nos ocuparemos cuanto lo permita el plan y la índole de nuestra obra, y la segunda por la repugnancia que sentimos y que nunca hemos podido vencer á interesarnos «de corazón» por otras localidades que no pertenezcan á la «Galicia de hoy», la Galicia que conocimos y que amamos, la de la punta de Santa Tecla al Eo, la de los montes de Mozalvo al Promontorium trilecum, de los romanos.

mas ó menos en la suerte de la nueva monarquía con uno ó con otro conde, y de obtener los obispados, abadias, prioratos y demás prebendas eclesiásticas que en aquellos tiempos creaban y proveían los reyes. (42)

Los pecheros, *tercera fase*, los pecheros... ¡oh, pobres párias, que regaban los sembrados con el sudor de su frente!... ¡pobre carne de lanza palpitando à la voz de sus señores teocráticos y aristocráticos!

Cuando estas parcialidades se robustecian mas y mas de dia en dia, concertando los mejores planes para aquel alzamiento, hijo del espíritu de pandillaje y no del espíritu público, llegó la noticia de la muerte de Ordoño I y de la sublevacion del conde astur don Fruela contra su hijo Alfonso, á quien dejaba la corona aquel difunto monarca.

Estas sublevaciones, estas usurpaciones eran bastante frecuentes en aquellos tiempos, sin embargo de no consignarse con bastante claridad en las crónicas, pues ya en el reinado de don Ramiro I, el conde astur Nepociano se apoderó del reino por las armas y se intitula rey; se refugia don Ramiro en Lugo, le auxilian los naturales de esta ciudad contra aquel movimiento, preparanse las haces, se afrontan los dos ejércitos en Galicia, orillas del

---

(42) P. Mariana.--Historia de España.--Reinado de Ervigio.

rio Navia, y el conde es derrotado. Entregado despues al rey por dos caballeros suyos, Somna y Scipion, don Ramiro le manda sacar los ojos y muere en un monasterio.

Mas tarde en el mismo reinado el conde Alderedo se subleva tambien en Asturias, y sufre la misma suerte que el conde Nepociano, y en pos de Alderedo se levanta el conde Piniolo, y menos afortunado aun que sus predecesores, es mandado decapitar de órden del rey, con siete hijos que tenia.

La sublevacion que entonces se anunció por el conde astur don Fruela, que hacen algunos condes de Galicia, porque su alzamiento coincidió con el del conde de la Limia tambien Fruela ò Froila, se presentaba con un carácter mas formidable que las demás, pues aquel caudillo era de sangre real, hijo de don Bermudo, el Diácono, segun el P. Mariana (43), el cual reuniendo muchos partidarios y mirando con el mayor desprecio al hijo de don Ordoño,

---

(43) Otros historiadores dicen que era hijo de don García, hermano de D. Ramiro I, y otros, como el obispo Sampiro, asturiense, que «era un perdido de Galicia» (palabras testuales) «llamado Froila Veremundez.» Nosotros nos atenemos á los manuscritos que poseemos, y en particular al del Benedictino de San Estéban de Rivas de Sil, que es el que mas detalla estos sucesos, apoyándolos en datos de tanta importancia arqueológica, que es imposible recorrer el teatro en que acaecieron sin darle la razon, como nos ha sucedido á nosotros.

Alfonso II, niño à la sazón de trece à quince años, le obligaba à huir de Oviedo, corte de los reyes astures, y à refugiarse en Alava.

Conmovidó por estas revueltas el reino fundado por don Pelayo, la ocasion no podia ser mas favorable para los que aspiraban à coronarse Reyes del de Galicia, emancipando à este estado del indigno dominio de aquel... Los Dornas reciben la noticia primero que el Borboràs de Alem- parte: el pais estaba ya en gran efervescencia presintiendo las turbulencias de los dos bandos que iban à ensangrentarlo, y por fin de aquel caos de ambiciones y temores, surgió la repentina coronacion del conde de la Limia-alta, que degenera en una revolucion galáica, en una revolucion que se devora asimismo dentro de la órbita en que giraba.

De ahí *las Guerras del Miño*... De ahí, pues, la historia que escribimos.



## V.

### La Jura en Amoroce.

Siguiendo, pues, el hilo de los acontecimientos históricos que hemos empezado á consignar en estas páginas, la coronacion de don Froila Dorna por rey de Galicia se propaló instantáneamente en el país, porque los heraldos no descansaban ni de noche ni de dia para pregonar sin cesar en todos los castillos y conventos que el conde de la Limia-alta habia sido proclamado por mas de doce condes de los mas poderosos de la orilla izquierda del Miño.

Esta noticia que no se esperaba, tanto como la de la proclamacion del conde don Vermudez Borboràs de Alemparte, puso en conmocion á todos los hidalgos ricos-homes y monjes de ambas orillas, corriendo los de la banda izquierda á Celanova á donde habia ido á ungirse el conde don Froila.

En esa banda ó á la territorial del caudaloso Miño, nadie permaneció inactivo; nadie se esceptuó de agruparse en torno de aquella santa bandera que iba à redimir à Galicia de la esclavitud afrentosa del astur; y desde el momento que los sorprendiera la nueva, todas las personas de valía no vacilaron en acudir vivamente à Celanova, apresurándose à rendir pleito homenaje al nuevo rey, al que habia jurado sobre los Sagrados Evangelios morir por la libertad y por la independencia de la antigua Calàica.

El entusiasmo era creciente en toda aquella region izquierda del Miño, y no se oía en los castillos mas que cantos belicosos en honor à la nueva monarquia, y salmos de bendicion en los monasterios en honor à su arraigo y prosperidad.

Hasta los pecheros corrian gustosos à las armas para seguir à sus señores, y nunca con mas energia ni júbilo aspiraran al combate, cual si de el combate surgiera su redencion social como mas tarde.

Pero mientras toda la vida político-militar del territorio conocido por la banda izquierda del Miño, parecia concentrarse en un solo punto, Celanova, la del territorio que comprendia la otra banda, empezaba à palpitar à su vez en una ebullicion progresiva, para venir tambien à concentrarse en otro solo punto, el castillo de Alemparte.

Hállanse aun las ruinas de este casti-

llo formidable en las vertientes occidentales de Fornelos de Montes (44),

El terreno en que se levantan se llama *Chans de Bilan*, que, según nuestras notas, quiere decir *fuerza de lanza*, aludiendo á la batalla que tuvo lugar en aquellos llanos.

La torre que se conserva del castillo es antiquísima y está bastante derrotada; pero sus techos, paredes, puertas y ventanas, revelan su arquitectura romana.

En una de estas ventanas hay una inscripción que dice en mal romance:

*Casa da len y pairte facida por os reyes  
Godos, era Cesaris.*

Y en otra ventana se lee además:

*Cristus Rex venit in pace.*

Esta última inscripción pertenecía al escudo de armas de los Borboràs de A lemparte, familia muy poderosa del país en aquella época, y que á su estinción desapareció con sus privilegios y sus glorias en otras razas, dejando su apellido de Borboràs, adulterado en Boboràs y diseminado en denominaciones de varios lugares de la provincia de Pontevedra, así como el nombre de su título en varios de esta y de la de Orense.

En el siglo IX, el conde don Veremun-

---

(44) Parroquia situada á cuatro leguas de Pontevedra. Advertimos de una vez y para siempre, que cuanto referimos en esta historia puede leerse en todos los escombros de los castillos y demás monumentos que citamos.

dez Borboràs de Alemparte, era uno de los mas opulentos señores de Galicia, y tanto por las simpatías que adquiria por su trato, como por su valor en los combates y la estension de sus estados, pues su jurisdiccion se estendia á mas pueblos de los que abarca hoy el ayuntamiento de Boboràs, habia llegado á tomar una preponderancia moral tan distinguida que se le reconocia ya de hecho como el verdadero rey de Galicia.

La idea de que hubiera un rey en la antigua Calàica, y que este no fuera el Borboràs de Alemparte, como acostumbraban á llamarle, parecia sublevar las conciencias en favor de aquel bravo adalid de grandes hechos de armas, y de una nobleza tan esclarecida como la de su linage.

Los altivos infanzones de la derecha del Miño, mil veces habian concertado su proclamacion espontáneamente, pero cuando él tenia noticia de sus planes todos los frustraba, porque decia, y decia muy bien, que él mas que nadie deseaba la independencia del país, à fuer de buen caballero gallego, pero que no queria deber la corona á una banderia, à una region sola del Miño, sino à toda Galicia.

Por mas que se le hacia ver que proclamado por el ala derecha del Miño (45),

---

(45) En nuestras notas se usan mucho estas demarcaciones del ala derecha y ala izquierda del Mi-

el ala izquierda seguiria el movimiento, adhiriéndose ambas en un todo bajo tan sacrosanto objeto como el de emancipar el país del yugo astúrico, y emanciparlo con un rey al frente de una nobleza tan alta como immaculada, el conde Borboràs de Alemparte persistia en permanecer en su puesto, mientras existieran las animosidades que prevalecian de una en otra banda.

Al ver esta obstinacion tan pronunciada, los ricos-homes y eclesiásticos que concibieran el plan, trataron de explotar las voluntades del ala izquierda del Miño. Empezaron por el conde de Rivadabia, que por la situacion de su señorío orillas del mismo rio, contestó que él ni era de la izquierda ni de la derecha; pero que si seria del primero que tuviera el suficiente arrojo para cometer empresa tan ardua como la de erigir á Galicia en reino. Como este conde contestaron los mas sensatos, y los que mas amor tenian al país y no á las personas; el conde Maceda aceptó desde luego al de Alemparte por rey; el de la Limia-alta aplazó el movimiento para la muerte de Ordoño I, fingiendo adherirse á él, y asi sucesivamente la mayor parte de los condes afectos á

---

ño, que nosotros seguimos tambien, pues las creemos muy adecuadas para marcar el espíritu de rivalidad que en aquellos tiempos dividia casi territorialmente á la nobleza y al clero.

los Dornas, y que hemos visto figurar en su coronacion como parciales.

Aplazado, pues, el movimiento para la muerte del rey Ordoño, que empezaria por protestar contra toda eleccion de rey que no fuera de *Galicia para Galicia*, nadie dudaba que el conde Borborás de Alemparte seria el primero en levantar ese trono que tanto se anhelaba.

Pero hé aquí que, de repente, al comunicarse al país la muerte del rey Ordoño se comunica con la coronacion del conde don Froila Dorna, apoyada por mas de doce condes del ala izquierda, y entonces hubo una especie de confusion en la nobleza y en el clero del ala derecha, como si recibieran una impresion terrible é inesperada.

A esta impresion de sorpresa y confusion, sucedió bien pronto el espíritu de parcialidad, sublevándose contra lo que creian un desacato al país en la persona del conde Borborás de Alemparte.

Se esperaba una voz, un grito de alarma, y este eco se dió por Ataulfo II, obispo de Santiago.

La causa de esta escitacion del prelado en favor del conde don Veremundez, era legítima y á la vez personal, pues al ser ungido rey en Celanova el conde don Froila por mano de el abad mitrado del Buen Jesus, habia declarado á este clérigo obispo de Compostela, en su omnipotencia

régia, anulando la eleccion de Ataulfo II, porque se negara á consagrarlo.

A la escitacion del verdadero obispo de Santiago correspondieron todos los nobles y monjes del ala derecha del Miño, y ella produjo la concentracion de fuerzas en Alemparte, que hemos indicado anteriormente.

La fermentacion era general en el país.

No parecía sino que toda Galicia se replegaba vivamente al Sur, corriéndose de las montañas graníticas del Norte sobre dos puntos, Alemparte y Celanova.

Se llegaba á Alemparte como se llegaba á Celanova, á prestar homenaje á un rey.

Solo el Miño dividia las dos afluencias de nobles y de monjes, como dividia los territorios, y solo un conde lo atravesó con su meznada.

Este conde era Fillao de Maceda, y esta parcialidad estraña de la otra banda hizo cobrar mas aliento al conde Borborás.

Al realizarse tan espontánea reunion orillas del Tea, el obispo de Santiago exortó al conde Don Veremundez con el crucifijo en la mano, delante de los condes y ricos-homes de Salvatierra, Andrade, Villalva, Altamira, Villagarcia, Deza, Borragueiros, Barcala, Friol, Mesia, Malpica, Rivadumia, Dozon, Rivadulla, Amaranite y Monterroso, que habian acudido

con sus huestes, y entonces el valiente conde Borboràs de Alemparte, no pudo menos de tirar de la espada y aceptar el trono que se le ofrecia.

Quisieron coronarlo en el acto, pero él rehusó esta ceremonia, mientras tanto no venciera al conde de la Limia-alta, y prometió no descansar hasta castigarlo por mal caballero, pues era mal caballero el que faltaba á las promesas que le habia hecho, de aceptarlo á él por rey á la muerte de don Ordoño.

Todos aplaudieron frenéticamente al conde Borboràs de Alemparte, jurando seguirlo al combate, y hé aquí como desde aquel dia empezaron las hostilidades que han ensangrentado nuestras montañas, designadas en las notas que poseemos por *Las guerras del Miño*.

Si la noticia de la coronacion del conde de la Limia-alta habia cundido con rapidez por toda Galicia, la de la reunion de aquel ejército en las orillas del rio Tea, llegó muy pronto á Celanova; y si bien escitó un gran entusiasmo por la ocasion que iba á presentarse de llegar á las manos la una y la otra parcialidad, la del ala derecha y la del ala izquierda, aquel entusiasmo llegó tambien á decaer en un desaliento grande, al considerar los buenos gallegos como Francisco Fernandez de Temes, conde de Rivadabia, que la sangre que iba á derramarse no era por



la independencia de Galicia, sino por tal ó cual persona.

Este desaliento empezó á demostrarse en algunos nobles, y al advertirlo el astuto y previsor abad del Buen Jesus, aconsejó á don Froila que no se cuidara tanto de fiestas y de festines como lo hacia, y que tratara de organizar su jente para la lid, pues ademas de amortiguarse la animacion que reinara antes en ella, el conde de Alemparte amenazaba traer la guerra á la region izquierda, si no lo iban á bati-  
tir en su ala hidrográfica territorial.

El rey don Froila Dorna no pudo menos de aceptar el consejo, y con arreglo á esto dispuso pasar una gran revista á sus huestes, con ánimo de levantar el campo al siguiente dia y marchar contra los rebeldes que osaba acaudillar el conde de Alemparte.

En esta revista habia de celebrarse tambien la jura de la bandera real.

Amaneció el dia designado para ella, y el cielo parecia negarse á alumbrar aquel acto que tendria lugar en la córte de Celanova, pues la mañana se presentó con una cerrazon tan sumamente densa que envolvía las pintorescas vertientes de San Mamed, San Tirso y el Medo ó monte de los Milagros, sin dejar ver ni uno de sus poéticos grupos de rocas y de árboles.

A es del medio dia, las nieblas del Sorga y del Arnoya fueron replegándose gradualmente hácia los elevados flancos de

la sierra de Panagache, y por fin las ro-  
gizas irradiaciones del sol las borraron del  
límpido horizonte del valle, como si el  
cielo las ahuyentara con sus sonrisas  
de luz.

El acto llegó por fin à efectuarse. El  
rey don Froila salió del monasterio de Be-  
nedictinos (46), resplandeciente de mag-  
nificencia: llevaba en las manos un ligero  
cetro, símbolo de su autoridad, y en la  
frente una riquísima corona de oro, cua-  
jada de pedrería; vestía una gran túnica  
de tisú de plata, y ostentaba sobre los  
hombros con majestuoso ademán, un man-  
to de escarlata recamado de oro.

El rey don Froila era muy dado á las  
pompas y vanidades y su salida del mo-  
nasterio era á modo de procesion.

Abrian la marcha dos maceros ó reyes  
de armas, vestidos de terciopelo de colores;  
seguia despues Senracino llevando la  
bandera del reino como alférez mayor de  
él; luego iba el rey, debajo de un arco de  
oro, plata y flores olorosas, cuyos extremos  
sostenian dos de los condes mas principa-  
les de los doce que lo habian aclamado en  
Aldapena, el mas anciano y el mas jóven,  
el conde de Monterrey y el conde Neira  
de Jusá; luego Vitila que llevaba el escú-

---

(46) No era el que existe hoy, segun nuestras no-  
tas. El que existe hoy lo levató mas tarde San Ro-  
sendo, obispo de Dumio, sobre la base del que exis-  
tia entonces derribado por los moros en la irrup-  
cion de Almanzor, año 981.

do régia, de batalla, y completaban este acompañamiento el abad del Buen-Jesus, el obispo de Lugo, el cabildo de aquella catedral é innumerables abades, priores y monjes, con sus respetuosas ropas talares ó los hábitos de la orden á que pertenecian.

La comitiva entrò en el campo de Amoroce, donde estaban formadas las mesnadas en son de guerra.

Al aparecer en frente de ellas tocaron un airè marcial los clarines y las trompetas, y los ginetes rindieron las lanzas y las espadas, estendiéndolas á su frente, y los peones presentaron las ballestas con la mano izquierda, descubriéndose la cabeza con la otra.

—¡Viva el rey don Froila! exclamó el abad del Buen-Jesus.

Y echó una bendicion al ejército, á usanza de aquellos tiempos.

—¡Viva, viva! repitieron los ginetes, descubriéndose.

—¡Viva, viva! repitieron los ballesteros, arrodillándose.

Entonces el rey don Froila se dirigió á la cabeza de aquellas huestes, que la formaba la mesnada del conde de Monterrey, y adelantándose á su encuentro el alférez que llevaba el pendon de este estado, lo tendió á sus plantas.

El rey don Froila cogió su bandera de manos de Senracino y pasó con ella por encima de la que estaba á sus pies.

Lo mismo que hizo el rey don Froila con

el estandarte del conde de Monterrey, hizo con los de los condes del Vierzo, de Chamoso y de Sanabria; pero al llegar cerca de la mesnada del conde de Rivadabia, se detuvo con una impresion marcada de ira, pues el alferez de ella no se adelantaba con su pendon hácia él como habian hecho los demás à su aproximacion.

Al detenerse el rey, se detuvo à su vez la comitiva, y todos participaron de aquella impresion de disgusto.

Por el pronto reinó un silencio imponente.

Despues resonó la voz del rey, diciendo con altivez:

—Conde de Rivadabia, ¿por qué no se adelanta el pendon de vuestros estados? ¿Por qué no le rendís á mis piés como los demas nobles?

—Señor, contestó resueltamente el conde de Rivadabia; hasta ahora aun no puede ser hollado por vuestra planta como los que acabais de hollar.

Esta contestacion alarmó al acompañamiento régio.

—Vasco Fernandez de Temes, le dijo el rey al conde de Rivadabia, ¿qué quiere decir hasta ahora? Esplicadnos eso con mesura.

—Quiere decir, Señor, que si bien es verdad que os he jurado por rey en Aldapena y he conducido aqui mis huestes para ponerme á vuestras órdenes, jamás ima-

giné que el pendon de mis estados pudiera conducirse bajo vuestra real enseña, en contra de vuestros hermanos de la derecha del Miño.

Quiere decir, señor, que yo contaba combatir à los enemigos de mi patria, el astur y el moro; pero à los demas hijos de Galicia, no. Quiere decir, señor, que aunque hoy sois rey, lo sois y no lo sois.

—¡Vasco Fernandez de Temes! volvió á gritar el rey levantando su cetro en ademán de mando.

—Señor, lo sois y no lo sois, porque toda la nobleza de allende el Miño se reúne en torno del gran conde de Alemparte, á quien proclama tambien por rey de Galicia.

—Cou eso debísteis contar ya.

—Nunca, señor; y si hubiera sabido lo que supe hace poco, no hubiera formado hoy con mi jente en los campos de Amoroce.

—Hablad... ¿qué supisteis..?

—Me han afirmado, señor, que hace pocos meses vos prometiérais apoyar la corona de Galicia en las sienes del Borborás de Alemparte, bajo vuestra palabra de honor. Me han afirmado, señor...

—¡Es falso.. es falso!.. interrumpió el rey encendido como su manto de escarlata.

—De todas maneras, señor, yo, Vasco Fernandez de Temes, conde de Rivadabia por la gracia de Dios, rehusó que pienseis el pendon de mis estados para obli-

garme despues con eso à combatir contra mis hermanos de la derecha del Miño.

—¡Oh! os rebelais tambien!

—No, señor; entre bando y bando, mi pendon será símbolo de paz: *entre Miño y Miño seré puente en Rivadabia.*

Esta contestacion, que encierra una gran sutileza al par que revela un alma esencialmente noble, se hizo proverbial por mucho tiempo en el pais. Para comprender todo el mérito de su acepcion, hay que tener en cuenta que el conde de Rivadabia no estaba por uno ni por otro rey, sino por la independenciam de Galicia, que su solar se hallaba entonces casi sobre las mismas aguas del Miño, es decir, ni á la izquierda ni á la derecha, y que por aquellos dias acababa de concluirse un puente sobre estero, levantado à sus espensas y à las del Santo Pedro Gonzalez Telmo, que lo bendijó, llamado *Puente-Castrolo.*

—El rey no supo qué contestar á aquel heróico propósito, y ensoberbeciéndose como si no comprendiera su valor patriótico, dijo:

—Ved lo que haceis, Vasco Fernandez de Temes, pues sino seguis fiel al juramento que habeis prestado en Aldapena, quedais fuera de toda consideracion y sereis juzgado como cualquiera otro rebelde!

—Yo, señor, vivo con mi conciencia: contra el astur ó el moro, he jurado obedeceros; contra mis hermanos de Galicia, nunca. En cuanto á las palabras que aca-

bais de proferir, nada temo, señor; bien sabeis *que aunque soy pequeño de cuerpo soy grande de esfuerzo*.

Era en efecto como él decia, y asi lo caracterizaron todos sus contemporáneos: pequeño de corpo, é grande en esfuerzo.

—¿Me amenazais...? gritó el rey retrocediendo unos pasos aterrado.

—No, señor; me defiendo.

—¡Prendedle! ordenó el rey à los que le rodeaban.

Iban á adelantarse á hacerlo algunos nobles, pero se detuvieron al ver que Vasco Fernandez de Temes tiraba de la espada resuelto á morir matando, y se colocaba al frente de sus formidables lanceros del Avia.

—Señores, gritó; bien sabeis que soy *tan malo de forzar como bueno de rogar*.

Este era el mote de su escudo, *boo de rogar, mao de forzar*, mote que aun se lee en su sepultura.

—¡Prendedlo! volvió á ordenar el rey con mas enojo.

Pero nadie se movió contra tan temible enemigo.

—Señor, señor, -volvió á decir el conde de Rivadabia-la corona de Galicia está en defender las fronteras contra las agresiones del astur y del moro, que quiere dominarnos; ni està en enrojecer las limpias aguas del Mino, con la preciosa sangre de sus ilustres hijos. Si vos os persuadis de lo primero, en todos tiempos seré un sol-

dado y vos mi gefe, mandad y os obedeceré ciegamente; pero si persistis en lo segundo, ya me habeis oido antes: *entre banda y banda del Miño, seré puente de paz en Rivadabia.*

Y ordenando la retirada, volvió grupas con sus lanceros, precipitándose à escape por el camino de Villanueva de los Infantes, que era el de sus estados.

En medio de su furor, el rey no separó los ojos de aquel aluvion de lanzas que desertaban de sus filas, y creyó vislumbrar los ojos del ángel de la muerte fijos en él con tristeza... chispeando entre el vivo relumbrar de las armaduras de los ginetes del Avia.

Entonces el recuerdo de Eugea Horban de Sandiaes, hirió su entendimiento, conmovió su corazon y lo hizo superior à aquella defeccion que acababa de sufrir, concibiendo una tentativa cruel para poseerla de grado ó por fuerza.

---



## VI.

### Idolatria.

Al acabar de espirar Alba, devorada por la consuncion pulmonar que le originara la ingratitud de su único amante, el conde de la Limia-alta, el sacerdote se retiró de la cámara, llevando consigo al niño Albay, y solo dos personas quedaron velando aquel cadáver.

Wimaredo y Eugea.

Wimaredo seguia sentado en un sillón ó *cadira*, como los llamaban entonces, abismado en ese período de dolor extremo que se siente al recojer el último aliento de una persona querida, en ese período de sensibilidad, que á prolongarse por muchas horas en la misma escitacion el espíritu concluiria por disiparse en lágrimas y en suspiros.

Eugea se hallaba á sus piés, con los

brazos sobre las rodillas del caballero, y con los ojos fijos en su semblante, pero con una fijeza que tenia mas de celestial que de humano por su dulzura inesplicable.

Callados é inmóviles ambos, solo interrumpia el profundo silencio que reinaba en aquel recinto lúgubre, el chisporreo de las lámparas y la precipitada y dolorosa respiracion del caballero.

Pasaron algunas horas y la misma quietud, las mismas notas, el mismo dolor y la misma independendencia moral por parte de ambos.

Eugea parecia profundamente absorta en su contemplacion amante: Wimaredo absorto en su dolor supremo.

La contemplacion de Eugea sorprenderá à nuestros lectores; necesitamos justificarla, y al justificarla espondremos la única adoracion de aquella alma especial, de aquel espíritu que el vulgo, prohibando las profecías de las viejas hilanderas de Varonice, miraba como un ser aparte, como un ser fantástico, ajeno de este mundo y cuya mision tenia un significado tan fatal para cuantos se le acercaban.

Eugea amaba á Wimaredo desde niña.

Eugea lo amaba desde que lo conociera. ¡Pero cómo le amaba!

Desde que lo conociera habia sentido un profundo choque en su espíritu... habia sentido... no habia sentido nada, porque desde aquel momento su sensibilidad, toda la vida de su alma se habia concentrado

en un solo culto, Wimaredo, culto que absorbió todos los demás; hasta el del cielo.

Desde que lo conociera perdió la memoria del pasado.

Desde que lo conociera no recibía mas impresiones espirituales que las de su idolatría.

Desde que lo conociera amaba hasta las rocas del camino de Celme, las flores que embalsamaban sus orillas, los árboles que le daban sombra... todo lo que conducía por la sinuosa cirta de la montaña à aquel castillo; todo lo que la acercara à él, su cielo, el cielo de su Dios.

Su vida en Sandiaes era una meditacion continua: en Celme una contemplacion.

Su vida en Sandiaes era una especie de souambulismo, una absorcion de todas las facultades del sentimiento concentradas en un objeto que no estaba à su lado, y que veía habitar à los lejos, bajo las almenas de un castillo sombrío.

Su vida en Sandiaes era la de un ser sin alma porque rara vez se mostraba esta ni aun para su padre, fuera de la vida rutinaria que hacía allí

Tan solo se mostraba su alma, tan solo brillaban sus ojos, tan solo palpitaba su pecho, tan solo temblaban sus labios prontos à exalar una dulcísima armonía de amor como las aves, cuando se hablaba de Celme, cuando se nombraba à Wimaredo.

¡Oh, entonces...! lo que pasaba entonces

en aquella belleza adorable y esencialmente espiritual...! ¡las notas de ternura que vibraban entonces en aquel espíritu, todo idolatria, todo aroma de amor, hacia Wimaredo, como la flor todo perfume para el sol, su amante... era una armonía que ni pertenecía determinadamente al pensamiento ni al corazón; era una emoción palpitante, pero una de esas emociones que solo deben sentirse en el paraíso, en esa región de eterna magnificencia donde se contempla á la Divinidad en todo el esplendor de su comprensión.

Era así su amor... como el amor en la gloria.

Era así su amor... como el amor á Dios en el cielo.

Era así su amor... un amor casto y purísimo, desprendido de las alturas, y errante por el horizonte de la Limia, como un rayo de luz, hasta fijarse en Wimaredo.

Todo esto lejos de él.

Cerca... á su lado... oyendo su voz... viéndolo suspirar de dolor, como lo veía en aquel momento... ¡ah! entonces su espíritu se adhería al de su amante por medio de la contemplación... y *vivía en el como se vive en el Señor*, formando celajes de espiritualidad en torno de su trono.

Aquella abstracción de Eugea, que constituía su vida en una fruición deliciosa de amor, no había sido comprendida por nadie, por nadie, ni aun por Wimaredo.

Wimaredo lo ignoraba todo.

La veia bella, y nada mas.

La veia siempre así; muda, trémula, melancólica y contemplativa á su lado, pero nada mas, pues aunque Eugea era una belleza como deben ser las que forman la diadema inmortal de Dios, esa misma escentricidad le infundia sumo respeto al cristiano caballero.

Nunca se figuró que aquel silencio era amor, que aquellas palpitaciones eran amor, que aquella melancolía era amor, que aquella contemplacion era amor.

¡Y amor à él! ¡pero qué amor!

Las notas que nos sirven para la redaccion de nuestra historia, se ocupan tambien de aquel amor y de aquel ser especial.

El manuscrito en latin de un franciscano del Buen Jesus, viene á ser el eco de la maledicencia de las hechiceras de Varonice. En este manuscrito, Eugea Horban, no es un ser humano como los demás, es un àngel de belleza, pero el àngel de la muerte. Reseña todas las desgracias, todas las catàstrofes que le atribuian las viejas hilanderas; y cuando llega á esplicar su amor á Wimaredo del Couso de Celme, materializa aquel amor, y pone por consiguiente en contradiccion á la mujer y al àngel.

Otro manuscrito de un benedictino de San Estéban de Rivas de Sil, sostiene mejor la especialidad: el monge que trazó

sus líneas presenta también á Eugea con su aureola fúnebre, pues dice que todo se marchitaba al contacto de su aliento.... las plantas... las aves... las personas; pero cuando habla de su pasión al joven caballero de Celme, ¡cuanta poesía! Entonces ya no es Eugea Horban el ángel de la muerte, destituyéndolo todo en el círculo de su atmósfera... es el ángel del amor, sufriendo con una resignación latente y dulce la indiferencia de su amante... es un ángel que vive amando y muere amando... es un ángel cuyo espíritu lejos de regresar al cielo á quien había ofendido con tanto cariño terrenal, queda esparcido en las montañas del lago, dando vida á unas flores muy tristes que brotaron entonces en las orillas... unas flores que heredaron el tornasol azul de sus cabellos negros y el tinte rosa de su semblante pálido... unas flores muy tristes que heredaron su amor, pues todas tenían la particularidad de abrir su cáliz inclinadas hacia los oscuros torreones de Celme... unas flores muy tristes que heredaron hasta su nombre, pues se las denominaba *ollos do anxel da morte*. (47)

---

(47) Ojos del ángel de la muerte. — Nosotros hemos visto estas pobres y sencillas flores, y hemos notado su originalidad de desplegar la corola mirando á las ruinas de Celme. Su aroma se disipa en el instante mismo de abrir sus pétalos, como si encerraran un suspiro melancólico que se exalaba vivamente. Su nombre lo hemos preguntado á

Serian ya las doce de la noche y la misma actitud por parte de Wimaredo y de Eugea, el mismo dolor, la misma contemplacion.

Un page de Sandiaes se presentó en la cámara, en nombre del anciano rico-hombre, para recordarle à Eugea que la esperaba aquel, impaciente; pero Eugea no contestó una palabra, como si no tuviera existencia propia, é interrogò con la vista al baron, el cual tambien en su dolor acerbo parecia indiferente à todo cuanto pasaba en torno suyo...

Trascurrieron algunos instantes, y el page volvió à inclinarse con sumo respeto, repitiendo su encargo.

Entonces Eugea viendo que Wimaredo nada le decia, se levantó y le dijo al page quedamente que se retirara, que ne iba aquella noche à Sandiaes porque tenia que velar el cadàver de Alba.

El page se retiró silenciosamente, y Eugea volvió à caer à los pies del baron, apoyando los brazos en sus rodillas, y ba-

---

los comarcanos. y unos nos dijeron que se llamaban «ollos da morte», otros «ollos d' anxel», y otros nada. Un poeta del pais nos ha leído un dia una tiernísima balada sobre estas flore, que ignoramos si habrá publicado ya. Es una armonia elegiaca «al Angel de la muerte», hija de esa poética tradicion y de las impresiones que le produjeron los manuscritos que habiamos leído juntos. Quisiéramos tenerla en nuestro poder para esparcirla como un perfume de sentimiento sobre este dedicado cuadro de nuestra historia.

ñando su semblante doloroso con la mágica luz de su mirada.

Al poco tiempo Wimaredo pareció despertar como de un sueño sombrío, lúgubre y pavoroso; tendió la vista por la estancia y se estremeció de angustia al ver el lecho donde yacia Alba, desviándola de aquel punto para fijarla en la persona que estaba á sus pies.

Al encontrar los ojos de Eugea clavados en los suyos, sintió una sensación de terror, recordando el nombre fatídico que le daban, nombre que nunca le previniera, pero que entonces, en aquella hora y en aquella fúnebre cámara, le parecía sumamente adecuado y característico.

El dolor tiene su embriaguez como la alegría.

Wimaredo entró en ese período de sobreexcitación, alucinándole todo cuanto tocaba, cuanto veía, cuanto respiraba en aquellos momentos.

Le pareció que Eugea lo fascinaba con la fijeza de sus pupilas, con su silencio, con su contemplación, y aun cuando sus miradas encerraban un encanto indefinible, una fuerza de atracción magnética, pero dulcísima, creyó el joven caballero que su espíritu iba á exalarse en mil suspiros de amargura, y que el *ángel de la muerte* que se hallaba á sus plantas era el ángel que Dios le enviaba para guiarlo, para conducirlo á su esplendente región.



La hora de media noche era tambien á propósito para redoblar aquellas fantasías, asi como el sitio y los objetos que rodeaban al apuesto doncel, objetos que se destacaban siniestramente del oscuro fondo de aquel cuadro, como si tomaran formas movibles y misteriosas.

A la impresion del terror sucedió otra de ventura, producida por aquella inspiracion estraña. La creencia de que iba á morir y ascender en un momento al cielo en pos de su hermana, hizo latir su corazon de felicidad.

Para esta sensacion contribuia mucho el vivo dolor que le ocasionaba su pérdida.

Wimaredo abandonó, pues, su alma completamente á lo que él creia la atraccion del ángel de la muerte, arrastró sus miradas hasta con afan, y pronto empezó á poseerlo una especie de desvanecimiento en que no veia mas que la deslumbrante y melancólica belleza de Eugea, como si en su vértigo fuera aquella contemplacion el único oasis de su dolor.

Entonces, por primera vez de su vida, latió su corazon, virgen al impulso de sensaciones ignoradas... entonces, por primera vez de su vida, sintió que la sangre hervia en sus arterias, palpitando por delicias desconocidas que adivinara antes, y no comprendiera hasta aquel momento... entonces, por primera vez en su vida, se fijó en Eugea Horban como no se habia fijado nunca en nadie, y embriaga-

do Wimaredo con aquella atmósfera de amor y muerte que respiraba, tendió en su delirio los brazos al *ángel*... y lo recibió la *mujer*.

Lo recibió la mujer, porque cuando él creía que en aquel abrazo se elevaría su alma á la region del Justo, sin contacto alguno material, se encontró con otros brazos en derredor de sí, con otro pecho sobre su pecho, y con otros labios trémulos de amor sobre sus labios candentes de fiebre.

Encontró suspiros que sofocaban sus suspiros, miradas que absorvian sus miradas, palabras dulcísimas que le hablaban de vivir y gozar en la tierra... y nada del cielo!

Wimaredo se abandonó, sin embargo, á aquel nuevo encanto que le rodeaba... toda idea de dolor se borró de su frente, todo latido angustioso de su corazón... y empezó á comprender que el cielo era también la tierra, cuando el amor de un *ángel* recoge nuestro espíritu en su pecho virginal.

—Eugea, le dijo lenta y amorosamente; Eugea, tú me amas, ¿no es verdad?

Y cogió su adorable cabeza entre sus temblorosas manos, y clavó sus brillantes ojos en sus encendidos labios para ver cómo ella le contestaba, para ver cómo ella murmuraba en el éxtasis de su gloria.

—¡Oh, si te amo, Wimaredo!!

Y estas palabras fueron articuladas con

toda la degradacion suavísima de la pasión... modificaciones deliciosas de cierta armonía amante que vibra en los sentidos cuando el deleite los enajena... notas suspiradas, de una apreciación suprema, y de una acepción impresionable y elocuentísima como la luz...

¡Ay! también es verdad que aquellas notas encerraban el secreto de su vida, el secreto de la única idolatría de su alma!

—Eugea, volvió á decir el doncel; solo en el mundo, tu amor será desde hoy mi ventura... Ven... ven...

A arrebatado por aquel frenesí que le dominaba, la condujo hasta el lecho mortuario de su hermana.

—Ven, ven aquí, continuó, que nos oiga Alba. Eugea, Eugea, ¿quieres ser mi esposa, quieres ser desde hoy el ángel de mi existencia?

El ángel de la muerte estendió su diestra sobre la frente del cadáver de Alba, y contestó con un timbre de voz sonora:

—Sí, Wimaredo, sí; quiero ser desde hoy el ángel de tu vida.

Y en aquella actitud Eugea Horban, parecía verdaderamente el ángel de la muerte, transigiendo con la vida del doncel.

Pues bien, Eugea, dijo este en seguida; yo también prometo, con la mano en el cadáver de mi hermana, no amar á nadie más en el mundo que á tí tan solo... á tí solo entre todas las mujeres!

Y tendió à su vez la mano sobre el cadàver.

Entre todas las mujeres.. repitió ella con acento melancólico, como si desconfiara de tanta dicha.

Pero elevando sus ojos al cielo, murmuró con amante júbilo.

—Gracias.. gracias, Dios mio!

Y se sonrió despues como el àngel de la esperanza.

---

## VII.

### Fiebre de amor.

La revista que el rey don Froila pasara en los campos de Amocera á las hues-tes que concurrieran á ella en honor de su causa, concluyó sin otro episodio desagradable para él como el que produjera la obstinacion y retirada del valiente adalid Vasco Fernandez de Temes, y despues se dió la órden á todos los condes y ricos-homes de estar prontos al siguiente dia para dirigirlos á las tierras de allende el Miño, y castigar á los rebeldes, confederados en Alemparte.

El rey habia de mandarles en persona, segun se acostumbraba en aquellos tiempos, y dictaria todas las órdenes para el buen éxito de los movimientos de las mesnadas.

La noche de aquel mismo dia, víspera

(1.—17.)

de la partida, se dió un banquete régio en el monasterio de Celanova, à lo que don Froila era muy dado ya antes de ceñir la corona de Galicia.

A este banquete asistieron todos los prelados y dignidades eclesiásticas, asi como todos los condes, ricos-homes y demás caballeros de alta prez que se declararan parciales suyos, y reinó en él mas animacion y mas entusiasmo que por la tarde en la revista y en la jura de la bandera del reino.

El clero brindó por la nobleza, la nobleza por el clero, ambos poderes por el rey, y el rey por ambos poderes.

Pero Galicia, es decir, el pais, no obtuvo ni un brindis, ni un recuerdo... Nadie brindó por su organizacion monárquica, por su organizacion administrativa de justicia, por su independendencia, ni por su prosperidad.

Por el contrario, el espíritu de bandería hizo proferir palabras impías contra sus hijos de la derecha del Miño, y se anhelaba beber su sangre, como se bebían en aquellos momentos los deliciosos vinos de sus floridas riberas.

El rey parecia algo conturbado, pero nadie hacia alto en ello, viéndole apurar las copas como el mas decidido bebedor.

La causa de esta perturbacion y de la sed insaciable de beber, correspondiendo afablemente á cuantos brindis se le dirigian, lo producía la memoria de Eugea

Horban, que, aunque lo preocupaba siempre mucho, nunca tanto como desde aquella tarde.

Desde que le pareció ver sus ojos errando como chispas de luz entre las armaduras de los ginetes del Avia, poco ó nada pensó en su corona, porque creía encontrarlos en todas partes, persiguiéndole tenazmente, ya en la oscuridad, ya en los destellos de las lámparas, ya en el rojo color de las copas que llevaba á sus labios, y esta alucinacion de sus sentidos parecia abstraerle completamente.

Otro que no estuviera tan vivamente enamorado como él, se hubiera estremecido de espanto á aquella sobrecitacion calenturienta que le dominaba, á aquella fiebre de amor, á aquel delirio, y hubiera creído que efectivamente el *ángel de la muerte* le anunciaba la suya. Pero él, él que la amaba con esa ceguedad aneja á todos los Dornas cuando tocaban un imposible, él que la amaba además con una pasion loca, él no abrigaba las groseras supersticiones de su época, y lejos de sentir esos terrores, alhagaba la idea de tentar una aventura que le hiciera dueño de Eugea Horban de grado ó por fuerza, idea que concibiera aquella misma tarde, como hemos indicado ya.

Para llevar á cabo esta idea tenebrosa á que se adhiriera todo su espíritu, como á la única esperanza del logro que deseaba, tenia un gran interés en que conclu-

yera pronto aquel festin que parecia su lecho de Procrusto, y por eso bebia apresuradamente, incitando à beber à los concurrentes mas à menudo que de costumbre.

Los brindis se redoblaron, pues, sin tregua.

Pasada la hora de media noche, pretestó la salida del siguiente dia, y brindando por la gloria de sus armas, brindis que escitó nuevamente el entusiasmo de la nobleza, pero el entusiasmo ya de la embriaguez, se retiró à su cámara sin permitir que nadie le acompañara hasta ella.

Una vez en la sala obacial que ocupaba en el monasterio, el rey pareció respirar como de un gran peso que le oprimiera, y en la expansion de su angustia, se dirigió à una ventana que abrió de par en par, como ávido de aire puro que refrescara su abrasada frente.

Era la noche oscura... alguna que otra estrella brillaba en el fondo de las tinieblas y estaba la atmósfera sumamente fria, como si la formaran las humildes nieblas del Sorgia.

El rey apartó la vista de las estrellas y de la oscuridad, porque en todas partes vislumbraba las errantes pupilas del *ángel de la muerte*, y víctima de esta preocupacion de sus facultades intelectuales, se retiró vivamente de la ventana.

Agitado y convulso, dejó la corona so-



bre una mesa, como si le molestara su peso, y empezó á pasearse por la cámara, meditando siempre en una idea que, fija en su frente, parecia sostener alguna lucha contra otras que intentaran oscurecerla.

Al cabo de algun tiempo se detuvo y llamó à Fitorio.

El rey tenia en aquellos momentos el semblante muy alterado, mas encendido que sus cabellos rojos; las pecas parecian lunares muy negros, y los ojos dos áscuas, pero dos áscuas chispeantes.

Fitorio entró en la cámara y al verle tan agitado lo atribuyó á los excesos del festin.

—Fitorio, le dijo el rey con sigilo, es preciso, absolutamente preciso, que Eugea Horban sea mia.

—Señor... ya sabeis que ella se niega, contestó el antiguo escudero, ya sabeis que el rico-home de Sandiaes le rogó cuanto pudiera rogarle; ya sabeis, en fin, que él os es muy afecto, pero ella... ella rehusa ser esposa vuestra.

—No se trata ahora de eso, Fitorio; si Eugea no quiere, el mal es suyo, pues deja de ser reina, deja de sentarse conmigo en un trono, deja de llevar una corona en la frente, como yo la llevo. De lo que se trata, Fitorio, es de que ella... de que ella sea mia...

—Señor... no entiendo...

—Mia, Fitorio; mia como lo fueron cien

hermosas sin necesidad de que me casara con ellas; mia sin ser mi esposa... Ese es el castigo que le reservo por su desamor, por su ingratitud, y por sus desprecios á mi y á mis hermanos.

—Pero Señor... en vísperas de una batalla pensais...

—¡Silencio!... interrumpió el rey con altivez, sorprendiendo el pensamiento de reconvencion que iba á hacerle el hidalgo.

Y el hidalgo tembló, inclinando la cabeza con respeto.

—¿Qué importa á mi orgullo esa corona que tendré en mi frente cuanto tiempo quiera tenerla; esa corona que todo el poder del moro y del astur no seria bastante para hacerla vacilar en mi cabeza; esa corona que hará temblar á las mesnadas del Borboràs de Alemparte implorando gracia por su rebeldia? Qué importa á mi orgullo este cetro, esta corona, esta dignidad y este esplendor que me rodea, si mi corazon tiene los mismos latidos de amor en Celanova que en Aldapena, si mi corazon late con la misma ansiedad... siendo rey como siendo conde? —¡Oh, Fitorio, lo único á que aspiro aquí, es á lo único que aspiraba allí!... ¡Siempre ella, ella tan solo, y siempre ella, siempre ella tan solo, me falta para mi dicha!

El rey calló paseándose agitadamente.

Fitorio le escuchaba aun temblando, al ver la exaltacion que le poseia, por haber

él intentado contrariar el recuerdo poderoso de la dama de Sandiaes.

—Lo que importa à mi orgullo, Fitorio, prosiguiò el rey encarándose á él, lo que importa á mi orgullo es humillar á quien me ha humillado!... Mi corona ¡qué mi corona! ¡Mis estados de la Limia-alta daría yo por poder hollar su frente con mi planta como hollé la de otras tantas...! ¡Mi vida daría yo por verla á ella á mis piés pálida de amor, como yo me arrastré á los suyos una y mas veces, sin que ella tuviera mas que miradas tristes para el cielo, para el lago ó para, *es verdad, es verdad*, para los torreones de Celme!

Estas palabras que subrayamos y que pronunció el rey interrumpiendo el giro de las que profería en su arretrato, eran como una afirmacion al recuerdo del amor de Eugea à Wimaredo, amor que le indicara ya su antiguo escudero, refiriéndose á las sospechas que le asaltarán al rico-homme de Sandiaes.

—Fitorio, prosiguió el rey, ya lo sabes, pues. Ella sobre todo: y siendo ella sobre todo para mí, es preciso que todo lo sacrifique por ella... todo por su posesion. ¡Poder de Dios! Si yo supiera que no habia de conseguir verla humillada como anhelo; si yo me persuadiera de que ella habia de ser esposa de otro y no mi esclava algun dia, por la sangre de Jesucristo, que me despeñaria desde las rocas mas altas como mi abuelo Wimaredo Dorna, ó me abriría

la cabeza contra esas paredes, como su hermano Gladilano.

La exaltacion del rey era violenta, porque tenia que reprimir la fuerza de la voz á fin de que no le oyeran, pues con nadie, ni aun con sus hermanos se franqueara nunca respecto á su amor á Eugea.

Solo Fitorio era el único que escuchara de sus labios, ya antes de aquella noche, cuanto le interesaba la belleza que esquivaba su amor y su mano, y como se hallaba á solas con él, y como necesitaba espansiar su corazon de aquella tortura que se lo martirizaba, su corazon comprimido desde el momento en que coronado rey, tuvo que ocuparse mas de ejércitos y guerras que de sí mismo, por eso se desataba en ardorosas palabras, en palabras que parecian tener una espresion deleitable para él,

--Mia-prosiguió-¡Oh, sí, será mia!-De grado ó por fuerza será mia.

Y se sonrió, pero con una sonrisa diabólica.

-Mia será contra todo el poder del infierno: mia será, Fitorio, y.... por el cielo! que siento no haber hecho antes con ella lo que vamos á hacer ahora.

A estas palabras levantó Fitorio la cabeza como un sabueso que oye confusamente el primer eco de una trompa de caza.

En aquel momento llegó hasta la cámara abacial que ocupaba el rey, el murmu-

llo de algun brindis guerrero pronunciado con gran aplauso en el festin, y pareció estremecerle tan ruidosa algazara de alegría.

Iba á pronunciar algunas palabras amargas sobre aquel contraste que ofrecian sus vasallos, palpitando de gozo mientras él parecia sufrir los estremos de la agonía; pero cantaron los gallos de la albariza del monasterio (48) como anunciando el alva, y el rey se volvió á acercar apresuradamente á la ventana, á impulsos de la idea que llenaba su cerebro.

Las estrellas empezaban ya á palidecer.

El rey tendió la vista por el horizonte y anchas fajas de plata lo teñian por el oriente del valle, las montañas se despejaban de la oscuridad, desenvolviendo sus ondulaciones con pronunciadas y gigantescas curvas, y todo parecia anunciar las sonrisas del rosicler del nuevo dia.

Volvióse el rey vivamente junto al hidalgo, y le dijo con voz trémula por la emocion que le agitaba:

— Fitorio, seràn ya las tres de la mañana: dentro de pocas horas saldremos para las orillas del Tea. Hoy dormiremos en Bergoza ó en Sande, y mañana pasaremos

---

(48) En todos los monasterios tenian grandes re-  
puestos de aves y ganados para el consumo de las  
hermandades. Llamaban la albariza al lugar donde  
criaban las gallinas, vaqueriza al lugar donde tenian  
las vacas, etc. etc.

el Miño por el nuevo puente de Santa María de Castrelo, para acampar en el Avia, ya en Rego de Eigon ó en Moimenta, todo esto si antes no viene à nuestro encuentro el Borboràs de Alemparte. Pues bien, Fitorio, hoy sales tú reservadamente con cuatro de nuestros lanceros de Aldapena, de los mas aviesos y mas apropósito que tú elijas, y te ocultaràs en las cercanías de la torre de Sandiaes, y mañana, mañana, Fitorio, te reunes à mí en el Avia, trayendo à Eugea Horban sobre el arzon del veloz caballo que te regalé en Allariz.

El hidalgo retrocedió dos pasos.

—Señor...! Cómo...!

—Como me has traído otras à Aldapena, Fitorio.

Y el rey se encogió de hombros mirándolo fijamente, pero no sin temblarle la cabeza como la de un anciano.

El hidalgo se quedó pálido.

—¿Qué! ¿Te espanta la caza? preguntó el rey.

—¿Pues no me ha de espantar, señor?

—¿Y por qué, por qué te espanta?

—Porque todas... todas cuantas damas hay en la Limia-alta y en la Limia-baja, no me costarian tanto trabajo traerlas como... como...

—¿Como quién? como quién?

—¿Cómo el *Angel de la muerte*, señor!

—¿Poder de Dios! bramó el rey, tambien tú crees en esas brujerías de las viejas!

—Oh, señor; yo creo en lo que ví.

—¡Fitorio!!

—Señor, con que sin hacerle daño alguno mata á los que se le acercan; y vos quereis que nos pulverice á los que vayamos á robarla! ¡Oh! no tentemos á Dios, no tentemos á Dios ¡en nombre del cielo!

—¡Fitorio!! volvió aun á gritar don Froila.

Y su respiracion era fatigosa, y sus movimientos mas convulsivos, como si le dieran impulsos de deshacer entre sus manos al supersticioso hidalgo.

—¡Dios mio! esclamo Fitorio, como si vacilara entre desobedecer al rey ó arrostrar el peligro de la aventura; ved lo que pensais, mi señor; ved lo que me encargais cumplir..... ved que esa mujer..... esa mujer... es la misma muerte..! ved que un dia que cazaba yo con mi alcon en los llanos de Abavides, pasó ella á caballo por alli, elevó la vista al ave que remontaba su vuelo, y no hizo mas que mirar para ella y el ave descendió dando vueltas, como si la hiriera un rayo...., ved que otro dia en Rebordechá...

—Yo no tengo que ver nada, interrumpió el rey con viveza; no tengo que ver mas, sino que tu vida me pertenece, y que morirás á sus piés ó á los de mi verdugo... Elije...

—Oh, señor...! tartamudeó el hidalgo arrodillándose.

El rey sacó un bolsillo lleno de alfon-  
sines de oro y plata.

— Elijel! repitió mostràndoselo.

Fitorio tendió la mano lentamente, como  
si aun vacilara.

--Para los gastos del viaje; dijo el rey  
entregàndoselo. Adios, hasta el Avia...

Y le señaló la puerta de la cámara.

Fitorio comprendió que no debia proferir  
ya una palabra mas, hizo una reverencia  
y salió de allí guardàndose el bolsillo en la  
escarcela.

Al desaparecer el hidalgo, el rey se que-  
dò algun tiempo inmóvil en medio de la  
cámara, como si lo enclavara alli una idea  
grandiosa. Despues se acercó à su lecho  
y se arrojó en él indolentemente, como un  
hombre persuadido de no encontrar repo-  
so en ninguna parte.

Sin embargo, durmió.

Al poco tiempo se arrojó fuera del lecho  
despavorido, y se plantó en medio de la  
cámara con los brazos estendidos hácia  
uno de sus ángulos, víctima de un delirio  
horroroso, hijo de un sueño en que se le  
presentaba Eugea Horban deslumbrante  
de hermosura, y dándole las mas olorosas  
flores del Avia; pero cuanto mas él estendia  
los brazos para cojerla y acariciarla entre  
ellos, ella mas se iba retirando lenta y  
pavorosamente como una verdadera som-  
bra, sin que él pudiera alcanzarla nunca,  
nunca.

Aun despierto, aun estendia el rey los



brazos hácia aquella vision de sus sentidos, que creia ver en uno de los ángulos de la cámara, con una sonrisa provocativa, con unas miradas... las miradas especiales de sus ojos relumbrantes.

El rey llevó las manos à la frente, se mesó los cabellos fatigado, rendido de aquella lucha; todo giró à su alrededor ligeramente, muebles, sombras y ventanas, y cayó por fin en el suelo jadeante y bañado de sudor.

A las pocas horas le despertó el ruido de los clarines, que convocaban las mesnadas para la marcha.

D. Froilatendió la vista por la cámara y un rayo de sol la iluminaba por completo.

En seguida se levantó, hizo todo lo posible por no recordar cuanto le pasara aquella noche y se sentó en un sillón.

A los pocos momentos entró el Abad del Buen-Jesus à saludarlo.

--Señor, le dijo el Abad, os traigo muy buenas nuevas.

--Hablad, padre; contestó el rey besándole la mano.

--Ayer de noche, al poco tiempo de haberos retirado del festin, penetraron en ellos condes de Melgazo, de Chaves y de Monzao, y los barones de Meira, de Bemibre, de Guimaray, de Sarria, de Guirey de Lor, y de Gandarela, que eran los únicos que faltaban de entre los mas poderosos de la izquierda del Miño. Debísteis sentir la alegría que esto produjo, porque

todos al verlos entrar brindaron por el triunfo de vuestra corona, pues con las mesnadas de estos ricos-homes la balanza se inclina ya de hecho en vuestro favor, no obstante la villana desercion de Vasco Fernandez de Temes.

—Muy bien, padre, dijo el rey sin mostrar sensacion por esto, pero ¿qué se sabe de los rebeldes de Alemparte?

—Ah, señor, deben estar aterrados, segun nos dijo el conde de Monzao.

—¿Qué dice el conde de Monzao, padre?

—Dice que Hermenegildo, conde de los brigantinos (49) instigado por su mujer Iberia (50) que es tan intrigante, acudió á Alemparte con ánimo de coronarse por rey, desentendiéndose de las pretensiones del Borborás; dice que esto ha dividido á los confederados en otros dos partidos, y dice que el conde don Veremundez, en vista de esto, ha rehusado admitir la corona de Galicia con que le brindaba el obispo de Santiago.

El rey miró vivamente para el abad, al

---

(49) Hoy territorio de Bergantiños, cerca de la Coruña.

(50) Sentiríamos que se creyeran imaginarios los personajes de nuestra historia; pero nos congratula la impresion que sentirán aun los eruditos cuando registrando crónicas y manuseritos, den con estos personajes que sacamos á plaza en ella. Entonces ellos serán los primeros en admirar nuestros trabajos, ya que careciendo el país de historia propia, no le es dado apreciarlos hoy.

oir designar á otro por esta dignidad que le habia conferido á él.

—Es decir... Ataulfo, prosiguió el abad comprendiéndolo, Ataulfo, recalcó aun.

—Entonces, dijo el rey, una vez que ellos no están en pasar el Miño, para batirnos como deciais estos dias, bueno será detenernos mas tiempo en Celanova.

El abad se inmutó.

—¿Y por qué no nos hemos de aprovechar de esa division que reina entre los rebeldes, objetó, para batirlos con esa ventaja en su mismo nido?

—Bueno será esperar, contestó el rey; cuanto mas esperemos, mas buenas lanzas vendrian en pró de nuestra causa.

El rey se conocia que tenia pocos deseos de salir de Celanova.

El abad, por el contrario.

—¿Y qué mas podeis esperar, señor? le dijo. ¿Hay acaso alguna lanza invencible en la izquierda del Miño que no sirva de mástil á vuestra bandera real?

—Alguna falta, contestó, que vale mas que una docena de las mejores.

—Quién, ¿la del conde de Maceda?

El rey hizo un gesto de desprecio.

—¿La de Maurello de Aday?

Igual gesto hizo el rey.

—¿La del baron de Celme?

El rey fijó mas y mas sus pupilas en el abad, sin hacer gesto alguno.

—Ese, siguió el abad, es efectivamente

la mejor lanza de ambas orillas del Miño, pero...

El abad calló.

El rey bajó los ojos.

Hubo un momento de silencio muy significativo por parte de ambos.

El abad lo interrumpió.

—*Sin embargo...* dijo, sería conveniente que se mandase un conde junto à Wimarredo...

—No... no... murmurò el rey.

—Con objeto de saber si os reconocía ó no, señor.

—No... no... dejarlo... La muerte de su hermana lo habrá abismado en un infierno de pesar, y no hay que estrellarnos con los que valen... no hay que tentar al leon, en su cueva señor obispo.

Ni un remordimiento, ni un latido de dolor conmovió al rey, al tener que hablar de la muerte de su víctima. Ni tampoco tuvo un recuerdo para su hijo, como si concentrara su espiritualidad en otro objeto que la absorviera completamente, sin ser tampoco su corona.

—En ese caso, dijo el abad, si desde un principio no os mostrais fuerte con los que tengais á vuestros pies...

—¡A mis pies!... exclamó el rey; decid mas bien que estoy yo á los suyos.

El rey le habia cobrado terror à Wimarredo desde el desafio.

—¡Oh, abad! son misterios que vos no sabeis, ni os los diré nunca... nunca, ni

aun en confesion! ¡Si así no fuera, si yo no estuviera á sus piés, cien vidas que contara hubiera perdido ya el baron de *Celme!*

El rey empezó á exaltarse... El recuerdo de Eugea Horban volvía otra vez á resucitar con fuerza en sus sentidos.

—Si así no fuera, prosiguió levantándose; si así no fuera, él no sería mi pesadilla en este momento...! El no me robaría impunemente el tesoro...! ¡Oh, abad, abad! salid en nombre de Dios, salid de aquí, que me siento malo al hablar de ese dichoso doncel...!

Y en efecto, exaltándose el rey por instantes, al recordar el amor de Eugea Horban á Wimaredo, sus párpados se abrían y se cerraban con viveza, sus manos temblaban ostensiblemente, y su rostro se enrojecía, como si toda la sangre se le volviera á agolpar á la cabeza.

El abad iba á salir, y sonaron con estrépito los clarines de las mesnadas al pié del monasterio.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de la cámara, y entraron en ella Senracino y Vitila.

—Hermano, dijeron; solo faltais vos.

—¡Si...! si...! gritó el rey dirigiéndose aturdidamente hácia la puerta, marchemos, marchemos al Avia...! al Avia...!

Y estas últimas palabras, que eran hijas de su fiebre de amor recordando la posesion de Eugea en el Avia, á donde

la habia de llevar Fitorio, fueron interpretadas por muestras de su entusiasmo por morir ó vencer en la lucha.

¡Viva el rey don Froila! gritaron sus hermanos y el abad, presentándose detrás de él ante las mesnadas.

—¡Viva! viva! contestó el ejército.

—¡Al Avia... al Avia! exclamó aun rey en medio de su delirio.

—¡Al Avia... al Avia! repitieron los ricos-homes á sus huestes, como una orden de marcha, y como una voz entusiasta de guerra.

---

## VIII.

### El Paraíso

Si algo hay en este valle de lágrimas y de sonrisas, que se llama mundo, que dé una percepción de esa suprema ventura que deben alcanzar los buenos en el cielo según nuestras doctrinas más ortodoxas, es indudablemente la reciprocidad de una pasión casta y purísima.

Esa dulce identificación de dos seres, que adhiere espiritualmente el amor por medio de sus recíprocas afinidades; esa vida palpitante de sentimiento, de ternura, de deleite... esa vida toda del alma, esencialmente afecto y luz... esa vida suavísima de dos amantes que *viven en sí mismos*... esa poesía del cariño inefable... esa fragancia de la sensibilidad... esa armonía delicada de dos corazones que laten con igual adoración... es, en nuestro concepto,

Todo lo que no fuera ellos y Dios, era una negacion para los dos amantes.

Ellos y Dios existian tan solo en su horizonte...

Ella amaba al Señor en él...

El amaba á la Virgen en ella.

Y todo sonreia en torno... porque todo lo miraban con los ojos de su amor.

Santificada aquella union amorosa por las prácticas cristianas, bendecida al pié del altar por el ministro de Jesucristo, Eugea Horban y Wimaredo abandonaban su alma á las fruiciones del cariño mas santo y mas puro, sin que un recuerdo funesto, sin que la mas leve niebla entoldara el paraiso de su ventura.

El tiempo no tenia para ellos gradaciones de luz y tinieblas, de horas ni de minutos... Para la inmensidad de su passion, el tiempo era un suspiro indefinible de amor.

Cuando el benedictino de Rivas de Sil habla de estos amantes, dice que *vivian encantados*: estas sencillas palabras, tan acordes con las creencias populares de aquellos tiempos, esplican mas que las nuestras aquella abstraccion espiritual que dominaba á Eugea Horban y á Wimaredo.

El sol declinaba...

Sus últimos rayos de oro y púrpura se desvanecian en tintas pálidas y rojizas, que envolvian las montañas de Penamá en un cendal de luz de rosa, reflejándose



trémulos y brillantes en la estendida linfa del Lago.

El viento dormía en las arboledas de Ordes y Santandré.

Sus débiles suspiros se deshacían en susurrantes auras que mecían los tallos de las flores, y en dulces céfiros que impregnaban la atmósfera con las emanaciones que recogían de las temblantes corolas de las enredaderas de flor blanca de la menta de hoja redonda, de la verónica, de la secabunga y de la sarza-rosa, que empezaban á desplegar-se à la última luz del día.

Reinaba la calma mas completa...

Las armonías del valle espiraban con blandos y tristes ecos en las cóncavas quebraduras de las pendientes, cubiertas de alfalfa, de trebol y de aromático enebro.

Eugea Horban y Wimaredo se hallaban asomados à una de las ventanas de Celme, cuyo castillo se elevaba orgulloso sobre las rocas de las montañas, recordándose distintamente sobre el pálido azul del horizonte.

El sol los bañaba con su luz lánguida, el aura elevaba hasta ellos sus perfumes, el viento las vibraciones aéreas del valle.

En el éxtasis de su amor apenas se hablaban los dos amantes.

¿Qué mas lenguaje que sus miradas de pasión...?

Con los brazos entrelazados, respirando un mismo aliento, mirándose con una

misma mirada, sonriendo en una misma sonrisa, adheridos, en fin, intelectualmente por un mismo soplo de vida, se comunicaban sus almas como se comunica el corazón con la cabeza, se comunicaban sus almas como si las animara una misma organización vital.

El rico-home de Sandiaes estaba detrás de ellos, sentado indolentemente en un sillón.

Desposeído ya del tesoro de su hija, tranquilo ya por su porvenir, y anciano ya muy achacoso, vivía esa vida del crepúsculo en que la sensibilidad parece residir en el cielo... esa vida de la materia en lucha con las últimas evaporaciones del espíritu.

El sol descansó sobre las crestas de Reiriz; sus últimos rayos oscilaron un instante por los flancos de las montañas de Penama en rápidas y vívidas exhalaciones; recorrieron la superficie del lago, reflejándose en él como tremantes luces de colores, y pareciendo formar una espléndida aureola al rededor de Celme, se desvanecieron después dejando esa dudosa claridad que amortiguan las primeras sombras de la noche.

—Eugea, murmuró débilmente el anciano.

Eugea Horban pareció no oír este llamamiento.

—Eugea, volvió á decir el rico-home levantando los ojos para su hija.

Eugea Horban lanzó un suspiro y volvió la cabeza para él.

—Adios, Eugea, dijo el anciano, ya empieza á anochecer y quiero retirarme con luz, no me suceda lo que ayer que por poco me arroja el caballo del albardon en los peñascos de la Cruz.

Llamábanse los Peñascos de la Cruz, unas enormes rocas negras, que se aglomeraban en esta forma à un lado del camino de Celme á Sandiaes, y á dos ó tres tiros de ballesta del primer castillo.

—Bien, padre mio, contestó Eugea, yo os acompañaré hasta ese sitio y allí me despediré de vos hasta mañana.

Y Eugea se desenlazó de los brazos de Wimaredo, y presentó su mano al ricohome.

Al poco tiempo salieron del castillo de Celme, seguidos de un antiguo paje.

Wimaredo quedó asomado á la misma ventana, desde la cual se registraba la senda hasta los Peñascos de la Cruz.

Eugea Horban daba el brazo á su padre, el cual no montaria hasta aquel sitio, y parecia no el ángel de la muerte, sino el ángel de la vida, animando á la ancianidad.

Wimaredo no separaba los ojos de ella, esperando su regreso con la amorosa calma de los amores purisimos.

Las tinieblas empezaban á caer lentamente sobre el valle, descendiendo de las

altas y retorcidas crestas de Penamá como las grandes masas de niebla que forman las evaporaciones de sus saltos de agua en los sombríos días del invierno.

Las montañas de Penamá son elevadísimas; tan elevadísimas algunas que sus cumbres compiten con las de la Sierra de San Mamed. Aquel poético nudo de eminencias que se elevan en el estenso horizonte de la Limia, parece desatarse en ramificaciones sumamente pintorescas, al estender hácia todas partes las decrecientes tintas de sus variadas curvas. Daba nombre à estas montañas una aldea que se levantaba en el centro ó penumbra de sus derivaciones, una de las cuales, dirigiéndose vigorosamente al S. SO. termina en el castillo de Celme y puente de la Piedra, en donde se corta para dar paso al río Limia, siguiendo despues hasta Portugal. Otras de sus declinaciones se estienden hácia el E. y con varios nombres costean la parte meridional de las parroquias de Requejo, Junquera de Ambia, Pesquera, Lamama y Arnuid, hasta adherirse á las de la sierra de San Mamed. Otras, las del O. avanzan como media legua hácia el valle de Celanova, donde terminan ó se interrumpen en caprichosos giros, y las que tiran al S. E. concluyen entre Sandiaes y Villar de Santos.

Estas últimas montañas, vestidas en su mayor parte de arces, tojos y pequeños robles, presentan en toda su estension

abundantes peñascos de granito mas ó nos fino; pero en aquella época, ofrecian una particularidad admirable los que agrupados como las enormes rocas de un *Brinham-roks*, (51) constituian una especie de cruz, de gigantescas y correctas proporciones, que en el siglo XIII ha sido destruida para edificar con sus *pedras Santas*, como las llamaban tambien, el convento de Gerónimos de Porquera, hoy priorato de Santa Maria la Real. (52)

Eugea Horban llegó con su padre á este sitio, y se despidió de él dándole un abrazo cariñoso.

El anciano montó á caballo ayudado del page...

Al mismo tiempo entre la oscuridad que envolvía los Peñascos de la Cruz se recortaron cuatro sombras, cuatro bultos, cuatro personas armadas que apareciendo repentinamente en el recodo del camino se precipitaron sobre ellos con movimientos vivos y calculados.

El anciano se asustó... se asustó la caballería, y lo botó contra las rocas.

Eugea sacó un pañuelo y llamó con él á Wimaredo; pero ya las tinieblas eran

---

(51) Así llaman los anticuarios ingleses á las piedras vacilantes de sus monumentos célticos.

(52) El castillo feudal de Porquera, construido tambien en parte de estos peñascos, no existía en aquella época; sus ruinas aun se ven hoy en el lugar Datorre. Esta fortaleza perteneció á la mitra de Orense y fué una de las que derribaron en el siglo XV los hermanos de Galicia.

mas densas, y el castillo de Celme no se distinguia sino como una fantasma colossal entre la espesa bruma que cerraba el horizonte.

Eugea exhaló un grito de dolor.

Despues... se sintió arrebatada por la carrera batiente de un caballo, que salvaba las quebraduras y los precipicios de aquellas montañas con la rapidez del delirio; y los relámpagos, rasgando debilmente las negras tintas de la noche, anunciaron una de esas tormentas horrorosas que con tanta frecuencia se suceden en el pais.

---

## IX.

### El paso del Miño.

A las voces del rey D. Froila ¡*al Avia!* *al Avia!* repetidas estrepitosamente por sus condes y ricos-homes; las mesnadas salieron de Celanova y tomaron el camino de Villanueva de los Infantes en son de guerra.

De Villanueva de los Infantes, villa fortificada entonces y de la cual aun existen las ruinas de sus murallas y de su castillo, faldearon la montaña de Silva oscura, comieron en Poulo, y atravesaron el Arnoya, por entre Bergoza y Sande, en cuyas casas acamparon.

La causa de no haber andado en un dia mas que dos leguas escasas, se debia á las noticias que recibia el Abad del Buen Jesus, y que comunicaba inmediatamente al rey, respecto á la disposicion del enemigo.

Estas noticias, aunque falsas casi todas, eran lo bastante para tener á las mesnadas en continúa alarma, y escitar en ellas el deseo de habérselas pronto con las de la otra banda del Miño. Unas veces decian los espías que el Borborás esperaba en el puente de Arnoya con todo su ejército, y otras que habia encomendado al conde Hermerildo de la Coruña, que picara la retaguardia al de don Froi-la, ocultándose con sus brigantinos en las espesas fragas de Carya.

Pero por mas precauciones que tomaron para atravesar el Arnoya y por mas que esperaron en el puente, mientras reconocian las arboledas de Carya, las mesnadas de los condes de Melgazo, Neira de Jusá y Milmanda, las huestes del Borborás de Alemparte, no aparecian ni los temibles brigantinos del conde Hermerildo.

Al amanecer del siguiente dia ya fueron algo mas ciertas las noticias recibidas. Se decia que el ejército de don Froi-la no atravesaria el Miño, porque en el puente nuevo de Santa María de Castrelo se hallaba situado el Borborás con el suyo para disputarle el paso.

Se destinó la mesnada del conde de Neira de Jusá para efectuar un reconocimiento, yendo de vanguardia del ejército; este salió despues de Sande animado en gran manera á comenzar las hostilidades.

Al llegar á los cerros de Reigoso y Agueira, que dominaban el Avia, con el



Miño á los pies, vieron que el puente Castrelo estaba en efecto defendido por gran número de lanceros y ballesteros, pero que, aunque muchos para formar una mesnada regular, eran pocos para constituir un ejército capaz de disputar el paso al de la orilla izquierda,

Don Froila mandó hacer alto y esperar el efecto de la vanguardia ó sus operaciones, reuniendo en torno de sí á los preladados, condes y ricos-homes en guisa de consejo.

La situacion del terreno era muy ventajosa para el ejército del rey don Froila.

Los cerros del Reigoso, Carija, Agueira y Palmeiro, que separan el territorio de Puente-Castrelo del de las parroquias de Arnoya, Sande y Cartelle, forman una cordillera semicircular, en donde alza su frente de blanco granito, como un anciano, el elevado monte de Novelle.

Desde el cerro de Reigoso que ocupaba el rey, hasta el rio Miño, hay una cañada cubierta de robles, alcornoques, castaños y otros árboles mas ó menos corpulentos, cuyo frondoso ramaje podia ocultar diez ó doce mesnadas, y aun todas las de su ejército.

El rey propuso emboscar, pues, allí toda su caballería, y dejar á los ballesteros en las pendientes de aquella barrera de montañas que rodeaban la embocadura del puente nuevo, y esto pareció bien al consejo.

Eran ya las diez de la mañana; el día se presentaba a propósito para una batalla, sin lluvia, sin calor y sin nieblas... era uno de esos días de otoño en que el sol duerme perezosamente sobre su lecho de nubes.

Dispuesta la caballería en los llanos que sombreaban las arboledas del Miño con sus tendidas enramadas, y los ballesteros en los flancos y en las quebraduras de las montañas, el rey no permitió que ningún conde ni prelado dejase de estar a la cabeza de sus respectivas mesnadas, prontos a secundar sus órdenes de ataque ó de defensa, y él se quedó en el cerro de Reigoso con unos cuantos caballeros jóvenes y briosos, como Guirey de Lor que pasaba por muy buena lanza, y los barones de Meira y de Gandarela.

Notábase en D. Froila Dorna una gran agitación, y que sin embargo de tener al enemigo allí, a sus pies defendiendo el paso del Miño, de cuándo en cuándo volvía la cabeza atrás, como si esperase refuerzo de Sande ó mirase mejor el sitio para emprender una retirada.

Pero nada de esto lo preocupaba... la fiebre de amor aun lo poseía: y si miraba hacia Sande era para ver si descubría a Eugea Horban sobre el veloz caballo de Fitorio.

El joven conde Fiz Neira de Jusá se presentó a él, subiendo a todo escape las

pendientes que desde el Miño conducian à la cumbre del Reigoso.

— Señor, dijo el valiente jóven; el Puente Castrelo està obstruido por vuestros desafectos.

— Fiz, le contestó el rey desabridamente, eso ya lo veo.

— Muy bien, señor, prosiguiò el doncel, pero no son las huestes del conde Borborás de Alemparte las que lo ocupan... son las de...

— Sean las de quien quiera, gritó el rey mas à speramente, yo no esperaba de los Neiras de Jusà lo que hace el conde Fiz en este momento.

El jóven conde bajó la cabeza.

— ¿Pues en qué falto á mi raza y à mi rey, señor? preguntó humildemente.

— Poder de Dios! gritó don Froila, ¿y lo preguntais aún?

El jóven calló aturdido.

El rey prosiguió con soberbia:

— Vais con vuestra mesnada de vanguardia de mi ejército, veis el puente obstruido por desafectos míos, como vos mismo decís, y vacilais en soltar sobre ellos vuestra jauría de lanceros de Franquian y vuestra jauría de ballesteros de Frontaron y de Aranza.

— Es que...

— ¿Qué, qué?

— Es que no son partidarios del Borborás de Alemparte los que defienden el paso del Miño...

—¿Pues de quién son partidarios?

—¡Ah, señor...! dicen que de Dios y del país... Dicen que antes que corra la sangre de uno y otro lado del Miño, ellos primero serán mártires de la paz y de la ventura de Galicia.

—¡No os entiendo, conde!

Y el rey frunció las cejas.

—Señor... ¿no os acordais de aquellas palabras: *entre Miño y Miño seré puente en Rivadavia?*

—¡Ah!-esclamó el rey palideciendo: ¡Vasco Fernandez de Temes, Vasco Fernandez de Temes, es el que defiende el paso por su cuenta! ¿no es verdad?

Y el jóven levantó la cabeza con una significacion generosa.

—Si, señor.

El rey la bajó à su vez desconcertado.

Aquel contratiempo que no esperaba, volvía à refrescar la herida que recibiera en la jura de Amoroce.

—Bien, dijo dominándose, ya que el conde de Rivadavia quiere pagaren ese sitio su deslealtad, decidle que él mismo fabricò y levantó su horca al fabricar y levantar ese puente. ¡Si! decidle eso de mi parte, y en seguida... que se cumpla mi justicia! El primer acto de mi justicia.

El jóven bajó la cabeza y pormaneció inmóvil.

—No me habeis oido? gritó el rey dando dos pasos hácia él imperiosamente.

El jóven conde levantó la cabeza, miró

tristemente para el cielo, y volvió grupas dolorosamente hácia las horillas del Miño.

Al llegar junto à sus lanceros de Franquian, los ordenó de ocho en ocho, segun el ancho del puente, y colocándose á su frente avanzó con ellos al trote largo hasta llegar cerca de los andenes.

Puente Castrelo estaba erizado à su vez de lanzones.

Al frente de aquellos briosos soldados del Avia, se hallaba Vasco Fernandez de Temes, lanza en ristre, y delante de él y con un crucifijo en la mano, un monje Bernardo del monasterio de Leyro, Pedro Doelmo, que vivia en olor de santidad.

El jóven conde de Jusà se paró à pocos pasos del monje, envainó su espada, tomó el estandarte de su casa y lo tremoló en la diestra con guerrero ademan.

—¡Plaza! gritó.

—¿En nombre de quién, hijo mio? preguntó el anciano monje dulcemente.

—En nombre del rey de Galicia don Froila Dorna, contestó el doncel.

—Imposible, contestó el monje: en nombre de la casa de los Neiras de Jusà, al instante, porque los Neiras de Jusà siempre han amado à su pais; pero en nombre del que quiere inundarlo de sangre, nunca.

Fiz de Jusà miró el pendon de su casa con orgullo y despues al monje con agradecimiento.

Pero en seguida, como si otro poder mas

alto reprendiera en él aquellas satisfacciones del momento, dió el pendon de su raza á su alférez, y tiró de la espada animosamente.

—¡Plaza al ejército del rey D. Froila Dorna! gritó.

—¡En nombre de Dios, en nombre del pais, ved lo que vais á hacer...! empezaba á exortar el monje, pero el jóven le interrumpió moviendo la cabeza á ambos lados, cerrando los ojos como si no quisiera oír ni ver nada, y volvió á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Plaza, plaza al rey D. Froila!

El conde de Rivadavia, callado hasta entonces en la cabeza del puente, pareció comprender aquella ceguedad del jóven caballero, y cogiendo de un brazo al monje, le dijo:

—Padre... venid... no intentéis reducirlo... será tiempo perdido: conozco demasiado á los Neiras de Jusá para que una vez adheridos á una causa, no la defiendan hasta morir, con razon ó sin ella.

Y se retiró con el monje, dejando á sus soldados la defensa del puente.

Entonces, al oír estas palabras el conde Fiz, y no viendo ya á Vasco Fernandez de Temes ni al monje delante de sí, miró al cielo tristemente como si le entregara su alma en aquel instante de abnegacion, y gritando *¡Jusá, Jusá, y adelante!* arremetió con sus gentes á los lanceros contrarios.

¡Choque estéril, choque sangriento!

El jóven conde cayó muerto, atravesado de dos lanzazos, al abrirse paso hasta la tercera fila de ginetes del Avia... y sus lanceros fueron cayendo todos sobre él, formando una barricada ensangrentada de cadáveres y de caballos, en la embocadura del puente, que perjudicaba mas á los que lo atacaban vanamente, que á los que lo defendian con tanta pujanza.

De aquella mesnada de valientes de los valles de Franquian, solo quedaban los montañeses de Frontaron y de Aranza, que se retiraron aterrados sin disparar una ballesta.

Cuando Guirey de Lor, que habia presenciado aquel choque terrible, selo referia tristemente al rey don Froila, este le oia con los ojos clavados en el camino de Sande, como si fuera enteramente extraño á aquella sangre generosa que enrojecia ya la corriente del Miño en honor... de su causa

Los condes de Trives, del Vierzo y de Monterrey, se acercaron una hora despues á don Froila, viendo que no tomaba ninguna disposicion para forzar el puente y pasar el Miño, y don Froila les contestó que no queria perder gente infructuosamente en ello, pues que le hacia falta para la batalla que habia de librar al Borborás de Alemparte, que era su principal objeto para afianzar en sus sienes la corona del reino.

\*Los condes se retiraron de junto al rey,

disgustados, y empezaron los murmullos. Entonces el abad del Buen Jesus se acercó al rey, y con el abad el obispo de Lugo y otros prelados, y el rey prometió ir él solo à verse con el conde de Rivadavia, y que si no conseguia reducirlo, trataria de que dos ó tres mesnadas vadearan el rio por Curbillon ó Portamiro, y atacaran por la espalda á los lanceros del Avia.

Con esta promesa del rey cesaron los murmullos.

Pero el rey no se movia de Reigoso, y permanecia siempre en acecho, atento á las personas que venian de Sande, que era la parte opuesta al Puente-Castrelo.

Era tal esta atencion del rey, que pareciéndole poco la altura del monte Reigoso, quiso subirse al Novelle, deteniéndole en su propósito la quebrada osamenta de punteagudas rocas de este coloso de verdura, de esta verde y gigante ola con su espuma en la cima de blancos peñascos.

Instado nuevamente por sus hermanos Senracino y Vitila, ecos del murmullo fatal de la nobleza y del clero del ala izquierda del Miño, el rey descendió por fin de la montaña en que se hallaba, y se dirigió solo, sin acompañamiento alguno, hacia el Puente-Castrelo.

El rey llevaba corona de oro en la frente, y lo cubria su rico manto de púrpura, forrado de armiño.

Al presentarse en la embocadura del



pueblo, bajaron sus formidables lanzones los soldados del Avia, como si saludaran á su majestad ó les deslumbrara su magnificencia.

Al poco tiempo compareció al frente de ellos Vasco Fernandez de Temes, con el pendon de sus estados en una mano.

—Conde de Rivadavia, dijo don Froila; ¡paso al rey de Galicia!

—Señor, dispensadme, contestó el noble y fiero adalid; no puedo franquearos el paso cuando vuestro objeto es inundar de sangre las tierras de esa otra banda del Miño, porque están por el Borborás de Alemparte.

—Conde de Rivadavia, volvió à decir el rey, me maravilla tu obstinacion, y sobre todo tu audacia. ¡Eres un miserable!

A este insulto Vasco Fernandez de Temes bajò los ojos sobre las crines de su alazan, y no contestó nada.

El rey se envalentonò mas.

—Conde de Rivadavia, siguió diciendo; concluye tu obra de traicion; héme aquí indefenso, solo... à mas de doscientos pasos de mis mesnadas.. hiere, pues, y concluya el trono de Galicia para siempre.

—Señor, contestó el guerrero; lo que llamais mi obra de traicion, la amparan los mismos santos del cielo y de la tierra.

—¡Sí... sí! exclamó el monje apareciendo junto al conde de Rivadavia.

—¡Apartad, padre, apartad por Dios! suplicó Vasco Fernandez de Temes, obli-

gando al santo á retirarse; dejadme solo con el rey.

Y en seguida se dirigió á don Froila.

—Lo que llamais vos traicion, señor, es grandeza de alma, es patriotismo, es un amor á Galicia que, como vos no sentís ninguno hácia ella, no podreis apreciar jamás.

Lo que llamais traicion, señor, es evitar que corra á torrentes la sangre de mil y mil infelices, hijos de estas mismas montañas del Miño, como nosotros.

Lo que llamais traicion, señor, es lealtad, lealtad á la primera de todas las dignidades del mundo, despues de la de Dios, que es la dignidad del pais que nos sustenta, la dignidad del pais que anhelo, como el que mas, ver libre de la coyunda del astur y del moro. En este concepto, os juré fidelidad como rey; pero desde el dia en que ví que en vez de luchar contra la opresion del astur y del moro, para lo que nos habíamos levantado en son de guerra, era para luchar gallegos contra gallegos, hermanos contra hermanos, desde aquel dia, señor, me creí libre de mi juramento, y perteneciéndome al pais, como me pertenezco, os retiré mi pleito-homenage, y juré solemnemente á la faz de los cielos sacrificarme por su tranquilidad y por su ventura.

Hoy estoy en mi puesto, el puesto que cumple á mi decoro y á mi conciencia. Si en él sucumbo, moriré cubierto de honor.

Vos me llamais miserable por ello, ¡oh don Froila! vive Cristo, que esa palabra es la primera vez que suena delante de mí... He necesitado todas mis fuerzas de espíritu para soportarla sin mataros... pero una vez propuesto à ser mártir de mi amor al país, todo eso me parece poco, y aun la misma muerte...

—¡La recibirás, poder de Dios! le interrumpió el rey. Entre Miño y Miño seré puente en Rivadavia, has dicho; pues entre ejército y ejército, serás puente desgraciado! y así se cumplirá tu profecía. Yo haré que tu lema *boo de rogar y malo de forzar*, se convierta en *malo de rogar y bueno de forzar*.

—¡Pues bien, señor, no os suceda lo que al animoso jóven conde Neira de Jusá, cuya sangre deploro mas que vos! ¡Meditad lo que vais à hacer, don Froila!

—Me amenazas otra vez, conde de Rivadavia, ¡eres un villano, que estás vendido al Borboràs de Alemparte!

—¡Señor... señor! gritó Vasco Fernandez de Temes.

Y llevó la mano à la empuñadura de su espada, y una llama de cólera brilló en sus ojos...

Pero se detuvo en el momento dominando su emocion.

—¡Sí, mátame... mátame! exclamó el rey palideciendo, ¡cumple así con tu señor de la otra banda!

—¡Don Froila, retiraos... retiraos, por

Dios, no porque no responda de mí, sino porque tendré que volver la espalda á vuestros insultos. Para Vasco Fernandez de Temes, lo mismo es una banda del Miño que la otra, todo es Galicia. Para Vasco Fernandez de Temes, lo mismo es el Borboràs de Alemparte que el conde de la Limia-alta; ambos son condes de Galicia. Para Vasco Fernandez de Temes, no hay ni habrá mas rey que el que afronte la fiereza del astur y del moro. Retiráos, señor, retiráos en nombre del cielo!

—¡Sí, me retiraré! gritó el rey; pero se-  
rá para volver á pasar el puente con mis  
mesnadas. Si tú persistes en defender el  
paso del Miño, será en vano; ya sabes el  
dicho de *rojo y tenaz, como un Dorna*.

—¡Hágase la voluntad de Dios! exclamó  
el conde de Rivadavia.

Y elevó los ojos al cielo, como implo-  
rando su ayuda.

El rey regresó vivamente hácia la cum-  
bre del Reigoso.

—Y bien, ¿qué dice ese bellaco? le pre-  
guntaron sus hermanos con impaciencia.

—Que estén todos mis condes prontos á  
la primera voz que yo les dé, contestò  
sin saber lo que decia, con tal de alejar-  
los y quedarse solo.

Decimos esto, porque en aquellos ins-  
tantes el trastorno ideológico del rey era  
completo, originado por la pertinacia del  
conde de Rivadavia, oponiéndose al paso

de su ejército, y por la ansiedad vehemente, febril, de ver á Eugea Horban de un momento à otro en sus brazos.

Tan pronto miraba hacia el Miño indeciso entre la resolución que debía tomar contra el primero, como miraba hacia Sande, afanoso de columbrar entre las revueltas del camino el tendido galope de Fitorio con la dama de Sandiaes en los brazos.

Por fin, al poco tiempo se sobresaltó vivamente de esperanza.

Allá, entre las arboledas mas lejanas de la senda de Sande, le pareció distinguir la forma de un caballo, confusa aún por la distancia,

Poco à poco esta forma que atravesaba por entre los castaños con la rapidez del viento, se perfilaba mas y mas marcando los contornos de un jinete y de un caballo solo, pero sin dama alguna sobre el arzon.

El corazón del rey palpité con fuerza, y apartó la vista desalentado, temiendo que le hubiera sucedido á Fitorio alguna desgracia en su tentativa de rapto; pero en seguida otra tentación de alegría le hizo volver á mirar para él, aprobando la prudencia de su antiguo escudero en presentarse sin Eugea Horban delante del ejército.

El jinete era Fitorio efectivamente; pero Fitorio solo.

El rey dió algunos pasos á su encuentro.  
—Bien, Fitorio, bien, le dijo, has hecho

bien en dejarla por ahí oculta en alguna casa cercana y al cuidado de tus cuatro lanceros.....

—¡Ah, señor!... suspiró Fitorio, como si no pudiera decir mas por la sofocacion de la carrera.

—Oh! prosiguió D. Froila, qué inmenso es mi júbilo, qué grande es mi ventura al verme dueño de su hermosura celestial! Su posesion, Fitorio, su posesion vale mas para mí que el trono de Galicia, mas que la gloria del cielo!

—¡Ah, señor!... volvió á repetir Fitorio aun con los ojos bajos.

Y esta vez el rey separó de sus hombros las manos que habia posado en ellos, y retrocedió dos pasos pálido y demudado, como si sospechara la verdad, como si sospechara cuanto iba à revelarles el fiel hidalgo,

—¡Habla... habla! le gritó. ¿Dónde tienes à Eugea Horban?

—¡Ah, señor...! volvió á decir aun Fitorio, yo no la tengo... ni sé lo que Dios habrá hecho de ella.

—¡Poder del cielo! exclamó el rey; conque... con que no has logrado arrebatarla de su torre de Sandiaes?

Y don Froila empezó á temblar como un poseido, y sus dientes, entrechocándose por el acceso de ira que le asaltaba, parecia que no dejaban paso à las palabras de cólera que palpitaban en sus labios.

—Sí, señor, sí, contestó Fitorio; yo la arrebaté de su castillo de Celme.

—¡De Celme...! interrumpió el rey con estrañeza.

—De Celme, señor, de Celme, donde vivía con el baron Wimaredo, su esposo....

—¡Su esposo...! repitió el rey de sorpresa en sorpresa.

—Su esposo, señor, pues antes de ayer se casaron.

—¡Oh! exclamó el rey, llevándose las manos á los ojos, como si le deslumbrara un rayo.

—Se casaron, señor, prosiguió Fitorio, sabiendo que ella... el ángel de la muerte.. solía acompañar á su padre hasta los peñascos de la Cruz, allí me embosqué con mi gente para arrojarme encima cuando anochebiese.

El rey parecía no oírle. Fitorio prosiguió.

—Llegó la hora... llegó la noche... y allí aparecieron en los peñascos de la Cruz... Mi gente estaba atemorizada, señor, porque esto de apoderarse del ángel de la muerte... ya veis... Sin embargo, venci sus temores infundiéndoles aliento y... nos apoderamos de ella, quedando su padre muerto en el acto, precipitado por tempestad furiosa... brillan los relámpagos, cruza el rayo, braman los truenos, nuestros caballos se asustan, ella salta de mis brazos. . y los lanceros caen despeñados en los barrancos de Cerredelo. ¡Ah,

señor! bien os decia, que era el *ángel de la muerte*, porque solo yo pude librar.

El hidalgo no concluyó su idea, pues el rey levantó la mano y le bañó la cara en sangre...

—El ángel de la muerte... gritó el rey al mismo tiempo; ¡el ángel de la muerte sí que lo seré yo para los visionarios y bellacos como tú!

E iba á concluir con Fitorio en el acceso de su ira, pero en el momento se presentaron á él los obispos para intimarle el paso del Miño en su nombre y en el de la nobleza.

Don Froila no pudo resistir á aquella nueva escitacion, y loco y desatentado se puso la armadura de batalla, tomó la lanza de Guirey de Lor, y montando en su brioso caballo, bajó las pendientes de Reigoso gritando: ¡el ángel de la muerte, el ángel de la muerte! palabras escapadas de su fiebre de amor, que otra vez las mesnadas interpretan como una voz de guerra, atropellándose en pos de él sobre el puente Castrelo.

Al ver aquel aluvion de caballos y de lanceros que se precipitaban de todas partes sobre el puente, Vasco Fernandez de Temes tomó su lanza en uua mano y su estandarte en la otra y los cruzó sobre la embocadura, cruzándose él en seguida de brazos, porque el rey era el que venia delante á la cabeza de las mesnadas que iban á franquearlo.



El rey no se paró ni ante la lanza ni ante el pendon del conde de Rivadavia, y haciendo saltar por encima á su caballo:

—¡El ángel de la muerte, el ángel de la muerte! gritó aun en su delirio.

En seguida encontró al conde de Rivadavia, y le tiró un bote de lanza á la mitad del pecho, con toda la fuerza de atleta que poseia.

Vasco Fernandez de Temes cogió con las dos manos la lanza que se dirigia á su corazon, y aunque pequeño de cuerpo, retorció la moharra, que era tan larga como una bayoneta. (53)

Sin embargo de esto, no pudo evitar el noble señor que traspasara su peto con violencia aquel aguzado y retorcido hierro, y cayó sobre las ancas de su caballo, al mismo tiempo que este animal caia tambien herido por las ballestas que llovian sobre el puente...

Asi desapareció del mundo, mártir de su abnegacion patriótica, aquella gran figura histórica, que hemos levantado de su tumba en estas páginas que consagramos á su heroismo, (54) y el ejército del rey

---

(33) En el siglo xiv aun se conservaba esta moharra en la capilla prioral de Santiago de Rende Sella, como un objeto de veneracion y como un testimonio de la prodigiosa fuerza de aquel noble caballero; después desapareció.

(54) Vasco Fernandez de Temes, conde del Avia ó de Rivadavia, se considera por algunos novillarios como el primogenitor de la ilustre familia de los Fernandez de Córdoba. —Fué enterrado en la

don Froila Dorna forzó en seguida el paso del Miño, derramándose como un torrente devastador sobre las floridas tierras del Avia.

¡Honor y gloria à los màrtires del pais!

¡Horror y baldon eterno sobre sus verdugos!

---

iglesia de Benedictinos de Celanova, y en la losa sepulcral se leia. «Aquí faz Vasco Fernandez de Ternes, pequeno do corpo é grande de esforzo: bo de rogar, mao de esforzar; y la fecha de su muerte en Puente-Castrelos.

Recomendamos el estudio histórico de esta figura grandiosa, á los hijos del pais, amantes de sus glorias; nosotros temimos bastardearla hablando mas de ella, y nos contentamos con lo que nos contentamos siempre, con ser los primeros en dramatizar nuestras grandezas, único honor á que aspiramos desde que hemos dedicado nuestra humilde inteligencia al «antiguo reino» de nuestros mayores.

## X.

### Chans de Bilan.

Desde el momento en que el rey don Froila Dorna atravesó el Miño sobre el cadáver de Vasco Fernandez de Temes; desde el momento en que sus mesnadas lo atravesaron tambien en pos de él, hollando los ensangrentados cuerpos de los lanceros del Avia, que perecieron en su mayor parte asaetados y casi sin defensa alguna, se pareció aquel derramamiento de gentes á una horda de bandidos capitaneada por un caudillo feroz y sanguinario.

Desde aquel momento el rey no conocia nada, ni respetaba nada. Semejante á un jefe árabe sobre un territorio de cristianos, todo lo profanaba, todo lo pasaba á cuchillo, todo lo desvastaba, hombres y sembrados, casas y templos.

El Miño no habia sido hasta allí mas  
(1.—23.)

que la barrera que limitaba las uñas del tigre.

Despues, una vez forzado el puente-Castrelo, el tigre se tendió por los valles del Avia con toda la horrorosa pompa de la destruccion y de la fiereza, pues cuantas maldades ordenaba tantas se consumaban, llegando á tal extremo la impunidad de sus soldados que antes que se significara un deseo de sangre y de fuego, ya ellos se habian anticipado á realizarlo en sus desmanes.

La irrupcion de aquellas mesnadas en la otra parte territorial del Miño, era un azote, una catástrofe viviente que llevaba por donde quiera todas las calamidades de la conquista, pero de la conquista especial de una falanxe de vándalos.

Parecia poseerlos á todos un vértigo de sangre y de desolacion, una insaciable sed de víctimas, una fiebre voraz de ruina y de llamas.

Un ejército nunca es mas que el reflejo de su jefe: su jefe era, pues, el que daba el ejemplo de tanto estrago, de tanto desenfreno, de tantas violencias, escudado con pisar el territorio de sus contrarios.

Sí; el rey Don Froila Dorna todo lo ordenaba bajo esa invocacion de rebeldía... pero ¡qué lejos estaba su corazon de conmoverse por aquellas diferencias de parcialidad!

Lo que á él le impulsaba á derramar tanta sangre inocente era su fiebre, su

fiebre de amor, la fiebre de los Dornas cuando se veian contrariados por un imposible.

Desde el instante en que, creyendo llegar á ser dueño de Eugea Horban... desde el instante en que creia verla en sus brazos, desde el instante que contó seguro su triunfo y vió segura su derrota, desde aquel instante ensangrentó la cara de su antiguo escudero, y lo hubiera muerto alli mismo con sus propias manos si no se presentaran á su vista los preladados con una mision mas importante, señalándole otras víctimas, las de puente-Castrelo.

Desde aquel instante, pues, holló el estandarte del conde de Rivadavia, alanceó á este ilustre guerrero, sin consideracion á sus virtudes cívicas, y tendiéndose por las riveras occidentales del Miño, como una fiera de grandes garras que quebranta los hierros de su jaula, nada respetó ni hizo que nada se respetara.

Para él no hubo ya ni cielo ni infierno, y mandó degollar al monje Pedro Doelmo. (55)

Para él no hubo ya mas hermanos en

---

(55) Esto ene encontramos en la crónica del Benedictiuo de Rivas de Sil: esto refiere la tradicion confusa que ha quedado de estos sucesos. Si efectivamente sufrió el monje aquel suplicio, digno fué de alcanzar por ello, asi como por sus virtudes, la gloria del cielo, y digno es tambien por ello de la gloria de la tierra. Muriendo por exhortar la paz entre sus hermanos, murió heroicamente como todos los mártires cristianos.

Galicia que los que le seguian, y mandaba acuchillar à cuantos pecheros é hidaldos encontraba.

Para él no hubo ya mas casas ni mas templos sagrados que los que dejaba allende el Miño, y casas, y templos, y mujeres, y ancianos, todo era incendiado, todo era victima de su ferocidad.

Para él, pues, no hubo ya mas Galicia que las tierras que lo proclamaran, y entraba en las de la otra banda del rio con la tea de la desolacion por cetro.

Y esta fiebre de destruccion, hija de la fiebre de su amor contrariado por los hombres y las cosas, esta fiebre de destruccion lo hacia el ídolo de sus tropas, porque en aquellos tiempos solo así se podia ser gran capitan y gran rey, significándose por el estrago, no por la inteligencia y el sentimiento.

Llegamos á un período de horror que quisiéramos pasar por alto, pero de hacerlo así faltaríamos á la exactitud histórica que queremos guardar mas que nada, y haríamos palidecer la *roja* figura del *rojo* Dorna, pues la despojaríamos del colorido febril, sangriento y esterminador que la particulariza en nuestras notas, cuando refieren el paso del Miño.

Para él, dicen, aunque no con estas palabras, no habia un momento de tranquilidad. Agitado por el delirio que le dominaba incesantemente hasta en sueños, las huellas de sus mesnadas sobre los sembra-

dos y sobre las chozas de los labradores era la huella ruinosa y sacrílega del ángel malo, si pudiera personalizarse y surgir de los abismos con las legiones de secuaces que le rodean. Su afán de esterminio era lo único que parecía alentarlo, era lo único que hacia palpar su corazón con fuerza. Cuando declinaba esta animosidad, cuando se extinguía este afán, la calma que experimentaba el rey era la inercia del cansancio, pues luego volvía á renacer en su pecho aquel sentimiento malévoló con la misma imponente y horrosa furia.

Desde aquel día empezó á tomar los nombres que lo caracterizaron hasta el fin de su existencia: *Dorna, ó mao; Dorna á fera; Dorna, ó sangrento.* (56)

Desde aquel día no parecía sino que su amor no podía manifestarse sino por la venganza, y que media su estension por el número de las víctimas.

Desde aquel día, pues, no tuvo otra vida de sentimiento que la del desenfreno, la de la violencia, la de la arbitrariedad, la de la locura.

Ciego y arrebatado, se complacia en la consumacion de toda clase de crímenes, y él y sus mesnadas, que se habían levan-

---

(56) Desde entonces se empezó á tener horror en el país hasta á los niños de cabellos rojos, pues se arraigó en él la creencia de que los cabellos de este color eran los cabellos de los malos, de los malditos por Dios.

tado para gloria del país, fueron su deshonra, fueron su oprobio, fueron su mas cruel afrenta.

Caminando de saqueo en saqueo, de asesinato en asesinato, de incendio en incendio, atravesaron por Quenga, Esposende y Camporedondo, y posesionándose del puente de San Clodio, sobre el Avia, acamparon en el monasterio de Bernardos, situado en Leyro.

En este monasterio apenas encontró el rey mas que cuatro monjes ancianos y achacosos, pues los demas huyeron á su aproximacion; pero su ancianidad y sus achaques no les libraron de su cólera, pues hizo con ellos una cosa que horroriza.

Estos cuatro monjes, temerosos ya del instinto sanguinario de don Froila, y confiados en la rectitud de su conciencia y en su santidad, pues no se habian declarado ni por él ni por el Borborás de Alemparte, desentendiéndose de aquellas revueltas, estos cuatro monjes cogieron á San Claudio y lo llevaron en andas para esperar así al rey en la *via sacra*.

Ellos creyeron que el santo les serviria de escudo, y mas que todo la muestra de su humildad; pero los cuatro Bernardos fueron mandados colgar de los castaños y abedules que crecian en torno del monasterio entre la estrepitosa rechifla de la soldadesca desenfrenada.

El rey no respetaba nada; durmió en



el edificio con todos los nobles y clérigos que le acompañaban: al alva dispuso que lo saquearan, y al salir el sol, los rogizos resplandores del incendio se confundieron con sus purpúreos rayos. (57)

Desde el puente de San Clodio faldeó el rey con su ejército las gigantes ondulaciones del Faro de Abion; puso fuego también al pueblo de Carrallada, cuyas ruinas aún existen hoy, y talándolo todo, como un desalmado caudillo de silingos, acampó en Cortegazas, cerca ya del castillo de Alemparte.

Lo mas extraño de esto no eran las tropelías y desafueros que cometia á mansalva el ejército del ala izquierda del Miño, sino la actitud de las mesnadas del Borborás, de las cuales no se veia rastro ni señal alguna, como si aterradas por los ecos de la desolacion latente que avanza-

---

(57) Este monasterio se reedificó despues; pero nunca se hubiera reedificado, porque los vecinos de Lebosende sostuvieron muchos pleitos contra sus usurpaciones: dichos monjes cultivaban una cordillera de montañas en un lugar llamado Barouta, y unos señores feudales que habitaban un castillo en lo parroquia de Allo, les cedieron por testamento las casas y casales que tenian en la de San Clodio, los cuales eran terrenos inmediatos á las casas que no pagaban derechos de ninguna clase; los monjes empezaron á hacer cesiones y á imponer gravámenes en parajes que no les correspondian, y adquirieron por medios fraudulentos la prepotencia que tiránicamente ejercian en esta feligresía y en las inmediatas, hasta que por una real cédula de Felipe II se puso coto á aquellas deprecaciones.

ba sobre ellas, hubieran huido despavoridas ó las hubiera tragado la tierra.

Llevaba ya dos dias de destruccion en el Avia el rey don Froila, y nadie, ni un lancero, ni un arquero se le habia opuesto, cuando tan inmediato estaba ya á Fornelos de Montes.

Pero al emprender la marcha al siguiente dia, al salir de Cortegazas para aquel punto, todo mudó de aspecto.

Hállase situado Cortegazas, en las faldas occidentales de la cadena de montañas del Faro, montañas que, arrancando desde la altiva Peña Cornera, en la confluencia del Boo con el Avia, se estienden en pintoresco tropel hasta el monte Suido, sobre las azuladas aguas del Oitaben. El terreno que media entre aquella parroquia y la de Fornelos es sumamente montuoso, y está cortado por desfiladeros inaccesibles, por los cuales tuvo que dirigirse el ejército invasor. Cuando este llegó á los flancos del Monte Mayor hizo alto de repente, pues descubrió desde ellos á las mesnadas del Borborás de Alemparte, cuyas armaduras brillaban á los rayos del sol como la linfa de un lago de plata que apareciese á sus plantas de improviso.

Estas mesnadas inmóviles y silenciosas, pero dispuestas en son de guerra, ocupaban los únicos llanos (1) que existian en-

---

(1) Llanura donde se dió la batalla, y que desde entonces tomó el nombre de «Chans de Bilan», que quiere decir «fuerza de lanza», segun el Benedictino de Sil, en lo que no estamos conformes, sin embargo de no ser muy fuertes en el dialecto provincial.

tre los lugares de Octaven, San Vicente, Bilan, Ventin, Eiras y Perraña, de los cuales no quedan hoy mas que los cuatro primeros, á consecuencia del encuentro sangriento que tuvo lugar en ellos.

Al divisarlas el ejército del rey don Froila, exalò un prolongado alarido de gozo, pero de un gozo cruel y salvaje, semejante al rugido de hambrientas fieras que distinguen de pronto la blancura de un rebaño de ovejas, próximo à sus garras.

Despues de aquel grito que conmovió las montañas y recorrió los sinuosos flancos de los desfiladeros como un zumbido aterrador de la muerte, los condes y ricos-hombres no esperaron órden alguna de batalla ni dieron tiempo á ello, pues pronunciando instintivamente el grito de guerra de sus respectivas casas con el *adelante*, *adelante* consiguiente, se precipitaron con sus gentes sobre la llanura, disputándose el honor de arremeter los primeros á las mesnadas de la banda derecha del Miño.

A este exceso de valor hemos debido casi siempre las derrotas de nuestras huestes contra el agareno... El mismo rey fué de los mas ciegos en lanzarse contra el enemigo, blandiendo con furor su formidable clava, y en pos de él no quedó un solo ginete de su ejército, pues todos intentaron ganarle la delantera para preservar su vida.

A aquel huracan de lanzas que se derumbaba desordenadamente sobre la lla-

nura contra las mesnadas del Borborás, este les ordenó un movimiento de resistencia tan bien ejecutado, como si lo hubieran estado ensayando muchos días sobre el propio terreno.

Se redujo este movimiento de defensa á formar un ángulo opuesto, cuyo vértice, muy reforzado de caballería, se fijaba en el principio de la llanura, y sus dos líneas ó alas constituidas por el grueso de los arqueros, subían escalonadas por las alturas de Fornelos, desde donde disparaban casi perpendicularmente sobre el enemigo, sin que este pudiera cargarlas ó evitar sus ventajosos disparos de aguzadas flechas.

Aceptada de este modo la batalla por el Borborás de Alemparte, como oponía un frente tan reducido como usado ya en los combates antiguamente, al que los celtas llamaban *punta de diamante*, con precisión tenía que desbaratarse asimismo la caballería que descendía tan atropelladamente á la llanura, porque aun cuando se ensanchaba en ella por la amplitud del terreno, luego tenía que volverse á concentrar para dirigirse sobre un punto dado, en alas del vértigo ardoroso de sangre y de gloria que la arrebatava en su carrera.

El rey conoció esto mismo, deteniendo su bridon cerca de Bilan; pero ya no pudo evitar el primer choque... choque que fué mas mortal para su ejército que para el de la banda derecha, pues pronto vió caer

la flor de sus caballeros, mas bien destruidos por su misma inconsideracion que por los botes de lanza de sus contrarios, al embestir entre sí los orgullosos condes y ricos-homes, en su afan de cerrar los primeros contra la *punta de diamante*, embistiendo á su vez sus lanceros y cayendo todos revueltos, ahogados, heridos y pisoteados por sus propios alazanes.

Al ver la accion tan fatalmente empeñada, el rey volvió la vista atrás, y no distinguió otra reserva que los ballesteros y demás peones que quedaran rezagados, pero á tanta distancia, que desde las lejanas eminencias en que se hallaban, no podian disparar sus flechas sobre el enemigo sin que perjudicaran horrorosamente á su misma caballería.

—Señor, le dijo Guirey de Lor respetuosamente; yo llevaré la mitad de los arqueros sobre las alturas del ejército del Borborás, rodeando la llanura por una parte, y el baron de Meira llevará la otra mitad sobre el mismo punto, rodeando tambien la llanura por la otra: de este modo, señor, le haremos á los contrarios mas daño con nuestros diestros peones que el que nos hacen los suyos desde las pendientes en que se hallan tan sábiamente colocados.

—Ya es tarde, contestó el rey, eso debimos hacerlo antes de que nuestros malditos condes se precipitaran con su caballería sobre el enemigo.... En lo que hay

que pensar ahora, Guirey, es en que sea menos costosa la r tirada.... en lo que hay que pensar es en lo que estoy viendo ya próximo.... en contener el ímpetu de los contrarios si abren las alas del ángulo y encierran en medio   nuestros lanceros.

—En ese caso, señor....

—Nada, Guirey... interrumpió D. Froila Dorna, que vaya el baron de Sarri  con la mitad de los arqueros sobre los lugares de Eiras y Perri a, para posesionarse de ellos y batir con ventaja al enemigo, y t  tr eme los chuceros de Laza, de Chaves, de Tribes y de Milmanda, y los colocaremos aqui en la llanura,   ver si contienen el ímpetu de la caballería contraria si avanza sobre la nuestra, como creo.

El baron de Meira y el noble jóven Guirey de Lorgaloparon vivamente   cumplir aquellas órdenes, y pronto descendí este último de la mont a, guiando hasta junto al rey   los chuceros de las sierras de Larouco, del Exe y de Penagache.—El estandarte real quedaba   su espalda sobre una lejana eminencia, y al pie de   los clérigos y los ballesteros que dejara para su defensa el baron de Sarri , que avanzaba ya sobre el enemigo, circumbalando la llanura por los flancos de los montes que la limitan sobre Eiras y Perri a.

El rey reunió los chuceros en tres líneas reforzadas, dando frente al campo de batalla. Eran todos mont eses sumamente fornidos y agigantados, escogidos por

su fuerza colosal para manejar los largos, pesados y afilados chuzos ó lanzones: vestían una especie de túnica corta formada de pieles de oso, y resguardaban la cabeza con una birreta ó morrion tosquísimo, labrado de un enrejado de hierro y afianzado al cuello con una correa.

El Borborás notó este movimiento previsor de proteccion, pues pareció contenerse al ir á ordenar en su ejército el que habia calculado el rey tan acertadamente; y en vez de llevarlo á cabo hizo lo contrario, mandó abrir la *punta de diamante* ó vértice del ángulo agudo que formaban sus gentes, y precipitó por allí, como por lo boca de un cráter, al escuadron de caballeros de la Barra (59), que cayó sobre el campo enemigo como una lava de clavas que todo lo aniquilaron, hombres y caballos.

El choque fué entonces mas terrible... Si en dispersion se habian batido hasta allí los caballeros del ala izquierda del Miño, agrupándose siempre como un revuelto torbellino sobre la *punta de diamante* del ejército enemigo, esta vez empezaron á defenderse en retirada, atropellándose tambien unos á otros tantos mas que antes.

El rey quiso avanzar junto al peligro... y batirse como un soldado; pero Guirey de

---

(59) Orden militar de Santiago, que habia seguido á Ataulfo II. obispo de Compostela, y que se batió heroicamente en aquella jornada.

Lor y el baron de Meira, que permanecian à su lado constantemente, lo detuvieron obligándolo à retroceder hasta colocarse detrás de los chuceros.

Entonces pasó por junto al rey el caballo del conde de Monterrey, que huia del combate sin ginete... y todo ensangrenado.

—¡Ah, exclamó D. Froila Dorna, el pobre viejo!..

Y otra vez quiso lanzarse sobre el enemigo; pero otra vez fué contenido por los dos barones que se hallaban á su lado.

Luego, ya no eran caballos ensangrenados y sin ginetes los que huian del combate.... eran sus condes, sus hidalgos y hasta sus lanceros de la Limia-alta, que cejaban á la desbandada, defendiéndose como podian de las clavas de los caballeros de la Barra.

Momentos despues los caballeros de la Barra fueron reforzados por los mejores paladines de la derecha del Miño, entre los que se distinguian los condes de Salvatierra, de Maceda, de Villagarcía, de Malpica, de Altamira de Dozón y de Amaranate, y entonces retrocedieron de vez los condes del ala izquierda, sin volver grupas para defenderse, huyendo á escape tendido, y rehaciéndose detrás de los chuceros de Laza, de Chaves, de Tribes y de Milmanda.

Esta muralla de erizados lanzones pudo por fin contener la pujanza enemiga, y



aunque muchos caballeros de la Barra llegaron hasta la segunda fila desordenando la primera, allí quedaron clavados, y entre aquellos bizarros infanzones mordieron también el polvo los condes de Malpica, Villagarcía y Altamira.

Entonces le tocó retroceder al Borborás de Alemparte con bastante pérdida.

El rey no pudo contenerse por más tiempo sin tomar una parte activa en el combate, y aprovechando aquel momento de desorden y de dolor en las filas enemigas, se lanzó como un rayo sobre ellas.

Al instante volvió à precipitarse en seguimiento de él la caballería que le quedaba... adelantándose esta más y más al peligro sobre aquel campo de cadáveres, y don Froila Dorna por segunda vez comprometía la acción con sus impulsos instintivos de sangre y de matanza.

De repente detuvo el rey su caballo... como si lo llamaran de debajo de la tierra con una voz triste y penetrante.

Miró para el suelo y vió que acababa de pisar con su troton el mutilado tronco del anciano conde de Monterrey... cuyos cabellos blancos agitaba lúgubrementemente el viento de la muerte.

El rey quiso picar à su caballo y avanzar lejos de aquel sitio, pero la misma voz fatídica volvió à llamarlo muy cerca...

Era la voz del noble conde de Chamoso, el cual se revolcaba à pocos pasos, mordiendo desesperadamente el estandar-

te de su ilustre casa, y maldiciendo con las ánsias de la agonía al desalmado monarca que fundaba su trono sobre la sangre de sus hermanos.

El rey movió la cabeza á ambos lados y cerrò los ojos como para no oír ni ver nada, y ciego y desatentado se arrojó con mas ardor que nunca sobre el enemigo.

Pero el enemigo volvía á avanzar otra vez sobre sus partidarios, poniéndolos en precipitada fuga.

El rey siguió adelantándose por mas que le rogaban la retirada cuantos se hallaban con él, y aun su mismo hermano Senracino, que huía herido de la pelea y con el casco enteramente abollado.

Nadie pudo detenerlo....

Llegó el momento de batirse cuerpo á cuerpo con los condes enemigos... Del primer golpe le abrió el cráneo al conde de Friol.... en seguida le echó un hombro abajo al conde de Andrade.... pero en el mismo momento su caballo cayó bañado en sangre, poniéndolo fuera de combate.

Inmediatamente le presentó el suyo el baron de Meira.... y mientras volvía á montar, se puso delante Guirey de Lor, protegiéndolo heróica y denodadamente con su cuerpo.

¡Vana proteccion!... ¡Triste sacrificio!... Adelantóse el conde de Maceda y derribó al noble jóven de un golpe de maza...

Guirey de Lor sostuvo aún la defensa del rey luchando à pié, á pesar de su cruel

herida, mientras el baron de Meira ayudaba á aquel á montar en su caballo que, algo indómito, se resistia á obedecer á otro ginete que no fuera su mismo dueño.

El conde Hermerildo y el conde de Deza aparecieron en aquellos momentos sobre el mismo terreno en que tenia lugar esta escena.... y entonces ya no hubo remedio para el infeliz doncel, pues por mas que se aparapetaba detrás de su alazan formando con él un escudo para defender la vida de su rey, el conde de Maceda le asestó tal golpe con su maza, que partiéndole la cimera le deshizo la frente de una manera horrorosa.

—¡Alda mia!!.... barbulló Guirey de Lor espirando.

Alda era el nombre de su adorada. Alda de Brandeso amaba tambien tanto al caballero, que se volvió loca al saber su desgraciada muerte, y vagando desde entonces en derredor de su sepultura, lanzó sobre ella el último suspiro de amor. (60)

Cuando cayó de vez el noble y valiente jóven, D. Froila Dorna estaba ya á caballo y heria en un golpe de clava á Fillao de Armeà, derribándolo tambien en tierra malamente herido.

En seguida.... el rey empezó á temblar desde los piés á la cabeza.... habia visto

---

(60) El sepulcro de Guirey de Lor y de Alda de Brandeso existe aún en san Lorenzo de Fornelos de Montes. Se halla perfectamente trabajado en una peña de «Chans de Bilan.»

brillar delante de sí tres estrellas de oro en el peto de un caballero.... y aquellas estrellas refulgentes le parecieron los ojos de Eugea Horban.... los ojos del *Angel de la muerte*.

Aquellas tres estrellas de oro debajo de una media luna eran las armas del escudo de la ilustre familia de los Dezas. El condado de Deza lo fundara Teodomiro, rey de los suevos, y era uno de los doce en que dividiera el territorio anejo á la iglesia de Lugo. En 572 adoptaron sus condes por armas tres estrellas de oro, ayudando á D. Pelayo á reconquistar el pais, añadieron la media luna; y después, de resultados de la batalla de *Chans de Bilan*, añadieron una espada en campo rojo en señal del hecho con que terminamos este capítulo, completando así uno de los blasones noviliarios mas distinguidos de Galicia.

El rey hizo retroceder á su caballo, poseido de aquella impresion fatal, de aquel vértigo terrible que le asaltaba siempre que creia ver brillar los ojos del *Angel de la muerte*.

El conde Deza abanzó sobre él, blandiendo con brio su poderosa espada....

El rey vió en aquellos instantes de alucinacion y de terror el humo que despedia el incendio que devorara los lugares en Eiras y Perraña, tomados por sus ballesteros.... humo que, estendiéndose rá-

pidamente por el campo, lo envolvía como un espeso cendal de niebla....

Despues... ya no vió mas nada... sintió un fuerte golpe de espada en su casco.... cayó desvanecido bajo aquella densa nube de humo, y los gritos de *el rey herido*, *el rey prisionero*, recorrieron la llanura hasta Monte Mayor, abatiéndose el pendon real que ondeaba en sus pedregosos flancos!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

pidamente por el campo, la envoltura como  
un espeso cenital de niebla.  
Después, ya no vio nada... sintió  
un fuerte golpe de espada en su casco...  
cayó desvanecido bajo aquella densa nie-  
be de humo, y los gritos de el rey  
el rey murieron, recorrieron la llanura  
hasta Monte Mayor, espantándose el pueblo  
real que esperaba en sus pedregales. Han

FIN DE LA PRIMERA PARTE

BIBLIOTECA POPULAR DE GALICIA.

---

# EL LAGO DE LA LIMIA,

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO IX.

POR

D. BENITO VICETTO.

---

Tomo segundo.

---

CORUÑA. — 1861.

IMPRESA DE CASTOR MIGUEZ.

---

Acevedo, número 57.

IMPRESA DE LA LAMIA

# EL LAGO DE LA LAMIA

Historia del Departamento de San José

Por

D. JUAN CRISTÓBAL

San José

1885 - 1886

IMPRESA DE CASTOR MICHIEL



## SEGUNDA PARTE.

---

### EL SIL LLEVA EL AGUA Y EL MIÑO LA FAMA.

---

#### I.

#### El ramo de Flores.

Veinte dias despues de la batalla de Chans de Bilan, y en una de las mas deliciosas mañanas de primavera, dos damas de gallardo pcrte y de altivo continente se hallaban asomadas á una arabesca ventana del castillo de Alemparte, que caia á su espacioso patio de armas.

Aquella ventana o agimez era mas bien un balcon, era de tal modo formada, que permitia ver enteramente á las dos bellezas que se destacaban bajo sus dos arcos calados, arcos que uniéndose en una ligera columna de blanco y fino granito que bajaba hasta la balaustrada ó zócalo, la dividia simétricamente en dos, sin embargo de no ser mas que una.

La mas jóven de nuestras damas era una de esas figuras delicadas y bellísimas, cuyo semblante, animado siempre por una sonrisa de alegría infantil, y cuyos movimientos vivos siempre y siempre naturales, hacen que uno no pueda verlas con tristeza: era en fin una belleza *palpitante* de gracia, de juventud, de cariño.

Espansiva, afable y caprichosa, Inda (1) Borboràs de Alemparte era una de esas organizaciones que parecen fundidas para la alegría, una de esas organizaciones superiores al dolor, una de esas organizaciones buenas, sinceras y càndidas que aman à todo cuanto se les acerca, que rara vez encuentra el hombre en su camino, y que solo presenta Dios de tiempo en tiempo como una encarnacion típica del consuelo y de la ternura en medio de este erial de dolores y de falsias que llaman mundo. Inda, pues, era uno de esos ángeles que nacen sonriendo y que se despiden sonriendo de la tierra: uno de esos ángeles que parecen decirnos en su mirada: «sufre con resignacion esta vida de prueba, cuyo último término es la Divinidad; de donde vengo y à donde vuelvo:» uno de esos ángeles de luz y amor, que à todos iluminan y à todos aman, sin poderse fijar en nadie por lo mismo.

Tenia en la mano un ramillete de olorosas flores que mostraba con inocente vi-

---

(1) Diminutivo de Adosinda.

vacidad á muchos caballeros jóvenes que formaban corros en el patio, y que no desviaban los ojos de la arabesca ventana como poseidos de una contemplacion amante y respetuosa.

La otra dama era de mas edad, pero no menos original y peregrina por su hermosura y por su gentil y magestuoso continente.

Iberia de Montrove, esposa de Hermerildo, conde de Brigantia ó de los brigantinos, como alternativamente se designa en nuestras notas, era una de esas bellezas cuya organizacion varonil inspira sentimientos de humildad en el corazon de los que llegan á amarlas: una de esas espiritualidades ya suaves, ya soberbias, ya dulces ya indómitas, ya amantes ya indolentes, pero siempre dominantes, siempre provocativas, siempre señoras, siempre régias: una de esas espiritualidades que docilitan á uno con una sonrisa á tiempo ó con una mirada altanera: una de esas espiritualidades subyugadoras, encarnadas en la mujer bella y poderosa... suspicaces, calculadoras y penetrantes, que parecen leer en el fondo del alma del que se les acerca cuantos sentimientos hostiles la conmueven.

Tenia tambien en las manos un ramo de gayas flores, pero que al contrario de su compañera, mostraba con mas recato y como indiferente á los suspiros que subian hasta el agimez en que se hallaban,

La conversacion de las dos damas parecia referirse à los apuestos paladines que se encontraban en el patio del castillo de Alemparte, pues no cesaban de mirar para ellos y sonreirse picarescamente.

—Inda, le decia Iberia, vos me engañais... no es cierto que os guste mas el conde de Maceda que el de Dozón, como decis; pues mas mirais para el corro donde está el último.

—El de Dozón!.. exclamó la niña riéndose de ganas. ¡Dios mio! es posible que sospecheis eso!! Ved por el cielo qué rostro,... qué rostro'... oh!

Y se tapaba los ojos con las flores como si se horrorizara de lo que le decian.

Era en efecto un rostro sumamente horrible el del conde de Dozon; tenia una cicatriz sobre un ojo, la boca torcida y una nariz sumamente corva y pronunciada.

—Entonces....—volvió á decir Iberia—sino es el lobo de las pendientes de Gouja y Riazó el que atrae vuestras miradas y vuestras sonrisas, me hareis sospechar que os interesa mucho mi esposo, que es el que está à su lado.

Y las dos damas se rieron á la vez de la ocurrencia.

—¿Sabeis por qué miro tanto para ese corro? dijo Inda, es porque me gusta aquel doncel que está al otro lado del conde de Dozon..., un hidalgo que acaba de venir aqui hace poco; pero un hidalgo muy bi-

zarro é interesante ¿no es verdad, condesa?

Iberia se estremeció de terror...

Pero de repente fingió una sonrisa dulce y cariñosa para Inda, y le contestó:

—Entendámonos, querida mia, ¿cómo es posible que os llame la atención ese pobre hidalgo, amando como amais al conde de Maceda?

—Oh, Dios mio, repuso Inda, ¿por qué no puede *gustar* un doncel y *amarse* á otro á la vez?

Iberia volvió à turbarse, pero en seguida dominó aquella impresión, sonriendo falsamente para Inda.

—¡Eso me maravilla! le dijo; si os oyeran eso... y no supieran que teníais un carácter tan angelical, estabais perdida para siempre.

—¡Perdida...!

—Si, Inda; el hombre que ama á una mujer, quiere absorber solo su pensamiento, solo; sin que la imágen de otro...

—¡Oh... oh... pero eso no puede ser, condesa!

—¡Como que no, Inda!

—No, condesa; no puede ser: yo amaré á un hombre... porque lo amo naturalmente: pero de pronto se presenta otro... y si mi corazón se conmueve à su presencia, qué he de hacer mas que amarle tambien naturalmente? ¡Que! ¿le he de imponer leyes à mi corazón por ventura? ¿Como? ¿No somos nosotros lo que

es nuestro corazon ó lo que es nuestro sentimiento?

— ¡Dios mio! ¡qué cosas decís, Inda!... ¡si os oyeran huirian todos los hombres de vos...! ¡hasta los mismos que amaseis!

Inda se encojió de hombros.

— Bien, dijo, eso perdian..

Y se rió locamente.

Despues dijo:

— ¿Y qué hariais vos, condesa, si casada como estais, os gustara mucho ese mismo hidalgo?

Iberia se estremeció mas que nunca á estas palabras que fueron derechas á su corazon.

— ¡Oh! no preguntéis siquiera esas cosas: murmuró.

— Pero... ¿qué hariais?

— No haria nada, porque nunca llegaria ese caso:

— Pero ¿suponed que llegó...?

Iberia empezó á palidecer...

Ella, capaz de trastornar á un reino como lo trastornó, se sentia atormentada ante aquellas preguntas inocentes de un alma mas inocente todavia.

— Suponed que ese doncel, sin saber por qué, atrae vuestra atencion y cautiva vuestra alma, prosiguió Inda locuazmente; ¿qué hariais estando ya casada, como lo estais, con el conde Hermerildo?

Iberia miró á Inda con desconfianza, como si Inda le hubiera sorprendido un secreto... ¡un secreto á ella! pero se tran-

quilizó al comprender mas que nadie la candidez de aquella hermosa niña.

—Vamos, ¿qué haríais condesa? persistió Inda con su pertinacia característica.

—¿Qué haria? no volverlo à mirar mas: huir de él...

Inda se rió mas estrepitosamente que nunca à esta contestacion severa de Iberia de Montrove.

—No volverlo à mirar... huir de él, repitió; eso seria tanto como violentar vuestro corazon; ¿no es verdad?

La condesa se hizo como la distraida; pero apretó convulsivamente el ramillete contra su pecho.

—Eso seria tanto, prosiguió Inda, como rebelarse contra el corazon de una... como rebelarse contra la misma vida del sentimiento... y entonces el remedio seria peor, cien veces peor que la enfermedad.

—¿Peor?... balbuceó Iberia con un suspiro.

—Peor, peor y cien veces peor; Dios lo ha dispuesto asi: contrariar uno la vida del corazon, sus instintos de amor ó de ventura, sus sentimientos, en fin, es engendrar dolores, es engendrar martirios... y de ahí la desgracia con todo su desconuelo...—No... no lo contrariaré yo nunca... y hé ahí la felicidad, hé ahí la alegria, hé ahí à Inda sin suspirar por nada en este mundo, por nada de lo que esté en sus manos obtener.

—Hablais así, dijo Iberia, porque no sois casada; si fuerais casada, el amor que sintierais por otro que vuestro marido lo sofocarías bien pronto dentro del pecho..., lo ahogarias allí, para exhalarlo despues en lágrimas y en suspiros.

—¡Lágrimas...! ¡suspiros...! exclamó la niña con una jovialidad adorable.

Y volvió á reirse espanivamente.

—Reniego de las lágrimas y de los suspiros! prosiguió: ni conozco las unas, ni quiero conocer á los otros.

—La mujer pertenece à su marido, Inda.

—La mujer se pertenece á sí, condesa.

—La mujer debe pensar solo en su esposo, Inda, y debe huir de todo peligro que la arrastre al abismo del pecado. Esto es virtud, y la mujer debe ser virtuosa sobre todo, querida mia.

—La mujer debe seguir los impulsos de su corazon, todo amor, condesa; la mujer debe amar naturalmente todo lo que Dios le manda amar... Mañana que me casara, mañana mismo, amaria à otro que á mi marido si mi corazon lo mandase... si mi corazon me impulsara à ello.

—¡Eso es horroroso...! Inda, si tal hicierais, moriríais desgraciadamente.

—¿Pues quièn me habia de matar?

—Vuestro marido...

—¡Mi marido...!

Y la niña volvió á reirse locamente.

—Bueno... que me matara: el mal se-



ria tambien para él si me amaba, porque me perdia ya para siempre.

—¡Líbreos Dios de tal desgracia, Inda!

—Pero ¿à qué llamais desgracia, condesa?

—La de amar á otro que á vuestro esposo, si fuerais casada.

—¿Y á eso llamais desgracia?

—¡Inda; y si os asesinaba...!

—Pero, condesa, ¿cuál seria peor, morir ó *contrariar* una pasion?

—¡Toma .. morir!

—No... no... morir es lo de menos, vale mas morir que hollar una su misma felicidad, huyendo del encanto del amor... Ademas, contrariar una pasion, violentarla, ahogarla, como vos decís, *es ir contra la naturaleza*, y es hacer traicion tambien á su marido...

—¡Traicion!...

—Si, porque el mal estaba ya hecho, que era amar...

—¡Oh!... oh; sois una loca, Inda; y no se puede hablar con vos de esas cosas.

—Sí... sí... hablemos de otras; dejemos el amor á un lado, y hablemos de ese hidalgo tan interesante. Voy á llamarlo, y à darle estas flores.

Iberia volvió á estremecerse à estas palabras.

—Inda, -le dijo con amargura, -si haceis eso disgustareis á vuestro amante.

—Mejor... —dijo la caprichosa niña—

mas me disgustò lo que supe de él esta mañana.

—¿Pues qué supísteis?

—¡Ah; malditas guerras....! desde que supe esta mañada lo que hizo en *Chams de Bilan*, no lo quiero ya tanto como antes.

—¿Pero qué hizo...? si se ha portado como un héroe, si salió herido de la batalla!

—Plugiera Dios que hubiera sido herido antes de comenarla, porque asi no mata-ria á quien mató.

—¡Habrá matado á tantos enemigos de vuestro padre!...

—Si, pero entre ellos debió respetar á Guirey de Lor... Vos no conocíais á Guirey de Lor, condesa? Oh, si viérais qué doncel tan hermoso y tan simpático.

—Y por eso...

—No, por eso ne lo quiero tan mal: por lo que lo quiero tan mal, es porque me dió lástima lo que ví esta mañana. Oh, si la viérais os lastimaríais de ella tambien.

—¿Pero de quién hablais, querida mia?

—No conocíais vos á Alda de Brandeso.

—No, Inda.

—Si viérais qué jóven y qué encantado-  
ra era... era la mas linda dama de las ri-  
beras del Ulla. Y si viérais como la vi es-  
ta mañana!.... Salí á dar un paseo á las  
llanuras de Bilan, y encontré á unos mu-  
chachos que corrian detrás de una dama...  
Al pronto me alarmé, pero al oirles gritar

«á la loca... á la loca,» comprendí que debería estar falta de juicio. La seguí, poniendo al trote mi hacanea, y oí que ella gritaba conforme iba corriendo: *irey! irey!* que yo traduje por *allá voy! allá voy!* (2) por que la infeliz se dirigia velozmente hácia unos peñascos como si la llamara alguna persona que se hallara oculta entre ellos. Azuzé mas y mas á mi hacanea para distinguir su semblante, á ver quien era; pero ¡ay condesa! al reconocer á Alda de Brandeso sentí una impresion profunda de lástima...! Si viérais qué miradas tan extraviadas las suyas...! Si viérais que rostro tan desencajado! si la viérais, en fin, correr temblando, con los cabellos desaliñados y tendidos sobre la espalda y pronunciando con voz dolorida *irey! irey!* tambien tendríais compasion de aquella desdichada! Interesada vivamente en ver quién la llamaba, la seguí hasta los peñascos. Pero ¡ay! nadie la llamaba, ella por el contrario era la que llamaba... la que llamaba á su adorado Guirey, muerto en la batalla por el conde de Maceda al defender la vida de Dorna el sangriento, pues al llegar á los peñascos la pobre loca se tendió sobre él en que está enterrado áquel noble doncel murmurando siempre *irey! irey!* con voz desfallecida... con una voz cuyas graduaciones partian el corazon!

---

(2) En el dialecto del pais quiere decir «iré! iré.»

—Pero ¿tanto lo queria Inda que se volvió loca por él?

—¡Oh sí! ambos se adoraban, condesa; é iban ya á casarse, cuando Guirey de Lor, sofocando en su pecho la voz de su pasión por escuchar la voz de la patria que llamaba á sus hijos para erigirse en reino independiente del astur y del moro, el valiente y animoso caballero todo lo sacrificó por ella: su amor y su vida!

Iberia no dijo nada y se encogió de hombros, como si aquello le fuera indiferente.

Inda, por el contrario; Inda, la que sonreía á todo, llevó el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima que se desprendía de ellos.

En aquel momento se acercó debajó de la ventana el conde de Maceda.

—Inda, —le preguntó— ¿por qué esas lágrimas? ¡Vos llorar! ¡Qué maravilla!

Inda dominó lo que pudo su emoción á estas palabras, y fingiendo una sonrisa picaresca por primera vez de su vida, hizo una seña con las flores al hidalgo que se hallaba en el corro del conde de Dozon y que tanto miraba Iberia de Montrove furtivamente.

Iberia de Montrove se estremeció muy vivamente á este arranque caprichoso en Inda.

El hidalgo avanzó tímidamente hasta colocarse debajo del agimez, casi inmediato al conde de Maceda.

Inda le arrojó el ramo de flores, sonriendo de amor...

La condesa Iberia quiso detener su brazo súbita como el rayo... pero llegó tarde su ademan, y el ramo caía ya á los piés del hidalgo.

—¿Qué haceis, condesa? preguntó Inda alarmada.

—¿Qué haceis, Inda? preguntò el conde de Maceda pálido y tembloroso.

Estas dos preguntas se cruzaron à la vez, sobresaliendo distintamente la de Fillão de Armeá!

—*Maza, doy;*—contestó Inda al conde con voz sonora, vos, *yunque aguantad.*

Y se retiró de la ventana vivamente.

- II.

Adan y Eva.

Al llegar á esta parte de nuestra crónica caballeresca del siglo IX, al presentarnos en escena estas dos bellezas que influyeron determinadamente en los acontecimientos importantes de aquella época tanto como Eugea Horban, vacila la inspiracion en seguir las huellas de la una ó de la otra, porque ambas han sembrado su paso de flores y de sangre, de amor y de locura, de intrigas y de deleite.

La especialidad de Inda seduce nuestras facultades intelectuales y conmueve nuestro corazon por su jovialidad, por su inocencia, por su *naturalidad innata*: sus expansiones amorosas, que la arrastraron de abismo en abismo con la sourisa en los lábios, reclaman nuestro sentimiento, toda la poesía de nuestra alma; pero la histo-

ria exigente é inflexible como ella sola, nos domina bien á pesar nuestro para ocuparnos mas privilegiadamente de Iberia, con objeto de desarrollar su carácter de primer término, por medio de la accion latente del drama que escribimos.

Si nuestra obra fuera fantástica, puramente de imaginacion, Inda seria nuestro personaje *predilecto*, porque *su historia es tan triste* como simpática, y porque su carácter suave, infantil y amante, es el único lazo de conexion que hay entre el de Eugea Horban y el de Iberia de Montrove, es decir, entre el cielo y la tierra, entre Azraet y Astaroch.

Inda es la naturaleza palpitante, la vida del corazon, vida toda de sentimiento, vida de flor... brotar, desplegar la corola, arrojar á los dias, sus amantes, torrentes de perfumes, y despues doblarse sobre su tallo y morir.

Inda es la naturaleza inmodificada:—la religion, la educacion, los deberes no se infiltran jamás en su organismo: su inteligencia no resplandece nunca, no tiene un solo momento lúcido: el corazon absorve su existencia completamente.

Si ama... es porque nació para amar.

Si aborrece... ¡oh! ella no aborreció nunca nada.

Iberia de Montrove es su antítesis:—el benedictino de Rivas de Sil la pinta como un demonio; la historia, mas heterodoxa,

como una belleza sumamente intrigante y seductora.

Iberia de Montrove es la inteligencia activa, doblemente escitada, porque carece de la vida del corazón.

Si ama... ama tenebrosamente.

Si aborrece... aborrece hasta el último suspiro.

Sobre este paralelo rápido que nos ha sido preciso trazar en la exposición de estas dos bellezas originales, flota como un ser inmaterial Eugea Horban, que nada tiene de Iberia, y por eso no guarda con ella afinidad alguna, pero sí de Inda, porque para Eugea el amor es el espíritu de la vida.

No obstante esta afinidad de sus almas, el carácter de Eugea era á su vez antítesis del de Inda.—Inda sonreía á todo; Eugea á nada.—Inda era el ángel de la vida: á donde quiera que fuese todo lo animaba, por donde quiera que pasase dejaba una estela fulgente de placer.—Eugea Horban era el ángel de la tristeza: á donde quiera que fuese, todo languidecía en torno: por donde quiera que pasase dejaba una huella natal... la huella fúnebre de la muerte.

Y como término medio de estas dos manifestaciones extremas y características de la mujer, como su complemento, como su símbolo, Iberia era á la vez el ángel de la alegría y el del dolor, el ángel de la vida y el de la muerte.

Aquellas tres espiritualidades distintas,



tenian tambien distinta espresion de hermosura.

Eugea era bella, delicadamente bella como una *peri* de los persas, bellezas melancólicas é inmortales que se alimentaban del aroma de las flores; un ser así, vago, flotante, espiritual... una sensibilidad exquisita, purísima y resplandeciente, descendida del Schadukiad, pais del amor.

Inda era bella como una de esas sonrientes y voluptuosas creaciones de la theogonia de Homero y de Ovidio, materializadas artísticamente por el génio poderoso de nuestros contemporáneos; una belleza creada para amar y que *ama* para *crear*.

E Iberia... Iberia era bella y sombría, como dibujan á Frigga, la mujer de Odin, el dios de los scandinavos; belleza adorable é imponente á la vez, que lleva el sí, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, la vida y la muerte.

Al retirarse ambas con viveza del agi-  
mez, Inda é Iberia, tomaron diferentes direcciones... separándose la una de la otra.

Si nos fuera posible haber seguido á Inda, como anhelábamos, la encontraríamos seguramente en una glorieta de los jardines del castillo de Alemparte, buscando la luz y las flores como las mariposas.

Pero preciso nos es seguir á Iberia... á Iberia que se retiró á su gabinete; á Ibe-

ria que buscó la oscuridad de una estancia donde no penetraba la luz sino por una ventana velada por espesas colgaduras; á Iberia sola en las tinieblas, con las dos manos puestas violentamente sobre el pecho como si pretendiera sacarse una vira que le hubiera clavado en él.

Héla allí entre las sombras, con las cejas fruncidas, con los dientes convulsivamente apretados, encendida, sofocada, inquieta como una serpiente herida, dejándose caer con una lentitud particular en uno de los camapés blandísimos de aquella época, que pudieran confundirse con una cama de la nuestra.

¿Quién ha herido á la serpiente boa que abrigan inocentemente los confederados del ala izquierda del Miño?...

Sus manos se separaron por fin de su pecho... lanzó un gemido profundo como si exhalara en él todo su dolor, y la expresión de dureza que bañaba sus facciones con un tinte sombrío, se borró instantáneamente como si la inteligencia triunfase del sentimiento, como si la cabeza recobrase su acostumbrado imperio sobre el corazón.

En aquel momento mismo, levantóse una colgadura cerca del camapé, y asomó su arrugada frente una dueña, cuyos ojos, vívidos é inquietos, revelaban una fuerza de penetración extraordinaria.

La dueña tosió quedamente como si se anunciase de esta manera misteriosa.

—Mesinda—dijo la condesa al sentirla —¿has visto lo que acaba de pasar?

—Todo, señora... todo.

La condesa hizo un gesto de dolor; pero varonilmente, como pudiera hacerlo un hombre de mucha energía, y movió la cabeza à ambos lados para acentuarlo mas.

—Esa loquilla va á echará perder nuestro plan! murmuró. Se ha colocado en medio de mi camino y ¡ay de ella si continúa estorbándome, porque los estorbos...

Y se detuvo haciendo un visage cruel.

—Los estorbos—prosiguió—pronto los separo yo á un lado, pulverizándolos.

Es efectivamente una loca, señora:—apoyó la dueña—quién le mandaba á la *Borborina* meterse donde no la llamaban. ¿No tiene bastante ya con ese altivo fresno que llaman el conde de Maceda?

—Por lo visto no, Mesinda: le parece mejor árbol el hidalgo de Landrove y el que á buen árbol se arrima...

—Buena muerte le cobija, ¿no es verdad, mi señora?—concluyó la dueña con sarcasmo.

Y sonrió ferozmente.

Iberia de Montrove, sonrió á su vez para la dueña, con la misma significacion terrible, y murmuró:

—¡Desgraciada de ella si avanza un paso mas!..

—Es que... si ella no avanza, avanzará el hidalgo de Landrove, alentado por la

insinuacion amante que le hizo. Ya veis, señora, que ningun doncel será tan necio que no suva á la gloria cuando un ángel le alfombra de flores el camino,

Nunca hubiera usado la dueña de esta metáfora, pues levantose vivamente la condesa del camapé como si la mordiera una vivora, y plantándose en medio de la cámara como si desafiara algun peligro balbuceó con toda su ira, pero sofocando la voz.

—¡Lo veríamos, Mesinda!..— Desgraciado de él... ¡desgraciados de los dos! ella por arrojarle el ramo de flores, él por amarla!—Oh! quisiera verlo!.. quisiera ver eso...! Pero... mas vale que no lo vea, porque sino... sino seria un verdadero demonio para arrastrarlos á los dos al infierno!!

Y cayó otra vez sobre el camapé, pálida, convulsa.

Era digno de lástima ver aquella mujer tan hermosa, tan soberanamente hermosa, poseida de aquel vértigo de celos que hacia subir su alma, negra y vengativa, del fondo de su pecho á la linda de su tormento.

La misma dueña se estremeció al escuchar sus amenazas, no tanto por el sentido de las palabras como por la espresion dura é imponente de sus acciones contraidas, de su voz ahogada por la cólera, de su semblante descompuesto, verdaderamente amedrentador.

— ¡Todo iba también! — tartamudeó la dueña lamentándose.

— Si...! si...! exclamó ella con doloroso pesar y sonriendo melancólicamente para el cielo.

— ¡El os miraba siempre tanto, mi señora!

— Si...! si...! tan dulcemente!

— Y, hasta ayer en misa, señora; hasta ayer en misa os miraba más á vos que á la Virgen que estaba en el altar mayor!

— Si...! si...!

— Parecía deleitarse con vuestra presencia!..

— Si...! si...!

— Se diría que su alma estaba pendiente de vuestras miradas...!

— Si...! si...!

— Y cuando vos, mi señora; cuando vos por casualidad mirabais hácia su lado y sus ojos se encontraban con los vuestros...

— Los míos se deslumbraban, Mesinda!

— Los de él se cerraban, señora!

— A mí me costaba trabajo volverle á mirar despues, Mesinda!

— Los ojos de él, señora, permanecían cerrados algunos instantes, con los párpados temblorosos, y una sonrisa de felicidad, como la que deben tener los bienaventurados en el cielo, agitaba á la vez sus labios bajo su negro y retorcido vigofo de hermoso caballero.

— Sí... sí...

— Y despues, señora, despues al salir de

templo y presentaros el agua bendita, yo vi su mano temblar... de pasión!

--Y la mía también temblaba de amor, Mesinda!

--Y en seguida besó las yemas de sus dedos con transporte delicioso por el mismo sitio en que tocaron los vuestros!

--Sí... sí!... Oh. ! sí!... sí!..

--Y parecía dispuesto á besar con la misma pasión las losas en que vos estampabais vuestro pie, mi señora, pues clavaba los ojos en ellas con avidez, como si le arrebatárais el alma.... como si....

--Oh!... basta... basta!... gritó Iberia sintiendo grandes punzadas en el corazón.

Y se llevó las manos al pecho.

--¿Por qué no decirlo todo, señora? Y esta mañana, esta mañana..., Si creería la Borborina que era á ella á quien el doncel miraba con tan amoroso afecto!

--Basta!... basta!.. volvió aun á gritar Iberia desfalleciendo: él me amará á mí, á mí tan solo, ó de lo contrario.... morirá, Mesinda!

Y le hizo una seña imperiosa á la dueña para que saliera de la cámara.

La condesa quedó sola luego, muellemente recostada en el camapé, con las manos sobre el pecho y la cabeza inclinada para atrás sobre los almohadones, sonriendo hácia el lujoso artesonado de la estancia, donde parecía fijar sus miradas con amorosa languidez.

Estas miradas eran sin alcance, porque Iberia de Montrove no veía nada materialmente. Moralmente sí: con los ojos del alma, veía y gozaba el más delicioso sueño de amor, el éstasis más regalado como se designa piadosamente al goce de que hablamos en lenguaje místico, sueño de un encanto tan inefable y positivo que solo pueden apreciarlo las bellezas de estremada sensibilidad que nos lean, y las que hayan amado voluptuosamente hasta el delirio.

Transcurridos unos momentos volvieron á agitarse otra vez las colgaduras de la cámara por distinta puerta, y otra persona asomó la cabeza respetuosamente, murmurando la primera estrofa de una canción guerrera de los bravos brigantinos:

»Ou de Herboedo,  
ou de Morlan,  
deixar vostro sono,  
xa queima á mañan:  
oide, as campanas  
chamando os están.»

La condesa no hizo movimiento alguno, permaneciendo insensible como sino escuchara nada.

La voz volvió á dejarse sentir más perceptiblemente, y prosiguió la balada:

»Os normandos veñen  
os mouros viràn,  
si á morte éles traen  
à morte teràn:  
coller vosos chuzos

clavalos no chan!»

Iberia de Montrove se incorporó de repente como si hasta entonces no hubiera oído aquella voz.

—Adelante, Cristovo de Herbecedo, dijo.

Cristovo de Herbecedo compareció en escena, con el birrete en la mano.

Cristovo de Herbecedo era el juglar mas afamado de los estados del poderoso señor D. Hermerildo de Barcia, Meirama y Trava, conde de los brigantinos; y era un hidalgo de veinte y cinco á treinta años, avieso, sagaz y astuto cuanto flexible y delicado como una mujer, cuyo metal de voz poseia, por lo que era el mas dulce trovador que se encontraba desde el Altones al Mandeo.

—Has averiguado lo que te mandé? le preguntó la condesa vivamente.

—Casi... casi... señora; -contestó el juglar haciendo una cortesia reverente.

—Oigamos, pues.—¿Con cuantos condes podemos contar?

—Casi... casi... con tres, señora.

—Tres ya los tenia yo dispuestos à la primer señal.

Y la condesa hizo un gesto de desprecio al decir esto, pero sin mirar al hidalgo mas que de soslayo.

—Es que yo... yo, señora, no me refiero esos.

á —Pues à quiénes, Cristovo?



Y la condesa lo miró entonces fijamente.

Cristovo de Herbecedo, amigo de las cortesias como buen juglar de la época, y además de juglar hidalgo, se curbeó como un semicírculo à esta mirada de Iberia de Montrove.

—El conde de Villalva, uno; -dijo el hidalgo contando por los dedos.

Adelante...

El conde de Roade, dos.

—Prosigue... prosigue... instó Iberia con impaciencia.

—Y el conde de Mesia, tres; mi señora.

Iberia de Montrove dió dos pasos hácia Cristovo, fijando en él una mirada luminosa y Cristovo retrocedió cimbrándose como un mimbres al soplo potente del huracan.

—Esos tres... esos tres -balbuceó Iberia- es imposible.

—Por qué, mi señora?

—Porque esos tres son precisamente mis enemigos mas encarnizados.

—Por lo mismo... morirán.

—Pero entonces... entonces no serán mis adictos!

—Claro está, mi señora: los que sucumban no podrán adherirse à vuestro pensamiento político.

—Cristovo... no te comprendo.

—Casi... casi, señora, no me comprendeis. Y à no estar cierto que fuisteis vos quien me ha dado las instrucciones terri-

bles que me habeis dado para conseguir el buen éxito que he conseguido en mis exploraciones, *juro non á Dios* que diria que algo os ha pasado desde ayer acá que os trastornase completamente.

La condesa sintió el aspid de este reproche, porque no podia ser mas preciso.

—Esplicate entonces mejor, Cristovo; le dijo— por lo mismo que me consideras algo trastornada, por lo mismo necesito oir las cosas sin los rodeos que acostumbras y los *casi, casi, que casi*, matan.

Cristovo bajò los ojos como contrariado, y empezó à dar vueltas al birrete entre sus manos blancas y esmeradamente limpias.

—Señora, vos me habeis encargado adquirir prosélitos para el conde nuestro señor entre los ricos homes mas poderosos de la derecha del Miño...

—Si... si...

—Y yo, conforme à vuestras instrucciones, empecé mi agradable mision por grangéarme los votos de los condes mas enemigos que teneis... los tres que he nombrado...

—¡Oh! imposible...! no tendria fé en sus promesas.

—Ved por qué la podeis tener; empezando por el primero, el conde de Villalva, ese será vuestro adicto mas decidido cuando vos lo dispongais, pues su hermano segundo, Gian de Bertoa, lo asesinará muy pronto para heredarlo, siempre que vos, ó lo que es lo mismo el Señor conde Don

Hermerildo lo reconozca como heredero legítimo del condado de Villalva.

—Si... pero... siendo su asesino...

—Señora, será su asesino; pero no lo sabrá nadie mas que nosotros. Ved como: el verdadero conde de Villalva es demasiado amigo del Valdeorras, y la primera vez que se embriague será conducido secretamente á un bosque y allí se le dará de puñaladas...

—Pero ¿y si se defiende?

—Los borrachos no se defienden, mi señora, segun dice Gian de Bertoa respecto á su querido hermano, tan querido que nunca le da una moneda si antes no se la saca á estocadas...

—Pero... ¿y si se descubre?

—Para eso tendrá la precaucion Gian de Bertoa, de saquearlo bien en el bosque y hasta robarle la camisa si es preciso, haciendo ver con esto que fué asesinado por unos bandidos y no por su hermano muy amado.

Iberia de Montrove reflexionó unos momentos, sin decir nada, luego murmuró:

—Bien, no está mal ideado eso, Cristovo, apruebo.

—Y cómo no aprobarlo si todo es conforme á vuestras instrucciones! Vos misma lo habeis dicho; «Cristovo, haz por valerte de todos los recursos, de todos los medios; y si no es bastante poner en juego la ambicion, la venganza y las pasiones mas desenfrenadas, pon el puñal en la

diestra del hermano, el veneno en el beso de la esposa, la tea del incendio en la mano del hijo.»

—Bien, bien, interrumpió la condesa; veamos lo segundo.

—El segundo, reñora, es el conde de Roade; repuesto ya de sus heridas, me escuchó con benignidad, como no podía menos de escucharme un hombre que osadora tanto como él, por que sois tan hermosa como el cielo y un hombre que os aborrece tanto como el, por que no habeis accedido nunca á sus livianos antojos.

—¡Ah! le has prometido acaso que accederia á ellos?

—*Casi, casi*, mi señora.

—¡Oh, nunca seré suya!

—De eso yo respondo.

Y Cristóvo se inclinó recalcando seriamente estas palabras.

—Es que reclamará algun dia el cumplimiento de esa promesa, dijo la condesa con zozobra y de muy mal talante, y un Roade que reclama el cumplimiento de una promesa, es terrible. Acuérdate de lo que tu mismo cantas en loor de los Roades:

Entre os nobres de mais fama  
mais honore é mais puxanza,  
¡Praza à un Roade, si chama  
con ó conto da sua lanza!

—De eso, *casi, casi*, yo tambien respondo, mi señora: es decir, respondo de que no llamará à la puerta de vucstra tienda

para retaros á muerte con el cuento de su lanza.

—¿Cómo no llamar?... ¿cómo no reclamar el cumplimiento de esas promesas, si no muere antes?

—De eso yó tambien respondo, volvió aún á afirmar el juglar con siniestro acento.

—Pues, ¿cómo...?

—¡Mirad! dijo con voz sombría.

Y desnudó su daga llevando la mano izquierda al corazon, al paso que mostraba su puñal, que le enseñaba con la derecha.

—La actitud de tu mano derecha la comprendo bien, Cristovo, dijo; pero la actitud de la mano izquierda algo quiere decir, que no está á mi alcance.

—Algún dia sabreis lo que quiere decir, señora; por ahora, basteos saber que esta mano...

Y apretó la izquierda contra su pecho.

—Esta mano, señora, contiene los latidos indómitos de un corazon... de un corazon...

Y Cristovo se detuvo, como el que vacila en arrostrar un peligro.

Hubo un instante de silencio interesante.

En este instante de silencio, la mirada de la condesa, bañándolo rápidamente de arriba á abajo con una espresion soberana, parecia castigar la significacion amorosa de Cristovo, el cual permanecia mudo y estático á la vez, bajo la presion mis-

teriosa de aquella influencia que lo sojuzgaba.

Iberia de Montrove concluyó por hacer un gesto, como si la deslumbrara algo, y despues dijo con sordo acento:

—Bien... bien... cuando quieras me esplicarás esto. Pasemos al tercero.

El tercero, señora, es el conde de Mesía... que os odia encarnizadamente, por lo que muy pronto llevará su odio à las calderas del infierno. Bien sabeis que su esposa Alla de Foirovat ama frenéticamente al hidalgo de Zomoza, tan frenéticamente, como frenéticamente al conde, su señor. Pues bien, mi señora, yo me dirigí al hidalgo de Zomoza y le halagué en vuestro nombre con la corona condal de Mesía; el hidalgo de Zomoza se puso en combinacion íntima con Alla de Foiroval, y de esa combinacion resultó que la adúltera, auxiliada por el amante, asesinará al marido de la manera mas decente, es decir, con yerbas ponzoñosas, desleídas en el mejor vino de las marinas, y dado á beber entre beso y beso de amor. Despues... la viuda del conde se casará con el amante, y *laus deo*.

—¡Galante combinacion está esa, Cristovo! alabó la condesa con una graciosa sonrisa.

¡Ob! los Zomozas, mi señora, se prestan bien á correr toda clase de peligros, siempre que se trata de libertar mujeres de la

esclavitud de los tiranos. Ya sabeis lo que de ellos acostumbro à cantar:

«Os Zomozas con sua maza  
á os mouros embeleñan,  
moitos deles despedazan  
é as doncelas desempeñan. (1)»

Lo cual, mi señora, desde hoy cantaré de esta otra manera:

«Os Zomozas con sua maza  
á os MARIDOS embeleñan,  
moitos deles despedazan  
é as MULLERES desempeñan.»

—Perfectamente, Cristovo, dijo la condesa; pero dejémonos de donaires, y veamos en resúmen con los que podemos contar. Tres condes ya estaban por nosotros, el de Parga, el de Andrade y el de Barcala, y tú CASI CASI has conquistado el ánimo de otros tres, ¿no es esto?

—Sí, mi señora, el de Villalva, el de Roade y el de Mesía.

—O lo que es lo mismo, Gian de Bertoa, conde de Villalva, *por la gracia de su puñal* y no de Dios, el conde de Roade... á quien tú destemplarás con tu daga el sonido respetable del cuecto de su lanza despues del triunfo, y el hidalgo de Zomoza, conde de Mesía, *por la gracia* de los be-

---

(1) Alusion al féudo de las «cien doncellas,» en que un Zomoza libró á varias de este oneroso tributo, batiéndose como un héroe contra los árabes, por lo que aun hoy usan de esta antigua redondilla debajo de su blasón.

sos de Alla de Foiroval, ¿no es esto, Cristovo?

—Sí, mi señora, y confesad, pues: primero, que, en mi anhelo de serviros, yo, pobre trovador, he conquistado, en favor de vuestro plan, tanto como vos habíais conquistado, es decir, tres féudos poderosos, y segundo que, al par que he hecho tanto por vuestra causa como vos misma habíais hecho, os desembarazo con mis conquistas de tres enemigos mortales que teníais. ¿Comprendéis?

—Espílicate mejor, Cristovo.

—Señora, en este juego de damas *como y tomo* tres peones.

—Espílicate aún mejor.

—Mi señora, quiero decir que os libro de tres damas coronadas, y coronó á tres peones vuestros.

—¡Ah! exclamó la condesa con una aspiración prolongada: entiendo, entiendo... pero si bien es cierto que sobre el cadáver del rico-home de Villalva se levanta su hermano con su corona de conde en la frente, y sobre el cadáver del rico-home de Mesía se levanta el hidalgo de de Zomoza con su corona condal, ¿sobre el cadáver del conde de Roade, quién y levantará con su corona?

Cristovo guardó silencio como si aquella pregunta le embarazara.

La condesa continuó:

—¿Quién recogerá la corona de ese feudo, Cristovo, tú, acaso?

La condesa aguardó en vano contestación.



—Ahora si que venia bien uno de tus *casi casis*, Cristovo, dijo; pero en tu pecho ni hay la ambicion de Gian de Bertoa, ni del hidalgo de Zomoza. A ti como te quiten de las orillas del Allones, cantando trovas de amor y de guerra, adios alma, adios vida! En cuanto al conde de Roade, has dejado tu trabajo incompleto...

Cristovo hizo un movimiento como para protestar.

—No... no me interrumpas... le dijo Iberia de Montrove; no vayas á llevar otra vez la mano sobre, tu puñal que eso bien lo entiendo; lo que yo pido, es un conde de Roade que sustituya al difunto... y para eso te voy á dar una idea...

Cristovo clavó en ella una mirada ansiosa.

Mira, dijo la condesa; cerca del castillo de Roade existe el monasterio de Sobrado de San Pedro da Porta, la jurisdiccion temporal del Abad choca á veces con la del rico-home de Roade, y para evitar esos choques... ¿comprendes? bueno seria que el abad de Sobrado agregara este feudo al suyo y me defendiera en la guerra con el título de conde de Roade...

—Comprendo, mi señora... tartamudeó Cristovo admirado de aquel maquiavelismo de la condesa.

—Con esto ganará mucho nuestra causa, porque los monjes de Sobrado son muy influyentes en el pais.

—Si... si... mi señora...

—Pues entonces... entonces... ya sabes lo que tienes que hacer, mí Cristovo.

Y sonrió para él dulcemente.

A este *mi Cristovo* tiernamente pronunciado por Iberia de Montrove y á la dulcísima sonrisa con que lo acentuó, el hidalgo no supo si curverse para atrás ó para delante, inclinándose á la vez hácia uno y otro lado vivamente como si lo tambalearan como una estatua. La emoción que lo dominaba en aquel momento le inflamaba de tal modo, lo conmovia tanto y tan deliciosamente que hubiera caído á los pies de la condesa trémulo y balbuciente de amor, si los marcados pasos del conde Hermerildo no resonáran de pronto cerca de aquella cámara.

A este rumor de pasos, la condesa hizo una señal con vivacidad, y el pobre trovador buscó la puerta secreta detrás de las colgaduras, por donde desapareció como una sombra que se evaporara misteriosamente entre los lienzos.

Iberia de Montrove se quedó sola entonces, y se reclinó con indolencia en el camapé, frunciendo ásperamente las cejas, adoptando una espresion enojosa, ostensiblemente contrariada.

El conde don Hermerildo de Barcia se presentó en escena.

Era el conde de los brigantinos de una estatura colosal, y llevaba su armadura de batalla con tanta desenvoltura como si fuera de terciopelo. Rayaba ya en los cia-

cuenta años, y tenia una particularidad personal que le valia el sobrenombre de (<sup>1</sup>) *Tembrante* (3), pues cuando se enfadaba y se sentia impotente para aniquilaral que lo provocara, se manifestaban sus conmociones de disgusto por medio de un temblor tan continuo y violento que no parecia sino que le sacudian con una fuerza hercúlea.

El conde saludó à su señora con esquisita finura al entrar.

—¿Se ha designado por fin dia para el consejo? le preguntó Iberia de Montrove, sin dignarse contestar á su saludo, ni volver la cabeza para mirarlo.

El celoso infanzon antes de contestar tomó un asiento inmediato á la condesa, encarándose á ella con tanta galanteria y urbanidad como si fuera mas bien que marido, un caballero enamorado de sus encantos.

Despues le contestó con lentitud.

—Si, esposa mia; mañana á las diez tendremos consejo.

—¿Y asistiràn todos los condes ò solo los que designe el Borborás? volvió á preguntar Iberia de Montrove con interés.

—Todos; el obispo de Compostela queria que solo asistieran doce, de los mas principales, y el Borborás persistió tenazmente en que todos, sin distincion alguna.

Iberia de Montrove frunció mas y mas las cejas.

---

(3) El Temblante, el Tembloroso.

—¿A dónde irá á parar el Borborás con semejantes pretensiones?—preguntó.—En los consejos del bien del país no debían entrar sino personas muy señaladas, que gozasen de tan alto honor y favor, no todas.

—El Borborás de Alemparte no quiere eso, Iberia: dice que todos los condes, sin escepcion, deben asistir al consejo, en atencion á su dignidad.

—¿Y lo mismo dirá entonces, respecto á los prelados?

—Lo mismo. Oh! esos cómo faltar?

—En ese caso asistirá tambien el obispo de Tuy.

—Tambien.

La condesa pareció regocijarse de la asistencia de este prelado como si se tratara de un parcial de su causa.

—¿Y se saben ya las opiniones, señor?

—La mayor parte, Iberia.

—Todos optarán por la pena de muerte, ¿no es verdad? preguntó con palpitante curiosidad.

—No, contestó el conde Hermerildo pausadamente; parece que habrá tantos que votarán por la muerte del conde de la Limia-alta, prisionero en el castillo de Zàs de Brues, como por su vida.

—¿Cómo por su vida, conde? volvió á preguntar Iberia de Montrove con profunda admiracion.

—Por su vida, condesa.

—¿Entonees habrá bandos, señor? mur-

muró. Si se dividen así los pareceres, y unos consideran su existencia peligrosa para el país y otros no, esa división traerá desgracias.

—Eso presumo también, condesa.

—¿Y quién capitaneará el partido que votará por la vida de *Dorna el Sangriento*, mi señor.

—Maravillaos, condesa, el mismo Borborás de Alemparte.

—¡El Borborás de Alemparte! Pues, ¿y el obispo D. Ataulfo?

—Ese capitaneará el bando de los que han de votar por la muerte del conde de la Limia-alta, y la coronación inmediata de D. Beremundez Borborás de Alemparte en la catedral de Compostela.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Iberia de Montrove; cada vez comprendo menos todo eso. Pedir el Borborás de Alemparte la vida de su rival, es una generosidad incomprendible.

—Os engañáis, condesa: el Borborás de Alemparte no es el rival de D. Froila Dorna, puesto que no anhela ser rey de Galicia.

—¿Pues entonces?

—No lo entiendo, esposa mía... ni sé qué contaros. Algun proyecto tiene... desinteresado tal vez... como todos los suyos...

—¡Oh, sí fuera en nuestro favor! prorumpió Iberia de Montrove radiante de alegría.

Y se levantó sonriendo para todas partes en medio de la exaltación que le poseía á esta idea tan halagüena.

—¡Si fuera en nuestro favor! prosiguió expansivamente, el cielo le inspirará, señor, porque ningun conde mas poderoso que vos, ninguno mas digno de llevar en sus sienes la corona de Galicia!

—¡Iberia...!

—¡Sí...! sí...! Despertad, señor: sacudid vuestra apatía, mas bien de soldado que de jefe. Vos, y solo vos, debeis ser rey de nuestras altivas montañas, de nuestros floridos valles y de nuestras deliciosas marinas.

—¡Iberia!... Iberia, quereis callar! ¿Por qué ese pensamiento de fuego, siempre eterno, en vuestra frente? Yo no ambiciono la corona de rey, me basta la de conde de los bravos brigantinos.

—¡Eso es... eso es! exclamó la condesa altamente irritada; vos no ambicionais la corona del reino, porque vos no ambicionais mas que pasear de sol á sol en los ribazos de la costa, vuestra diversion favorita.

—¡Iberia... Iberia...! no volvais á insultarme, como siempre.

Y el conde empezó á estremecerse nerviosamente en su asiento.

Iberia de Montrove hizo un gesto de desprecio, y se cruzó de brazos varonilmente en medio de la cámara, moviendo la cabeza incesantemente con una significacion terrible.

El conde prosiguió:

— Bien sabeis que lo mismo sirvo para distraerme pescando entre los peñascos de Lende y los arenales de Valdayo, como para oprimir los lomos de mi alazan y lanzarme al peligro con mi pesada clava arrollando á un escuádrón de moros como en Portela de Home.

Iberia no depuso su ceño adusto y provocativo á pesar de esta verdad del conde. Tentada por la serpiente de la ambicion que corroia su alma, aquella nueva Eva queria perder á Adam, como lo perdió al fin, y se acercó mas y mas á su esposo con ademan resuelto.

— Señor...! señor... — le dijo con voz vibrante de cólera — ¿por qué hemos de obedecer pudiendo mandar? ¿por qué hemos de ser vasallos pudiendo ser señores? ¿por qué hemos de ser condes pudiendo ser reyes? — Oh! no quisiera mas en este momento que poder evocar en torno de nosotros las sombras ilustres de vuestros antepasados. .! Entonces, señor, entonces ellos os escupirian al rostro, como yo lo hago, vuestra cobardia...

Y escupió fuertemente hácia el noble señor.

— Iberia!! gritó don Hermerildo levantándose trémulo, tembloroso.

Pero tuvo que sentarse prontamente porque eran tan redobiadas las sacudidas de su cuerpo que apenas podia sostenerse.

—Sí, vuestra cobardía!—gritó ella revolviéndose como una leona-vuestra abyección, vuestro envilecimiento, puesto que vais á consentir que tal ó cual conde sea *coronado* por *amo nuestro*, pudiendo ser un Bércia coronado para ser amo de todos!!

—Desgraciada...! calla...! volvió á tartamudear el conde de los brigantinos, temblando como la hoja en el árbol.

Y su semblante estaba pálido, lívido... y no hacia mas que pasarse por los cabellos sus temblantes manos, respirando tan fuertemente que parecia próximo á asfixiarse por falta de aire.

—¿Por qué hede callar, señor?—esclamó Iberia de Montrove violentamente—¿por que he de callar cuando el cielo pone á vuestras plantas la corona del reino, y vos sois tan indolente que no tendéis la mano para cogerla, y tan pusilánime que no tendéis el pié para pisarla! Qué! acaso hemos entrado en esta lucha para ser soldados ó para ser señores? Como! acaso la cuestion es de razon y de derecho, ó de voluntad y de fuerza? Contestasme, señor! no tembleis ni ós pongais demudado como un gañan, á la quimérica vista de un fantasma...! Hablad... hablad, ó yo misma para vuestra mayor afrenta y para vuestro mayor baldon, me lanzaré á la lucha con el estandarte de nuestra casa en una mano y la espada de los Montroves en la otra...!



Y se disponia á salir de la cámara como una loca... pero el conde la detuvo levantándose hácia ella con un esfuerzo supremo.

—¡Dios mio!—esclamó el caballero estrechándola entre sus temblorosos brazos —sosegaos, Iberia! sosegaos por Nuestra Señora de Oza!

—No...! no...! no desistiré de mi intento mientras no salgais de ese estupor oprobioso y miserable que os tiene prostrado á los piés de los que debíais vos hollar, como el mas fuerte y el mas prepotente que sois entre todos los ricos-homes de nuestras montañas.

Y la condesa forcejeaba desesperadamente por desenlazarse de sus brazos de atleta.

—¡Iberia! ¡Iberia! escuchadme en nombre de Dios!—esclamaba el conde conteniéndola.—¿Para qué esa corona? ¿No teneis todo cuanto pudiérais desear mas ardentemente para ser la dama mas feliz?

—No...! no...!

—¿No teneis bastantes pueblos y valles en las marinas donde vos solo sois la reina?

—¿Y eso qué importa, señor, cuando el cielo nos brinda con el dominio de todos los demás?

—No teneis palacios, sedas, oro y diamantes como no los tiene dama alguna?

—Si... si... pero qué vale eso si falta la joya mejor en mi frente, la corona de Eurico, vuestro progenitor; la corona de los reyes suevos, señor, de quienes descendéis?

—Y no teneis mi amor, Iberia?

—¡Oh! interrumpió ella contrayendo los músculos de su rostro por un sentimiento interior de repulsion.

—Mi amor, Iberia; el amor de vuestro esposo... el amor tierno y respetuoso del hombre que os adora como a la virgen de los cielos! del hombre que os ha consagrado su existencia y que le será imposible vivir sin vos ni un momento... sin vos, reina y señora de mi alma!

Y al decir esto el conde con la mayor ternura, la condesa le interrumpió asperamente, gritando con todas sus fuerzas:

—Soltadme, señor... soltadme! Sois un salvaje: sois un fiero que me prensais bárbaramente entre vuestros brazos.

A este reproche amarguísimo y violento, el conde dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo, y tuvo que apoyarse contra la pared para no desplomarse.

Era tal la sensibilidad de aquel guerrero gigantesco, que una lagrima se dibujó en sus párpados...

La impresion de aquellas ásperas palabras de Iberia de Montrove le habian despedazado el corazon...

Ella, por el contrario, pareció irritarse mas.— Libre ya de sus ligaduras, se plantó

en medio de la camara con la vivacidad de la pantera, y le dijo:

—¡Bien, señor!.. bien! Asi es como os portais con las mujeres..! oh! me las pagareis..! Con que no os basta negaros à mis proyectos en honor de vuestra raza, sino que me sujetais como un oso porque quiero salir à proclamar los derechos de vuestra estirpe à la corona del reino!!.— Bien, señor... bien!--Desde hoy... ¡oidme bien!..

Y le sacudió de un brazo con violencia.

—Desde hoy seré la viuda de Hermerildo de Bárcia, conde de los Brigantinos...

—Iberia..! Iberia! no delireis asi por el cielo!

—Desde hoy, señor, levantaré pendones por la corona de Galicia, y haré ver que tengo mas valor y mas prestigio que mi marido, pues me lanzaré à la lucha, y me seguirán el obispo de Tuy y los condes de Parga, de Andrade, de Barcala, de Roade, de Mesia y de Villalva, los cuales desnudarán la espada en honor mio à la primer señal que dé, porque ya la esperan con impaciencia.

—Iberia!... Iberia, no desvarieis asi!

Y hasta la voz le temblaba tambien al poderoso conde de los Brigantinos, pues demasiado sabia de lo que era capaz aquella muger tan fuerte, aquella voluntad de hierro una vez contrariada.

—Y eso querrá decir ademàs, señor: pro-

siguió ella radiando rayos de cólera de sus pupilas vividas y penetrantes—que ya que no tengo marido seré digna de tomarlo como y cuando quiera de entre las mejores lanzas...

A esta nueva afrenta que recibia aquel caballero tan ciegamente enamorado de su esposa, cayó de rodillas á sus plantas con todo el peso de su amor y de sus temores.

—Iberia...! Iberia...!—esclamó— ya que tu lo quieres.... ya que tu quieres arrastrarme en tu camino de perdicion, realizando una idea temeraria... sea!

Y estendió los brazos hacia ella, como quien implora una gracia.

—Por fin!—gritó la condesa con marcada ironia—tiempo era que despertarais de vuestro sueño, de vuestro marasmo, de vuestro idiotismo, señor; y sintiérais correr por vuestras venas la régia sangre de Eurico, y de los fieros condes de los brigantinos.

Y sonrió como pudiera sonreir Satanás al conquistar una alma piadosa.

En seguida le tendió una mano con la magestad de una reina que perdona.

—Alzad, señor:—le dijo—alzad que os espera el trono de Miro y de Rechiario.

—Iberia...! Iberia!—balbuceó el caballero con la resignacion de un mártir—

*Eva perdió á Adam, y tu tambien me perderás á mi!* (1)

Iberia de Montrove acogió estas palabras con otra sonrisa de triunfo: eran las de un esclavo.

Eva sojuzgaba á Adan.

---

(1) Subrayamos estas palabras porque asi están en un manuscrito de un franciscano de Monfere:— «Iberia Iberia, Eva perdu á Adam, é ti tamen me perderás á min» palabras sobre las que llamamos la atencion de nuestros lectores, pues vuelve á repetir las el conde en circunstancias bien dolorosas.

Le premier à l'heure de l'indien me par  
dante (1) (2)  
Le premier à l'heure de l'indien me par  
dante (1) (2)  
Le premier à l'heure de l'indien me par  
dante (1) (2)

---

Le premier à l'heure de l'indien me par  
dante (1) (2)  
Le premier à l'heure de l'indien me par  
dante (1) (2)  
Le premier à l'heure de l'indien me par  
dante (1) (2)

### III.

## La prensa en el siglo IX.

En aquella época no habia prensa, para que en sus columnas se manifestara diariamente el movimiento político social de los pueblos.

En aquella época todas las intrigas administrativas, todas las aspiraciones, todos los fraccionamientos y banderías, nacían y morían por lo regular en el círculo en que se operaban sin vulgarizarse sus tendencias, ni sus fines.

En aquella época, pues, el espíritu público no podía estudiarse de otro modo que por las grandes convulsiones que surgían de las ligas de los preladados y ricos-hombres.

Desde la muerte de D. Ordoño I, dos sacudimientos se habían evidenciado ya en el país, en aquel país que acababa de triunfar de las dominaciones sucesivas

que lo tuvieran esclavizado por muchos años, el de la coronacion de Dorna el *sangriento*, y el de la resistencia del Borborás de Alemparte; sacudimientos que dividieran el territorio en dos grandes bandos conocidos ya de nuestros lectores en la primera parte de nuestra obra, *las guerras del Miño*, y en cuyo drama formulado tan solo como esposicion de nuestros trabajos literarios, las dos alas ó regiones hidrográficas de la antigua Calàica, la de la derecha y la de la izquierda chocaron de frente en Chans de Bilan, quedando victoriosa la una y hollada y dispersa la otra.

Además de estas dos grandes manifestaciones del espíritu público, pronunciándose en favor de la monarquía indígena ó local, otra se inició tan valerosa como desgraciadamente, pero que sostenida solo por un conde y por un santo, se desvaneció bajo los trotones de las mesnadas de Dorna *á fera*, en la calzada de Puente Castrelo.

Esta fué la mas bella, la mas heróica, la mas digna de gloria de todas aquellas banderías; su recuerdo aun nos conmueve, y conforme llenábamos aquellas páginas de la historia de los mártires de Galicia, segun las notas que nos sirvieron para su redaccion, hemos *sentido* tanto su patriótica abnegacion como si en aquel momento fuéramos la personificacion espiritual de nuestras adoradas montañas.



Pero he aquí que cuando parecia que todo concluyera ya, despues de la rota de Chans de Bilan, pues prisionero el conde de la Limia-alta sus partidarios ó murieran en torno de él ó vagaban á la desvandada sin esperanza alguna, otro nuevo sacudimiento empieza á indicarse, segun habrán comprendido nuestros lectores en el cuadro anterior, hijo de la altivez, del egoismo, y de las intrigas de una dama jóven y hermosa; Iberia de Montrove.

Sin duda estaba ya escrito: la monarquía jamas podria vincularse en nuestro pais, pues aunque se habia conseguido lo principal, la emancipacion caláica de la nacionalidad astúrica, la ambicion del feudalismo militar marchitaba la flor virginal de nuestra libertad é independendencia, y se disputaban sus pétalos hasta las mugeres por el pueril afán de ceñirse en la frente dos dedos mas de oro.

Iberia de Montrove no cejaba, pues, en su propósito, y cuantos obstáculos se le oponian, tantos salvaba sin necesidad de lanzas ni de ballestas, valiéndose de los resortes misteriosos que ponía en juego segun las circunstancias que se presentaban.

Una de sus cualidades mas distinguidas tal vez la única, era la de no precipitar los sucesos, sino esperarlos con sangre fria para aprovecharse de la mejor coyuntura que se ofreciera y realizar entonces su pensamiento régio, pensamiento que

deslumbrara ya su mente antes que la de don Froila Dorna, el primero que alzara pendones por la monarquía caláica.

Aquella muger, de tanta ambición como talento, todo lo preparaba desde el fondo de su cámara, entre flores y sonrisas, entre amantes y prelados.

Antes de estallar el movimiento provocado por los doce condes del ala izquierda que coronaran en Aldapena al conde de la Limia-alta, ya Iberia de Montrove lo presentía y lo sabía, así como la oposición subsiguiente del Borborás de Alemparte, oposición más que suya propia, hija del prelado de Compostela, de los condes del ala derecha y del espíritu de rivalidad tradicional que ya desde las guerras del árabe dividía al clero y a la nobleza del país.

Ella contaba, pues, con todos estos acontecimientos, y firme siempre en su anhelo de adquirirse prosélitos por todos los medios imaginables, los dejaba desarrollarse para utilizar con ventaja la ocasión más propicia que le brindaran las circunstancias.

Desde que concibiera el pensamiento de ceñirse la corona de Eurico, comprendió que tenía dos grandes obstáculos que arrollar: el conde de la la Limia-alta y el Borborás de Alemparte, personificaciones palpitantes de los dos grandes bandos del país. Por lo mismo se abstuvo de disponer de sus medios de acción para realizar aquel pensamiento, que fracasaría indu-

dablemente al luchar contra cualquiera de las dos alas, la primera que se le hubiera opuesto; y esperó à que las dos se afrontaran y se debilitaran entre si con el choque, ó sucumbiera la una definitivamente y apoderarse despues ella de la otra.

Para todos estos efectos, para todas estas pretensiones sórdidas que germinaban en su frente y en su corazon, jamás habia contado con su esposo mas que como una *cosa*, no como una *persona*, el cual estaria pronto à secundar sus miras; y el primer paso que dió respecto à él, ya lo hemos visto en el cuadro anterior, donde el anciano caballero cae à sus piés trémulo de amor, completamente subyugado à su varonil influencia.

Iberia de Montrove solo à dos hombres confiara sus planes y solo dos hombres le auxiliaban: el obispo de Tuy y el hidalgo de Herbecedo.

Al primero, como un agente poderoso para grangearse las simpatias del *elemento clerical*, y al segundo como un agente *al latere* para grangearse las del *elemento nobiliario*, únicas significaciones del pais, social ó revolucionariamente hablando.

La causa de la adhesion ciega del prelado de Tuy à la condesa Iberia, se debia... à un drama lúgubre y misterioso que por no destruir el plan de nuestra obra, lo consignar mos aqui ligeramente,

pues sus escenas interesantes podrian llenar cinco ó seis grandes capítulos.

Hé aquí ese drama en breves rasgos:

Iberia de Montrove habia tenido una hermana mayor que ella, y tan hermosa, si bien mas débil.

Froleva de Montrove era la espiritualidad de sensitiva, una organizacion todo sentimiento, todo delicadeza, todo armonia.

Froleva de Montrove, tierna, espiritual y amante, no se pagaba mas que de las flores que alzaban sus corolas en las márgenes del Allones, y de las aves que trinaaban baladas de amor en sus deliciosas enramadas.

En medio de aquellos aromas, en el círculo de aquellas melodias, su vida era un ensueño, pero un ensueño delicioso de amor, pues vivia amando à un ser sin forma, una vaguedad, un espíritu que cuando queria personalizarlo, dándole relieve y color con su imaginacion delicada, aquella idealidad de sus sentidos ó mas bien de toda su alma, se disipaba en el espacio como el perfume de las flores, que se siente y no se vé.

Algunas veces, muy raras, aquella idealidad tomaba la forma de un peregrino jóven, de ojos azules y trenzas de oro: otras, la de un doncel muy gentil de ojos y cabellos negros, pero siempre estas percepciones eran tan vagas é instantáneas, que apenas dejaban un recuerdo preciso, peterminado.

Una tarde, aquel pobre ángel llamado Froleva, se estasió mas que uunca en su idealizacion amante, y soñaba con un apuesto y gallardo doncel que besaba sus pies y sus manos con adoracion, adoracion que se reflejaba eu su alma, tan sensible à las dulzuras del sentimiento, bañándola de goces desconocidos.

Froleva se hallaba sola como siempre, el rio destacaba en torno de ella sus ondas de aljófar con una sonoridad cadenciosa, el aura errante de la floresta donde estaba, mecia sutilmente los encendidos broches de las rosas, y en la enramada que le daba sombra, trinaban las aves sus mejores cantos de la tarde, presintiendo la hora del crepúsculo.

El sueño de Froleva continuaba en medio de esta escena real y positiva, pero siempre el doncel de hermoso rostro... siempre à sus pies, siempre adorándola é inundándola de delicias que no parecian pertenecer à este mundo.

Se puso el sol: su rojo disco traspuso las montañas, dejando ese resplandor decrecientes, esas tintas rosadas que palidecian mucho mas al extinguirse entre el verde ramage del rio, y Froleva abrió los ojos y vió que sus fantasías eran una verdad... Vió à sus pies no una quimera, una sombra, un ser inmaterial, sino un hermoso doncel vestido de negro que la besaba tierna y frenéticamente.

Froleva cerró los ojos deslumbrada, exaló un grito de sorpresa, de confusión, de espanto, y al volverlos à abrir otra vez, ya no vió à su lado à aquella gentil figura: hubiérase dicho que la ahuyentàra el grito que acababa de exhalar.

Como la noche caia ya con sus negros crespones, Froleva se retiró al castillo de Montrove; pero profundamente agitada y pensativa.

Su hermana, pobre niña de pocos años, le pidió flores al verla segun costumbre siempre que ella llegaba; pero Froleva rechazó con aspereza à Iberia por primera vez de su vida.

Era que desde aquella tarde, desde aquel sueño, Froleva no pensaba en nada mas, perdónela Dios, que en aquel doncel que unas veces creia un ser fantástico, y otras una realidad.

A la siguiente tarde Froleva de Montrove no volvió à la floresta. Quiso, pero tuvo *miedo* de tanta dicha...

Pasaron dias y Froleva no volvió à salir del castillo.

Pasaron meses, y Froleva languidecia como una flor sin sol, sin auras y sin rocío.

Una mañana su padre la llamó junto à sí. Estaba el conde de Montrove solo en el gran salon del castillo. Nacía mas que él y su hija se hallaban allí en aquel momento, pues Froleva no tenia madre.

El conde de Montrove era uno de aquellos caballeros esclavos del irracional

cuanto terrible lema: *antes que todo el honor*, y que todo lo sacrificaban al dogma cruel de *nobleza obliga*.

—Froleva,—le dijo—¿quién ha sido el villano que abusó de tu inocencia?

Froleva pareció no comprender esta pregunta, y miró à su padre con estrañeza.

El conde estaba impaciente y el silencio de Froleva le irritó mas y mas.

—Froleva—volvió à decirle asperamente,—dime pronto el nombre del infame que te engañó...

Froleva volvió à mirarle con estrañeza, mas atónita todavia; pero sus miradas se bajaron deslumbradas por que las de su padre la amedrantaban.

—Froleva, ¿á qué ese silencio? Pronto, pronto el nombre de tu seductor, ó de lo contrario... Y dió dos pasos hácia ella con siniestro ademan, pues la ira le ahogaba.

—Oh, señor!... no os comprendo!... ¡Bien sabe Dios que no sé lo que me preguntais! balbuceó la niña con toda la sinceridad de su alma.

El conde creyó que Froleva se burlaba de él.

—¡Como!... desventurada, ignoras que vas à ser madre!!... No vestú...

Froleva lo comprendió entonces todo. A esta palabra de *madre* sintió un estremecimiento en todo su cuerpo... de sus mismas entrañas, parecia que salian notas sublimes y misteriosas que le hablaban de una maternidad próxima.

La infeliz entonces llevó las manos al pecho y las lágrimas oscurecieron sus ojos.

Todas estas manifestaciones naturales de Froleva, el conde las interpretaba de distinto modo; creía que su hija trataba de hablarle con ellas, rehusando decir el nombre de su seductor para librarle de sus iras.

—Froleva... Froleva!—esclamó el conde—el nombre pronto, el nombre de tu verdugo... que viven los cielos que he de mandarle despedazar por inhumano.

Froleva no contestó nada. Qué nombre había de proferir?... Semejante á Niove, esa interesantísima fantasía de las creencias griegas al revestir de formas brillantes los mithos genesiacos, parecía convertida en una estatua de mármol que deramaba lágrimas.

El conde de Montrove creyó al ver esto que su hija habria faltado á su honor tal vez con algun page, algun villano... y que por lo mismo no acertaba á descubrirle para no hacer mas despreciable la mancha que anublaba su brillante escudo.

Entonces, á esta idea fatal que agolpó toda su sangre á la cabeza, él, descendiente por línea recta del rey suevo Remismundo, cogió su trompa de caza, que se hallaba sobre una mesa contigua y se la arrojó á su hija repitiendo con vez to-  
mante:



—El nombre...! el nombre, desgraciada!!

La trompa de caza botó en la frente de Froleva, y fué tan violento el golpe, que Froleva cayó al instante sobre el pavimento.

El conde de Montrove se sobresaltó... corrió á levantar á la infeliz... pero se quedó estático con ella en los brazos...

Le habia dado en una sien... la habia muerto!

Por el pronto no supo el desgraciado señor lo que le pasaba... despues empezó á dar gritos... pero gritos delirantes... frenéticos...

Acudieron las gentes del castillo de Montrove y le separaron del cadáver de su hija. Al otro dia la desgracia era mas inmensa. Froleva estaba enterrada ya en la floresta, en donde tanto le placia estar un tiempo, y el conde se hallaba completamente loco.

Aquel mismo dia acudió al castillo el tio de Froleva, el conde D. Hermerildo de Barcia, el cual cuidó de Iberia desde entonces, y unas semanas despues murió el conde de Montrove, víctima de su locura.

Pasaron meses, y al pié de la tumba de Froleva nació un árbol tan raro, que no se conocia ninguno igual. Sus ramas se inclinaban como los del sauce, pero sus hojas eran mas menudas y mas pálidas; eran de un verde tan pálido, que parecian

de plata y seda: algunas flores menudísimas y amarillas como lágrimas de oro se veían brillar entre el ramaje de vez en cuando.

Iberia no dejaba de ir ninguna tarde al pié de aquel árbol, y oraba allí por su hermana tan querida.

En una de estas tardes Iberia se detuvo mas tiempo allí, y el sol se puso.

Pero lo mismo fué ponerse el sol, que Iberia sintió que un torrente de aromas brotaba en torno de ella. Se acercó á las ramas del árbol misterioso, y vió que el perfume emanaba de él, y que aquel perfume oliá como la inocencia de su hermana.

Llevó unas hojas consigo cuando se retiró, y toda la noche estuvo gozando de su esencia esquisita.

Pero por la mañana, cuando despertó dos horas despues de salir el sol, cogió vivamente las hojas y vió con estrañeza que no despedían olor alguno.

Corrió á la floresta, se acercó al árbol, y el árbol carecía de aroma.

Iberia se volvió triste al castillo: aquel aroma, que tanto le recordaba el de Froleva, era sin duda una ilusion suya.

Cerca del anochecer no perdió su costumbre de ir á orar á la floresta, y lo mismo fué ponerse el sol, que Iberia volvió á sentir el vivo y grato aroma de la otra tarde. Se acercó al árbol que crecía sobre

la tumba de Froleva, y vió que aquel perfume provenia de él.

Entonces comprendió que aquel árbol solo derramaba su esencia desde la puesta del sol hasta su salida al siguiente dia, y como aquella esencia delicada era igual al perfume virginal de Froleva, llamó desde aquel dia al árbol *el árbol del amor*. (1)

Al persuadirse de la cualidad tan especial de aquella planta, Iberia varió las horas de visitar la tumba de su hermana, y solo iba despues de la puesta del sol.

Una noche, hallándose gozando de aquel delicioso aroma de Froleva, sintió que alguna persona tronchaba las ramas de la floresta dirigiéndose hácia donde ella estaba, y como era noche de luna, y aquella persona podia ser amiga ó enemiga, Iberia se ocultò en la enramada.

Apenas se habia escondido entre el frondoso ramaje, su mirada atenta descubrió à un jóven gallardo, envuelto en una capa negra que lo cubria enteramente, capa que podia tomarse por la de un sacerdote.

Este doncel se llegó al pié del árbol misterioso, se descubrió y se arrodilló sobre la tumba de Froleva, permaneciendo en oracion.

Iberia vió que aquel hombre no era tan jóven como parecia, pues sus ojos se ha-

---

(1) En otras partes de Galicia se llama *galan de noche*.

llaban hundidos en sus cuencas, y sus cabellos empezaban á encanecer, como si el dolor de una gran pérdida le devorara lentamente. Vió tambien que aquel hombre era un sacerdote, pues en su cabeza plateaba, á la luz de la luna, la corona aneja á su ministerio.

Iberia no desvió los ojos de él, y observaba aquel gran dolor mudo y elocuente á la vez, pues el sacerdote no hacia mas que besar las yerbas que crecian al pié del árbol.

Mas tarde, cuando el sacerdote concluyó su rezo, vió que se retiraba hácia un lado de la floresta, desde donde trajo un azadon y se puso á cavar sobre la tumba de su hermana.

Iberia quiso gritar para evitar aquella profanacion; pero, ¿quién la oiria en aquellas soledades, si el castillo de Montrove distaba tres ó cuatro tiros de ballesta?

Negras nubes, rodando por el cielo impelidas por el fuerte viento de Noycela, ocultaron la faz creciente de la luna, é Iberia no pudo seguir observando el trabajo del sacerdote: solo oia el acompasado golpe de la azada cayendo sobre la tierra humedecida con las lágrimas de la noche.

Despues... cesó este ruido... sintió un ¡ay! de dolorosa angustia, como la vibracion de un alma amante que se desvane-

ciera de tristeza... le pareció que aquel sacerdote se abrazaba al mismo tiempo á algun objeto querido... sintió besos sordos como los que menudeara un loco contra una puerta..., sintió que el árbol del amor caía en la fosa... le pareció que echaban tierra sobre él... y que aquel hombre, aquel sacerdote impio huía y huía de aquellos sitios como aterrado por algun crimen que cometiera.

Iberia esperaba que la aparicion de la luna rasgara las espesas sombras para verlo todo con mas precision, pero esperaba en vano, pues las enlutadas nubes continuaban velando su discomelancólico.

Otra dama, tan jóven como Iberia, se hubiera asustado al observar aquella escena; pero ella, dotada de un temple de alma á toda prueba, cada vez se sentia mas animada, mas dispuesta á presenciarlo todo, y hasta á intervenir en la escena.

Asi qué, de súbito, desviando con fuerza las ramas que la ocultaban, se arrojó animosamente sobre la tumba de Froleva en el mismo momento en que la abandonaba el que la acababa de profanar.

Iberia vió la sepultura nuevamente cubierta.... sus pies se enterraron sobre la tierra recién removida.... tendió los brazos en busca del sacerdote.... gritó... llamó... y solo á lo lejos sintió un ay! tris-tísimo que parecia salir de entre las frias

nieblas del Allones, como un eco perdido de sus aguas, ó como un eco pavoroso de los espíritus de la noche.

Aquel misterio fué un secreto que Iberia no reveló jamás á nadie, porque comprendió que allí habia algo superior á la inteligencia de los demas.

Transcurrieron años; y al cabo de ellos no llegó á hablarse de otra cosa entre las gentes piadosas del pais, que de la devocion del cura de Brandomil, parroquia de las orillas del Jallas, pues pasaba todos los dias y todas las noches en una contemplacion continúa delante de una calavera, como mas tarde San Francisco de Asis.

La fama de las virtudes y de la vida ejemplar de este cristiano corria de boca en boca: los prelados pasaban á conferenciar con él, y las demás personas del clero y ricos-homes de Galicia no lo miraban sino como á un santo. En esto la silla episcopal de Tuy se declaró vacante por defuncion, y todos, todos á una influyeron con D. Ordoño I para que aquel virtuosísimo varon ocupara la sede tudense.

Al poco tiempo se acordaron los desposorios de Iberia de Montrove y del conde don Hermerildo de Barcia, Meirama y Trava, y por consejo de su tio, Iberia fué á recibir la bendicion nupcial de manos del célebre prelado.

Cuando Iberia se vió delante del obispo se estremeció, porque à pesar de tener los cabellos sumamente blancos, reconoció en él al sacerdote de la floresta de Aillones.

El prelado presintiera ya aquella turbacion de Iberia y no desvió los ojos de la calavera que tenia á su lado sobre una mesa.

Iberia se acercó á él resueltamente y lo cogió por un brazo. Y como los dos estaban solos, le dijo:

—Señor, señor.... esa calavera es de mi hermana!

—Basta! balbuceó el obispo.

Y le tapó la boca suavemente con una mano.

—Si! prosiguió, es la de Froleva: la de mi único amor asi en la tierra como en el cielo!

A Iberia no le espantó aquella heregia, porque era hija de una pasion loca, inmensa, que se habia velado con los cendales de la iglesia.

—Oh, señor.... suplicó Iberia, en nombre de Dios volved á la tierra lo que es suyo!

—No!... no!... gritó el prelado: aquí y por siempre aquí.

Y señaló su celda y su lecho.

—Bien sé que vos fuisteis la que os abalanzasteis á mi en aquella noche.. pero sois hermana de Froleva y por con-

siguiente lo que mas adoro en este mundo de su memoria. Dejádme pues con mi felicidad y con mi secreto, y disponed de mi como de vos misma.

Iberia besó la calavera de Froleva; sus lágrimas sobre ella se mezclaron con las del prelado; y aquellas lágrimas sellaron la amistad, la adherencia fraternal que hemos prometido esplicar en breves delineaciones.

La causa de la adhesion ciega del trovador del Allones á la condesa Iberia de Montrove, se debia, como habrán comprendido ya nuestros lectores, á la pasion vehemente que la belleza de esta le inspira, y que el deboraba en silencio, porque no le era posible salvar irreverentemente la valla que lo separaba de ella.

Pero como los poetas en todas las épocas del mundo, jamás se han alimentado de otra cosa que de esperanzas y de idealizaciones, el buen hidalgo de Herbecedo se contentaba con gozar de las esperanzas que le hacia la condesa, esperando obtener con el tiempo todas las confianzas posibles.

Iberia demasiado conocia con su profunda penetracion aquel amor condicional, por decirlo asi, de Cristovo, pero se hacia alla indiferente por lo general á sus calculadas y tímidas demostraciones, y en particular solia ser aquel amor del hidalgo un medio de distraccion para sus horas de aburrimiento, pues se complacia en



verlo abrazarse en sus mismos fuegos.

Como una prueba del carácter de Iberia, respecto á lo que dominaba al juglar, que consideraba como un juguete suyo, y como este se hallaba sujeto al potro de su tormento semejante á Ixion, encadenado por medio de serpientes á una rueda que daba vueltas sin cesar, consignaremos dos hechos de los mil y uno que constituian la historia de aquellos dos personajes de nuestro drama.

A la caída de una tarde de verano, Iberia habia salido á pasear por los alrededores del castillo de Barcia, situado en el delicioso paisaje de este nombre que admira el viajero que recorre el territorio comprendido entre Santiago y la Coruña. Nadie iba con la condesa mas que el jóven trovador, el cual acostumbraba á acompañarla siempre en sus escursiones por las sinuosidades pintorescas del valle. Lejos ya del castillo, y en una de las frondosidades á que llegaron, á Iberia—y téngase en cuenta su carácter varonil—se le habia antojado tirar su pañuelo á un árbol bastante elevado, con el objeto de cojer un ave de brillante plumaje que cantaba en él. El ave huyó, y el pañuelo quedara en las ramas. Entonces la condesa volvió la vista atrás, y como quien se dirige á un perro, le mandó al juglar que subiera en busca del pañuelo.

Cristovo de Herbeceño, tímido y respetuoso, bajó los ojos en señal de obediencia.

cia, y encaramándose al árbol, iba ya á cojer el pañuelo, pero cayó sin duda con la emocion que sentia.

La deliciosa caida del juglar hizo reir á Iberia, y en seguida, serenándose, le obligó á que se acercara al tronco y bajase la cabeza para ponerse ella de pies encima de él, pero con prohibicion absoluta de que levantase los ojos para mirarla hasta que ella no descendiera.

El hidalgo de Herbecedo obedeció y se colocó de espaldas con la cabeza contra el tronco.

La condesa Iberia puso sus lindos pies sobre él, y el hidalgo se estremeció á aquel contacto, á aquel peso que sostenia, á aquella falda de seda que rozaba su frente, quemándosela, abrasándosela.

Al poco tiempo la condesa se encaramó en las ramas, y el hidalgo sintió un desvanecimiento terrible al verse obligado á permanecer inmóvil, pues hubiera dado su mejor gaban por poder alzar la cabeza hácia el cielo de su amor.

Sufrió, pues, como un mártir, sin atreverse á levantar la vista, y al cabo, cogiendo la condesa el pañuelo, volvió Cristovo á sentir sobre sus hombros la encantadora presion de su cuerpo, el roce de la seda... y ya no pudo aguantar mas, cayó de bruces tan pronto ella puso los pies en tierra.

La condesa volvió á reirse por segunda vez, y despues que se levantó el hidalgo

se acercó á él indolentemente, y poniéndole el antebrazo derecho sobre su hombro izquierdo, se apoyó sobre él con echicera coqueteria .

Por segunda y por tercera vez Cristovo creyó morir. Aquel contacto, aquel aroma voluptuoso que exala la muger jóven y hermosa, lo volvía loco. Quiso levantar los brazos y estrechar á la condesa contra su seno, pero de repente sus ojos se turbaron y no pudo hacer movimiento alguno.

Diríase que Iberia parecia gozarse en el tormento del juglar, porque cuanto mas conocia el efecto que hacia en su alma con semejantes desenvolturas, pues toda la sangre le hervia de amor, mas parecia complacerse en ello.

No contenta Iberia aun con esto, con uno de sus pies tocaba ligeramente los del desdichado trovador, de modo que Cristovo no podia abrir los ojos por temor de caerse desfallecido de lujuria.

La condesa se separó con coqueteria al poco tiempo, y ambos regresaron al castillo.

Desde aquella tarde Cristovo se creyó amado, y juró que á la primera ocasion avanzaria por su parte tanto ó mas que la condesa, á quien tanto adoraba por inclinacion como respetaba por miedo.

Esta ocasion no tardó en presentarse, atendido el carácter despreocupado de Ibe

ria, pero despreocupacion que descansaba sobre sus propias fuerzas.

A las pocas noches, Cristovo fué llamado á la cámara de la condesa. Era de noche, la media noche.

— Cristovo, le dijo, no puedo dormir por mas que quiero, trae el laud y toca las baladas mas agradables á ver si consigues adormecerme.

La condesa estaba acostada negligentemente sobre la cama... una lámpara de plata ardia á media luz, es decir, despedia una claridad de oro... la puerta estaba cerrada...

Solo Cristovo é Iberia estaban alli, y Cristovo creyó volverse loco de alegria.

Era llegado el momento.... segun él.

Tomó entre sus trémulas manos el laud, y conmovido de pasion empezó á tocar una balada voluptuosa.

Pero la condesa volvió la espalda hácia el lado de Cristovo.

—Cristovo de Herbecedo, murmuró, si ves que me quedo dormida, retírate.

Cristovo de Herbecedo inclinó la cabeza en señal de asentimiento, continuó tocando, y al cabo de algun tiempo conoció por la respiracion pronunciada de la condesa, que dormia profundamente.

Entonces se dirigió con resolucion hácia el lecho, y al llegar á él se iba arriesgar á usar de una licencia poética, estampando un ardiente beso en el rostro de aquella belleza adorable, pero cuando sus lá-

bios temblorosos iban á caer sobre sus mejillas, la condesa volvió la cabeza hácia el lado de Cristovo.

Este se quedó aterrado por el pronto, pues creyó que la condesa despertara.

Pero al verla dormir como si tal cosa, cobró nuevos brios y acercó otra vez sus abrasados labios á las encantadoras mejillas de Iberia.

Cuando ya el enardecido hidalgo iba á depositar su anhelado beso, Iberia de Montrove sacó uno de sus brazos, desnudo, y lo colocó sobre su rostro, por uno de esos movimientos tan naturales en las personas dormidas.

Entonces... entonces las pupilas de Cristovo irradiaron chispas de luz... pues al hacer este movimiento la condesa acababa de dejar descubierto uno de sus pechos, cuya blancura brillante y cóncava hacia temblar la cabeza del trovador del Allones como la de un anciano.

Cristovo no pudo ya resistir mas, y besó aquel pecho deslumbrador.

La condesa se incorporó entonces vivamente en el lecho.

— Miserable, le dijo; qué acabas de hacer!.

Cristovo cayó de rodillas aterrado..

La actitud y la voz de la condesa impondrían al mas arrojado.

— ¡Qué acabas de hacer, villano? volvió ella á proferir con la mirada soberana que

la particularizaba en sus momentos de indignacion.

—Ah! mi señora! tartamudeó el infeliz hidalgo, perdonadme! perdonadme! Esta cámara me pareció el cielo... vos mi Dios... y yo el peregrino que...

—Reptil inmundo! gritó Iberia, ¿sabes lo que sigue á la afrenta que me has hecho?

—Perdon! perdon...!

—La muerte!

—Piedad, mi señora!

—Tus manos serán cortadas y tu lengua arrancada por mano del verdugo... manos y lengua que se clavarán sobre el porton del castillo para escarmiento de todo hidalgo... licencioso.

—Oh, mi señora! exclamó el trovador plegando las manos sobre el pecho.

E inclinándose sobre el suelo permaneció con los labios pegados al pavimento de la cámara.

La condesa guardó un momento de silencio, como si apreciara aquel arrepentimiento tan espresivo.

Despues dijo:

—Tu vida... ya es mia...

—Si... si... balbuceó el juglar sin despegar los labios del suelo.

—Tu vida ya no te pertenece...

—No... no...

—O concluirá mañana en las almenas del castillo á la salida del sol...

—Piedad! piedad!

—O vivirás arrastrándote à mis piés como un perro....

—Si... si... mi señora!

Hubo otro momento de silencio.

Despues prosiguió la condesa:

—Pues bien: quiero ser magnánima contigo: te perdono.

Cristovo creyó volverse loco de alegría.

—Alzate;—ordenó Iberia—y sal de aquí hasta mañana.

Cristovo no se levantó, ... salió arrastrándose como un verdadero reptil, con el semblante vuelto hácia ella y la mirada imploradora.

Al siguiente dia la condesa lo llamó á su cámara, le hizo mil preguntas y mil halagüenos encargos con la coqueteria de siempre, y ni una palabra le habló de su desacato en la noche anterior.

Pasaron dias... y una noche hallándose solo en la cámara de la condesa con ella, á esta se le antojó que Cristovo tañera el laud, teniendo la altiva dama el oido tras del mastil del instrumento, para oir con redoblada armonia el dulce efecto de las baladas que tocaba.

La condesa hizo sentar à Cristovo en su mismo camapé, y ella inclinándose sobre él tenia la cabeza colocada sobre su palpitante pecho.

El desgraciado trovador tocaba y cantaba.... pero al llegar á la segunda estrofa, ya casi no podia respirar: aquella postu-

ra de Iberia... aquel roce, aquel aliento, aquel aroma ... todo aquello le caldeaba la sangre en las venas, todo aquello le ahogaba.

—Dios mio!-murmuró para si, esta mujer es la vida y la muerte á la vez, la luz y las tinieblas! Toda mi sagacidad y toda mi astucia con las demás la empleé en vano con esta ¡Dios mio! yo haré pedazos el laud y huiré: pero y si huyo ¿qué es la vida sin ella?

Aquel pobre trovador del Allones, al lado de Iberia era el mas feliz y el mas desgraciado de los hombres. Y sin embargo, tanto amaba aquella felicidad como la odiaba, y esta oscilacion constituia la vida del sentimiento para él, pues fuera de aquel círculo cuyo punto céntrico era Iberia nada existia, no habia mas allá.

El hidalgo de Herbecedo estaba pues encadenado á aquella Circe, que era al mismo tiempo su idealidad y su realidad, su sueño y su vida.

Tales eran los dos principales y únicos agentes de aquella beldad pretenciosa, el obispo de Tuy y el juglar del Allones, los cuales llevaban á cabo ciegamente sus misteriosas instrucciones.

Hasta ahora aun no hemos podido presentar á la condesa Iberia en el lleno de su carácter por no violentar la accion de nuestra historia: cuanto acabamos de consignar pertenece á las medias tintas, al claro-oscuro de esta figura histórica.



Ved su influencia agitando la prensa de su época. Venid: penetrad en ese gran salon del castillo de Alemparte, donde se reunen las notabilidades de la confederacion del ala derecha del Miño, y donde la prensa oral, antecesora á la prensa escrita, como la palabra antecesora á la letra, y Jesucristo á Guttemberg, es decir, los dos hombres que mas han conmovido y conmoverán á la humanidad... *el espíritu y la materia del mundo moral...* (1).

---

(1) Escribimos esta nota para los que hayan comprendido la idea que acabamos de emitir. -- Hoy por hoy, creemos que nada mas simbólico que los nombres de esos dos sublimes concepcionistas para representar la intelectualidad del mundo que habitamos. -- Pero hé aquí que á la palabra hablada y á la palabra escrita se inicia la palabra eléctrica, nueva fórmula material de las sociedades... ¿Y qué viene buscando esta nueva fórmula, cerniéndose sobre los *rails* como una síntesis de la velocidad y de la unificacion? En nuestro concepto, asi como dijo Victor Hugo, por la imprenta y el arte, esto matará aquello, nosotros decimos que la telegrafia derrocará al mundo antiguo, unificándolo moralmente en una sola inteligencia, y evidenciando la antigua máxima de un Dios en el cielo y un rey en la tierra. Esto es muy posible....

Pero hoy esta iniciacion no se manifiesta igualmente. Antes, Jesucristo antecedió á Guttemberg, es decir, el *espíritu* á la *materia*, moralmente hablando; y hoy la materia, es decir, la trasmision de la palabra por medio de hilos metálicos, antecede á la espiritualidad que absorvará á todas las naciones en su rayo de luz.... ¡Oh! ¿Cómo se denominará entonces ese nuevo Dios, ese nuevo rey temporal y espiritual? Las naciones serán departamentos... Las cuatro partes del mundo serán cuatro lugar-tenencias que, á favor de la electricidad y

(2.—10.)

Y donde la prensa oral, decimos, agita y adormece, crea y destruye, vivifica y mata segun las inspiraciones que recibe, y segun ellas rasga las espesas brumas del porvenir, preparando nuevos acontecimientos ó borrando los que se creen llenos de vigor y de savia revolucionaria.

Entrad en ese gran salon. donde á la luz de veinte lámparas se forman multitud de corros en torno de la estensa mesa que se prolonga marcando toda la estension de la planta baja.

En estos corros unos cenaban, otros bebían tan solo; pero todas personas distinguidas que pertenecian al alto clero y á la nobleza.

En un corro tenia la palabra un benedictino, que representaba un periódico *independiente*, segun las doctrinas que emitia.

Veamos la *política exterior* de aquella publicacion oral.

— «No desmayemos, señores, en nuestra grande obra de fundar la monarquía local-pues las circunstancias no pueden favore,

---

de la fuerza expansiva de los gases, devorarán las distancias con la rapidez del rayo, y se entenderán entre sí en una hora, en un minuto dado!

¡Qué inmensidad de poderío!

¡Qué maravilla!

Nosotros... abismando el pensamiento en el *pasado*, sorprendemos el *porvenir*...

¿Será esta *sorpresa*, á la sabiduría infinita de Dios, un sueño ó una realidad?

¡Si es un sueño, hermanos compadece á una víctima de sus inspiraciones: si es una verdad... Dios mio, ya sabes que *vivo en ti!*

cernos mejor. El trono de Asturias, combatido por los soberbios magnates de aquella corte, ofrece descanso seguro al mas osado, que es el conde D. Froila, hijo de D. Bermudo el Diácono. Tambien es verdad, que muerto el señor rey Ordoño I, nadie mas digno de sucederle en atencion á su estirpe régia y á sus cualidades distinguidas como buen caudillo, pues ha dado grandes pruebas al frente de los moros en los campos de Benavente.

No podia suceder otra cosa: el reino astúrico no podia pasar por un período de minoridad como el que ofrece el reinado de Alfonso III, hijo de D. Ordoño I, cuando aun el moro blande sus corvas cimitarras en las orillas del Esgueva.

Yo aplaudo la proclamacion del conde D. Froila, hijo de D. Bermudo el Diácono. Y como quiera que los enemigos de este bravo adalid promueven grandes turbulencias en aquella corte, á la sombra de estas turbulencias bien puede declararse nuestra nacionalidad, la nacionalidad de Rechiario y de Teodomiro, señores, y desarrollarse con ópimos frutos para el porvenir.»

Los que escuchaban con la boca abierta este editorial de *política exterior*, oyen aquel las verdades, se penetran de ellas, y convienen en que aquel periodista de *bata negra* tiene sobrada razon y es un buen caláico.

Oigamos al mismo periodista en la *política interior*:

— «Ahora bien, señores; ¿es justo que una vez emancipados de la corona de Asturias como lo estamos, nuestras guerras no sean de *principios*, sino de *personas*? Esto es tristísimo, señores; y en esta parte yo pienso como pensaba el difunto conde de Rivadavia (que Dios haya en su santa gracia), pues no debíamos batirnos gallegos contra gallegos, es decir, hermanos contra hermanos. Nuestros caballeros no debían afrontar sino la altivez del astúr y la osadía del árabe. ¿Qué importa que nuestro rey sea el conde tal ó el conde cuál? Como sea el rey que tengamos un buen padre para los hijos del país, haciendo justicia en el interior del reino y defendiendo su integridad y su decoro en el exterior, nada más debemos implorar al cielo. La cuestión es bien clara, señores: á buen rey, el cielo; á mal rey, el infierno: que él que no sirve para caballo, capallo.

Todos los lectores ú oyentes inclinan la frente á este aforismo: todos se adhieren á las ideas del benedictino; pero como los periódicos *independientes* son siempre tan raros y tan *pobres*, bostezan mucho penetrados de la verdad, y se quedan dormidos en sus sillones.

Pasemos á otro corro.

En este tiene la palabra un caballero de la Barra, que habla admirablemente. Este

periódico no es *independiente* es *dependiente* del obispo de Compostela.

Los abonados á este corro son mas que al anterior... figuran entre ellos muchos condes y ricos-homes. Oigamos la *política exterior* de este periódico levítico disfrazado con el arnés de caballero.

—Las últimas noticias que se han recibido de la corte de Asturias, señores, son tristísimas para nosotros á fuer de cristianos, pero satisfactorias á fuer de gallegos. El hijo de don Bermudo el Diácono ha entrado ya en Oviedo y ha tomado posesion del trono fundado por don Pelayo; pero si bien es apoyado por muchos ricos-homes y formidables mesnadas, sus enemigos, que son muchos, lo traen á mal traer con las revueltas que ocasionan de continuo. El conde don Froila, el esclarecido hijo de don Bermudo el Diácono, conociendo bien sus verdaderos intereses, no transige en nada con sus contrarios, pues parte por lo sano, decapitando á todos los adeptos á Alfonso III, pobre rapaz que huye á toda brida hácia las montañas de Alava. Oviedo, segun esas mismas noticias, es un lago de sangre, porque el hijo de don Bermudo el Diácono no perdona medio algo no para aclarar la situacion y dejarla enteramente suya. Como estos acontecimientos absorven completamente la atencion de aquel pais, la corte de Asturias ha recibido la nueva de nuestra emancipacion sin sensacion algu-

na. Según el juicio de doctos varones, es de presumir que no pasen muchos días sin que el conde don Froila pida auxilio de gentes á nuestro prelado de Compostela ó al conde don Veremundez, nuestro presunto rey, una vez determinadas nuestras disidencias tan felizmente como han terminado, pues el conde de la Limia-alta arrastra las cadenas del esclavo dentro de los espesos murallones de Zas de Bruce. Yo soy de parecer que en ese caso permanezcamos como indiferentes, pues cuanto mas se debilite, ó mejor dicho, se desangre el reino de Asturias, menos fuerza tendrá para atentar contra nuestra independencia.—Sin embargo, señores, si algún día hay lucha; si algún día Asturias se arroja imprudentemente sobre nuestra nacionalidad para hollarla, para absorverla, me tranquiliza el convencimiento que tengo de que para cada buen gallego que ame á su Dios y á su patria, se necesitan cinco asturianos!»

El efecto de este editorial es bullicioso: todos los lectores ú oyentes prorumpieron en vivas, estirándose una cuarta de entusiasmo.

Este periódico tenia muchos abonados.

Veamos su artículo de *política interior*:

—Razones poderosísimas aconsejaban la emancipacion. ¿Con qué derecho los reyes de Asturias habian de regir los destinos de nuestra patria? ¿A nombre de qué principio nos imponian la férula administra-

tiva de un conde astur para gobernar á los caláicos? Los buenos caláicos nos bastamos y nos sobramos, y entre los mas buenos nadie mas digno de ceñir la corona de Eurico que el conde D. Veremunde Borborás de Alemparte, pues además de ser el primero entre los primeros guerreros del pais, es tambien el primero entre los primeros cristianos que rinden culto á la Iglesia. Nuestro querido prelado Ataulfo II de Compostela no cesa siempre de alabar su fuerza y mansedumbre á la vez, fiereza en cuestiones de amor patrio, mansedumbre en cuestiones piadosas, pues se humilla de continuo á los consejos de nuestro reverendo obispo. Como caballero, jamás hubiera desnudado la espada para protestar contra la coronacion de Dorna traidor, pero como cristiano oyó las exhortaciones de Ataulfo II y entonces no vaciló en blandir su espada en defensa de las leyes de Dios, pues Dorna *A fera* las habia atropellado invistiendo por sí y ante sí con la dignidad de prelado de Santiago abad del Buen Jesus. Hoy que todo ha terminado ya como debia; hoy que el prisionero de Zás de Bruces, debe pagar con su sangre la sangre con que ha hecho correr los rios de nuestros valles, admiraos señores, hoy, pues, aun el Borborás de Alemparte se resiste á ser rey y á decretar la muerte de Dorna el sangriento porque es hombre tan caballero y tan generoso que en la lid mataria cuerpo á

cuerpo, á su mismo hermano si lo tuviera, pero una vez terminada la lid tiende la mano á su mayor enemigo. Mañana se celebra consejo sobre esto, señores, y el obispo, nuestro señor, no desistirá de pedir la muerte del conde de la Limia-alta y la coronacion del Borborás de Alemparte. El rico-home ó prelado que no se ponga al lado de Ataulfo II, en esta cuestion, ese ni es, ni fué, ni será nunca un buen caláico. Lo que pedirá nuestro prelado, en la sesion, lo aconseja la razon, la conveniencia, la justicia, la conservacion en fin de nuestra nacionalidad. De lo contrario, señores, no habremos hecho nada con habernos proclamado independientes y con derramar nuestra preciosa sangre en las llanuras de Bilan.»

Todos asientan con el periodista levítico: la sonoridad sangrienta de sus palabras, mas que su lógica, ha deslumbrado á los oyentes ó abonados, y convienen en que el caballero de la Barra es un eco del cielo.

Pasemos á otro corro: recorramos todos los matices de la prensa oral de aquel pobre siglo IX, embrion de nuestra sociedad moderna, que tuvo por padres el cristianismo y la monarquia, y que tal vez incurra en el bárbaro delito de parricida.

En este otro corro tiene la palabra un hidalgo del obispo de Tuy: ya podreis comprender de quién será eco este diario.

Desoigamos su política exterior, porque



los artículos de entrada en este sentido todos son iguales en el fondo y en la forma: parecen ejemplares de un mismo número: no varían mas que las palabras, como si fueran traducidos; son reproducidos, pues, unos de otros; brillante evidencia de que el sentimiento público converge en una sola idea, la nacionalidad caláica sobre la nacionalidad astúrica.

Oigamos su artículo de política interior.

Señores, dice el hidalgo del obispado tudense: yo disiento de muchos en mi juicio respecto á las cosas que nos pasan. ¿A qué conduce mañana ese consejo? ¿Para qué...? ¿para deliberar sobre la muerte del hombre mas infame del pais, su baldon, su oprobio? Oh! esto parece inconcebible! Hay cosas incuestionables, claras como la luz, y esa es una. ¿Por ventura, si Dorna el sangriento hubiera vencido al Borborás de Alemparte, en Chans de Bilan y lo tuviera prisionero en Celanova ó Aldapena, celebraria consejo acaso, sobre su vida ó su muerte?

El hidalgo tudense se rie irónicamente y bebe un baso de Amandi: sus abonados prorrumpen tambien en una hilaridad expansiva y beben tambien amandi como el periodista.

El efecto de este orador es mas positivo que el de los demás: «hace reir de verdad»

como si dijéramos hace llorar de tristeza.

Oigámosle:

—Mentira, y mentira parece lo que está pasando, ¡ira de Dios! ¡Pues no es el mismo Borborás de Alemparte el que va à pedir por la vida de su rival, por la vida del mayor asesino del país...! ¡En qué razones se apoyará ese hombre...? Vaya! yo estoy convencido de que tan bueno es Juan como Pedro, y si Dios no lo remedia, «si no hay otro conde» de ánimo esforzado que se ponga al frente de nosotros, tendrán que atarnos à todos por locos. El partido de Dorna el sangriento está herido de muerte desde la rota de Chans de Bilan, ¡qué herido! hollado, disperso, extinguido: pero si el Borborás es tan débil que perdona al prisionero de Zás, claro está que ese partido volverá à renacer y agrupará sus pendones en torno de su jefe, hállese donde quiera. Señores, à grandes males grandes remedios, y el que no corta por lo sano se espone à que la gangrena lo devore. Las razones que tenga el Borborás de Alemparte para perdonar la vida de su rival, sean las que quieran, pues hasta ahora son un misterio, no podrán jamás traer el convencimiento à nuestras almas, y el hombre tímido é irresoluto como don Vermudo no sirve para llevar la revolucion à gloriosa cima: «el jefe de un partido no se pertenece à sí mismo, se pertenece à su parcialidad»: la

individualidad desaparece cuando el sentimiento público es mas pronunciado. Ese sentimental Borboràs, pues, que piensa como hombre, jamás podrá ser un buen rey, porque no piensa como padre de la patria. Yo, señores, francamente: si don Veremundez persiste en su compasion endiablada, desde mañana tiro la espada y coloco en su lugar una rueca. Pero no! mientras peligre nuestra nacionalidad, ya sabré á donde he de poner mi espada: la pondré á los pies del bravo, del esclarecido conde de los brigantinos, único y gran calàico digno de ceñir la corona de los reyes suevos, sus ascendientes.

—Tienes razon; murmuraron muchos, entre el conde de Alemparte, el de la Limia-alta y el de los brigantinos, mejor es este último.

En ese corro acabamos de ver la influencia política del obispo de Tuy, en favor de la condesa Iberia, por medio de su periódico tudetano.

Veamos este otro corro donde hay mas gente en torno de un abad que tiene la palabra.

Es el abad de Sobrado de los Monges: ¿de quién será *eco* este Bernardo?

Pronto lo veremos en su editorial de *política interior*.

Oigámosle:

—Señores, mis muchos años y la vida de meditacion que llevo en el claustro, no solo consagrado à los misterios de la p...

sion y muerte del divino Redentor, sino tambien à las cosas mundanas con relacion à la felicidad y bienestar de mis compatriotas, pues bien se puede ser buen cristiano y buen caláico à la vez, creo que dará à mis palabras toda la autoridad que nuestras circunstancias exigen, ya que teneis la dignacion de oirme. Yo no comprendo, pues, à que viene ese consejo que mañana va à celebrar aquí el conde don Veremundez, con objeto de perdonar la vida... la vida, señores, à ese miserable conde de la Limia-alta, que ha profanado é incendiado las casas de Dios, y que ha ensangrentado nuestros campos tan desalmadamente. Ese perdón, sin fundamento à mi juicio, no prueba mas que la debilidad del Borborás, y su incapacidad para regir los destinos de nuestra patria. Y un hombre débil y nulo, debe seguir al frente de la nacionalidad caláica? No... por que luego que las cosas de Asturias se sosieguen, luego que allí triunfe por completo el hijo de don Bermudo, dirigirá sus huestes, no contra el moro, sino contra nosotros, y ¡ay de la independencia caláica, entonces, si en el trono impera un conde débil é incapaz de gobernar à su pueblo, como el conde don Veremundez! Señores, yo medito, no solo en las circunstancias azarosas del momento, es decir, en la fundacion de nuestra nacionalidad, sino tambien en las circunstancias complicadas del porvenir, esto es, la con-

servacion de esa nacionalidad; porque no basta *conquistar*, es preciso *conservar*. Y ¿cómo se funda y cómo se conserva, si se carece de la energía y la autoridad que da el génio del mando, para despejar convenientemente las situaciones y fijar bien la lucidez de lo blanco y de lo negro? Si se perdona á Dorna el sangriento, como pretende un hombre tan pusilámine, los ricos-homes y prelados del ala izquierda se reharán en torno de su caudillo, y entonces, volviendo otra vez á la guerra territorial que ha terminado tan felizmente, el astur nos sujetará con un solo escuadron que haga salvar los Picos de Ancares. Señores, si mañana triunfan las proposiciones compasivas que emita el Borborás, respecto á la vida de Dorna el sangriento, de seguro nacerá un *tercer partido*, partido que presiento, partido que ya está indicado, el del conde de los Brigantinos, hombre sensato y esforzado, descendiente en fin de los reyes suevos. Esta nueva parcialidad, una vez en evidencia, de seguro, señores, que Hevará á gloriosa cima la fundacion y conservacion de nuestra monarquia. Haga nuestro señor Jesucristo que el conde don Hermerildo desnude su espada y levante pendones, pues solo su espada concluirá de una vez con estas turbulencias, y sus pendones harán retroceder al Astur como han hecho cejar al árabe en las revueltas cumbres de Portela de Home.»

Los que escuchaban al abad de San Pedro da Porta, (1) le manifiestan de mil modos que tiene razon en cuanto dice; y hé ahí tambien la influencia politica de Cristovo... siguiendo las inspiraciones de la condesa respecto á las querellas de este religioso y del conde de Roade.

Trasladémonos aun á otro corro.

Cumple así á nuestro propósito.

Tiene en este otro la palabra el hidalgo de Landrove, y le apoya con movimientos de cabeza bastante significativos, el mal encarado conde de Dozon.

Escuchemos este nuevo matiz del espíritu público:

—Señores, dice el hermoso hidalgo con voz conmovida, se pretende por algunos que no se aseguraria mas nuestra independencia con la noble conducta que hussa el conde de Alemparte perdonando la vida de Dorna el sangriento. Los que tal dicen, ¿saben por ventura bajo que condiciones será tan piadoso el Borborás? Esperemos: pronto es el consejo y en él dará sus razones este ilustre caudillo. Además, aun cuando no tuviera ninguna para apoyar su generosidad, con ese rasgo sublime de ella ¿no robusteceria 'mas la nacionalidad galaica? Con ese rasgo

---

(1) En la parroquia de San Pedro da Porta, orilla del Tambre, es donde estaba enclavado el monasterio de Sobrado de los Monges. Este monasterio fué el mas rico de Galicia después de San Martin Pinario.

de ella, señores, se captará todas las voluntades que le faltan aun en su misma parcialidad y las de sus mayores enemigos, las de la otra banda del Miño que seguian los pendones del conde de la Limia-alta, abatidos à sus piés desde la jornada de Chans de Bilan. Si, señores, el mismo don Froila Dorna, quedaria tan obligado despues que seria el primero en defender espada en mano, no solo los intereses generales del pais, sino hasta los intereses personales de su antiguo rival, porque *nobleza obliga*, señores: y mas que todo la generosidad del vencedor. Se me objetará que Dorna el sangriento, como se le llama malamente, carece de todo sentimiento hidalgo... Los que tal digan no lo conocen bien: los que tal digan lo dirán mas bien por enemistad personal, que por enemistad política. Yo señores, que lo conozco bien porque luché bajo sus órdenes contra el árabe en la batalla de Monzalhoz, como à rey de Galicia le combatiré siempre, pero como caballero, lo defenderé en cualquiera terreno hasta la muerte.»

Este periódico parece *sospechoso*, y sin embargo no sufre ninguna *recogida*. Tambien es verdad que oye pero no se aplaude: no hace en fin en sus abonados el gran efecto de los demás.

Tal era el espíritu público del pais en aquella época, revelado por las manifestaciones de la prensa oral.

Con mas ó menos variaciones, en todos

los corros del gran salon que servia de *café* ó centro de reunion de los confederados del castillo de Alamparte, se hablaba entonces en estos *cuatro sentidos* que hemos indicado en los *cinco* editoriales de *politica interior*.

De modo que la divergencia de la prensa oral era tangible, y no habiendo conformidad de opiniones... «negras nubes oscurecen el horizonte político:—como diria un periodista del dia—y no nos sorprenderá que de un momento á otro nos conmueva el estruendo de grandes trastornos hijos de la imprevision y del desconcierto que reina en las otras regiones, y la situacion se hunda de una manera fatal.»

Apenas concluyó su peroracion el gallardo hidalgo de Landrove, salió del corro murmurando :

--Perdone mi señor hermano, pero hago mas de lo que puedo por su vida, pues espongo demasiado la mia.

¿Quién era este hermano á qué se referia?

Atengámonos á los sucesos á fuer de inteligentes narradores.

Lo mismo fué salir del corro y murmurar como para sí aquellas palabras misteriosas, cuando el galan doncel de Landrove se sintió cogido por un gracioso pagecillo de doce años, que parecia esta en acecho de el.

— Señor hidalgo, el dijo el page al oido; una dama muy jóven que está enamorada



de vos, me encarga que os diga que esta noche, á las doce en punto, os espera cerca de la glorieta del jardín del castillo. Hallaos, pues, allí á esa hora paseando y que no os conozca nadie.

El hidalgo de Landrove prometió asistir ébrio de gozo, porque era mas galán que político.

Y así que el lindo pagecillo se desvió de él ligeramente, una dueña muy recatada le cogió de una mano.

— Hermoso hidalgo, mi señor—le dijo quedamente—una dama sumamente bella me envia á vos...

— Diablos—murmuró el hidalgo—pues ya son dos. Y ¿qué desea de mi esa bella señora? preguntó á la dueña alzando la voz.

— Que me sigais, pues os ama ardientemente...

— Y á donde he de seguiros?

— A su cámara.

— A su cámara—esclamó el hidalgo.

— Esta lo entiende mejor que la otra—murmuró para sí—Perdóneme otra vez mi señor hermano si en lugar de hablar de política voy á... hablar de amor con las bellas.—Adelante, dueña, que ya os sigo.

Y salió en efecto en pos de la dueña.

#### IV.

### Luz y tinieblas.

La dueña condujo cautelosamente al hidalgo de Landrove por muchas habitaciones del castillo de Alemparte, evitando lo posible el encuentro de las gentes de todas clases que discurrían por ellas incesantemente.

Cerca de la cámara que ocupaba en el castillo la condesa Iberia, Mesinda se detuvo, haciendo una seña al hidalgo para que á su vez se detuviera.

Luego Mesinda se adelantó hácia la puerta, tosió dos ó tres veces significativamente, y como no recibía contestacion de la condesa aplicó mas el oido á la mampara misteriosa que daba á su cámara, y oyó la voz del hidalgo de Hervecedo que murmuraba dentro sus característicos *casi casi*.

La dueña se volvió entonces para el doncel é hizo un mohín de disgusto como el que encuentra un obstáculo con que no contaba.

El gallardo doncel se dió á todos los

diablos creyendo perdida la aventura, y golpeó el suelo con el tacon de la bota de mal talante, demostrando gran impaciencia y enojo.

La dueña le mandó guardar el mayor silencio, y tosió otra vez mas significativamente.

En aquel mismo instante se oyó la voz seductora de la condesa que decia con una sonoridad impresionable:

—Bien... bien, mi buen Cristovo: sal... prepara todo como te mandé, y vuelve á la media noche, pues te esperaré con anhelo.

La media noche no estaba lejos, faltaria como una hora: y el hidalgo de Landrove hizo otro jesto endiablado como si desconfiara del buen éxito de su aventura.

Al mismo tiempo se abrió una puerta casi enfrente del hidalgo, y salió por ella el trovador del Allones recatándose con su larga capa.

Aquellas dos personas que se encontraron de frente no pudieron conocerse bien una á otra por la poca luz que salia de la cámara, pero á ambas pareció animarlas eléctricamente un mismo impulso de adversión.

Mesinda volvió á toser otra vez, ya con mas confianza.

—Adelante, Mesinda, adelante, balbuceó Iberia de Montrove.

Mesinda entonces llamó al hidalgo, le-

vantó una gran cortina que habia junto à ella à manera de *poitier* y lo empujó al fondo de la cámara.

La decoracion pareció deslumbrar al doncel.

En una cámara suntuosa, poéticamente alumbrada por una lámpara de plata que despedia una luz de oro muy limpia sobre los objetos, distinguió el busto mas encantador de mujer, voluptuosamente adormecida sobre los almohadones rosa de un camapé de la época.

Tenia Iberia una postura provocativa, sumamente interesante, recostada sobre un lado del asiento, con una mano en la mejilla, la otra estendida sobre la falda de seda de su rico trage recamado de argenteria; argenteria que brillaba mágicamente marcando los contornos de sus hechiceras formas...

Tenia Iberia un pie adorable, arabesca-mente calzado de terciopelo granate y oro, descansando de punta sobre un cojin verde-gay, y balanceaba perezosamente el otro mas arriba, cruzada de piernas con abandono delicioso...

Tenia Iberia en torno de sí un perfume y una luz especial, una aureola de frescura y suavidad, de hechizos y de encantos, que al detener en ella la vista parecia agrandarse su figura seductora, y *venir sobre el corazon de uno* con toda la magia arrebatadora de las idealizaciones palpitantes del adolescente...

El hidalgo de Landrove no habia visto jamás nada que se pareciera á aquello... que se pareciese á aquel conjunto inesplicable que se apoderaba de sus sentidos, que lo atraia y lo atraia, y que sin embargo no daba un paso hácia aquella mujer, enclavado en el fondo de la cámara por la emocion.

Era aquello una cosa no soñada, una cosa no idealizada siquiera... una cosa que siendo de este mundo no parecia pertenecer á él.

La impresion que sentia, nada tenia que ver con el cielo ni con la tierra, con Dios ni con los hombres... ni era pura ni impura... ni tenia su foco sensitivo en el cerebro ni en el corazon; la impresion que lo desvanecia la sentia en todo su organismo... animándolo, palpitando, corriendo como un fluido por todo su cuerpo semejante á la sangre que corria por todas sus venas.

—Acercaos mas, dijo Iberia á media voz.

El hidalgo de Landrove, se acercó maquinalmente.

Iberia le tendió la mano...

El hidalgo estrechó aquella mano con efusion, y al quererla llevar á sus labios, Iberia la retiró con viveza.

—Sentaos, señor hidalgo, balbuceó la condesa negligentemente.

El hidalgo se sentó cerca de ella, sin hablar nada aun... embriagado aun.,...

embriagado por mil y un misterios de amor y de voluptuosidad que no podía definir por el momento.

—Pareceis muy sorprendido de verme, murmuró Iberia, siempre á media voz. Yo os creía menos impresionable... os creía mas acostumbrado á aventuras de amor, siendo tan hermoso como sois.

Oh, señora...—contestó por fin el hidalgo de Landrove—ya sabeis que no es la primera vez que me deslumbra vuestra hermosura, que os he visto mil veces en el templo, en el jardin y aun esta misma mañana en el agimez... lo que me deslumbra, señora, lo que en este momento embarga mi sentimiento es... es... oh, señora, perdonadme! yo no puedo explicar lo que siento al verme solo... solo con vos en vuestra cámara! pero lo que sí sé deciros es que vos no os pareceis á mujer alguna de cuantas estreché entre mis brazos... pues hay en vos un encanto poderosísimo que fascina.

—Lisonjero!—murmuró la condesa dulcemente—á cuántas habreis dicho lo mismo que ahora me decís.

Y le puso una mano sobre el hombro cariñosamente.

Aquella mano, aquella voz, aquel perfume de Iberia de Montrove acabaron de trastornar al hidalgo, y como un hombre que el sol agovia con el fuego de sus rayes, inclinó la frente y bajó la vista, falto de respiracion.

Iberia que desconfiaba del espiritualismo de aquel doncel, no desconfió entonces, y parecía hallarse á su vez víctima de la fascinación amante que aquel sentia, pues separando la otra mano de la megilla é inclinando al mismo tiempo el cuerpo sobre él lo estrechó amorosamente contra su pecho y besó delirante su negramelena.

A esta estremada manifestacion de ternura pareció revivir el hidalgo de Landrove...

Levantó su abatida frente hasta la de la condesa... le echó á su vez las manos á la espalda la besó vivamente en la megilla.

Iberia se desvió rápidamente...

A este beso ardiente de amor que la dió el hidalgo, se hizo con viveza para atrás y lo repelió con fuerza y hasta con desprecio.

Su semblante cambió de súbito: en vez de la espresion dulcísima y amante que presentaba momentos antes, sus facciones respiraban toda la magestad de una reina ofendida, toda la altanería y el orgullo de la muger ultrajada.

El hidalgo retrocedió á su vez espantado.

¿Qué habia hecho él mas que entrar en la senda que le marcaban?

— Sois atrevido! — murmuró Iberia con despecho -- os amaba antes, pero ahora os desprecio.

— Oh, señora! ...

— Conque acabais de decir que os facis-

no, y sin mas ni mas me faltais al respeto!...

—Ah, señora, es que salgo ya de mi fascinacion y empiezo á *desear* como hombre... Os hablo con toda sinceridad: al entrar me deslumbrasteis, sin embargo de no ser vos la primera muger que he visto sola en una cámara; pero repuesto ya de mi fascinacion os abrazo y os beso como... como debe hacerlo el hijo de mi padre...

—Miserable,...

—Toma, os abrazo y os beso como el hombre que es buscado para tal...

—Infame...

—Infame, no. Preguntad á la dueña, señora, lo qué me dijo: «Una mujer enamorada de vos, desea veros en su cámara.» Esto qué quiere decir...? Y yo que nunca me paro en nada y sigo los impulsos de mi corazon en todo y por todo, se entiende con las damas, os veo, me gustais, me llamais, me besais y yo os beso. Qué hay en todo esto que os asombre?

—Consideraciones que deben respetarse.

—Decidlas.

—Soy casada.

—Y bien?..

—Y que si al veros he sentido grandes simpatias y estas simpatias han puesto por un momento una venda en mis ojos, hasta el punto de daros una cita en mi misma cámara, la razon recobra en mi su



imperio y me obliga á teneros á raya.

—A mí tenerme á raya! ¡Oh! señora. vos no me conocéis; y por el cielo, que no sé lo que quiere decir eso de tenerme á raya; porque yo solo amo á la muger bajo un punto de vista, pues no sé que pueda considerársele de otro modo.

—Es decir que para vos el amor no es mas que una costumbre, una necesidad animal que es preciso satisfacer, como cuando hay sed beber un vaso de agua!

—Ni mas ni menos, señora.

—Eso es horrible! yo creia ver en vos un caballero y encuentro un villano; esta conviccion me obliga á despreciaros mas y mas.

—*Desprecio* vuestro *desprecio*, señora, porque vos me amarais mas que á vos misma.

La condesa lo miró con terror como si lo considerara peligroso... Despues se sonrió con lástima.

—Yo... amaros... á vos... tartamudeó sarcásticamente. Amaros á vos que habeis muerto el único germen de amor que empezaba á manifestarse en mi alma, al confundirme miserablemente con las demas damas que hayais tratado... Amaros á vos... á vos que solo os pagais de placeres materiales, sin comprender que pueden existir otros goces mas celestiales...! Oh! compadezco vuestras ilusiones!

El hidalgo de Landrove, amante materialista como él solo, é incapaz de cono-

cer el carácter especial de la condesa, creyó que ésta no sentía nada de lo que decía, y que todo aquello no pasaria de un juego de palabras mas ó menos interesantes con que todas sus víctimas acostumbraban á encubrir su debilidad,

En esta persuacion se acercó mas y mas á Iberia.

—Vamos, señora mia:—le dijo afectuosamente—no gastemos neciamente un tiempo tan preciso... Ya se que valeis mucho... mucho y mucho; pero mas mérito tendrias para mi si costarais menos tiempo; es decir, si fuerais mas amable.

Iberia no contestó nada, y miró á otra parte indolentemente. El hidalgo prosiguió.

—Las mujeres que he querido mas en mi vida son las que menos resistencia han demostrado. Tambien es verdad que fueron las que realmente me amaron, pues cuando se ama se sucumbe, sino no comprendo el amor.

Iberia seguia indolente á estas pláticas del hidalgo; y empezaba á hacérsele insufrible.

El hidalgo se acercó aun mas á ella y prosiguió calaverescamente:

—Las mujeres que mas desvelos me costaron son las que mas desprecié luego pues ni aun el recuerdo de ellas me quedó. Su posesion no compensó las penalidades que me hacian sufrir y por lo mismo no dejaron en mi alma recuerdo alguno agrada-

ble. Vos pareceis animada de igual intencion que ellas, señora, pues sofocando en vuestro pecho la poderosa voz de la naturaleza que pegaba vuestros labios sobre mis cabellos, retrocedisteis de pronto como arrepentida y me dais con el pié despues de haber encendido en mi pecho deseos... deseos que no satisfechos son la muerte.—Bien, señora; seguid en hora buena indiferente á mis ansiedades, ansiedades que vos engendrasteis en mi corazon; yo seguiré mi camino, ahogaré á mi vez en el pecho el amor que me habeis inspirado, y trataré de olvidarme de vos, al pensar amorosamente en otras...

A estas últimas palabras del hidalgo, Iberia se acordó de Inda... del amor de Inda á aquel doncel, y se estremeció.

El hidalgo se inclinaba ya para salir...

La condesa levantó mas y mas el pié que balanceaba voluptuosamente sobre el otro... pareció fatigarse de calor y descubrió el tocado que adornaba su garganta y hasta parte de su pecho.

El hidalgo se detuvo ante aquella nueva escitacion.

Avanzó, unos pasos mas hasta la condesa, deslumbrado por los nuevos encantos de aquella Frigga (luz y tinieblas), y la cogió una mano tembloroso.

La condesa parecia indiferente á aquella demostracion de ternura.

El hidalgo estrechó mas y mas aquella mano entre las suyas, y cada suspiro que

exhalaba contemplando á la condesa con deleite, ablandaria á otra mujer mas sensible.

Aquella parecia gozarse en el tormento de aquel hombre: al contrario de las demas bellezas que gozan con el goce de su amor, diríase que ella se deleitaba con el martirio de su amante, pues la respiracion del hidalgo, que marcaba el hondo martirio que padecia, estasiaba á la condesa y le comunicaba un goce inefable como el que hemos indicado en el cuadro segundo de esta parte al presentarla sola en su camapé, *soñando* con el mismo doncel que ahora tenia á sus plantas.

El hidalgo de Landrove continuó estrechando con pasion aquella mano... De repente se armó de todo su valor resuelto á otro rompimiento, y la besó.

Pero ¿qué organizacion, qué carácter era el de aquella mujer, pues parecia insensible á este contacto abrasador, permaneciendo con los ojos clavados en el techo?

El hidalgo avanzó mas en sus confianzas... puso una de sus ardientes manos sobre los redondos hombros de la condesa... acercó los labios á su rostro y volvió á besarla otra vez con frenesí.

La condesa pareció despertar de su éxtasis en aquel instante y lo rechazó, pero con suavidad.

El hidalgo se sentó á sus piés... tré-

mulo, abrasado de deseos, y la condesa le abandonó una de sus manos.

—Y bien;—le dijo con una voz muy apagada y sumamente melosa—¿por qué no os habíais de contentar con esta sola felicidad...?

—Cuál, señora... cuál?

—La de estar así... solos... con las manos estrechadas...

—Y nada mas...?

—Y qué mas, pues, mi querido hidalgo, que no infame la honra de mi raza?

—Oh! señora, señora... exclamó el hidalgo impetuosamente: qué tengo yo con honras ni con razas! Para mí no hay nada en el universo sino Dios en el cielo y vos en la tierra: para él las fruiciones de mi espíritu: para vos las de mi cuerpo... Sed mia en nombre de ese Dios!!

Y la tendió los brazos delirante.

Iberia lo rechazó otra vez con la fuerza de un hombre, sin cambiar de sitio ni de postura, y el doncel quedó lejos de ella solo, en el medio de la cámara.

Por el pronto creyó volverse loco... la sangre corria por sus venas como raudales de fuego... queria mirar y no veia; porque los ojos se le velaban... queria hablar y no podia, porque la lengua se le pegaba á la boca: los oidos le zumbaban como si los espíritus malignos murmuraran invisiblemente su derrota... el infierno lo abrasaba, lo secaba de deseos... la fuente estendia sus ondas limpias y bri-

llantes á un paso de él, y sin embargo, él no podia saciar su sed devoradora en aquellos hermosos cristales!

— Por Dios!! por Dios!! -esclamó cayendo de rodillas.

Iberia miró silenciosamente para el cielo de la cámara sonriendo de placer..... de estasis..... de emocion..... oh, Dios, como esplicarnos!...

El hidalgo no suplicó mas, se levantó y dijo:

— Señora; nadie me ha hecho sentir en el mundo como vos... me revivis y me matais á la vez... pero esto es superior á mis fuerzas. De continuar así no tardaria en volverme loco. Adios... adios, señora!

A este adios, á esta despedida pronunciada con la resolución que inspira una lucha desesperada, Iberia hizo un movimiento aun mas voluptuoso... y desnudó mas y mas su pecho como si le ahogaran las telas de su tocado.

El abrasado doncel cerrò los ojos como deslumbrado y se llegó á la puerta para salir, pero al ir á levantar las colgaduras interpuestas entre la mámpara, volvió á mirar á aquella engañadora sirena con una fuerza de atraccion tan poderosa que en vano podia contrarestar.

Iberia continuaba en la misma actitud, en una especie de *dolce farniente* tan sumamente lujurioso que el hidalgo retrocedió otra vez hasta junto á ella, cayendo á

sus piés mas bien que sentándose sobre el cogin.

La condesa le abandonó otra vez una de sus manos.

El doncel hizo un esfuerzo para no apoderarse de ella, pero no pudo.

La cogió, la devoró á besos... y cada uno que daba lejos de amortiguar la fiebre que le poseía, la desarrollaba mas.

Hubo un instante en que no supo si blasfemar ó llorar: sentia una existencia nueva de sensibilidad y de contractibilidad, como diria un fisiólogo, cuya tension parecia que iba á aniquilarlo enteramente.

Aquel abandono y aquella resistencia á la vez de la condesa, era la vida y la muerte para él, produciéndolo una sobreexcitacion calénturienta,

—¡Oh! señora, señora!-esclamó-jamás he visto belleza que haya hecho en mi alma mas impresion que vos, no solo con los encantos de vuestro cuerpo en estremo encantador, sino con las contrariedades de vuestro sentimiento, pues tan prontó os mostrais altiva, orgullosa y fiera cual no he visto dama alguna, como tierna amable y apasionada cual la mas voluptuosa mora aprisionada noche y dia en una cámara ricamente decorada para la vida del deleite.

Oh! señora! el hombre que os habla jamàs ha sentido como ahora siente... jamàs ha vibrado su organismo anhelante de

deseos como lo siente vibrar en estos momentos!... Y si supiérais quién es este hombre, mas y mas seria vuestro triunfo... mas y mas gozaríais, porque cuanto mas poderoso es el vencido mas gloria refluje en el vencedor....

La condesa se incorporó vivamente á estas palabras....

—Pues qué--dijo--no sois un pobre hidalgo de las montañas de Orol?

El doncel inclinó la frente, evitando la fuerza de espresion de Iberia de Montrove, y no contestó, guardando un silencio interesante.

—Hablad..., hablad!--gritó ella levantándose del camapé y cruzándose de brazos en medio de la cámara con una actitud varonil que la hacia mas y mas adorable.

El doncel no pudo guardar silencio por mas tiempo, y dijo:

—Soy en efecto un pobre hidalgo de las montañas de Orol....

Y recalcó estas palabras.

—Pero... aunque pobre en bienes de fortuna, Dios, señora, me hizo el hidalgo mas rico en *bienes de amor*.... pues no he visto dama de la condicion que quiera que no haya hecho conmigo lo que vos habeis hecho, citarme á su cámara.

—No dudo de lo que decís, hidalgo;--dijo la condesa,--porque cuanto mas os reparo, mas peligroso os encuentro, mas seductor,....



Y volvió á sentarse en el camapé, como si se desvanecieran los temores que concibiera.

—Gracias, señora, pero las damas que me han citado á su cámara á media noche no fué la cita engañosa y cruel de la hiena que halaga para devorar: fué la cita amante de la paloma que cubre con sus alas los suspiros deliciosos de la mayor de las dichas.

La condesa hizo un gesto de desprecio.

—Esas damas eran bien locas, señor hidalgo:--dijo--porque quisieron empezar por donde se concluye.

—Efectivamente, señora; para mí se concluye por eso: para mí la *posesion mata el amor*.

—Y como eso tambien me pasa á mí, señor hidalgo;—como para mí, así como para vos, la felicidad consiste en *desear* y no en *poseer*, por eso, por eso sufro y gozo á la vez con vos, tanto como sufris y gozais conmigo.

—Oh!—bramó el hidalgo como si sintiera una punzada en su corazon sois, señora, la única mujer que me ha comprendido; la única capaz de esclavizar al que todo lo esclavizó... pues en aventuras amorosas quizá no haya una historia mas feliz, mas fecunda que la mia.

—Pues poca celebridad teneis... porque confieso que no sabia que existiera tal hidalgo de Landrove en el mundo hasta que os ví en el castillo de Alemparte. He

oído hablar mucho de las aventuras amorosas de Vitila Dorna...

El hidalgo pareció estremecerse á este nombre.

La condesa prosiguió:

—Pero de vos... nunca: jamás oí referir aventura alguna interesante como las de aquel doncel que, aunque no lo conozco personalmente, sí lo conozco mucho por sus celebridades amorosas. Segun dicen es encantador el tal Vitila Dorna.

El hidalgo clavó sus ojos en la condesa con espresion.

La condesa continuó:

—Dicen que es en extremo donoso para las damas...

—Sí... sí... murmuró el hidalgo con agitacion.

—Que su voz es sumamente dulce y persuasiva...

—Sí... sí...

—Que tendrá unos ojos tan azules y tan seductores... como los vuestros...

—Sí... sí... señora.

—Maneras mas delicadas...

—Sí... sí...

—Solo que asi como vos teneis los cabellos negros, muy negros, él los tiene... rojos, *rojos como un Dorna*, ¿no es cierto?

—Sí... sí...

—Luego vos le conoceis?

El hidalgo de Landrove se sobresaltó á esta pregunta, y balbuceó:

—Sí... le he visto algunas veces en Orense, señora.

—Sin embargo de ser tan feliz en sus aventuras, una dama, bella y delicada, resistió sus seducciones, según dicen.

—Cuál, señora? Desde luego os aseguro que ninguna.

—Ninguna! Cómo...! acaso que Eugea Horban de Sandiães se halló alguna vez en los brazos de Vitila Dorna.

—Oh!... no...! Teneis razon, señora, solo esa... solo el Angel de la muerte fué la única que no amó á Vitila Dorna.

—Y ya que tambien enterado estais de las aventuras de ese doncel tan feliz con las damas, ¿cómo Vitila Dorna sufrió ese descalabro impasiblemente?

—Ah, señora! Vitila Dorna ama á su hermano mayor mas que á sí mismo...

—Lo sé.

—Y amándolo mas que á sí mismo renunció á su venganza, pues el conde de la Límia-Alta está loco de amor por el Angel de la muerte.

—Tambien lo sé.

—Además: las bellezas estremadamente delicadas como Eugea Horban de Sandiães, jamás realizan el ideal de hombres que sientan como Vitila Dorna, de hombres que quieran vivir tan solo para los placeres materiales.

—Comprendo.

—¿Cuán distinta impresion, señora, le haria á Vitila Dorna vuestra resistencia,

si se hallara en mi lugar, que la que le hizo la del Angel de la muerte!

—Es decir... que hay diferencia entre ambas?

—Ah, señora! la diferencia que hay entre el sueño y la realidad. Eugea Horban, señora, es una mujer que *se ve*; vos una mujer que *se siente*. Eugea Horban, en fin, es un Angel desprendido del retablo de una catedral suntuosa: vos Eva..... Eva en el Paraíso.... Eva seduciendo los sentidos con toda la fuerza de seducción que le dió la naturaleza en sus formas frescas, palpitantes, divinas!

La condesa, como sojuzgada por las palabras del hidalgo de Landrove, inclinó la cabeza sobre él y le besó en la frente.

A este beso de amor el hidalgo quiso incorporarse, tendiendo los brazos hacia la condesa... pero esta volvió de repente á dominarlo, sujetándole otra vez á sus piés.

—Ahí... por siempre ahí—le dijo.

—Por siempre!

—Por siempre, mientras no me ameís sin deseos... locos.

—Oh! pues entonces, señora... mas vale morir; porque vos, vos jamas inspirareís mas que esos deseos, esas ansiedades que solo pueden comprender los que viven *en la naturaleza*, no en la region del pensamiento, en la region del cálculo, como vos.

—Y si yo hiciera con vos ese milagro?

—Imposible!

—Lo veremos, pues, señor hidalgo. Pero ¿qué flores son esas que traeis en vuestra escarcela?

Y al decir esto la condesa designaba el ramillete de Inda, que el hidalgo de Landrove llevaba en la escarcela.

—Ay, señora, ¿no os acordais? Son las flores de esta mañana.

—De esta mañana...!

—Sí... las flores que me arrojó la hija del conde de Alemparte.

—Y venís á verme con ellas...!

—Yo no sabia que fuérais vos quien me citara: creia que fuera ella, y por eso...

—Oh; Dios! y por eso las traíais...!

—Por eso.

—Y sabiendo ya que no era ella, ¿cómo no las arrojásteis á mis piés?...!

—A vuestros piés, señora!

—A mis piés, hidalgo. ¿No decís que me amais? Pues eso... eso me hubiera hecho ser mas amable con vos de lo que fuí.

—Aun estamos á tiempo... tomadlas.

Y el hidalgo le presentó el ramillete.

Iberia lo recogió y lo arrojó con indolencia debajo del camapé.

—Qué haceis, señora?

—Lo que debo, hidalgo; colocar ese ramillete que os dió otra dama en el pues to que debe ocupar en mi cámara.

—Y mi recompensa?

—Por qué he de recompensaros, por esa galantería que habeis usado á escitacion mia?

—Sí.

—Tomad la recompensa.

Y le señaló la puerta de la cámara para que se fuese.

—Os burlais! -- gritó el hidalgo sofocado por la emocion del insulto.

—No; al señalaros la puerta de mi cámara para que os vayais sin demora, os salvo.

—Cómo!

—Sí, porque es media noche, y á esta hora entrará aquí el conde mi señor.

—Ocultadme...

Iberia le mirò con desprecio.

Esta mirada de aquella mujer, en circunstancias tan precisas, anonadó mas al hidalgo que mil y mil recriminaciones.

Aquella mirada, de una fuerza irresistible de dominio, le hizo bajar la vista desalentado, y levantándose del cogin en que se hallaba

—Adios, pues, señora; -- dijo el doncel trémulo por la impresion.

Iberia no contestó...

Sus piés permanecieron inmóviles. .

Solo sus manos corrieron sobre su garganta encantadora las brillantes telas de su tocado.

El hidalgo crispó los puños con movimientos convulsivos.

—Nada me decís, señora -- tartamudeó --

¿no me decis cuándo he de volver á veros?

— Os avisaré por la misma dueña. - dijo la condesa secamente.

El hidalgo salió aburrido, abochornado, loco.

Al trasponer la puerta de la cámara, cuando sus pasos dejaron de percibirse en la galería, Iberia se levantó con la vivacidad del tigre, cogió el ramo de flores, lo contempló con un gozo extraordinario, é hizo una seña especial con las palmas de las manos para que entrase alguna persona.

Hu*vi*érase dicho que su cita al hidalgo de Landrove, no habia tenido otro objeto que el de hacerse dueña de aquel ramo de olorosas flores, que le arrojara Inda por la mañana.

## V.

### Scabellus suffer.

El hidalgo de Landrove seguia el corredor que atravesaba las altas cámaras del castillo de Alemparte, dominado por las emociones palpitantes de aquella entrevista tan fatal que acababa de tener con la condesa de Montrove.

Era tal su desaliento, que iba murmurando á media voz mil imprecaciones contra aquella hermosura sin igual en carácter, que tan pronto atraia à uno con todos los poderosos encantos de la seducción, como lo rechazaba con toda la altivez de la virtud mas austera.

Una vez en el patio de armas del castillo, el buen hidalgo se dirigió á la puerta de los jardines; pero la puerta estaba cerrada.

Esta contrariedad con que no contaba le hizo fruncir el ceño, y taconear sobre los



guijarros del patio como un caballo indómito, según costumbre cuando encontraba algún imposible.

En aquel momento dieron las doce.

—Diablo,—murmuró—si será esto un castigo del cielo por no continuar hablando en el salón en favor de mi señor hermano! Ya se vé; este temperamento que tengo, dá al traste con los mejores proyectos políticos del mundo, pues en cuanto me hablan de una muger... zás! adios tronos, y reinos, y nacionalidades, ya no pienso mas que en ella...! Si yo pudiera corregirme de este vicio que lo tengo en la masa de la sangre! Intentémoslo: volvámonos al salón....

Pero al volverse para llevar adelante su propósito, se encontró de manos á boca con el lindo pagecillo.

—Oh, señor hidalgo!—le dijo—sois puntual en aparecer en el altar.... del amor, como el Abad del castillo en el altar de Dios al sonar el tercer toque de la campana que llama á misa....

—Es que.... me has dicho que me hallase á las doce en los jardines, y ya ves, cómo habia de pasar si la puerta estaba cerrada?

—Y quién vive sin una llave de un jardín; señor hidalgo, en estos tiempos que corren!

—Toma....! el que no es dueño de él.

—Qué, señor hidalgo; los hombres tan hermosos como vos son dueños de todos

los jardines del mundo. Además de que yo, contando ya con vuestra poca prevision en buscaros una llave, mirad como dejé la puerta....

Y la empujó, para demostrar que estaba solo entornada.

—Ah! exclamó el hidalgo sintiéndose mas niño que el que le hablaba:—pues sino apareces tan à tiempo yo iba à marcharme ya.

—Eso es.... y hubiérais quedado por un hidalgo poco galante!—palmoteó el pagecillo—y qué mas no hubiera dicho mi celestial señora, que os espera ya en una glorieta hace un cuarto de hora!

—Me espera...!

—Si seguidme y la vereis...!

A estas palabras el hidalgo volvió à sentir todos los trasportes *lividrosos* que le aniquilaran momentos antes, hallándose con la condesa de los brigantinos en su cámara: volvió à enardecerse con el atractivo de una conquista mas positiva...

Entró en los jardines, siguiendo al pagecillo que le precedia recatadamente por entre los árboles que crecian en él, y no cesaba de mirar con avidez en busca de la encantadora glorieta ó cenador, fresco *oasis* para templar el ardor que lo consumia.

Formaba el terreno un declive hácia aquella parte que iba à morir hasta las aguas del Oitaven, límite de los jardines, por aquel lado; y en frente, y á los rayos pla-

teados de la luna se elevaban las montañas de Tielas y Verducido, que se destacaban claramente sobre el fondo violado del horizonte, dibujando sus curvas y sus líneas quebradizas con entonación, como si aquella orladura dentada se esculpiese artísticamente en el espacio con formas movibles, gigantescas é indeterminables.

De repente desvióse el pagecillo de la senda enarenada que seguía, como si la claridad de la luna los denunciase á los que pudieran verlos desde las ventanas del castillo, y se dirigió por entre las flores hollándolas á roso y belloso.

El hidalgo lo siguió por el nuevo camino.

—Diablo, volvió á murmurar; verdaderamente que esta cita se anuncia de una manera mas peregrina y mas feliz que la otra: no hago mas que pisar rosas á diestro y siniestro! ya se vé... para llegar al cielo del amor, preciso es hollar antes una alfombra de flores! Esto es encantador, altamente encantador.

A las pocas vueltas y revueltas, el pagecillo se detuvo.

—Ahora, dijo, yo me retiro.

—Pues?...

—No veis, señor hidalgo...?

—Qué...?

—Ese cenador...

—Y ahí... ahí está...?

—Si señor hidalgo... ahí, ahí está la juventud, la gracia, la belleza, el amor...

y todo, personificado en una linda dama de quince años.

Y dando una vuelta gimnástica el pagecillo, desapareció de junto al doncel, talarando un aire de amor, aprendido al trovador de Allones.

El doncel se sintió allí como enclavado. Luego, recobrando su serenidad habitual, su temeridad característica, avanzó unos cuantos pasos hasta la giorieta.

Era noche de luna, una noche clara, serena, deliciosa.

El hidalgo vaciló ante el espectáculo que se ofreció á sus ojos.

Dentro del cenador, sola y sentada en un banco de cespced con respaldo de miraveles, yacia una dama jóven, al parecer, pero velada su fisonomia con un cenadal espeso de tul, de modo que no se podian distinguir sus facciones.

—Muger que se tapa, murmuró el doncel, debe ser muy fea, porque la muger no es otra cosa que la cara, entre gente que lo entiende.

Y esta desconfianza que le asaltó, le hizo permanecer indeciso por algunos momentos.

Sin embargo... el ámbar de las flores olorosas que descollaban en torno del cenador... la plácida quietud de la noche... la poética claridad de la luna derramándose como un resplandor fantástico de la luz del Paraiso... las notas argentinas del Oitaven, reventando sus ondas de cris-

tal entre los musgosos peñascos de su cauce cubierto de lilas y de sauces... tanta soledad y tanto amor... tanto encanto y tanto misterio... y sobre todo las contrariedades que acababa de sufrir en la cámara de la condesa Iberia, hicieron que el hidalgo recobrase su arrojo peculiar en aventuras amorosas, y se acercase resueltamente á la encubierta dama saludándola con naturalidad y sentándose á su lado con desenvoltura caballeresca.

—Señora-le preguntó no tendré el honor de saber quien sois, ya que tanto tengo que agradeceros?

La dama empezó á reirse locamente.

—Y ¿para qué deseais saber quien soy? Para qué necesitais saber como me llamo?

Y al contestar esto, su voz era fresca y metálica, vibrante de sentimiento y de deleite.

—Vamos murmuró el hidalgo por de pronto ya he ganado algo: ya sé que sois jóven, pues vuestra voz no es de vieja.

—Oh! con que... segun eso...dijo la dama-acentuando sus palabras con otra hilari-  
dad deliciosa-con que... segun eso temiais que yo fuera una vieja!

--Ya veis... eso seria una certidumbre cruel, y todo se puede esperar de quien se encubre como vos os encubris.

--Razones de delicadeza... mi marido... tartamudeó la dama conteniendo otra carcajada, como una persona que goza es-

traordinariamente en guardar un incógnito interesante.

—Ola!... es decir que sois casada...!-- esclamo el hidalgo de Landrove sonriendo á su vez, como si esto fuera una recomendacion para él.

--Sí.. soy casada...--contestó la dama —y esto mismo justificará el que no pueda ni descubriros mi rostro, ni revelaros mi nombre. .

--Pues... y entonces?

--Entonces... qué, señor hidalgo...? Qué os importa ni mi rostro ni mi nombre?

--Pues no me ha de importar, señora mia! Sin ver vuestro rostro, que debe ser angelical, mi dicha será incompleta.

--Qué importa el rostro, hidalgo?... Básteos saber que soy jóven, pues mi voz lo demuestra, segun habeis dicho...

El hidalgo de Landrove volvió á figurarse que, aunque jóven, aquella dama podia ser fea, y empezó á mirarla con prevencion.

La dama volvió á reirse estrepitosamente de aquella duda que se revelaba en la turbacion del doncel.

—Básteos saber--prosiguió con una coqueteria singular--que tengo unas manos bellísimas.

Y se las enseñó al hidalgo.

El hidalgo las cogió, las miró á la luz de la luna, y vió que eran verdaderamente unas manos aristocráticas, pequeñas, blancas y suaves como el raso.

—Básteos saber—prosiguió aquella especie de hada—que mis formas de muger si no os arrebatan á vos, arrebatarian... á un abad, por muy santo que fuera.

Y enterándose, casi tocando con sus pechos los labios caldeados del hidalgo, mostró, sin correr el velo, unos hombros redondos y voluptuosos como debieron ser los de Hebe, esa creacion deleitable de las fantasías griegas...

El hidalgo pulsó aquellos hombros por encima del velo, y sintió palpitar sus frescas carnes bajo la presion de sus manos... y toda la fuerza de su sensualidad amortiguada desde su salida de la cámara de la condesa Iberia, pareció renacer de nuevo ante aquellas formas encantadoras de la dama encubierta, ahogándolo, haciéndole exalar un aliento de fuego.

—Oh!—murmuró para sí—esta me vengaré de aquella.

Y la tendió los brazos.

Pero la dama lo rechazó quedamente.

—Esperad—dijo con dulzura y sin desprenderse de sus brazos—dejadme continuar... para que nuestra dicha no sea incompleta, aunque no sepais quien soy, básteos saber que soy casada...

—Sí...! sí...!—esclamó el hidalgo atrayéndola hácia sí.

—Para vos eso es una dicha, ¿no es verdad?

—Sí..! sí...! azul del mismo cielo, rayo del mismo sol... vida de mi vida..

—Y tanto lo demostrais así, cuanto que, según observé esta mañana desde una de las ventanas del castillo, una dama joven y soltera os arrojó un ramo de flores, y como era soltera, vos no traéis en la mano aquel bonito ramillete, apreciándolo como merecía ser apreciado.

—Qué diablo... Y para qué lo había de traer siempre conmigo?

—Figuraos que en vez de ser yo casada, fuera una soltera, esa misma, por ejemplo...

El hidalgo se sintió turbado á estas palabras... una de sus manos empezaba á seguir un camino harto licencioso, y se detuvo por la impresion que le hicieron.

Se quedó, pues, inmóvil y callado.

--Como eso no había de suceder!--esclamó por fin.

—El qué?...

—El que la Borborina me citara aquí, y fuérais vos...

La dama pareció estremecerse.

--Por qué!--murmuró débilmente.

--Porque es soltera, y porque siendo soltera sus amores con ella no pasarían de un juego de palabras y de suspiros mas ó menos encantador, al paso que con una casada....

—Y por qué... siendo soltera, no pudiera hacer lo que una casada...?

—Diablo...! porque así no había á quien echar la carga...

—Pero no infamaria á nadie... no se in-



famaria mas que á sí misma, si eso es infamia.

—Bien... pero... las solteras... las solteras no saben lo que las casadas.

—Pudieran algunas haberse anticipado, señor hidalgo, y saberlo...

—Entonces... les esperaria la suerte de Alba del Couso de Celme, señora mia.

—Tambien las casadas que faltan á sus maridos pueden tener el fin infortunado de Geloira de Viezma...

El doncel tembló visiblemente.

—No sabeis esa historia, hidalgo de Landrove?

El doncel volvió á temblar mas y mas.

—No... murmuró débilmente.

—Pues es horrible!

El doncel calló; permanecia mudo é inmóvil como una estatua.

—Ya se vé, prosiguió la dama encubierta; como vos habeis nacido en las costas del Norte, y esto pasó en Monterrey, no estraño ya que no lo sepais. Os voy á contar esa historia, hidalgo.

El hidalgo hubiera deseado decir que no; pero casi se sentia sin fuerzas para murmurar esta negativa.

La dama continuó vivamente, con una vivacidad de conversacion tan interesante y pintoresca, que sentimos no poder dar una idea de ella en nuestros trabajos.

—Geloira de Viezma era bella, sensible y virtuosa; y casada con Eiriz de Ulloa, primogénito del difunto conde de Monter-

rey, hacía la felicidad del caballero con sus encantadores atractivos.

El hidalgo se estremeció á cada una de estas palabras, como si fueran reminiscencias aterradoras de algun crimen espantoso, en que él habia jugado un principal papel.

La encubierta dama continuó:

—En el castillo de Monterrey, residian, pues, dos hermosuras: una Geloira y otra Estrella, la hija del conde, jóven de quince à veinte años, y no menos bella. Los Dornas, cazadores de mujeres hermosas, como otros cazadores de fieras, descubrieron aquellas piezas en su madriguera y dispusieron la batida. Como los Dornas eran tres, y ellas nada mas que dos, el mayor de los Dornas, don Froila, señaló por su víctima á Estrella; Vitila el menor...

Al llegar aquí la dama, los ojos del hidalgo de Landrove brillaron siniestramente en el ámbito del cenador, cerrándolos luego como si le deslumbrara un rayo.

La dama prosiguió:

—Vitila, el menor, apuntó á Geloira por su víctima, y Senracino, el segundo de los tres, no encontrando nada para él en aquella guarida de robustos murallones que se levanta sobre la aislada altura del valle que riega el Tamaga, se contentó con coadyuvar á la empresa, reservándose los despojos...

—Ya... ya recuerdo esa historia... bal-

buceó por fin el hidalgo de Landrove; me la contó en el valle de Lorenzana un monje que habia residido algun tiempo en el monasterio de Monterrey. Podeis suspender vuestra relacion, señora mia...

—Y si á vos os la contaron diferentemente, señor hidalgo!

—No... no... porque á mi...

Y se quedó perplejo, como si no encontrara una idea que justificara sus afirmaciones.

—Porque... ¡á vos, qué?..

—A mí, señora mia, no me podia engañar el que recibió la confesion de una de las víctimas...

—Quién sabe...! los monjes engañan algunas veces, para huir de los importunos que les obligan á hacer traicion á su ministerio... Oid, y juzgareis...

Y la dama se sonrió como una niña caprichosa.

—Pero... creo que no he venido aqui á oir historias pavorosas, señora mia; creo que he venido...

—A ponerlos á mis piés, y por consiguiente á mi disposicion. Y estando á mi disposicion, y queriendo yo contaros esa historia para ver si difiere en algo de la que á vos os contaron respecto al mismo hecho, no teneis mas remedio que obedecer é inclinaros ante la fatalidad de vuestra suerte.

—Lo haré asi, pero con una condicion.

—Condiciones...!

Y la encubierta se rió mas locamente.

—Condiciones! á una dama que os cuenta una historia horrorosa, con la sonrisa en los labios! Condiciones! á una dama á quien llamais señora vuestra! Bueno, no quiero ser tirana con vos; sepamos esas condiciones.

—Se reducen, señora de mi alma, á oiros esa historia, pero en concluyendo... sereis mia, lo ois? mia, sin recharzarme en nada y para nada.

—¡Quién lo duda! exclamó la tapada con un aplomo singular; seré vuestra, enteramente vuestra, como vos lo sois mio, enteramente mio, antes...

—Bien, tartamudeó el hidalgo, y añadió para sí: cuando tan poca resistencia opone, por fuerza es fea, ó es alguna camarista, ó alguna hidalgüela de gotera. Esto no me gusta, y la historia menos, porque siento algo que me trastorna al oirla... Por otra parte... sus manos... su voz... sus formas... oh!

Todos estos pensamientos se sucedieron con rapidez en la mente del hidalgo, mientras la encubierta reia á mas y mejor como si gozara con sus contrariedades.

La dama continuó su historia:

—Los Dornas salieron, pues, de Aldapena en son de caza, y fijaron en Monterrey su campo. El anciano conde del castillo, partidario del pensamiento político del mayor de los Dornas, los recibió como quien recibiera á un verdadero rey. El rico-home les franqueó su casa y gozaba

viéndolos gozosos, y su primogénito, que padecía de una enfermedad parecida al idiotismo cuando bebía algunos licores fuertes, no gozaba menos satisfacción que su padre, viendo cuánto los Dornas se divertían en Monterrey con las fiestas que inventaban, sin sospechar, tanto el padre como el hijo, que al abrir las puertas del castillo para los Dornas las abrían para la desgracia.—A los pocos días don Froila había empañado la luz virginal de Estrella de Ulloa, y solo faltaba hollar la virtud de Geloira de Viezma, que se resistía tenazmente á las galanterías licenciosas é hipócritas de Vitila, porque habeis de saber que, según me dijeron, el tal Vitila era el mismo diablo para las damas. Se fingía cordero para devorar como un lobo...

El hidalgo hizo un movimiento de disgusto, como si aquellas palabras penetraran directamente en su pecho, definiendo de un rasgo su carácter malévolo.

La dama continuó:

—Don Froila y Sennacino, sus dignos hermanos, le afrentaban continuamente con el mal éxito que tenían sus maquinaciones, y él aplazó su conquista para una noche jada. Llegó aquella noche, y se compuso de tal modo con el primogénito de Monterrey, esposo de Geloira, que después de cenar apostaron los dos á quién era capaz de beber más vino de Valdeorras. Froila fué el padrino de Vitila, y

Senracino de Eiriz de Ulloa.—Empezaron, pues, á beber los dos caballeros, y el desafío se decidió en favor de Vitila, que no habia bebido la mitad que Eiriz, usando de una de sus diabólicas estratagemas para engañarlo.—Cuando Vitila vió á Eiriz casi sin conocimiento, salió del salon y se deslizó como una serpiente hasta la cámara de Geloira.—Eran ya las dos de la mañana, y la dama llevaba mas de tres horas de sueño... Vitila penetró en su cámara... se desnudó... se acostó... adoptando el mismo modo de hablar de Eiriz .. y Geloira, en sus sueños, no distinguió al marido del infame que la perdía.—Al poco tiempo Vitila volvió al salon, y mientras Froila conversaba con Eiriz, que apenas podia hablar, arrastró consigo á Senracino, y llevándolo á la cámara de Geloira .. instaló á su hermano en el lecho nupcial, profanándolo por segunda vez, pues la dama no se sorprendia de nada, porque siempre encontraba á su lado el metal de voz de Eiriz.—Vitila y Senracino volvieron al salon... y como esto no suponía nada para los Dornas si no concluía de una manera borrascosa... Vitila llevó á un criado suyo á la cámara de Geloira... obligándole á hacer lo mismo que acabaran de hacer los dos hermanos.—Vitila vuelve en seguida al salon, toma una luz, arrastra en pos desí á Eiriz y á sus hermanos, y todos penetran en la cámara de Geloira.—Geloira da un grito de horror al ver el

hombre que tenia á su lado... los Dornas rien estrepitosamente de la escena... Eiriz se lanza daga en mano sobre el criado, y lo asesina.—Los Dornas se rien aun mas estrepitosamente... Eiriz se lanza sobre su esposa, y la asesina bárbaramente.—Los Dornas rieu aun mas semejando un coro de demonios... Eiriz abre el balcon... arroja uno en pos de otro el cadáver del criado y de su esposa, cual si creyera que lanzaba por allí la deshonra de su raza... Los Dornas no cesaban de reir... sus carcajadas parecian abochornar mas y mas al aturrido Eiriz de Ulloa, y Eiriz de Ulloa se arroja por el balcon tras de sus víctimas, quedando despedazado como ellos entre los muros de un jardin que habia al pié (1).

Al concluir la tapada su relacion, puso una de sus lindas manos sobre los hombros del hidalgo de Landrove, pues parecia petrificado: tal inmovilidad habia guardado.

—Ya veis—le dijo en seguida—los maridos, estén ó no borrachos, estén ó no sus mujeres inocentes, cuando ven á otro con ellas... no hay remedio... pero el mal tam-

---

(1) La tradicion de este suceso horroroso unos la remontan á tiempo de los moros, y otros la fijan en el siglo XIII =En el castillo de Monterrey aun se enseña este balcon, llamado *el balcon de la condesa*... en memoria de su muerte trágica: pertenece á la torre llamada *de las damas*. Nosotros encontramos este episodio en nuestras notas, atribuyendo á los Dornas la causa de su desastre.

bien es para ellos, porque, ó se suicidan, como Eiriz de Ulloa, ó viven siempre pensando como el rico-home de Laza.

El hidalgo sacudió la cabeza à ambos lados, como el que desea librarse de pensamientos funestos... de recuerdos punzantes... Atrajo hácia sí á la dama encubierta, y empezó á besarla con cierto frenesí semejante al vértigo... como si buscara emociones superiores á las que lo habian abatido durante su relacion.

Ella no hacia resistencia... dejaba caer sus lábios trémulos de deseos sobre los labios de fuego del doncel... lo estrechaba contra su pecho suspirando... pero de repente retrocede... como si un recuerdo le obligara á ello.

—Oh, qué haceis!!—esclamó el hidalgo.

—Qué hago!... antes de ser vuestra, exijo una esplicacion que debí hacer ya..!

—Cuál, señora mia?..

—Qué habeis hecho del ramillete de flores que os arrojaron esta mañana?

—Para qué quereis saberlo?

—Para qué...? para saber cómo apreciáis los favores que recibis de las damas á quienes gustais...

El hidalgo se encogió de hombros.

Despues tendió los brazos hácia la tapada, pretendiendo atraerla hácia sí.

Ella se resistia.

—Decidme... decidme—murmuraba—qué habeis hecho de aquel bellissimo ramo



de flores que os dieron esta mañana, hidalgo?

—Me lo dió á mí, Inda, —dijo de repente la condesa Iberia apareciendo en el cenador con una linterna en la mano, —y yo se lo dí al conde de Maceda.

Inda exhaló un grito al verse así descubierta, y al ver detrás de Iberia á Fillao de Armeá, el cual, enseñándole el ramillete, le dijo con travesura:

—Yo, *maza*, doy; vos, *yunque*, aguantad! Y se lo arrojó en la falda.

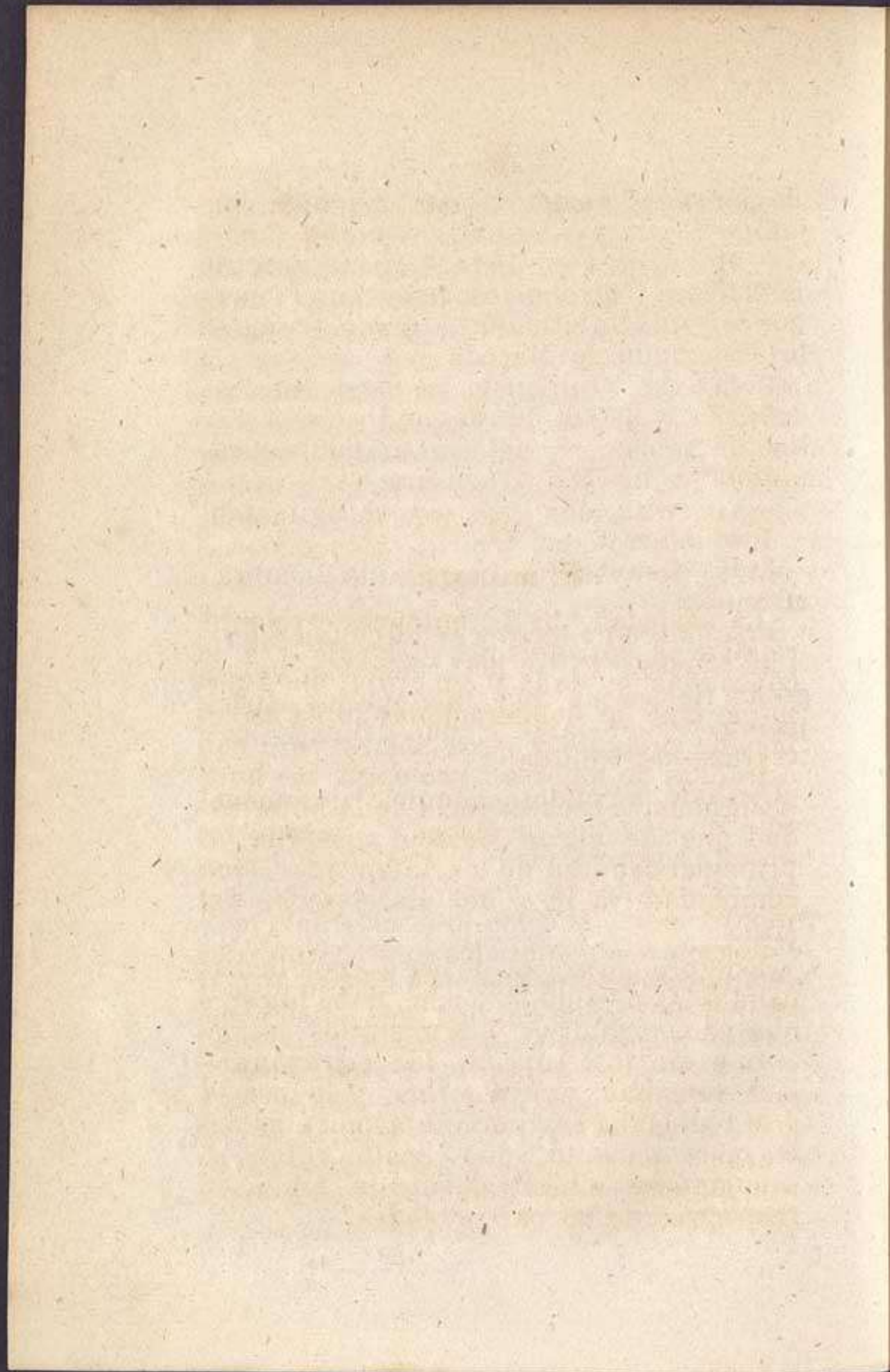
Inda desapareció como una sombra, afrentada.

El hidalgo de Landrove huyó también.

La condesa, Fillao de Armeá, y el hidalgo de Herbecedo, que también los acompañaba, se quedaron riendo del éxito estrepitoso del ramillete.

Con esto la condesa adquiría un nuevo prosélito, el conde de Maceda:—¡la sangre había de seguir á las flores!

A las diez de la mañana del día siguiente debía de celebrarse el gran consejo por los confederados del castillo de Alemparte, en el cual se decidiría la decapitación del conde de la Limia-alta y la coronación del Borborás.



## VI.

### El milagro.

La ansiedad, hasta entonces creciente, relativa á los destinos del país y á la consolidacion de la monarquía, iba á terminar con las deliberaciones de la asamblea de prelados y ricos-homes; pero con estrañeza de todos se prolongó la hora designada, á consecuencia de la enfermedad que de algun tiempo aquejaba al principal caudillo de los infanzones, que componian la liga del ala derecha del Miño.

Esta prolongacion, de las diez de la mañana á las diez de la noche, daba lugar á nuevos comentarios. Los misterios se sucedian sin interrupcion, las estravagancias tomaban nueva forma, y la *prensa oral* redoblabá sus manifestaciones menos transparentemente que hasta entonces, dibujándose siniestramente la situacion respectiva de las parcialidades.

Todas las diferentes parcialidades en que se dividían aquellos caballeros, unidos por el espíritu monárquico de la rebelión, tendían à concentrarse dentro del círculo de sus aspiraciones, aislándose del Borborás de Alemparte una vez que este no descendía hasta ellas, ni se presentaba en el gran salón del castillo, ni se dejaba ver de persona alguna, como si no lo habitara y fuera extraño à la ebullición político—militar que palpitaba bajo sus sombrías bóvedas.

Así por la mañana como por la tarde, el descontento se hacía mas ostensible, la divergencia mas evidente, y las murmuraciones mas atrevidas.

A la puesta del sol dos parcialidades, la del conde Hermerildo y la del obispo de Compostela habían pasado de las palabras à las estocadas, y una mujer contuvo la esplosión.

Los condes de Maceda y Roade habían sido los dos iniciadores de aquella rivalidad; el uno abogando por la causa del conde de los brigantinos, el otro por la de D. Ataulfo II. Cuando las espadas de ambos bandos se desnudaron, cuando los gritos y el tumulto empezó à significarse sangrientamente, Iberia de Montrove apareció en el salón de la contienda, y à su presencia todo se tranquilizó, como si se hubiera presentado el mismo Borborás.

La transición política de Fillao de Armeá al partido del conde Hermerildo, dió-

que pensará los monjes observadores del movimiento revolucionario, y por mas que inquirian la causa no daban con ella, porqué, ¿qué sabian ellos de la historia del ramillete que acabamos de contar á nuestros lectores?

Despues de este fatal episodio, como si el cielo se indignara contra semejantes disensiones, empezó á llover con violencia; los vientos arreciaron fuertemente; los relámpagos rasgaron la densa oscuridad de la noche, y los truenos retemblaron sobre los torreones del castillo, cayendo tres centellas en los lugares de Ventin y San Vicente, que ocupaban las mesnadas del conde de los brigantinos, del obispo de Tuy y de Fillao de Armeá.

A las nueve de la noche, todos los prelados y ricos homes, convocados para el consejo, empezaron á entrar en el salon donde debia tener lugar, y antes de las diez ya estaban ocupados todos los asientos, escepto la cadera de honor que se reservara para el Borborás de Alemparte.

Este se presentó, por fin, en la asamblea.

Era el momento preciso en que una exhalacion sumamente llameante inundaba el salon de luz cárdena y fosforescente.

El Borborás apareció en medio de aque círculo luminoso, pálido, demudado, con el semblante descompuesto y los cabellos en desorden.

Los confederados se estremecieron en sus asientos, levantándose, sin embargo, la mayor parte como para saludar á su jefe, pero una detonacion horrorosa, como nunca la habian sentido, los obligó á inclinar las altivas frentes, impresionados por el pánico.

Desde aquel momento, ni una voz, ni un murmullo se sintió.

Desde aquel momento, todos quedaron inmóviles en sus puestos, dominados completamente por la influencia de la electricidad que en aquellos tiempos de supersticion y de oscurantismo, se atribuia á la Providencia.

Desde aquel momento, tan solo el conde Don Veremundez tuvo accion para adelantarse hasta la cadira de honor, sobre cuyo respaldo se veia una corona de oro, silla y corona que miró con un desprecio elocuente, sentándose en ella como el que se hallara sobre ascuas.

Reinaba un silencio profundo, como si todos aquellos nobles caballeros y preladados figuraran como espectros evocados de un panteon por efecto de un conjuro poderoso. Tan solo el chisporroteo del agua en las ventanas y los silvidos prolongados del viento contra los muros del castillo, alteraban la calma glacial é imponente de la escena.

El conde de Alamparte proseguia callado é inmóvil como las demás.... con los codos descansando sobre una mesa pe-

queña que tenía delante de la cadera de honor y las manos sobre la vista como si le conturbara la luz de los hachones resinosos que sostenían alrededor de los confederados más de cincuenta chuceros; pobres labradores á quienes se consideraba entonces como seres sin razón y sin sentimiento, incapaces de comprender nada de cuanto se discutiera á su presencia.

En medio de aquel silencio, en medio de aquel abatimiento que los dominaba á todos, hijo de bien diferentes causas, las manos del Borborás se desviaron lentamente de su rostro... sus miradas vagaron como extraviadas sobre los individuos de la asamblea, sin fijarse en ninguno, y se levantó de la silla en disposición de hablar.

Todos se levantaron también unánimemente por deferencia al caudillo del ala derecha.

—Señores...—balbuceó—antes de manifestaros mi parecer, respecto á la consolidación de la monarquía caláica, para que lo apreciéis según vuestras conciencias, os pido perdón por no haber podido asistir hoy á la asamblea, á las diez de la mañana, según estaba acordado. Causas poderosas, y sobre todo...

Aquí vaciló como sino encontrara una palabra á propósito para revelar su pensamiento.

—Y sobre todo—repitió—la falta de sueño... la falta de sueño, señores... por-

que... he padecido mucho, mucho esta noche...!!

Y se llevó las manos al pecho con dolorosa espresión.

—Causas poderosas me han obligado à diferir la hora de la asamblea contra mi ansiedad, y la vuestra por salir lo mas pronto posible de este estado de incertidumbre que tanto nos preocupa respecto à la suerte del pais.

El Borboràs se inclinó hácia los confederados, y todos le devolvieron el saludo.

En seguida el Borboràs pareció enderezarse altivamente, crecer, recobrar toda la dignidad de su figura caballeresca, hermosa y soberana.

Era el Borboràs de Alemparte hombre de cincuenta años, de elevada talla, bien formado, de bellas facciones, en la afeccion varonil de la idea, de ademanes régios sin afectacion alguna, de miradas magestuosas, y de espresion interesante en todo su conjunto, coronado por su larga melena de cabellos blancos como la nieve de nuestras sierras.

—Muy bien, señores—prosiguió—una vez obtenido vuestro perdon por una falta que no he podido salvar, os diré que yo me opondré con todas mis fuerzas à la decapitacion del conde de la Limia-alta, preso en la torre de Zás de Brues.... y que pido su libertad y la corona del reino para él.



A estas palabras lentas y sonoras, un murmullo de desaprobacion, hasta de horror, surgió de las filas de los confederados. Algunos prelados hasta se santiguaron de asombro, como el obispo de Tuy.

El Borborás, altivo y sereno, parecia bañarlos à todos con la luz de su mirada, afrontando los murmullos como si quisiera apagarlos con un soplo poderoso de su aliento.

—¡Perdonad al asesino de Vasco Fernandez de Temes!!—esclamó D. Ataulfo II de Compostela.

—Poner en libertad á la fiera mas devoradora de nuestras montañas!!—esclamó el conde de Roade.

—Coronar por rey al incendiario de San Clodio!—esclamó el obispo de Tuy.

Y todos, todos sucesivamente se santiguaban recalcando la significacion de su asombro con el obligado *¡Ave Maria Purísima!!!*

El Borborás volvió á hablar y su voz dominó las murmuraciones.

—Señores—dijo—si anhelais la consolidacion de la monarquía caláica, si deseais su desarrollo y prosperidad, nada como un Dorna para ello. Los Dornas son dueños del ala izquierda del Miño, y casándose Don Froila con mi hija que me representa á mí, que representa el ala derecha, se conciliarán de este modo los intereses de una y otra parcialidad.—Oidme bien, señores; nosotros no debemos tender á

debilitar à la nobleza ni al clero del pais decapitando á sus individuos... Por el contrario, debemos conciliar todos los elementos de vida, para que el enemigo, ya sea el moro ó el astur, nos encuentre fuertes, unidos, compactos bajo un solo pensamiento, el de la independendencia de Galicia. La sangre que se derrama despues de una lucha civil, nada la borra. Esto, sobre no ser ni noble, ni generoso, ni humano, haria cernirse sobre nuestro pais al mónstruo de las venganzas impercederas, ese espíritu de animosidad, de furor y de represalias que se hereda con la vida, que se infiltra en la sangre, y constituye la existencia; ese resentimiento á muerte que el hijo recoge de los temblantes lábios del padre, ese resentimiento que la misma naturaleza hace legítimo.

El Borborás se detuvo un momento.

Despues prosiguió:

—Veo con gran sentimiento el horror con que acogeis mis proposiciones: pero yo no desistiré de ellas por cuanto hay en el mundo. Lo ois?

Y empezó á temblar... y sus miradas parecieron estraviarse bajo la presion de un pensamiento misterioso que le preocupara completamente.

—¿Lo veís?—volvió á repetir—no desistiré de este propósito.

—En ese caso—dijo el obispo de Tuy—los confederados del ala derecha del Miño,

victoriosos en Chans de Bilan y espresion del pais desde esa sangrienta jornada, tendrán que abandonaros á vuestros delirios... y nombrar otro conde de ánimo esforzado que os sustituya, y en cuya frente colocaremos la corona de los reyes suevos.

—Me opondré á ese pensamiento, gritó el Borborás.

—Sereis solo con vuestra mesnada, repuso el obispo de Compostela.

—Imposible! volvió á gritar el Borborás, sin necesidad de apelar á reunir las fuerzas dispersas del ala izquierda, no me abandonarán jamás los condes del ala derecha.

—Todos... todos os abandonaremos, si no desistis de vuestros intentos! gritaron la mayor parte de aquellos ricos-homes.

Pero al lanzar esta protesta la nobleza, una exalacion sumamente deslumbradora obligó á cerrar los ojos á los confederados. Al mismo tiempo un trueno retumbó espantosamente sobre sus cabezas, y todos cayeron de rodillas con una oracion en los labios.

Era el cuadro de alto efecto.

Aquella tempestad que se desataba rugiente y desencadenada sobre la asamblea con toda su horrorosa pompa, parecia apoyar las inspiraciones de un solo hombre contra todos, como si el cielo asintiera con sus ideas conciliadoras.

—Lo veis, miserables! exclamó el Borborás sobrescitado.

Y se plantó en medio del salon con ademán dramático, dominando á la aterrada asamblea.

—Lo veis? mis palabras son hijas de Dios! ¿Quereis aun mas pruebas, desdichados? Pues oidme. Pocas noches despues de la victoria de Chans de Bilan, hallándome durmiendo en mi lecho, me despertó un sonido metálico como si saliera de debajo de él; pero de una vibracion tan rara que nunca habia sentido vibracion igual ni cosa parecida. Desperté sobresaltado, encendí luz, registré la habitacion, y no encontré en ella á nadie. Cerciorado de que la puerta estaba bien cerrada, volví á tenderme en mi lecho, figurándome que aquel sonido, aquel sonido especial, no podia ser otro que el que hacia el duende del castillo, (1) siempre que se anunciaba á mi señor padre para darle algun consejo que le librase de caer en gran pecado. Esperé la repeticion del sonido, y no esperé en vano. Dos estallidos fuertes y sonoros vibraran en mi mismo... dentro de mi mismo ser... Abrí los ojos... y ví... un espec-

---

(1) En todos los castillos tenian sus duendes familiares, que llamaban *trasmos*, los cuales tomaban diferentes formas para aparecerse á los señores feudales. En todo este cuadro de nuestra historia, ténganse en cuenta las supersticiones de aquella época.

tro...! el espectro del castillo...! destacándose claramente entre la oscuridad á pesar de no haber ninguna luz en la cámara! Yo cerré los ojos tan pronto como vi sus descarnadas formas y escuché el chasquido de sus huesos...

Todos los confederados cerraron los suyos, como si creyeran ver el espectro en torno de ellos.

—Yo empecé á temblar de pavor... prosiguió el Borborás.

Los confederados temblaron tambien dando diente con diente.

—Yo no cesaba de murmurar oraciones por el alma de mis padres... continuó el Borborás.

Y los murmullos piadosos de los confederados fueron reemplazados desde aquel momento por una letania tan marcada como pudiera llevarla la mejor comunidad de benedictinos.

El Borborás prosiguió.

—Y sin embargo, el espectro no huia, no desaparecia de mi presencia. Quise interrogarle, pero las fuerzas me faltaron. Entonces, él, el espectro, tendió hácia mí su mano blanca (1) y yo senti una sensacion de placer porque iba á revelarme alguna cosa buena. Pero ¡ay! lo que me dijo... lo que me dijo nada tenia de bueno! Me dijo:—*Perdonarás al conde de la Li-*

---

(1) El *trasno* del castillo de Alemparje, tenia, segun la tradicion, una mano blanca y otra negra: con la una anunciaba el bien, con la otra el mal.

*mia alta! Lo casarás con tu hija, y pondrás en sus frentes la corona de Rechiario.*—Despues... despues de estas palabras, cuyo sonido no se parecia á nada, pues tenian el chasquido sordo y quejumbroso del viento en los castaños, retiró la mano blanca y estendió hácia mi la mano negra, diciéndome con un tono sumamente sepulcrál:--*Ay de tí si asi no lo haces!! Morirás desastrosamente, é irás al infierno por toda la eternidad!!*--Quise hablar, suplicar al duende... tener esplicaciones con él, pero desapareció sonando los huesos sorda y prolongadamente como la espiral de un murmullo fuerte que se va apagando por grados.--Al otro dia no conté á nadie cuanto me sucediera con el fantasma; y dominando la impresion cuanto pude, intenté persuadirme á mi mismo que aquello no era mas que una pesadilla, un sueño. Sin embargo, á la luz del dia, en medio de las mayores concurrencias y distracciones, yo veia aquella vision, yo creia oir sus palabras.--si esto lo refiriera á alguno, se rebajaria mi dignidad, mi carácter... temia que lo creyeran una alucinacion de mis sentidos.--Transcurrieron dias... y la escena no se reprodujo; pero ayer de noche, víspera del dia en que debia celebrarse este consejo; ayer de noche, señores, á poco de acostarme volví á sentir el mismo sonido metálico, sonido que parecia salir de mi mismo cuerpo. Abri los ojos y vi al espectro.--*¡Sígueme!*--

dijo--y lo seguí como si hubiera recibido la orden del mismo Dios del cielo.--El espectro se deslizó por las galerías hasta los subterráneos del castillo, y entrando en la capilla, donde reposan las cenizas de mis abuelos, cogió con su mano blanca una de las mias, y colocándola sobre la tumba de mis padres.--*Júrame*--dijo--*jura casar al conde de la Lima-alta con tu hija Inda, y sentarlos en el trono de los reyes suevos*--Yo vacilé en contestar, y entonces el espectro soltó mi diestra, se bajó, se volvió á levantar dentro de un círculo de luz azul y amarilla, y tendió hácia mí su descarnada mano negra.--*Júrame*--dijo--*jura sobre la tumba de tus padres cumplir la voluntad del cielo...* Yo vacilaba aun... Entonces el espectro empezaba á echar sus huesos con un sonido terrible.--*Si así no lo juras*--volvió á decir--*acuérdate de lo que te predije; morirás desgraciadamente, y tu alma arderá para siempre...*--Yo no quise oír mas nada.--*Si juro!* exclamé.-- Y cai accidentado sobre la tumba de mis padres!

El Borboràs calló.

El efecto de su relacion pavorosa hecha á la asamblea á la luz del relámpago y al retumbante fragor del trueno, era imponente en aquella época de duendes y aparecidos, de *meigas* y de *dolosañas*.

Los confederados permanecian aun de rodillas... murmurando plegarias... pero sin dejar de oírle.

— He ahí, señores; --prosiguió el conde de Alemparte-- he ahí porque hoy no puede celebrar consejo à las diez de la mañana; y he ahí porque pido à la asamblea la libertad del conde de la Limia-alta, su casamiento con Inda y su coronacion por rey de Galicia.

—Sí! .. Sí!...--prorrumpieron varias voces, hijas del espanto --si esa es la voluntad del cielo, que se cumpla!

—Que se cumpla, pues, la voluntad del cielo!!--gritaron casi todos los confederados.

Y se levantaron poseidos del fanatismo que les inculcara la relacion del Borborás, hecha entre el estridente fragor de la tempestad.

—Una palabra, señores:-- gritó el obispo de Tuy--si tal es la voluntad del cielo, que nos lo haga patente con un milagro!

—Sí...! sí...! con un milagro! repitieron todos.

Entonces, aquellos hombres se arrodillaron, estendieron los brazos hácia la bóveda del salon, y esperaron con fervor alguna manifestacion celestial.

La tormenta cesó al instante

Al mismo tiempo, sobre las altas bóvedas del salon, se distinguieron dos estrellas blancas, que descendiendo sobre los confederados, concluyeron por unirse formando una corona de luz de oro.

Todos parecieron perder la voz à la vista de aquel milagro.



El silencio era profundo, interesantísimo.

De repente, un ballestero penetró desafortadamente en el salón, y anunció con fuertes gritos que el conde de la Limia-alta había escapado de la torre de Zás de Brues, favorecido por cien caballos que la asaltaban en aquellos instantes.

Esta noticia aterró por de pronto á los confederados.

Después, se levantaron rápidamente, desnudaron sus largas espadas, y exclamaron con todo el entusiasmo religioso de la época.

—A las armas! cúmplase, pues, la voluntad de Dios!--Galicia por don Froila y Adosinda!!

Y salieron del salón en busca de sus corceles de batalla para caer á tiempo sobre Zás de Brues.

## VII.

### Xura en cruz, Xura en Zas.

La torre de Zas de Brues, como se llamaba entonces á la que habia en la parroquia de Jurá en Zás, distaba poco de Fornelos de Montes, donde se hallaba el castillo de Alemparte.

Era de piedra, silleria, y de un espesor tal que se consideraba como la fortaleza mas segura del territorio. Tanto tiempo se llevaria en destruirla, si se hubiera pretendido, como en construirla; pues para destrabazar aquellos enormes peñascos de granito que la formaban, se necesitaria una fuerza comparada á la de los cíclopes.

Por esta razon, de gran importancia para los confederados del ala derecha del Miño, habia sido guardado en ella el con-

de de la Limia-alta, à cargo de una mesnada respetable.

Su situacion, entre un nudo de altísimos pericuetos, la hacia ademas inaccesible à la aproximacion de toda hueste invasora.

Se levantaba esta torre inconquistable sobre uno de los obeliscos que se desprenden de las faldas orientales del monte Ollos, cortado hácia occidente por un precipicio de mas de doscientos metros, à cuyos pies rugian sordamente las espumosas aguas del Viñas, rama del Miño, como el Mourelle y el Arenteiro; cuyos tres rios, derrumbándose por los flancos de las montañas, van à unirse al Avia entre Albarelos y Gomariz.

El paisaje era imponente como la torre: y à la hora del crepúsculo, cuando el fuerte viento de aquellas asperezas sacudia las arboledas que cubrian los flancos de los montes, los ruidos mas estraños y pavorosos resonaban en los desfiladeros cual si cien legiones de duendes y de almas en pena lanzaran á la vez querellas amedrentadoras en notas lúgubres y quejumbrosas.

Aquella tarde, cinco horas antes de que en Alemparte se hubiera recibido la noticia de la fuga de Dorna el Salgriento, seis caballerias con otros tantos pellejos de vino seguian la agria senda que serpentea aquellos desfiladeros, con ascension hácia el monte Ollos, del cual distaba poco la torre de Zás de Brues.

Estas seis caballerías eran conducidas por otros seis rufianes.

Entre estos seis rufianes había uno que se hacía notable por dos circunstancias: su estatura y la fuerza moral que tenía sobre los demás.

Su estatura era la de un coloso; y todas sus formas hercúleas eran proporcionadas á su elevada talla.

Su fuerza moral sobre los demás se revelaba distintamente tanto en él como en sus compañeros, pues no los miraba sino con esa altanería inherente á todo jefe despótico, y los demás no daban un paso sin guiarse por la voz ó las miradas de aquel gigante, temerosos de una reprimenda ó de un latigazo.

El sol iba á descansar en los ásperos perfiles de la Parada de Laviote.

El coloso no hacía más que clavar la vista en su rojo disco, como si graduara por su descenso el término de su ascension á las alturas de Brues.

El sol pareció tocar con su círculo de luz los pericuetos... luego... poco después, el círculo luminoso traspuso los peñascos de granito, dejando ese resplandor rojizo, que arrojaba sobre las vertientes de los desfiladeros un tinte trémulo y sangriento.

Entonces el coloso, atento á los últimos rayos del sol que se desvanecían en las alturas de las montañas, volvió la cabeza hácia sus compañeros, y les gritó:

—Ahora... sacudid ahora, rayos!

A esta voz, los cinco rufianes sacudieron sus varas de taray sobre las ancas de las caballerías, y estas redoblaron el paso tardo y perezoso que habían seguido hasta allí.

Los caballos tomaron bien pronto el trote, y era de ver cómo seguían este paso por caminos tan pedregosos, revueltos y pendientes, que ni aun servían para hombres.—Solo aquellos caballos, alimentados en asperezas semejantes, pudieran trepar por ellas como cabras.

Al poco tiempo un viento sumamente fuerte empezó á silvar por los desfiladeros como una legión de demonios; un viento frío que helaba y cortaba la respiración.

—Buena señal... murmuró el coloso; cuando se oye el viento de Readegos, no está la tormenta lejos, como dicen en el Avia.

En efecto, al poco tiempo empezó á llover con violencia: nubes negras sumamente cargadas, oscurecieron los últimos resplandores del sol, borrando la luz amortiguada del crepúsculo.

Aquellas nubes negras y cargadas, parecieron las alas de la noche, cubriendo, sofocando el último fulgor de la tarde.

Al viento sucedieron las nubes negras, y á las nubes negras el aguacero.

—Bien.... perfectamente bien!—gritó el coloso sonriendo su rostro azotado por

la lluvia—ahora no falta mas que el acompañamiento del trueno y del rayo!

Al concluir esta exclamacion un trueno se dejó oír sobre los barrancos de Noñas, y las caballerías se asustaron.

—Tomadlas del ramal!—gritó el gigante.

Todos le obedecieron, marchando delante de los caballos.

Parecia imposible que á pesar de aquel viento, de aquella agua, y de aquellos truenos, y de aquella oscuridad, y de aquel camino horroroso, la cabalgata continuara su ascension de peñasco en peñasco, sin precipitarse en los abismos que se abrian á sus pies, en cuyo fondo corrian desordenadamente las negras aguas del Viñao.

Los relámpagos rasgaron las tinieblas.

—Bien!—volvió á gritar el gigante:—el cielo nos guia con su luz.

Pero en vez de guiarse á la luz de las exhalaciones, los caballos se paraban encabritándose á dos dedos del precipicio.

—Malo!—murmuró al sujetar el suyo con toda su fuerza.

Y al mismo tiempo, aprovechando la luz de aquel relámpago, clavó la vista en lo alto de la montaña.

La decoracion era sublime.

El horizonte parecia correr sus crespones á derecha é izquierda, dejando ver un abismo de fuego, que heria el iris de la pupila como si lo conmoviera; y en el fondo de aquel abismo se recortaba la tor-

re de Zàs de Brues en la penumbra de la montaña, como si viniera hacia uno envuelta en aquella oleada de fuego, vívido y tremante.

Estaban ya cerca....

—Un esfuerzo mas!—gritó en seguida el coloso á los suyos—seguidme.... seguidme por donde yo vaya, rayos!

Sus gentes apenas respiraban.... haciendo violentos esfuerzos para sujetar los caballos y salvar con ellos los peñascos de la montaña.

Llegaron por fin al pié de la torre.

Pero lo mismo fué acercarse, una centella rasgó las nubes, chocó con la almena, mató al centinela, que cayó entre los caballos; y dejó aterrados al coloso y á sus compañeros.

—Diablos—murmuró—esto va mas serio de lo que yo esperaba.

Y al mismo tiempo sacó un puñal que llevaba oculto, y dió fuertemente con el pomo en la puerta de la torre.

—Quién vá?—gritó una voz robusta desde adentro.

Y se asomó á la regilla de la puerta la frente de un soldado.

—Abrid, hermano: que nos mojamos como peces—contestó el atleta.

—Quién sois?

—Unos pobres diablos que traemos vino á la mesnada de Zàs por encargo del obispo Don Ataulfo II de Compostela, en celebridad de la jura del muy alto señor

Don Veremudez Borborás de Alemparte, por rey de Galicia.

—Espera—dijo el soldado internándose en la torre.

Al poco tiempo volvió el soldado con otros y abrieron la puerta.

El coloso, y los suyos, y las caballerías entraron.

En seguida se presentó el conde de Andrade, á cuyo cuidado se hallaba aquella semana el prisionero; se informó pesadamente del resultado del consejo celebrado aquella mañana á las diez, como decia capciosamente el coloso; se holgó mucho de la jura del Borborás, y en su alegría se reservó para si un gran cántaro de aquel vino delicioso de Rivadavia que conducian los rufianes de orden del señor obispo de Compostela.

—Bien por Don Ataulfo!—esclamaba la soldadesca—sino fuera por su vino, hubiéramos pasado la noche mas cruel del mundo en esta maldita torre, arreciando la tormenta como arrecia.

Y todos bebian, y bebian hablando, gritando y cantando á la vez en un desorden tal que apenas se oia el fragoroso estrépito del trueno que estallaba horrisonante sobre aquellos peñascos.

El coloso todo lo observaba con una sonrisa maliciosa, sirviéndoles de beber con una solicitud especial.

Al cabo de algun tiempo el vino de Rivadavia hizo su efecto.



Apenas un soldado se hallaba de pié: todos estaban sentados ó acostados sobre las losas.

Apenas se oía una palabra bien vocalizada: todas las que se proferían eran ahullidos acres, disonantes, guturados por la embriaguez.

Entonces el coloso hizo una señal á sus compañeros. bastante forzudos, y apoderándose de los cordeles con que habían atado los pellejos de vino, fueron atando á todos los soldados, sin encontrar resistencia alguna.

En seguida aquellos seis hombres, guiados siempre por el coloso, sacaron unos puñales que llevaban ocultos bajo los sayos, y sintiendo ruido de pasos se precipitaron sobre los que venían.

Eran dos soldados que, destinados á hacer la ronda consecutivamente por el interior del edificio, se acercaban á beber como los demás.

El coloso los apuñaló. . . pero sin que exhalaran un grito violento de alarma, cuyo grito ascendió por el espacio de la torre, haciendo saltar de su cama al conde de Andrade, y á otros hidalgos que se hallaban en su cámara.

Pero casi con la misma rapidéz con que subió aquel grito, subió en pos el coloso, y barreando la puerta de la cámara dejó en ella prisioneros á los gefes de la mesnada.

Seguidme, y siempre á la cabeza de sus

compañeros, precipitóse el atleta hácia la mazmorra de la torre, en donde se hallaba *Dorna el Sangriento*.

Una vez allí derribó la puerta, y penetrando en aquella cueva, escasamente alumbrada por una hacha resinosa, murmuró:

—Seguidme... seguidme sin perder instante!

Don Froila Dorna sintió aquella voz en toda su alma, y vió aquel hombre con estremecimiento de sorpresa, exclamando con la pesadilla de un sueño.

—¡Don Senracino!

—Si... yo... seguidme, hermano!

Y ambos se lanzaron por los pasillos, y cerca de la puerta de la torre, en cuya planta baja yacia la soldadesca embriagada y sujeta, sintieron los fuertes golpes que el conde de Andrade y sus hidalgos daban contra la puerta para derribarla.

—Oh! no perdamos tiempo!—volvió á gritar D. Senracino sobresaltado.

Y arrastró á todos fuera de la torre.

La tempestad seguía con la misma pompa aterradora.

Sin embargo de sus horrores, D. Senracino y los suyos montaron en los caballos, y huyeron de la torre á todo correr, segun lo permitian los accidentes del terreno.

Pero si dificultosa habia sido la subida de aquellos peñascos de Brues, mas dificultosa se hacia la bajada.

Conforme iban descendiendo trabajosamente, guiados por la rápida y fosfórica luz de las exhalaciones, sentían cerca de sí, por el camino de Brues à Geleyra, que era el camino de Alemparte, sentían el vivo y batiente trote de un ginete que parecía devorar las distancias en alas del huracán.

--Avancemos... avancemos-- gritaba don Senracino—el conde de Andrade, libre ya de su prisión, lanza un correo á los confederados del ala derecha.

Los fugitivos descendían lo mas ligeramente que podían por entre aquellos derrumbaderos, azuzados por el segundo Dorna como si fueran lebreles en una carcería.

De repente, uno con su caballo bajó rodando al precipicio.

La víctima no exhaló ni un ay!—Solo se sintió el ruido sordo y seco del derrumbamiento, que absorbió la tormenta entre sus furoros.

--Que Dios recoja su alma!--esclamaron los demas poseidos del pánico.

Y continuaron su descenso.

Al cabo de algunos instantes otro ginete rodó al abismo, pues resbaló su caballo de súbito, sin que pudiera sujetarlo, y la misma exclamación fúnebre siguió al ruido pesado de su caída.

Momentos despues todos se detuvieron aterrados.

Se habían estraviado entre aquellos

abismos, y no se distinguia senda alguna. Se hallaban ademas cortados por todas partes, sin mas recurso que retroceder, pues el promontorio sobre que estaban, se redondeaba en el espacio de las tinieblas, sin vereda alguna transitable ni aun para los corzos de aquellas asperezas.

Don Senracino se llevó las manos á la frente, y se mesó los cabellos desesperado.

Antes que retroceder y dar con los hidalgos del conde de Andrade, todos determinaron esperar el dia allí, escondidos en las grietas de los abismos.

El cansancio que los dominaba influia tambien mucho en esta determinacion. Se hallaban ademas tan mojados como si salieran de un rio.

Al cabo de algun tiempo sintieron detrás de sí, entre el promontorio y la torre de Zás, el relinchar de algunos caballos; y ladridos de perros de presa, y voces que los alentaban á la chusma como en una monteria.

Mas tarde, y hácia la parte de Viñao, volvieron á sentir un ruido confuso, pero mas pronunciado, semejante al de una batida, y vieron subir hácia ellos mas de cien peones agitando haces de paja encendida, guiados por varios caballeros que parecian venir del castillo de Alemparte.

—Ya no hay remedio!—esclamó D. Senracino desalentado. Confianza en Dios, y hasta otra vez, hermano!

Don Froila no contestó nada al desaliento de su hermano. Sentado debajo de un peñasco cóncavo, parecía mirarlo todo con la mayor indiferencia.

A la exclamacion de despecho de don Senracino, habia contestado con un movimiento de hombros que revelaba su indolencia.

Las voces, los ladridos y las luces se oian y se veian cada vez mas cerca, ya de un lado, ya de otro, avanzando y avanzando siempre sobre el promontorio como un círculo que se concentrase sobre los fugitivos.

Don Senracino se acercó mas al conde de la Limia-alta.

—Hermano—le dijo—veremos si D. Vitila es mas afortunado que yo. Los dos habiamos apostado salvarte usando cada uno de los medios que creyera mas acertados. Nada se de él hace dias.... espere-remos pues!

El mismo silencio, la misma actitud conservó Don Froila à estas otras palabras.

Instantes despues, la luz que despedian los haces de paja que cercaban el promontorio, se acercó mas à los peñascos en que se hallaban los fugitivos, rodeándolos como una aureola rogiza y sumamente viva.

Luego, quedaron estrechamente encerrados en el círculo luminoso; y como ni ellos ni las caballerias podian ocultarse, fueron descubiertos y conducidos à la tor-

re de Zás, entre aclamaciones frenéticas de alegría.

La mayor parte de aquellos caballeros, á quienes alumbraban con haces de paja una porcion de peones, eran los que salieron de Alemparte al saber la huida de Dorna el Sangriento.

Entre ellos se hallaba el Borborás, el conde Hermerildo, el obispo de Compostela... y hasta el hidalgo de Landreve, el cual espiaba el menor movimiento de los dos Dornas con un recato tan particular, que mas parecia temor de ser descubierto por unos y por otros.

Una vez conducidos á la mazmorra los dos Dornas, el Borborás de Alemparte desnudó su espada delante del conde de la Limia alta, y presentándola á la altura de su frente, cogida por la mitad de la hoja de modo que brillara entre ambos la cruz de la empuñadura, le dijo con voz grave:

—Dios quiere que no corra ya mas sangre entre los mas nobles hijos de Galicia.—Conde de la Limia-alta, jura por esta cruz, jura en Zás, aceptar la mano de mi hija y la corona de Hermenerico, conciliando asi los intereses de nuestros bandos.

Don Froila contestó con una mirada de desprecio.

El silencio era solemne.

El cuadro imponente.

El Borborás continuó:

—Si asi lo juras serás rey, de lo contra-

rio yo ceñiré en mi frente la corona del reino.

El conde de la Limia-alta contestó no ya con una mirada de desprecio, sino con una sonrisa sarcástica.

El Borborás prosiguió, en alas de su fanatismo.

—Jura por esta cruz, jura en Zás lo que te exijo en nombre de Dios y en nombre del país: Si no juras cumplirlo, *morirás aquí de hambre*: Si juras, nadarás en la opulencia.... todos se humillarán ante tí.

—Nó... nó, y cien veces nó!--contestó Dorna el Sangriento con ira reconcentrada.--La muerte antes que deberte á tí la corona y la vida!

Y se cruzó de brazos altivamente en medio de la mazmorra.

El Borborás pareció desentenderse de esta negativa y continuó:

—Jura por esta cruz casarte con mi hija Inda... Jura en Zás que...

—No...! no...!!—interrumpió el conde de la Limia alta, sumamente sobre escitado.

—Pues si no juras... no serás rey de Galicia.

—No importa! no quiero la corona á ese precio.

—Y morirás... morirás aquí encerrado... por que además de oponerte á los mandamientos de tus vencedores, te revelas contra los designios del cielo.

—Sea;—contestó Dorna el Sangriento con aplomo—no hay mas que una mu-

ger para mí en el mundo, y sin esa, cuya imágen tengo siempre delante en la noche eterna de esta mazmorra, todas las demas me sobran, por mas coronas que me traigan.

E inclinó la cabeza sobre el pecho como si se abismara en las dulzuras de un recuerdo de amor.

—Bien—dijo el Borborás—ya que así lo quieres, así lo tendrás.

Y envainando su espada salió de aquel sitio seguido de cuantos le acompañaban.

En seguida determinó que no se llevase al prisionero, ni á su hermano, nada de comer, ni nada de beber, y dejando una guardia de caballeros, además de otra mesnada, tomó el camino de Alem-  
parte.



## VIII.

### Los Dornas.

Los dos Dornas se quedaron solos en la mazmorra.

Don Seracino intentó por dos ó tres veces hacer una relacion á su hermano mayor de los trabajos, y penalidades que habia sufrido en la ejecucion de su plan de evasion, que dieron unos resultados tan infructuosos; pero D. Froila no parecia oirle; permaneciendo en una especie de estupor parecido al sueño, hábito que habia contraído desde su estancia en Zás de Bruces.

Don Sennacino concluyó, pues, por dormirse; y entonces sucedió el mas com-

(2.—20.)

pleto silencio en el ámbito de aquella tumba en que parecían enterrados.

Al cabo de algun tiempo la puerta de la mazmorra rechinó sordamente sobre sus goznes, pero con cierto recato, que extrañó al conde de la Limia-alta; volviendo á cerrarse con las mismas precauciones.

Al macilento fulgor de la lámpara que la alumbraba, se recortó confusamente la figura de un caballero en las medias tintas de aquella cueva, y como la figura avanzaba hácia el círculo de luz en que se hallaban los dos hermanos, vieron en el recién venido, un hidalgo jóven y de gentil talante.

Era el hidalgo de Landrove.

--Quién sois...? qué pedis...? tartamudeó el conde de la Limia-alta, al ver el silencio que guardaba cerca de ellos.

El hidalgo tardó en contestar, sin dejar de aproximarse á la luz, como el que espera ser reconocido.

—Soy—dijo quedamente—el que os sacará á los dos de esta tumba para respirar el aire de la vida, colocando en vuestra frente...

Y se fijó en D. Froila.

—La corona del reino que tanto anhelais.

Al oír los dos hermanos aquella voz, se estremecieron de alegría: les parecía una voz querida, pero cnanto mas se fijaban sus ansiosas miradas en el rostro del hidalgo,

sus facciones no correspondian à la ilusion fraternal que ambos se formaran.

Porque aquella voz... aquella voz del hidalgo de Landrove era igual à la de Vitila Dorna: pero las facciones parecian otras... pues en vez de los cabellos rojos de los Dornas, el hidalgo tenia los cabellos negros como las alas del cuervo de las sierras de Bande, y en vez de la cutis blanca y las pecas sangrientas, características de la raza, tenia la cutis bronceada, sin peca alguna. Solo en los ojos negros, en la gentileza y en la voz era Vitila, y estas particularidades de su semblante tan idénticas, que ambos hermanos permanecian admirados, absortos.

—Y ¿con qué medios cuentas para tanto?  
—le pregunto Don Froila asperamente.

El hidalgo de Landrove contesto.

—Medios...! mi inteligencia.

—Sea lo que quiera, no basta. Se necesita el poder de un Dios para librarme de mis enemigos.

—El es tambien en nuestro auxilio.

—Buen modo! rayo del cielo! cuando ya estaba libre, gracias à la travesura de mi hermano Don Senracino, Dios inspiró à los contrarios del ala derecha para caer sobre nosotros, y cojernos como à dos fieras en una batida, y como à dos fieras encerrarnos en esta cueva; donde nos dejarán morir de hambre!

El hidalgo de Landrove se sonrió, y dijo:

—En eso quiso Dios que yo ganara la apuesta que tenia hecha á mi hermano Don Senracino, respecto á salvaros.

Don Senracino se levantó vivo como un rayo.

—Vitila!!—esclamó.

Pero al tenderle los brazos retrocedió desalentado.

Aquellos cabellos, el color de aquel semblante no eran los de su hermano.

El hidalgo de Landrove permaneció inmóvil, frio, como indiferente.

—Cuando vosotros mismos no me conocéis,—dijo—es imposible que nadie conozca en el hidalgo de Landrove á Vitila Dorna. Bien, estoy satisfecho de mi mismo... es decir, de mi astucia, de mi inteligencia para salvaros. ¡Dudais de la sangre que corre por mis venas porque mis cabellos son negros, el color de mi rostro oscuro y no tengo una peca en él .. pues bien, hermanos míos, estos cabellos son los mismos que tenia en Aldapena; y mi corazón el mismo corazón.

D. Froila y D. Senracino dudaban aun.

—Probad que sois nuestro amado hermano Vitila—digeron.

Y retrocedieron sántiguandose.

—Cuando gustéis—contestò el hidalgo de Landrove—pero antes suplicaria á mi hermano D. Senracino que nos contára la historia *de su derrota*,

Y recalcó esta calificación.

—Por dos ó tres veces he querido contársela á Don Froila (1) pero ha rehusado oirme.

—Inspiracion del cielo para que la oye-  
ra yo. Contadla, hermano mio.

Don Senracino miró para su hermano mayor como para pedirle la venia, y el conde de la Limia-alta se encogió de hombros volviendo á sentarse en el colchon que le servia de cama, no sin cierta especie de curiosidad, escitada desde la aparicion del hidalgo de Landrove.

Don Senracino dijo:

—Despues de la rota de Chans de Bilan, en que todos huimos aterrados, yo procuré salvar el Miño por Puente Castrelo, y me dirigí á nuestras tierras de la Limia-alta con ánimo de volver á levantar gentes y libertar á nuestro hermano D. Froila. En Aldapena te reuniste tu, Vitila, si en efecto lo eres, te comuniqué el plan y lo desechaste por el pánico que habia sucedido á la derrota. El Abad del Buen Jesus que estaba presente, era de mi mismo parecer tambien... pero las exhortaciones del Abad y mis correrias por las montañas solo dieron por resultado la reunion

---

(1) En aquella época era muy usual el llamarse de Don un hermano á otro entre los individuos de la alta nobleza: solo el menor de los hermanos, habiendo tres ó cuatro, era el que no solia obtener esta distincion, circunstancia que parecia marcar la minoridad en las familias aristócratas.

de trescientas lanzas mercenarias y ochocientos peones... nada. Entonces tu me viste salir de Aldapena al frente de aquel pequeño ejército, me profetizaste una derrota menos gloriosa aun que la de Chans de Bilan, y apostaste poner en la frente de D. Froila la corona del reino sin necesidad de ejército alguno.

—¿Y qué valor tenia esa apuesta?— preguntó sombríamente el conde de la Limia-alta.

—La vida, la honra y la hacienda del vencido á merced del vencedor: contestó D. Senracino, exhalando un suspiro de quebranto.

Hubo un momento de silencio glacial á estas palabras,

—Proseguid, hermano—murmuró Don Froila tristemente.

El segundo Dorna continuó:

—El primer dia acampé en Allariz, y al salir el siguiente dia para Orense, me faltaban ya mas de cincuenta lanzas y doscientos peones: entonces me acordé de la profecia de Vitila con terror; pero era un Dorna, y los Dornas somos tan rojos como tenaces. Sin embargo, dispuesto á todo, ganoso de salvar la vida de nuestro hermano mayor y la honra de nuestra raza, llegué á Orense, y apenas dormí aquella noche buscando gente en torno de mi bandera. Formé mi hueste al siguiente dia para pasar el Miño, y mis lanceros quedaron reducidos á setenta, y mis peones

á trescientos: la desercion los mermaba. Aquella nueva herida me abatia estremadamente, pero el pensamiento de tomar á Zás de Brues cuanto mas antes, parecia reanimar mi espíritu.—Salí de Orense con mi mesnada para pernoctar en Maside y sorprender al siguiente dia la torre, pero no pude llegar allí: el temor de que las huestes del Borborás estarian en los Chaos (1) de Amoreiro esperándonos, me dejó reducida la mesnada á sesenta lanzas y treinta chuceros. Con tan escasa gente era imposible atravesar el Barbantiño, y me replegué hácia las montañas de Beacar, orillas del Bupal. Desde allí mandé nuevos emisarios... y nadie, nadie venia á engrosar mis filas.—Entonces licencié la poca gente que me quedara y solo me reservé doce hombres de prueba, adheridos á mi como lebreles de ocho años; doce de mis mejores monteros, nacidos y criados conmigo en los ventisqueros de nuestras tierras de la Limia-alta.—Con estos doce hombres me acerqué una noche á la torre de Zás de Brues, dispuesto á sorprenderla puñal en mano.... ¡Vana tentativa! escalamos la torre... matamos al centinela de la almena... pero al descender por la escalera interior... me atacan los soldados que la guardaban... y tuvimos que volver á arrojarnos por las escaleras si habiamos de salir de aquí con vi-

---

(1) Llanos.

da. Gracias á la oscuridad de la noche, pudieron salvarse conmigo siete de aquellos lebreles: los otros cinco quedaron acuchillados sobre la almena.—Seis días después volví á hacer otra tentativa: ya que no podia libertaros por arriba intenté libertaros por abajo, es decir, minando los cimientos de Zás de Brues. Busqué el sitio mas á propósito de la montaña en que se halla esta torre, y espiocha en mano, estuvimos trabajando diez noches seguidas: al cabo de diez noches tuvimos que desistir de nuestro intento: las rocas que formaban la osamenta de la montaña nos impedían proseguir la zapa, y un hundimiento me habia matado dos hombres.—Me replegué otra vez á Beacar: allí descansé dos días y en estos dos días se me ocurrió una nueva idea: mandé á uno de mis lebreles á Fornelos de Montes para inquirir noticias... y las otras cuatro y yo nos internamos en el valle de Lemos, donde cargamos siete caballerías del mejor vino de Amandi.—En Beacar esperé á mi emisario, el cual me impuso bien pronto de cuanto pasaba en el castillo de Alemparte. No habia, pues, tiempo que perder para mi propósito, por que indudablemente del consejo que se habia de celebrar aquella noche resultaría la decapitacion de nuestro hermano mayor y la coronacion del Borborás.—Aquella misma tarde me puse en camino para Zás de Brues con mis cinco lebreles y las siete



de cuanto pasaba en el castillo de Alem-  
parte. No habia, pues, tiempo que perder  
para mi propósito, por que indudable-  
mente del consejo que se habia de cele-  
brar aquella noche, resultaria la decapi-  
tacion de nuestro hermano mayor y la co-  
ronacion del Borborás.—Aquella misma  
tarde me puse en camino para Zás de  
Brues con mis cinco lebreles y las siete  
caballerias cargadas de vino de Amandi,  
pidiendo á Dios fervorosamente que en-  
viase una de esas tempestades de otoño  
tan continuas en nuestro pais.—Dios pa-  
reció atender á mis ruegos, pues á la caída  
de la tarde y conforme ibamos subiendo  
penosamente por las vertientes escabrosas  
del monte Ollos, empezó á llover á mares,  
á silvar el viento y á tronar espantosa-  
mente en las alturas.—Luchando con es-  
tas contrariedades, subimos hasta la tor-  
re, nos fingimos emisarios del obispo de  
Compostela... con aquel regalo de vino  
para la guarnicion de Zás... bebieron to-  
dos sin desconfiar de nuestros trajes de  
rufianes... se emborracharon... y héte á  
nuestro hermano mayor fuera de la torre  
hasta que vosotros sorprendisteis la eva-  
sion...

—Lo que no dejó de favorecer mi plan  
en cierto modo—interrumpió el hidalgo  
de Landrove—como vereis en mi relato.

—Habla, pues,—gritó D. Froila salien-  
do de su estupor—ya te oimos... No olvi-  
des que debes empezar por justificar tu

fraternidad de sangre para con nosotros.

El hidalgo de Landrove se sonrió negligentemente.

—De mi relacion surgirá esa justificacion, sin necesidad de empezar por ella.

—Veamos.

—Sí, veamos; repitió Senracino con no menos ansiedad y desconfianza que su hermano mayor.

El hidalgo empezó así, dirigiéndose al coloso.

—Despues que hemos hecho nuestra apuesta, bebiendo el uno la sangre del otro (1) yo, vestido de peregrino me dirigí à Lugo desde Aldapena con objeto, no de reunir huestes, sino con el de llevar à cabo el plan que me habia propuesto con auxilio del cabildo de aquella cathedral.— Cuando llegué á esta ciudad no pude contar con nadie para realizar mi pensamiento, porque el clero, que habia tomado una parte tan activa en nuestro favor, se hallaba aterrado, huyendo à la desbandada. Entonces me dirigí á Puertomarin, siguiendo siempre la orilla derecha del

---

(1) Costumbre de aquellos tiempos en que no todos sabian escribir. Se picaban un dedo y bebian la sangre recíprocamente para cerrrar un contrato. Este juramento ó esta apuesta sagrada de los Dornas, en que el que ganase era dueño de la vida, de la honra y de la hacienda del otro, tiene un interés grande en la cuarta parte de nuestra historia, segun las notas que recogimos.

Miño, y de Puertomarin á Chantada. Al salir de este pueblo una mañana muy temprano con ánimo de llegar á dormir á Cea ó á Maride, encontré un hidalgo bien armado que cabalgaba delante de mí en un alazan brioso. Como ambos nos dirigiamos por una misma senda, bien pronto trabamos conversacion, y supe por ella que aquel hidalgo se llamaba Ermefredo de Landrove y que acudia á Fornelos de Montes, desde sus montañas de Orol y Chavin, cerca de Vivero, á ofrecer su espada al Borborás de Alem- parte, instigado por el conde de Dozon, pariente suyo. Yo, me manifesté extraño á los movimientos que ocasionaran las guerras del Miño, y él, en su afan de hablar, y hablar, no solo me contó todo cuanto yo sabia, sino hasta su vida doméstica en su torre de Landrove: me contó que tenia una mujer muy bella, sobrina de aquel conde, pero tan desenvuelta que encontraba gentiles y donosos hasta sus criados; por lo que él aburrido iba á hacerse matar en el primer encuentro que tuviese. En pocas horas se estableció entre los dos tanta familiaridad como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, y me enteré tanto y tanto de cuantas cosas le pasaran en el mundo, que sabia mejor su historia que la mia propia. Desde que habia empezado á hablar con aquel hombre, se me habia fijado una idea tan fatal, que en vano pude domi-

nar, y cuando llegamos à Carboentes, no pude menos de ponerla en pràctica. En estas montañas nos paramos à comer, él sacò las viandas que llevaba y yo las mias, las juntamos, y nos pusimos à devorarlas à orillas de un arroyo, que engrosado con los derrames de aquellas sierras, forma luego el rio Arenteiro. Cuando concluimos de comer, el hidalgo se acercó al arroyo cuanto pudo, estendiéndose de boca hàcia él para beber sus cristalinas aguas. Entonces, eché mano à mi puñal y se lo clavé en la espalda rápidamente, clavando à la vez su cuerpo contra la tierra.. No necesité secundar el golpe, porque el desgraciado no se movió.—En seguida le despojé pieza por pieza de su armadura, arrojé à un lado mi traje de romero, y me armé caballero con sus arreos, sus armas y su caballo.—Ligero como un rayo, me lancé à todo escape por aquellos sitios, camino de Alemparte, abrogándome el nombre de mi víctima, Ermefredo de Landrove.

—Pero los cabellos... los cabellos!—esclamò el conde de la Limia-alta—cuándo justificais los cabellos de los Dornas, si efectivamente sois Vitila.

—Y las pecas...? las encendidas pecas de los Dornas...? prorrumpió à su vez Senracino.

—Pronto... pronto...—contestó el hidalgo—precisamente iba à tocar

esos extremos, ya que aun dudais de que no sea vuestro hermano menor.

Los otros dos Dornas no separaban la vista de él, siempre recelosos de alguna nueva celada.

El hidalgo prosiguió:

—Al atravesar las montañas de Armendal, cuando ya me faltaba poco para llegar á Fornelos de Montes y presentarme como tal hidalgo de Landrove en el castillo de Alemparte, me acordé que mis cabellos... todo mi rostro me desmentirian pues entre los confederados habia unos, que como el conde de Dozon, conocerian mucho á Ermefredo, y otros que como Fillao de Armeà, conde de Maceda, conocerian tambien á Vitila Dorna.—Esta conviccion daba al traste con mis proyectos, pero, *rojo y tenaz como un buen Dorna* no podia desistir de ellos, y esto me hacia caminar mohino y de mal talante.—Al cabo de algun tiempo me apeé del alazan, y me senté junto á una ermita, llamada de Nuestra Señora de Nieva. El ermitaño, que es un moro convertido, se me acercó atraido por la curiosidad, y le inspiré tantas simpatías por el estado de abatimiento en que me veia sumergido, que me ofreció albergue para aquella noche. Aquel descanso y aquel amigo no me venian mal mientras no encontraba un medio de desfigurar mi semblante, medio que cuanto mas discurría menos se presentaba á mi imaginacion.—Me aproveché,

pues, del ofrecimiento y tanto mas cuanto que el moro converso lo hacia con tal interés y tal simpatia por mí, que era de admirar. Llegada la noche nos acostamos, tomando antes un buen trozo de ternera asada; y á eso de las doce me despertó un ruido de metales tan extraño que me impuso. Levanteme... busqué á tientas el lecho del ermitaño; pero el ermitaño no estaba en él. Despavorido iba á exalar clamores de terror, cuando distinguí una ráfaga de luz cárdena, que salia por debajo de una puerta. En alas de la curiosidad me acerqué á aquella puerta, miro por una regandija de la cerradura de madera que tenia, y vi al moro entre esqueletos de hombres, que hacia mover y chocar entre sí á medida que subian ó bajaban las llamas azules y verdes de una hoguera que tenia á los pies. Aquel espectáculo me privó el habla... ó aquel ermitaño era el demonio ó un quiromántico. Atento á todo, el moro apagó las llamas de la hoguera, los esqueletos dejaron de animarse á su luz, y todo quedó en una oscuridad completa.—Al poco tiempo sonó un chasquido y un punto de luz roja apareció en el oscuro espacio de la cueva... despues aquel punto rogizo como sangre se agrandó hasta formar un sol de tan extenso disco, como el ámbito de la cueva, y dentro de él se dibujó la severa figura del moro de cara á mí; con los ojos tan clavados en la puerta, que sus miradas

parecían penetrar dentro de mi pecho. Yo quiero gritar...huir de aquel maleficio... pero la voz no salía de mi garganta, y mis pies parecían clavados en el suelo. Entonces, aquel sol fué reduciendo su diámetro por grados, hasta fijarse en el punto de luz primitivo... sintióse un sonido vibrante y metálico como si saliera de dentro de mi mismo cuerpo y.... el moro me dijo sonriendo:

—«Entrad, buen hidalgo, y os enseñaré los adelantos de mi ciencia...»

Al decir esto abrió la puerta, como si estuviera segurísimo de encontrarme pegado á ella, me cogió de una mano y me internó en la sala de sus conjuros diabólicos. Allí me impuso en muchas cosas que yo ignoraba respecto á la naturaleza, y me dijo que aquellas noches se hallaba ocupado en combinar ciertas sustancias con el azufre para inventar un elemento tan vivo como el viento y mas destructor que él, y mas fuerte que él.. una sustancia que puesta debajo de la roca mas grande, la hacia volar al inflamarla con una chispa de fuego.—Yo me sobrecogí de terror nuevamente, y sin embargo, en medio de mi terror, sin duda por inspiracion del cielo en favor de nuestra causa, se me ocurrió preguntarle si mi semblante podria transformarse de modo que no me conocieran ni los mas allegados. La pregunta le sorprendió y tardó en contestarme. Yo, para destruir las sospechas

siniestras que pudiera concebir de mi pregunta, le fingí una historia de amores en que jugaba un tirano, cuyo tirano tenía encerrada á la señora de mi alma, noche y día. No dudó de esta historia el buen moro, y me ofreció auxiliarme con todo su poder; preguntándome si quería empezar mi transformación por la voz. Incliné la cabeza en señal de asentimiento, y el moro entonces tomó un frasco que tenía cerca de sí en una estantería, y me invitó á que bebiera de él y vería como al punto se me pondría la voz tan bronca y áspera, cuanto dulce y suave era entonces. Yo rehusé tomar bebida alguna.... á todo lo que tubiera que entrar por la boca sentía una repugnancia invencible. El me dijo que para la transformación de la voz era preciso aquello... yo le contesté que transformara mi semblante, que una vez transformado, la voz sería lo de menos.

—En efecto—dijo el conde:—si es cierto que eres Vitila, la voz es la misma.

—Y el color de los ojos—afirmó Don Sennacino.

El hidalgo prosiguió:

—El moro me dijo que se haría mi transformación sin que pasase molestia ni repugnancia alguna; y que para ello bastaba tocar dos cosas, los cabellos y el color del semblante, porque el color de nuestros cabellos y las pecas de nuestro rostro son particularidades tan caracterizadas de raza, que una vez oscurecidas, nadie ni



una repugnancia invencible. El me dijo que para la transformación de la voz era preciso aquello... yo le contesté que transformara mi semblante, que una vez transformado, la voz sería lo de menos.

—En efecto—dijo el conde:—si es cierto que eres Vitila, la voz es la misma.

—Y el color de los ojos—afirmó Don Sennacino.

El hidalgo prosiguió:

—El moro me dijo que se haría mi transformación sin que pasase molestia ni repugnancia alguna; y que para ello bastaba tocar dos cosas, los cabellos y el color del semblante, porque el color de nuestros cabellos y las pecas de nuestro rostro son particularidades tan caracterizadas de raza, que una vez oscurecidas, nadie ni aun mi misma familia me conocería.—Esto me regocijó.— El moro cogió otro frasco, vertió en las palmas de las manos unas cuantas gotas de una sustancia negra como la tinta y cogiendo mis cabellos entre sus manos me los frotó por algunos instantes... después las cejas y la barba. En seguida sacó una plancha metálica, blanca y brillantísima: me la puso delante y me vi en ella desconocidísimo.—Satisfecho con esta primera prueba, le pregunté si aquel tinte se gastaría ó sería eterno, y él me contestó que jamás se desvanecería ya aquel negro brillante de los cabellos hasta que se frotaran con otra agua que me enseñó. ¡Sus palabras

me tranquilizaron, pues aun cuando todo lo sacrificaría por la libertad de mi hermano mayor, quisiera morir con los cabellos con que murió mi padre, y murieron todos nuestros abuelos. Despues de aquella operacion, el buen moro sacó una caja que tenia una sustancia pastosa de color morado, y con aquella sustancia me frotó toda la cara: y luego aplicó al rededor de ella una llama azul que salia de un espíritu que ardia en un vaso de barro, cuya llama debia ser un secante muy consistente del color de la sustancia morada de la caja, pues al presentarme otra vez la plancha para mirarme en ella, la cutis bronceada que habia adquirido, parecia de nacimiento. El pasaba sus manos por mi rostro, y yo las mias, y nada, el color no se desvanecia y parecia tan natural que me aterraba. Todo aquello diríase que era un sueño.

—Y el nuevo color del semblante ha de ser tambien para siempre? preguntó el mayor de las Dornas.

—Yo le hice la misma pregunta al moro—repuso el hidalgo y él me contestó que como el color de los cabellos, duraría hasta que yo quisiere.

Don Senracino hizo un gesto de duda.

El hidalgo sorprendió aquel gesto.

—Sin embargo—dijo el hidalgo—fuera que el moro no me hubiera frotado bien con aquella pasta ó porque su virtud se desvaneciera, tengo aquí, debajo de los cabellos....

Y señalaba á un lado de la frente.

—Tengo aqui un claro, que trato bien de ocultar con la melena, en el que se vé mi verdadero color....

—Y alguna peca en él?—preguntaron vivamente los dos hermanos, aproximándose al hidalgo con igual sentimiento de curiosidad.

—Si.... vedla.

Los dos Dornas clavaron los ojos en aquella parte de la frente, que les mostraba el hidalgo.

—Vitila!!—esclamaron á la vez, reconociéndolo por aquellas señales mas que por nada.

Y ambos le tendieron los brazos con gozo.

En seguida el conde le mandó continuar su historia, tomando gran interés en sus peripecias sangrientas y en sus transformaciones quirománticas.

Don Senracino se hallaba con la boca abierta, en una especie de admiración estúpida, que diseñaba su carácter, su temperamento.

Vitila prosiguió:

—Trasformado de aquella manera, me presenté en Alemparte como parcial del Borborás y enemigo de los Dornas. El conde Dozon, mi señor tio, se mostró muy complacido por haber accedido á su ruego viniendo á poner mi espada en el platillo del ala derecha, en aquella balanza cuyo fiel era el rio Miño. Como no conocia á Ermefredo de Landrove, pasé

para él por tal, y de tal modo que me presentó al alto clero y á la alta nobleza como un ilustre campeón.

Una vez admitido entre mis enemigos con un nombre supuesto, estudié bien las entradas y salidas del castillo, las de la cámara del Borborás, el panteon de la familia.... todo.... todo; y en seguida dí principio á mi plan de zapa, recogiendo del moro sustancias fosforescentes para aterrar al tirano, como le decia á él, que esclavizaba al objeto de mis amores. Una noche, pues, entré secretamente en la cámara del Borborás, en ocasion en que él dormia profundamente: y seguro de que todos se hallaban dormidos en Alemparte, produge de repente un sonido vibrante, una especie de estallido eléctrico que me enseñó á hacer el moro, estallido, que el que lo oye parece que sale de su mismo cuerpo. El Borborás despertó aterrado: encendió luz, y yo me retiré antes. Despues, convencido él de que no habianadie en su cámara, volvió á acostarse, tomando aquello por una pesadilla. Al cabo de algun tiempo, volví á entrar y á producir dos sonidos tan consecutivos y particulares que me imponian hasta á mí mismo, y en seguida lancé al espacio una especie de luz cárdena, violada, que iluminaba la cámara sin poderse decir donde tenia su foco, á cuya luz aparecia como un espectro, pues sobre el ropon negro que yo vestia, blanqueaban solo los huesos, el

armazon oseoso de un esqueleto, gracias á las composiciones del moro. El Borborás se aterró mas y mas... dando diente con diente, al paso que yo producía un rumor semejante al que harian los huesos si se chocasen ó un vaso que se llenase. Yo me habia enterado bien de los comarcanos, de todas las circunstancias anejas al *trasno* de Alemparte, y eran casi iguales á las que cuentan en nuestras tierras del *trasno* de Aldapena; y por lo mismo estendí sobre don Veremundez la mano blanca, y con voz lúgubre le dije: «Vengo del otro mundo para atormentarte, hasta que no cumplas lo que quieren Dios y tus nobles abuelos: perdonarás al conde de la Limia-alta! lo casarás con tu hija, y pondrás en sus frentes la corona de Rechiarrio.» Despues de decirle estas palabras, retiré la mano blanca, y estendí la negra, diciendo: «¡Ay de tí, si asi no lo haces! morirás desastrosamente é irás al infierno por toda la eternidad.» Al concluir de decir estas palabras, soné otra vez los huesos, y desaparecí como una sombra.

Los Dornas exclamaron sonriéndose:

—¡Eres el mismo demonio, Vitila!

Vitila prosiguió:

—El nuevo Ermefredo de Landrove, poco ó nada debia desmerecer á Vitila Dorna en gracia personal, pues una noche, hallándome en el gran salon del castillo, donde se reunian todos los confederados, defendiendo en un corro la política de

conciliacion que habia iniciado ya D. Veremundez, lo que era buena señal de que mis cortas exhortaciones sepulcrales daban buen fruto, me encontré con dos citas de amor....

—Rayos!—esclamó D. Senracino dirigiéndose á su hermano mayor—¿lo oyes? hasta en todo es afortunado!... damas... damas, mientras yo conducia pellejos de Amandi por precipicios horrorosos!

Don Froila sonrió.

Vitila prosiguió su narracion, ocultando los nombres de las dos damas.

—Aquellas dos citas fueron bien desgraciadas para mi.

Y exhaló un suspiro.

—Una de aquellas damas sabia mas que yo, y su cita no pareció tener mas objeto que arrebatarme un ramo de flores que me arrojara la otra desde un ajimez, para sorprenderme despues en los brazos de ella y... pero... ¿á qué hablar de amores ahora? La política reclama mas nuestra atencion. Hablando ahora con uno, luego con otro, y luego con otro, bien pronto me enteré de la divergencia que habia entre los confederados, y la divergencia es la gangrena de todos los partidos políticos, porque pronto los devora. Las ideas de conciliacion que iniciara el Borborás, habian hecho nacer un tercer partido, el del conde de los Brigantinos.

—Don Hermerildo el Tembrante! esclamá don Froila.

—Sí, don Hermerildo... ó mas bien su mujer, Iberia de Montrove, que es el mismo demonio. ¡Ay, si, es el mismo demonio!

Y estas últimas palabras las pronunció el hidalgo con tanto dolor como coraje, cual si tuviera clavado algun desaire en el corazón.

—Este tercer partido—prosiguió Vitilargia sordamente entre aquellas disensiones que dividian á los confederados del ala derecha, impulsado por el obispo de Tuy y otros magnates, á quienes á su vez impelia la condesa Iberia de Montrove, su alma. Este tercer partido se manifestaba abiertamente hostil á nuestros intereses, pues condenaba de hecho las ideas de conciliacion que iniciara el Borborás, respecto á las dos grandes parcialidades de las bandas del Miño. Yo le temia mas que á nada, llegado el dia del consejo; y por lo mismo, la víspera de su celebracion, me valí de todas las hechicerias del moro para penetrar como un fantasma en la cámara de D. Veremundez y arrastrarle hasta los subterráneos del castillo, donde repetí una escena de brujeria semejante á la anterior y donde le obligué á jurar sobre la tumba de sus padres el cumplimiento de las inspiraciones que recibia. Tan aletargado quedó el Borborás de resultas de mis amonestaciones sepulcrales aquella noche, que al otro dia no se pudo celebrar el consejo á las

diez de la mañana, aplazándose para las diez de la noche sucesiva. Esto me infundió nuevas esperanzas, porque nada como la noche para los buenos efectos de mis maquinaciones infernales, auxiliado tan poderosamente por el moro converso, ermitaño de Nuestra Señora de Nieva. Llegó, pues, la hora de reunirse el consejo... el cielo toma parte en nuestro favor, y envía una de sus tempestades aterradoras. El Borborás se presentaba en la asamblea pálido y demudado sojuzgado aun á mis influencias pavorosas de la noche anterior. El Borborás espone sus ideas de conciliacion... conforme á mis inspiraciones, esto es, la union de las dos grandes parcialidades del Miño, por medio de vuestro enlace con su hija: los confederados del ala derecha vacilan, apoyados por el obispo de Compostela.... el tercer partido levanta la voz para aprovecharse de aquella incision.... y entonces el Borborás no pudo menos de dar las razones que tenia para llevar á cima su pensamiento; y el fondo de estas razones eran los filtros diabólicos de mi querido moro. A la historia del espectro que refirió D. Veremunde, el obispo de Compostela, que vacilaba, se le adhiere, y solo quedò en disidencia el tercer partido, el de los brigantinos, que protesta contra los deseos del Borborás. Al lanzar esta protesta el clero y la nobleza, una exhalacion sumamente llameante parece cegar á los con-



federados, retumba fuertemente un trueno y todos caen de rodillas como si hubieran lanzado una heregia, suplicando á Dios que si aquella idea del Borborás era efectivamente celestial, lo hiciera patente con un milagro. Este instante era el que yo deseaba, y lanzando al aire, sin ser visto de nadie, unas materias inflamables que me diera el moro nigromántico, aparecieron en las alturas del salon dos luces formando dos coronas, las que descendiendo lentamente, concluyeron por formar una corona sola. A la vista de este espectáculo, que caracterizaron de milagro, ya no dudaron del Borborás ni de Dios... y cuando en el mismo momento entró un correo del conde de Andrade participando vuestra fuga, todos se precipitaron, no á coger al fugitivo de Zás de Brues, sino à ofrecerle la corona con las condiciones con que os la ofrecieron.... de modo que, ganando mi apuesta con D. Senracino de la manera que la gané, *el Sil*, que es el Borborás, *llevarà el agua*; y vos, D. Froila, que sois *el Miño*, *llevaréis la fama*.

## IX.

### Xuro en Cruz, Xuro en Zás.

A estas palabras de Vitila, el conde de la Limia-alta iba á arrojarse en sus brazos para mostrarle su agradecimiento; pero como si otra idea le asaltara de repente, se contuvo.

—Hermano, le dijo; yo reconozco tus sacrificios, y ellos te hacen digno del galardón que nuestros abuelos te reservarán en el cielo, pues por medio de tus sortilegios pones á mis plantas la corona de Remismundo; pero... yo no puedo aceptarla... ni la aceptaré jamás de esa manera, no porque mi conciencia se subleve contra los medios que has empleado, porque en política todos los medios son buenos, como den resultados satisfactorios....

Don Senracino se quedó asombrado á estas palabras de su hermano mayor.

—Poder de Dios! exclamó: te resistirás aun á salir de esta cueva infernal, y ser rey del país!

—Si... si... no quiero deber la corona al hombre que mas aborrezco en el mundo! No sabeis lo que esto humilla.

—A él no se la debes, dijo Vitila; á mi me la debes, no á él. Si no fuera por los medios que empleé, el Borborás jamás te la hubiera ofrecido.

—Pero yo la hubiera conquistado, dijo don Froila con altivez.

—Cómo—esclamó; D, Senracino.—De que modo la hubieras conquistado si las tentativas de nuestro hermano Vitila hubieran fracasado como las mias?

—Tras de vuestras tentativas seguirian las de los condes del ala izquierda.

—Si!—esclamó Vitila—sus cadáveres tendidos en Chans de Bilan, volverian á animarse para ello!

Y sonrió irónica y lugubrementemente.

—Todos no han quedado muertos en la llanura: si el conde Neira de Jusá cayó muerto en Puente Castrelo y los de Chamoso y Monterrey y Chans de Bilan, aun quedan los de Tribes, Sanabria, Milmanda, Lemos, Fonsagrada, Pallares, Laza, Vierzo y otros.

—Ni la mitad! exclamó don Senracino dolorosamente; el de Tribes sucumbió de sus heridas, el de Sanabria quedó sin brazos, el de Lemos ciego y el del Vierzo se negó á cederme una docena de lanzas.

—Hermano... no pienses en los nobles del ala izquierda, pues casi la mayor parte de los que han quedado duermen sobre sus reveses, arrepentidos de haber desnudado la espada en honor de tu causa.

—El clero del ala izquierda, tiene recursos para armar mesnadas.

—El clero... el clero... prorrumpió Vitila! el clero anda á la desbandada.. vagamundo... perseguido; ese era mi pensamiento cuando me dirigí á Lugo.

—Oh! exclamó el conde de la Limia-alta con rabia concentrada, por qué matais mis esperanzas? dejadme vivir con ellas... Huid... salid de mi presencia y dejadme morir como cumple á los altivos Dornas.

Y se levantó colérico y alterado del lecho que le servia de asiento.

Don Senracino bajó los ojos y guardó silencio: era tal el respeto que tenia á su hermano mayor, que temia contrariarlo en lo mas mínimo.

Vitila le tenia otra clase de respeto, y viéndolo de aquel modo exasperado, dulcificó su voz lo mas que pudo, y trató de persuadirlo como si se arrastrara en pos de él como una serpiente boa para fascinarlo.

Dejó pasar unos instantes de silencio, durante los cuales don Froila volvió á sentarse abatido, y luego dijo:

—Bien! ya que asi lo quieres sea... Ya que quieres morir en esta cueva, y no sobre un trono... ¿qué nos queda que hacer

si no encogernos de hombros con la conciencia tranquila?

El conde de la Limia-alta calló: no le contestó nada.

Las palabras de Vitila eran lentas, suaves y sentidas: parecían apoderarse del corazón sin poderse rechazar á la vez, ni una á una.

—Hè ahí una cosa que no se comprende--continuó--en vez de la muerte horrible que le espera... ¡la muerte del hombre! te ofrecen una corona y una muger jóven y bella, y tu aceptas lo primero y rehusas lo segundo!

—Hé ahí precisamente porque prefiero la muerte, por no unirme á una muger que no conozco—prorrumpió D. Froila con impetu—para mi no hay mas que una, y todo lo sacrificaría por ella, para cuanto mas casarme con otra!

A estas palabras, Vitila avanzó dos pasos hácia su hermano mayor con una altivez extraordinaria.

—Ciego!--le dijo--vuelve á la luz, y lo verás mas claro todo: te verás sobre un trono, con tu esposa á los piés y tu querida en los brazos!

D. Froila se levantó como deslumbrado por un rayo de luz... como si aquellas espresiones de su hermano menor le iluminaran completamente en el abismo de sus padecimientos, de sus delirios amorosos por el Angel de la muerte.

—Si--continuó Vitila--sal de aquí...

sube las pendientes del Pico-sacro (1)... coronate por rey de Galicia... y ¿qué importa que tengas que compartir tu lecho con una belleza que no conozcas, amando à otra tan ciegamente como la amas? Esa belleza puede vivir tan solo los dias que tu señales, y la que adores sustituir-la inmediatamente.

—Imposible, hermano, Eugea Horban de Sandiaes no existe mas que en memoria para mí, y en vida para su esposo Wimaredo del Couso de Celme!

—Y ¿eso lo dice un rey? Wimaredo, como todos los nobles del pais, te buscará para besarte la mano en señal de vasallaje: pues ahora no se trata de parcialidades políticas cada una con su rey, sino de una sola familia y un solo amo. Wimaredo, pues, se arrodillará ante tí, y ¡ay de él si no lo hiciera! pesie á su valor indomable; y Eugea Horban será de grado ó por fuerza, la dama del mayor de los Dornas, porque asi lo quiere el rey de Galicia.

—Vitila!—esclamó D. Froila, sonriendo hácia aquel hermoso sueño de amor. —Ay! si eso se realizara, no solo te debería á tí la corona sino la felicidad de toda mi vida. Pero... ella es tenaz como nadie y ademas de amar á Wimaredo como á un Dios, me aborrece de muerte como al mismo demonio!

---

(1) Donde se coronaban los reyes suevos.

—Mejor, hermano mio: quiere decir que con eso será mayor tu triunfo cuando la tengas en tus brazos.—Sé rey, hermano, y verás si eres ó no dueño y señor de *todo*.

Y Vitila recalcó estas últimas palabras con una intencion siniestra.

Don Froila se llevó las manos á la frente, delirante... deslumbrado... no como aquel que trata de alejar pensamientos horribles, sino como el que trata de contener pensamientos seductores.

—Dios mio!—balbuceó—si eso se realiza moriré contento, sea cual quiera la clase de muerte que tuviere. Gozar de las miradas celestiales de Eugea Horban de Sandiaes, de sus sonrisas, de sus palabras, de sus encantos.... oh! eso sería el colmo de la dicha...! A esa sola idea parece que revivo, y desearia cuanto antes tender mis alas de águila para volar á sus pies. Oh! que triunfo tan grande el de tenerla en mis brazos!

Si supierais, hermanos míos, que especie de fascinacion ejerce sobre mí! Su memoria, su solo recuerdo me enloquece: á él debo el no haberme estrellado la cabeza cien veces contra estas paredes como nuestro abuelo Gladilano cuando fué prisionero por los moros. La llaman el ángel de la muerte, y para mi es el ángel de la vida: pues no estando á su lado estoy siempre solo... solo... solo y viviendo con los recuerdos dulcísimos de sus

gracias. Oh! verdaderamente que si yo llego á ser rey, podré vengarme de cuanto mal me hizo el baron de la Limia-baja, y de los desdenes de aquella hermosura que hace latir mi corazon con la esperanza de goces inefables. Oh! ella á mis pies... aunque todo el mundo caiga sobre mí...! Téngala yo en mis brazos, pálida, lánguida de amor... hallándome solo á mi, mirándome solo á mi, y despues que me arranquen la corona, que me arrastren y me despedacen como á un perro musulman. Perdóneme Dios, el pais y todos, pero mi mayor ambicion solo la llena la posesion de esa hermosura que tanto esquivó mi mano. Un dia esa corona me deslumbró por su magnificencia; y las desgracias y reveses que sufrí por adquirirla y ganarla con la punta de la espada, no han sido nada en comparacion de lo que me atormentaron y atormentan los desdenes de Eugea. La idea de ser rey no es mas que un medio: ella al fin. Que me importa á mi que la alta nobleza incline su arrogante frente á mi paso? Qué importa que el alto clero me salude á su vez como al Dios del territorio? Esas no son mas que esterioridades que pueden halagar el alma un dia, y para eso muy ligeramente. Lo que importa, lo que es un placer positivo, lo que dà una idea de la ventura de la gloria, es estrechar entre los brazos á la belleza que adoramos, sentir su corazon ardiente palpitar con el de



uno, beber su aliento embriagador de deleite, mirarnos en sus ojos celestiales, sentir como sus sonrisas deliciosas conmueven voluptuosamente nuestro cuerpo.....Oh! eso es la dicha de las dichas! eso es la felicidad de los cielos!— Por esa felicidad Adan se reveló contra Dios: por esa felicidad fué arrojado del paraiso: por esa felicidad, labró la tierra con sus manos, y la regó con el sudor de su frente: por esa felicidad, fuente inagotable de todas las felicidades, el hombre tiene que ser traidor, falso, perjuro, asesino.... todo.... todo.... y yo lo seré tambien como los demas!

Vitila sonrió como el demonio que conquista un alma; y apoyando las convicciones de su hermano mayor, dijo:

—Sí!—¿qué importa el honor, la gloria, el manto régio, sino gozamos de todo eso en los brazos de la muger amada....? Hermano, yo te juro que siendo rey, verás á tus plantas á Eugea Horban de Sandiaes.

—Si...! si...!—esclamò Don Froila delirante.

Y le estrechò las manos radiante de alegría; pues su amor al Angel de la muerte era una especie de fiebre.

—Si.... si.... ella á mis piés! Y sufra cuanto tenga que sufrir la que sin amor alguno de mi parte va á acostarse en mi lecho con una corona en la frente.

Al acabar de pronunciar el conde estas palabras, se abrió la puerta de la mazmor-

ra, y volvió á comparecer en el dintel el Borborás de Alemparte, seguido del obispo de Compostela y de varios personajes de la nobleza.

Vitila corrió hácia él y le dijo prosternándose:

—Señor,... acabo de reducir al conde de la Limia-alta á aceptar la mano de vuestra bella hija y la corona del reino juntamente. Doy gracias á Dios de que mis palabras hayan llevado la luz de la razon y de la conveniencia al caos de su orgullo y de sus dudas; y á fuer de un buen hidalgo caláico, os felicito á vos y al pais por este triunfo á que he coadyuvado con tan buen éxito, pues él concilia la rivalidad funesta del ala derecha y del ala izquierda.

El Borborás de Alemparte escuchó á Vitila con alegría y sorpresa.

—Por fin!.... exclamó— por fin acepta el trono y la mano de mi hija! Loado sea Dios!!

Y levantó los ojos al cielo.

En seguida, dijo, volviéndose á los que le acompañaban:

—¡Oisteis, señores? adelantémonos hasta el prisionero y oigamos de sus mismos labios la aceptacion de nuestras proposiciones recibidas del cielo.

Don Froila se levantó al ver que avanzaban hasta él.

Don Ataulfo II, llevaba en las manos un

crucifijo, y lo presentó á la altura de la frente diciendole:

—Jura en cruz, jura en Zás, casarte con Adosinda Borborás de Alemparte, logrando de este modo la corona de los reyes suevos.

El conde de la Limia-alta vaciló antes de contestar. Su fiereza sufría una conmoción que en vano podía dominar, y el recuerdo del Angel de la muerte refrescaba su sangre comunicándole impulsos terribles de orgullo.

Vitila se puso pálido.... conocía la volubilidad de su hermano mayor y temía uno de esos arranques de fiereza que dieran al traste con todos sus trabajos de zapa.

—Y.... ¿á qué mas me va á obligar este juramento, señores? preguntó altivamente don Froila Dorna.

—A hacer la felicidad del pais, bajo un solo pensamiento, el de su independencia—contestó el conde de Alemparte.—Despues de vuestro juramento, que unirá á todos los buenos caláicos en un solo lazo, no quedais obligado mas que á ser un buen rey, justo y cristiano en el interior, y un indomable caudillo en el exterior, si el astur y el moro osasen ajar en lo mas mínimo la dignidad del reino. Para uno y otro caso tendreis nuestros consejos y nuestras espadas.

Don Froila vaciló aun...

De repente cerró los ojos, abrió los lá-

bios é inclinándose sobre el crucifijo dijo:  
—Juro en Cruz, juro en Zás, cumplir  
cuanto se me exige.

Y lo besó.

—Si así lo hiciéreis Dios os lo premie,  
y sinó os lo demande: concluyó el obispo  
de Compostela.

Y le echó la bendición.

En seguida, todas las cabezas de aque-  
llos nobles oscilaron como las olas de un  
mar alborotado, y entreabriéndose sus  
bocas prorumpieron en un ruidoso:

¡Galicia por don Froila y doña Ado-  
sinda!

Después, se lanzaron fuera de la maz-  
morra arrastrando sobre sus brazos al  
conde de la Limia-alta.

Al salir del patio de la torre, las gaitas  
montañesas entonaron la alborada con  
sonoroso estruendo; y las concavidades  
del Ollos, del Brues y del Viñao repitieron  
sus ecos de alborozo rasgando las ondas  
purísimas del aire.

## X.

### La Hiena.

Mil y mil veces nuestro país hubiera sido un reino independiente del resto de la península como Portugal, y como Escocia de la Inglaterra.

Mil y mil veces pudo hacer su tributario al miserable reino de Asturias, equivalente á una sexta parte de su grandeza, monárquicamente considerado.

Mil y mil veces pudo haber figurado, sino como reino independiente, al menos, lo que tal vez sería más, como reino absorbente de los demás de la península como lo ha sido Asturias.

Porque nuestro país fué el primero que sacudió el yugo mahometano cuando la reconquista, pues antes que don Pelayo levantara sus pendones en el monte Ause

ba, ya la antigua Caláica habia espulsado lejos de sus montañas à los sanguinarios enemigos del cristianismo.

Pero, como nuestros condes entraban mas bien en los alzamientos monárquicos con sus pasiones individuales que con sus pasiones nacionales; pero como nunca aspiraron mas que à realizar sus ambiciones personales, y no sus ambiciones político-cristianas, de aquí la efímera existencia de nuestras monarquias indígenas, pues apenas un conde se coronaba rey para ser, como solia, ser el azote de sus conciudadanos y no de los enemigos del Estado, cien condes se alzaban à la vez, contra él, ciegos de egoismo, devorados por la envidia.

Asturias sufrió tambien las mismas contrariedades. Abrid la historia y ved cuanto conde fué decapitado por aspirar à la régia prerogativa. Y sin embargo, como el libro de las naciones no es un tratado de matemáticas en que todo se ajusta à las deduciones exactas, solo podemos decir à eso, sin caer en cotradiccion alguna, lo que dice el àrabe de todos los sucesos extraordinarios: *estaba escrito así.*

Sigamos historiando aquellos grandes acontecimientos del siglo IX en nuestra Galicia... Ved, pues, una monarquia que se funda sobre nuestras montañas, mas fuerte, mas poderosa cinco ó seis veces que la de Asturias, en hombres, en territorio,

en recursos, en todo... y ¿quién vá á derribar esta monarquía?

¿El rey de Asturias Alfonso III?

No—porque ha sido arrojado de sus estados, y se ha refugiado en las montañas vascongadas, acosado por el conde astur don Froila.

¿El moro que inunda toda la península desde la bochornosa jornada de Guadalete?

No—porque los gallegos lo habian espulsado hasta mas allá de Braga, obligándolo á repasar el Duero con gran pérdida.

¿Quién, pues, vá á derribar esa monarquía que se levanta pujante y vigorosa, heredera de la gloria de la monarquía sueva, aquella monarquía en que los gallegos conquistaron toda España guiados por su rey Rechiario?

Una muger.

Si—la ambicion de mando, de honores y de un trono, obliga á una muger á conspirar contra los Dornas, nuestros Stuardos, nuestros Braganzas.

Vedla otra vez en la cámara que ocupaba en el castillo de Alemparte: vedla tendida muellemente sobre los almohadones del camapé, resplandeciente de seda y pedrería.

De pie, y cerca de ella, contemplándola hasta con timidez y veneracion, se hallaba un guerrero atlético, cuyo brazo revelaba la pujanza extraordinaria de los héroes

de las creencias escandinavas, pues se parecía á Valí, el dios de los bosques.

Este guerrero era su esposo, el conde Hermerildo ó Tembrante.

Efectivamente que bien merecía el epíteto con que lo caracterizara la admiración popular, pues en aquellos momentos su cuerpo temblaba con fuertes sacudidas al impulso, sin duda, de emociones violentas que en vano podía contrarrestar.

Al oír las voces que daba la condesa Iberia demostrando un enojo terrible é imponente, fácil sería conocer la causa que motivaba aquellos temblores que conmovían al caballero, enteramente sojuzgado á su influencia.

—Oh!—esclamaba ella con furor—no ser yo hombre...! no haber nacido yo hombre...!

Y sus manos se apretaban una contra otra, demostrando la desesperación que la dominaba.

—Si yo hubiera sido hombre:—proseguía— si yo me llamara el conde Hermerildo de Traba, Meirama y Barcia, en vez de Iberia de Montrove, no nos hubieran ganado la partida como nos la han ganado; no vería pasar á otras sienes la corona del reino que debía figurar en las mias...!!

—Pero Iberia...—tartamudeaba el caballero, inclinándose ante ella con respetuosa galantería.



—Oh! callad! callad!—interrumpia la condesa—¿á qué hacer mas protestas de vuestra debilidad? Todo cuanto decis no es mas que probarme vuestra cobardia..!

—Pero Iberia, en nombre del cielo.,!

—Todas cuantas palabras proferís no patentizan mas que vuestra estúpida supersticion... y la miseria de vuestra inteligencia, señor!—El milagro..! el milagro..! que significacion tiene eso por ventura? ¿Qué quieren decir esas palabras que yo encuentro vacias de sentido aplicadas á nuestro pensamiento político?—Dios no interviene evidentemente en las cosas de la tierra, señor! Jamás se ha mezclado en la eleccion de reyes por medio de espectros y de coronas de fuego en la atmósfera de un salon...! Y si interviniera, no seria seguramente para poner la corona de Galicia en la frente de uno de sus hijos que mas le afrentaron á él y á ella con sus crímenes.

—Es verdad... es verdad... en eso tenéis razon, Iberia,

—Y entonces, señor; ¿por qué os dejasteis alucinar por relaciones de espectros y por coronas de fuego, caracterizando de milagro esas formas misteriosas con que algun partidario de los Dornas, mas inteligente que todos vosotros, se mezclaba en los asuntos del reino? Cuando se anhelan subir las escaleras de un trono, afluye la vida á la cabeza; se vive solo con la inteligencia; pero vos... vos habeis reuni-

do toda la vida en el corazon, temblásteis ante una relacion de difuntos ó de almas en pena, y cegásteis entre unas coronas luminosas que brillaron por un instante en el salon, tal vez chispas de luz desprendidas de una tempestad.

—¡Oh! si las viérais, señora!

—No! no!—para que habia de ver eso, que me importaba? Lo que yo queria ver era á todos á mis pies... Lo que yo queria ver seria la decapitacion de Dorna el Sangriento en las hondas cuevas de Zás de Brues... Lo que yo queria ver eran vuestras nobles armas de Trava entrelazadas con las de los Montroves como blason de la corona de Galicia. Todo lo demas de coronas de fuego en medio de una tempestad desencadenada, no serian mas que fuegos errantes, á que vuestro miedo dió la forma de coronas y la significacion cobarde y groseramente supersticiosa que les disteis...

—Yo... como todos, Iberia.

—Todos... ¿y quienes son todos? un puñado de miserables, sin inteligencia alguna, que acogen ciegamente las inspiraciones que reciben de otros mas aviesos, y á quienes si hubiérais tenido discernimiento hubiérais absorbido en vuestra ambicion, pésie á todas las relaciones de espectros y á todas las coronas de fuego que cruzaron el espacio, Pero vos... vos, pusilánime y necio como ellos, vos, corristeis tambien á Zás de Brues y ofrecisteis

la corona del reino á su verdugo mas declarado.

—Sin embargo, Iberia; esto conciliará los intereses de los dos grandes bandos contrarios, del ala derecha y del ala izquierda del Miño; y esto dará mas vigor á la independendencia nacional de la antigua Caláica.

—Miserable!—esclamó Iberia avanzando dos pasos hácia su esposo..

El conde retrocedió tambaleándose, como si estrañara el nuevo furor que escitaran sus palabras.

—Miserable!—repitió Iberia—¿qué quiere decir la independendencia de la patria? Qué significa para nosotros la patria? Para nosotros la patria no tiene valor ninguno: el trono lo significa todo! Qué supone para nosotros la independendencia, la dignidad y el esplendor de la patria si no estamos sentados en su trono? la suerte de Galicia sin su corona, ¿qué vale para la ambicion que llena mi pecho?

El conde calló. Temia enfurecer mas á Iberia con otra manifestacion mas clara de sus buenos sentimientos en favor del país, á fuer de noble caláico.

Este silencio del conde, lejos de calmar la sobrecitacion febril de Iberia de Montrove, parecia enojarla mas, pues mirándole con un desprecio tal como si mirara al último de sus vasallos que osase disgustarla, se dejó caer sobre el camapé

retorciéndose los brazos de una manera imponente.

En seguida empezó á llorar... pero esas lágrimas que en vez de enternecer, exasperan... esa clase de lágrimas que hacen mas daño en el pecho que todas las injurias con que pudieran envilecer á uno... esas lágrimas irritantes de cocodrilo... esos gemidos de la hiena hambrienta que atrae para devorar...

El conde cayó á sus piés en extremo conmovido, y sin dejar de temblar: condicion característica de su debilidad en los primeros momentos de un peligro, y sobre todo delante de su mujer exaltada, casi siempre, contra él.

Iberia se levantó, lo rechazó con aspereza, y salió de la cámara.

El conde de los brigantinos quedó de rodillas; y al verse tan despreciado, inclinó la cabeza sobre el pecho, pálido, convulso, jadeante.

Que contraste ofrecia aquel matrimonio entre si! Cuanto mas galante y caballeresco era el conde con su esposa, ella era mas desabrida, mas áspera, mas cruel. Cuanto mas el conde la consideraba, mas le despreciaba ella. ¿La fiereza indomable de Iberia escitaba acaso aquella exquisita urbanidad con que él la trataba, ó por el contrario, la misma debilidad del amor del conde, provocaba aquella altivez, aquel desamor, aquel desabrimiento de Iberia? Aquellos dos caracteres tan opues-

tos habian nacido asi: antes de conocerse y de tratarse sus almas, ya habian sido vaciadas en dos turquesas equivocadas. Altiya y dominante Iberia por naturaleza, aun cuando se hubiera unido à otro hombre mas altivo y mas dominante que ella, jamás se humillaria à sus insinuaciones buenas ó malas; y cuando no le fuera posible sojuzgarle, estallaria como esos animales dañinos de quienes se cuenta que revientan por plétora de veneno.

El conde de los brigantinos permaneció en aquella actitud por algun tiempo.

Luego se levantó, y paso á paso se dirigió hacia la puerta de la otra cámara à que se habia retirado Iberia.

Una vez alli, llamó quedamente y nadie le respondió.

—Iberia...! Iberia...!—volvió à llamar otra vez dulcemente.

Pero nadie le abria la puerta, ni nadie le contestaba.

—Iberia...! Iberia...!—volvió à llamar despues de algunos instantes—abridme en nombre de Nuestra Señora de Trava: si he de morir de dolor por haberos disgustado, muera à vuestras plantas, pues, señora mia...

Aquellas palabras plañideras, vocalizadas por la figura atlética y magestuosa de aquel caballero cubierto con una pesada armadura de batalla, tendrian una significacion dolorosissima para cualquiera otra belleza que las hubiera oido.

El conde se retiró desalentado, y se quedó inmóvil en el centro de la cámara, con la cabeza inclinada sobre el pecho... Dos lágrimas temblaban en sus párpados.

Después de algunos momentos que permaneció de este modo, se abrió otra puerta... el conde volvió el rostro ligeramente creyendo ver á la condesa, y solo vió al hidalgo de Herbecedo que se presentaba ante él haciéndole mil reverentes cortesías.

El primer movimiento del conde fué pasarse la mano por los ojos para ocultar aquellas dos lágrimas: luego enderezó su gigante talla, y miró con altivez al trovador del Allones..

—Perdonad, señor conde;— dijo Cristovo—si os distraigo; y á fé à fé que al veros tan reflexivamente triste como os vi, casi casi me daban tentaciones de no entrar.

—Bien...bien...interrumpió el conde—y á qué vienes ahora aquí?

—Ah señor: vuestra ilustre señora me envia á vos con instrucciones reservadas.

—Y como no me las dá ella misma?

—Casi, casi, no puede hablar de enferma que está, mi señor: y por eso se ha valido de mi, del mas leal y mas fiel de vuestros súbditos.

El conde hizo un gesto de disgusto: nadie le habia humillado en el mundo como Iberia y ahora le habia humillado por

boca de otro, dándole instrucciones que solo podría recibir de sus labios.

La impresion de aquellas palabras del hidalgo de Herbecedo, en su ánimo, fué terrible.

—Vuelve—le dijo—y dí á mi señora que solo de ella recibiré instrucciones, no indirectamente, ya que le place dármelas así.

—En este caso, mi señor...—dijo Cristovo—Dios os guarde.

Y haciendo otra cortesia profunda se retiró.

El conde recapacitó inmediatamente sobre el carácter fatal de Iberia de Montrove, y conociendo cuanto le disgustaria con la contestacion que le daba por el hidalgo de Herbecedo, esponiéndose á no recibir ni aun aquellas instrucciones por boca de él ni de nadie, corrió en pos de Cristovo, afanoso de saber las decisiones de Iberia, una vez que Dorna el Sangriento iba á ser coronado por rey de Galicia al siguiente dia.

El hidalgo le dijo:

—Mi señor: es la voluntad de vuestra altísima señora que marcheis sin pérdida de tiempo á las orillas del Ulla con todos vuestros caballeros brigantinos.

—A la coronacion!!! ...

—Si, mi señor; que asistais con vuestra mesnada á la coronacion del conde de la Limia-alta, que va á tener lugar en el Pi

co-sacro (1). —Que os vendais como amigo del Borborás de Alemparte, y del conde don Froila, à fin de no despertar sospechas...

—Que vayais en son de guerra como van todos los condes de una y otra parte con sus mesnadas... y que al grito que se de allí por el señor obispo de Tuy de: *¡Galicia por el conde don Hermerildo!* grito que secundarán doce condes con sus caballeros acuchillando à don Veremundez y à Dorna el Sangriento, desnudeis à la vez vuestra espada, y os hagais digno del trono que debereis à sus disposiciones.

—Gracias, Dios mio!-esclamó el conde de los brigantinos alzando al cielo los ojos-gracias de que se me presente ocasion de conquistar otra vez ese trono que tanto desea Iberia, cuando ya todo lo creia perdido!.

Y salió vivamente de la cámara para unirse con su mesnada, à los demas condes que se dirigian hácia las orillas del Ulla, convocados por los heraldos, de las dos parcialidades del Miño.

---

(1) Monte sagrado, donde se coronaban los reyes suevos, y el mas aislado, dominante y céntrico de Galicia.



## XI.

### La coronacion.

Los que hayan leído el drama que hemos escrito sobre *Los Reyes suevos de Galicia*, no podrán menos de convenir con nosotros en que, á pesar de la fusion de razas y de costumbres que intentaran los godos en nuestro país, palpitaba en las venas de sus hijos el espíritu monárquico que los primeros infiltraran.

La Galicia goda es un paréntesis en los anales del tiempo, es un aparte sin significacion alguna histórica, es un interregno de *aspiracion* en la existencia popular, para *suspirar* una nueva nacionalidad mas in-

(2--26.)

dígena, en la *respiracion* del tiempo y del espacio (1).

Este periodo de descanso ó de tomar aliento, como se dice vulgarmente, se alteró de una manera notablemente gráfica para la historia.

Por qué.... llega el siglo VII.... y el viejo Oriente se desmorona... pues la voz de Mahoma arranca à los árabes de su letargo.... los azuza.. y arroja à la pelea contra la vieja Europa.

En menos de un siglo esos pueblos del Asia invadieron todo el Norte de Africa, pasan à España y esterminan à los visigodos.

Entonces el cristianismo, cuyas semillas se habian arraigado en nuestras montañas, lanzó à nuestros caballeros de cara à las falanges impetuosas del moro; y à favor del entusiasmo religioso que los alentaba, empezó esa lucha homérica de la reconquista.—A los primeros cuadros de aquella iliada caballeresca, cantada entre bote y bote de lanza, nuestra fresca Caláica presenta à la luz del sol sus desfiladeros ensangrentados, si; pero habitados por hombres libres.

---

(1) Nos valemos de una figura talvez muy metafísica para espresar nuestra idea. Nosotros entendemos la voz *aspirar* por la accion vital del cuerpo al tomar aliento, *suspirar* la accion vital de lanzarlo. Estos dos movimientos de vida, constituyen para nosotros la *respiracion* de la organizacion animal, que aplicamos en sentido ideológico al ser constituido, sea persona ó cosa.

Entonces tambien renace el espiritu de nacionalidad que el pais habia manifestado en dos siglos; y acostumbrado al sentimiento de soberania ejercido por uno de sus hijos, coronado en el Pico-Sacro, se emancipa de la corona de Asturias, vuelve la vista á aquel monte Sagrado y eleva á uno de sus condes al templo que se enseñoreaba en su dominante cumbre.

Este conde era el de la Limia-alta.

La nacionalidad Caláica, al crear un rey á mediados del siglo IX, no hacia mas que efectuar una evolucion reactiva sobre la civilizacion sueva, impulsada por el espiritu tradicional de su grandeza

En ese flujo y reflujo de perfeccionamiento, en que los pueblos avanzan y retroceden indefinidamente hasta llegar al fin marcado por la Divinidad, habia sonado la hora de un engrandecimiento importantísimo para el pais, engrandecimiento que no hubiera sido posible sin las sucesivas dominaciones que sufriera, que es lo que hemos pretendido demostrar en cuanto llevamos escrito de este cuadro.

La preponderancia Caláica no habia llegado jamas á una altura tan evidentemente lisongera. Sobre la base de un pasado humillante, pero sangriento, se creaba una situacion política de gran porvenir, porvenir iluminado con todos los colores esplendorosos de un rayo de sol.

Un hijo del territorio iba á ser coronado rey en el monte sagrado. Los Dornas

iban á vincular en el país la dinastía de nuestra nacionalidad: Galicia no iba á ser Irlanda, el reino desheredado; iba á ser Escocia, el reino heredero; y como si el cielo tomara parte en estos placeres legítimos y santos de la tierra, un sol de oro y rosa bañaba con sus brillantes rayos las arboledas pintorescas del Ulla, el viento dormía entre sus hojas perfumadas, y las aves de encendidas tintas cruzaban la atmósfera diáfana y pura de aquel día, saludando á la creación con sus baladas mas gratas, baladas que inundaban el espacio en ondas de sonoridad.

¡Hay días que debían ser eternos en la historia de los pueblos!

¡Oh! venid con nosotros...! ¡asistid con nosotros á la coronación del rey de Galicia sobre la cumbre del monte sagrado; vosotros, los que sentís palpar vuestro corazón al santo grito de patria, libertad é independencia! Que vuestro espíritu nos siga á la eminencia monumental á donde nos arrastra la acción de la historia que escribimos... y consolémonos todos con la perspectiva de una magnificencia que pasó, en medio de la oscuridad en que nos arrastramos... Vivamos de recuerdos como los ancianos, ó mas bien, dejemos por un instante nuestro arrastre miserable de reptil para elevarnos con el vuelo dominador del águila...

Venid... penetrad en esa región que

cruza el Ulla desde que absorbe las aguas del Arnego en Diñaires, hasta que absorbe las del Sar en Dodro: venid... penetrad en esa region en medio de las armonias deliciosas de un dia de sol en nuestras montañas, casi siempre veladas por las nieblas de sus torrentes espumosos.

Ved... Por todas partes atraviesan el Ulla grandes y armadas mesnadas precedidas de sus respectivos condes, de la bandera solariega y de las gaitas y atambores guerreros. Las lanzas, los chuzos, las armaduras y los pendones brillan ondulantes á los rayos del sol, sobre el siempre verde follage de las arboledas que sombrean las sinuosas sendas que conducen al Picro-Sacro.

Acerquémonos tambien nosotros, pero antes que ellos, á este monte sagrado, y veamos porque esta montaña ha conservado hasta nuestros dias esa denominacion respetable.

Atravesemos, pues, el Ulla; no por ese elegante puente que enlaza hoy sobre sus aguas azules la carretera de Santiago á Orense, sino por el Cáborco (1), que los hijos del Pó y del Tiber han lanzado sobre la cortadura que, mas hácia el Norte, tanto particulariza este paisaje.

---

(1) Puentes hechos de argamasa y á modo de lomo de anguila, llamados así en el pais y cuya denominacion la creemos adulterada de la que les darian los romanos.

Hémos entre Marin y Vedra, casi al pie de aquel monte cónico y aislado, que por su elevacion, en medio de un territorio sumamente elevado sobre el nivel del mar, tanto se distingue de todos los puntos de Galicia, y que tal vez por esta circunstancia fue elegido para la celebracion de un acto de tal importancia nacional, como la coronacion de los reyes suevos, pues solo á esta ceremonia político-religiosa debe su denominacion de Monte Sagrado.

Subamos por sus tendidos flancos, y no por el camino tortuoso que tiene hoy, si no por el que tenia á mediados del siglo IX un camino gráficamente histórico, segun los datos arqueológicos que vereis, y que el siglo IX heredó del siglo VII: herencia que el siglo XI, trasportó á la antigua Brigantium para adornar la corte de don Garcia I de Galicia, y que mas tarde fué arrojada á los abismos del mar, como si representase una coleccion de dioses gentílicos.

¿Veis esas estátuas de granito que seguimos en nuestra ascension al monte sagrado?

Pues son las estátuas de los reyes suevos, que segun la costumbre de aquel pueblo, mitad militar y mitad religioso, se hallan colocadas en la senda que conduce al templo sagrado de la coronacion. Asi como los antiguos godos proclamaban un rey levantándolo sobre el pavés, los

suevos daban mas importancia á este acto, haciendo ascender al elegido por un camino guardado por las estátuas de sus antecesores, para coronarlo sobre la cúspide del elevadisimo monte que dominaba casi todo el territorio, haciéndole tocar con su frente las nubes de ópalo y de amaranto que flotan en sus alturas, como si recibiera la corona mas bien por mano del cielo que de la tierra.

Ved esas estátuas y leed las letras grabadas en cada pedestal.

Seguid... nos os fijeis en sus semblantes, ya dulces, ya imponentes; ni en su luenga cabellera, signo de su posicion régia.

Llegad, como yo, á la cima del monte sagrado, y deteneos aqui, al pié de las columnas graníticas y circulares que forman un templo, pero un templo que tiene por cúpula la cúpula de los cielos.

Una vez aquí, humíllese vuestro espíritu como se humilla el mio en señal de veneracion; y luego cernios en el espacio entre las nubes de ópalo y amaranto que coronan la cúpula de la montaña, para asistir á uno de los actos mas nobles de la nacionalidad calaica.

Veis? Las mesnadas que avanzan por donde quiera hácia el Pico-Sacro ya empiezan á subir por la pendiente que hemos subido. Las que parecen venir del ala izquierda del Miño se van colocando

entre estatua y estatua en la orilla derecha de la senda sagrada: y las que parecen venir del ala derecha se van colocando en el mismo orden entre las estatuas que se ven en la orilla izquierda de la misma senda.

De este modo, las mesnadas de una y otra gran parcialidad política, se hallan colocadas las unas frente á las otras: la del conde de Salvatierra frente á la del conde de Monterrey: la del conde de Andrade frente á la del jóven conde de Chamoso: la del conde de Roade frente á la del hermano del desgraciado Fiz Neira de Jusá; la del conde de Altamira frente á la del de Pallares; la del conde de los Brigantinos frente á la del de Miimanda: la del de Villagarcia frente á la del de Laza: la del de Villalva frente á la del de Sanabria; la del de Barcala frente á la del de Fonsagrada: la del de Friol frente á la del Lemos; la del de Mesia frente á la del de Laboreiro: la del de Malpica, frente á la del de Melgazo; la del de Rivadunia frente á la del de Monzao, la del de Rivadulla frente á la del de Armisende; la del Amarante frente á la del de Chaves; la del de Monterroso frente á la del de Ponferrada; la del de Maceda, frente á la del de Courel; la del de Borraqueiros, frente á la del de Triacastela, y la del de Parga frente á la del de Adelan.

El jóven conde del Avia, el hijo del malogrado Vasco Fernandez de Temes, se



halla al pie de la montaña con la suya. —Y entre tanto pendon señorial, brillan las lanzas de los barones de Roupar, Aday, Astariz, Meira, Bembibre, Ruitelan, Louzarella, Forminstan, Larouco, Torante, Ferradal, Lourizan, Orbazay, Touza, Branzá, Grazán, Fervenza, Asorey, Montecel, Gandarela, Brandariz, Oural, Ouzande, Vilaronte, Saviñao, Aldemiras, Trabanca y Amarin; y entre los famosos paladines de una y otra parcialidad, se hallan los denodados Chaos de Cation, los Yebrás de Lán cara, los Senras de Loura, los Cousos de Brandesó, los Chans de Hermostende, los Bieiros de Remesar y los Boanes de Sober.

La asistencia de la nobleza es completa é imponente.

Ved la del clero al rededor del templo: el obispo de Compostela, el de Tuy, el de Mondoñedo y el de Orense; rodeados de infinidad de abades y de monges.

Hemos visto á la nobleza y al clero en este gran cuadro, ¿qué nos falta ver mas como fondo de estos términos?... ¿el pueblo?

El pueblo no existia en aquel pobre siglo IX.

Ved en cambio otras figuras de adorno, tal vez las mas principales, las bellezas del pais, las mas bellas; ved todas esas mugeres que se estienden á la entrada del templo, resplandecientes de hermosura y de lujosos trajes.

Descansad un momento de vuestra curiosidad en esos nidos del amor... Pero no; que ese grupo delicioso no estinga en vosotros el amor á la pátria... No os particulariceis... Abarcadlo todo... seguidme.

Ved la perspectiva deslumbradora que ofrece el monte sagrado. ¡Cuánta bandera, cuánta espada, cuánta lanza! y sobre todo esos colores que centellean, vívidos y tremantes á los horizontales rayos de un sol de oro y de rosa, entre los que se cruzan y recruzan las mil y mil ondas de sonoridad con que impregnan la atmósfera los clarines, los atambores y las gaitas montañesas!

Pero ¿por qué cesan de repente esos torrentes de armonía.

Ah! si... allá... por el camino de Sarandon avanza una lucida cabalgata, cuyos trajes y armaduras relumbran como una nube de topacios entre el ramaje de las arboledas.

Delante se ve una muger jòven y hermosa envuelta entre sedas de oro y pùrpura, como un angel entre los arreboles del horizonte.

Le da la derecha el conde de la Limia-alta, el prisionero de Zàs de Brues, lujosamente ataviado.

¡Que diferencia de ayer á hoy!

Detrás de esa dichosa pareja, cabalga el Borboràs de Alemparte, que lleva á un lado á Senracino Dorna, y al otro á Viti-la Dorna:—hidalgos del Oitaven y de la

Limia, forman en pos una lucida escolta  
¡Hè ahí al Sil perdiéndose, confundiéndose,  
llevando sus aguas al Miño!

Ya llegan al pié de la montaña sagrada...  
Suenan los clarines sus tocatas bélicas...  
¡Oh, que dia de tanto júbilo!

Don Froila y Adosinda suben asidos de  
la mano por la gloriosa senda que subieron  
un dia los reyes suevos...

El clero baja hasta la mitad de la pen-  
diente á recibirlos, entonando los cánticos  
religiosos de un *Te Deum laudamos*.

Las banderas señoriales se inclinan á  
su paso, y las espadas y las lanzas, y las  
plumas de los cascos guerreros, parecen  
tambien inclinarse al soplo errante de la  
brisa, aliento de los ángeles.

Hélos ya en la cumbre de la montaña,  
sobre el pedestal del templo.

Hé allí á Adosinda y al conde de la Li-  
mia-alta...

Sus frentes tocan á las nubes... no hay  
ninguna mas alta. Asi las tuvieron los  
Hermericos, y los Rechilas y los Rechia-  
rios, para ser la gloria del pais; asi tam-  
bien los Fraula y los Teodomundos y  
los Andecas para ser su oprobio.

El obispo de Compostela, Ataulfo II, su-  
be las gradas del pedestal con dos co-  
ronas de oro en las manos, en medio de  
los cánticos religiosos...

En aquel momento el obispo de Tuy  
avanza unos pasos sobre el arco del tem-  
plo, de cara á las mesnadas...

Sus labios van à entreabrirse para pronunciar un grito... y es detenido por el ropon.

El obispo se vuelve vivamente... la mano que toca sus vestiduras es la del trovador del Allones...

—Señor—murmuró á su oído súbitamente—dice mi señora que os detengais, que es mejor en Orense...

Ambos se separan.

Es el momento preciso en que el obispo de Compostela va á colocar dos coronas en aquellas dos frentes...

Todos los espectadores se arrodillan.

Solo quedan en pie los condes del ala izquierda y del ala derecha,

Cruzan sus espadas cada uno con el que tiene en frente....

—Galicia por don Froila y Adosinda!—esclama el prelado colocando ambas coronas..

Los condes caen de rodillas cambiando las espadas ...

La fusion de las dos alas del Miño es tan pintoresca como espresiva.

—Galicia por don Froila y Adosinda!—repiten todos ruidosamente en son de victoria.

Y se levantan, tremolando al aire sus lanzas, sus espadas y sus estandartes.

Ya no se oye nada mas... los clarines, los atambores y las gaitas montañesas, resuenan con tal estrépito que parece el clamor de un soberbio triunfo: y los heraldos

se estienden por las montañas proclamando la coronacion de los nuevos reyes á las puertas de todos los castillos y monasterios.

Oh! qué dia tan brillante en los anales del pais!

¡Oh Pico Sacro! quien no va en peregrinacion á tu cumbre santa y no besa tus calcáreas rocas...! Yo desde las regiones del Africa en que escribo estos estudios históricos, te beso en espíritu, cómo te besé un dia corporalmente cuando pobre y desventurado periodista iba á recoger bajo tu manto de nieblas, mis inspiraciones gloriosas sobre Galicia.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

se estubien por las cosas de la doctrina  
de la doctrina en los tiempos de  
las fiestas de los santos y de los  
tiempos.

Oh! que día tan sabido en las cosas  
de la doctrina.  
El Pío Sacro que se dio en el  
año de mil quinientos y noventa y  
seis. Yo quiero las cosas de la  
doctrina que se escriben en los  
libros. Yo quiero en el espíritu como lo  
son las cosas de la doctrina. Yo  
quiero en el espíritu de la doctrina  
de la doctrina de la doctrina de la doctrina  
de la doctrina de la doctrina de la doctrina.

LIBRO DE LA SEÑORA MARÍA

BIBLIOTECA POPULAR DE GALICIA.

---

# EL LAGO DE LA LIMIA,

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO IX.

POR

D. BENITO VICETTO.

---

Tomo tercero.

---

CORUÑA.—1861.

IMPRESA DE CASTOR MIGÚEZ.

---

Acevedo, número 57.

BIBLIOTECA POPULAR DE GALICIA

# EL LAGO DE LA LIMIA

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO IX

POE

D. BENITO VICENTTO

Tomo tercero

CORUÑA - 1861

IMPRESA DE CASTOR MIGUEL

Avenida número 37



## TERCERA PARTE.

---

# EL ANGEL DE LA MUERTE.

---

### I.

#### La Corte de la hiena.

Ocho días despues de aquella coronacion celebrada suntuosamente en Galicia, pues ponia término á todas las luchas de rivalidad que la agitáran por largo tiempo, la corte se constituyó en Orense.

La antigua *Amphilochia* de los griegos, *Warmsee* de los suevos, *Auria* ó *Aque ocerenses* de los romanos que se reconstruia por entonces, empedrando sus plazas con las lápidas y dedicatorias á los dioses venerados por sus fundadores, empezó á embellecerse mas y mas con la afluencia de gentes que acudian á sus

fiestas y á rendir pleito homenaje al rey Don Froila y á la reina doña Adosinda.

La poblacion acrecentaba de tal y tal modo que bien pronto Loña, Oira, Viso, Erbedelo, Valenzana, Sejalbo y otros pueblecitos empezaron á surgir del manto de viñedos de su valle en extremo delicioso y risueño, orilla del caudaloso Miño, sobre cuyo rio se elevaba ya el famoso puente que se debe á la munificencia de uno de sus hijos, el emperador Trajano.

Para el palacio donde debian residir los reyes, se habia alhajado un gran edificio gótico, que se hallaba situado sobre la misma altura en que hoy existen los murallones del antiguo convento de San Francisco, al Norte de la ciudad.

Los reyes ocupaban todo el frente de este edificio, desde cuyas principales ventanas se veia á los pies el caserío de la poblacion; la parte Sur del edificio la ocupaban el Borborás, el abad del Buen Jesus y los hermanos del rey, y la parte del Este los condes brigantinos, que continuaban ostentando una especie de semi-corte, sombra de la verdadera, pero sombra terrible.

Hácia esta parte del edificio, pues, y en una de sus lujosas cámaras, se hallaba una mañana la condesa Iberia de Montrove, quince dias despues de la instalacion de la corte en Orense.

En el momento en que la presentamos en escena, la condesa acababa de entrar

allí, saliendo de su cámara de tocador, y se disponia á recibir á sus amigos, de cuya presencia se privara todo este tiempo, pues habia padecido una enfermedad que la obligara á guardar cama.

El semblante de la condesa parecia revelar mas que nada su estado de convalecencia. Estaba pálida, algo estenuada... pero una palidez y una estenuacion en extremo poética y hechicera. En todo su cuerpo se notaba ese abandono, esa laxitud de miembros, que pone en evidencia la fatiga y el quebrantamiento de un cuerpo que ha guardado cama mas de una semana.

Como era el conde de los brigantinos el mas poderoso de todos los del ala derecha del Miño, despues del Borborás de Alem- parte, los reyes se habian informado muy á menudo del estado de la salud de Iberia de Montrove durante su fiebre, y como los reyes, toda la nobleza y el alto clero.

Aquella mañana era para la condesa de recepcion, pero de recepcion solo para sus intimidades, y despues habia de pasar á la cámara real á saludar á sus soberanos.

Iberia de Montrove estaba sola, y de tiempo en tiempo demostraba esa inquietud peculiar al que se impacienta por la tardanza de alguna persona.

De repente, una voz melosa cantó intencionalmente, al parecer, y cerca de aquella cámara, esta balada de la época:

No figueiral figueredo  
en ó figueiral entrey,  
seis nenas encontrara,  
seis nenas encontrey.

—Adelante, Cristovo de Herbecedo, adelante, exclamó la condesa con interés.

El trovador del Allones no se hizo de rogar, y entró en la cámara cautelosamente.

—¿Están ya todos? preguntó Iberia con afán.

Y se incorporó entre los almohadones del camapé.

Fué tan pronta esta pregunta, que el hidalgo de Herbecedo no tuvo lugar á hacer sus acostumbradas cortesias.

—Casi, casi, mi señora, contestó.

—Pues, ¿quién falta? volvió á preguntar Iberia de Montrove, con voz trémula.

—¡Oh, mi señora!... faltan... faltan tres para los doce.

—¡Para los doce...! respiró Iberia; esos ya nos faltaban ayer.

—¡Ah, mi señora! es que yo, en mi afán de ver reunidos los doce condes, necesarios para vuestro plan, esperaba haberlos podido presentar hoy aquí.

—Dios me auxiliará para dar con esos que faltan, Cristovo. Ahora lo que conviene es recibir y contentar á los que tenemos.—Al efecto, Cristovo, dime que te parece mi semblante.

Y levantó su cabeza de modo que la absorbiera en su luz, un rayo de sol que pe-

netraba por entre las espesas colgaduras de una ventana elevada.

—¡Ah, mi señora...! estais bellísima, esclamó el trovador acercandose mas á ella.

—Sin embargo, Cristovo, mis ojos deben estar apagados... frios, porque siento una torpeza en los párpados...

—Ah, mi señora... son unos ojos tentadores! esclamó el trovador del Allones juntando las manos sobre el pecho, como para espresar mas y mas el sentimiento de su elogio.

—No obstante, Cristovo, prosiguió Iberia; mi pecho parece hundido... siento una gran opresion al respirar.

—Ah, mi señora! esclamó el trovador, cayendo de rodillas, y cerró los ojos como si fuera á morirse, sin poder concluir el pensamiento.

—Y además, esta voz, prosiguió Iberia; esta voz parece velada... velada aun por la fiebre; me parece que no tiene aquella sonoridad aquella vibracion que tu tanto loabas en tus baladas.

Cristovo abrió los ojos y los volvió á cerrar deslumbrado, porque casi los labios de la condesa tocaban en su frente, y su aliento embriagador lo trastornaba.

Hubo un instante de silencio, durante el cual, el trovador parecia fascinado á los pies de aquella mujer estremadamente bella y voluptuosa.

Despues, Iberia se levantó de su asiento... se detuvo en medio de la cámara,

y como si hablara con otra *existencia* que *viviera* en la suya, murmuró:

—Bien... estoy satisfecha... aun esclavizo á los hombres á mis plantas.

En seguida llamó á Cristovo.

Cristovo, lejos ya del círculo de acción de aquella atmósfera que lo magnetizara de deseos... se levantó y se inclinó delante de Iberia, doblándose como un arco, en señal de obedecer las órdenes que le diera.

—Que entre primero el obispo de Tuy, dijo la condesa.

Cristovo traspuso la puerta de la cámara que daba al salón donde se hallaban los potentados que había de recibir la condesa, y ésta se volvió á reclinar sobre los almohadones del camapé, adoptando una postura magestuosa.

El obispo de Tuy entró al instante, y la puerta volvió á cerrarse.

—Loado sea el señor, que ya os encuentro completamente restablecida! exclamó el prelado acercándose á la condesa y sentándose á su lado.

—Completamente aun no, señor, contestó Iberia; pero si lo bastante para tener el gusto de recibirlos y oír de vuestros labios las buenas nuevas que pudierais comunicarme, despues de los dias que no nos vemos.

—Algo os podré decir con efecto, afirmó el obispo; algo que pueda regocijaros.

Los ojos de Iberia de Montrove brilla-

ron de alegría á estas palabras del prelado.

—Hablad, exclamò dulcemente, hablad! Y se incorporó hácia él con interés.

—Ayer, señora, la funcion ha estado brillantísima. La catedral resplandecía de magnificencia al ungir don Ataulfo II de Compostela á los nuevos reyes de Galicia, coronados como sabeis en el Monte Sagrado.

—Esa no es buena nueva, señor obispo—balbuceó Iberia.

Y volvió à recogerse en su primitiva postura.

—Oid hasta el fin, y lo vereis, señora; prosiguió el prelado: don Ataulfo mismo, que oficiaba de pontifical, se manifestaba entusiasmado como ninguno por el gran papel que el cielo le reservara en aquel acto; pero de repente sus ojos se oscurecieron, le acometió un temblor, y se hubiera desmayado, si yo que estaba á su lado no le sostuviera de modo que nadie echara de ver semejante impresion. Cuando todo concluyó, yo me atreví à preguntarle la causa de aquel vértigo. «Pues qué! me contestó, ¿no visteis lo que en aquel momento vieron mis ojos?... Cuando los condes y varones que rodeaban al rey, desnudaron sus espadas y presentaron sus escudos, ¿no notásteis la heregía que el Borboràs de Alemparte puso en el suyo? Antes tenia este lema: *Cristus Rex venit in pace*. Pues bien: él borró

el nombre del Redentor, y puso: *Froila Rex venit in pace.*

—Y eso es cierto? exclamó la condesa radiante de alegría.

—Ciertísimo, señora.

—De modo, señor, que el obispo de Composteta, que es tan susceptible en materias de religion...

—Está sobrescitadísimo con esa transformación herética.

—Y será nuestro?...

—Desde ayer, condesa!

—Oh mi querido prelado! exclamó Iberia besando su anillo pastoral: que adquisición tan grande! ¡él, que es tan influyente!

—Y sobre ser influyente, señora, formidable; pues sus caballeros de la Barra, hicieron prodigios con sus clavas, en la rota de Chans de Bilan!

—Si... si...

—Y con la adherencia política del obispo de Compostela, condesa, ya no os faltará mas que un solo conde ó baron para vuestro proyecto de proclamacion, pues que á semejanza de la de los reyes suevos, vuestros antecesores, no puede tener lugar esta sin que sea apoyada por doce condes ó barones del territorio.

—Si... si... os comprendo! os comprendo! porque con el obispo de Compostela vendrán tambien á mi bando los condes de Malpica y Altamira: ¿no es verdad, señor?



—Quien lo duda, condesa; si no ven sino por los ojos de don Ataulfo II.

—Ah! señor! ¡qué feliz soy!—permitidme que os abrace como el mejor de los padres!....

Y la condesa abrazó filialmente al obispo tudetano.

—Padre y hermano, Iberia!.. balbuceó con voz sepulcral, devolviéndole el abrazo.

Y una lágrima asomó á sus párpados, desvaneciéndose en el círculo oscuro de sus ojos, hundidos por las vigiliás de la vida ascética.

Aquella lágrima la debió perdonar Dios, y recojerla Froleva en el cielo.

El obispo de Tuy se retiró en seguida de aquella cámara, é Iberia mandó á Cristovo que entrára el conde de Andrade.

Era ya este caballero de bastantes años, y no de muy gentil y gallardo continente, pero tan sensible á los atractivos de la muger, que todo lo perdonaba en este mundo por captarse la ternura y los favores de las mas hermosas que veía.

Adelantose Fernan Perez de Andrade hasta cerca de la condesa, y se sentó á su lado, saludándola antes con esa sonrisa con que debió mirar Adám à Eva en el Paraiso, cuando la serpiente de los *deseos* hacia *hervir* su sangre.

—Dichosos los ojos que os ven, señora: —le dijo el rico-home sin dejar de mirarla voluptuosamente—sin embargo de que no sé si será peor vivir sin veros que vi-

vir viéndoos y no poder apagar uno la sed de delicias que inspiran vuestras gracias encantadoras.

—Siempre con los mismos deseos, señor!

—Siempre, condesa; siempre!

Y la tomó una mano.

Iberia se la abandonó con coquetería.

—Pero, es posible—le dijo con una voz sumamente insinuante—es posible que lo mismo en nuestras marinas que en Alemparte, y en Alemparte que en Orense, no penseis en otra cosa cuando me veis, conde? En vez de saludarme con las palabras de vuestro escudo: *Ave Maria*, no me saludais jamás sinó con palabras de lúbrica galantería.

—Oh, condesa... condesa!... creedme por Dios! Vuestra posesion es el sueño de mi vida! ¡No anhelo ni pienso en otra cosa nunca que en el momento dichosísimo en que pueda veros mia... mia...

Y le besó la mano, mas bien que con respeto, con lujuria.

—Si faltárais á vuestra palabra—prosigió el rico-home de Andrade—si faltárais á vuestra palabra, moriria, hermosa señora de mi alma.

La condesa se sonrió picarescamente.

—Si—dijo al mismo tiempo—os moririais en brazos de otra.

—No... no!... Ninguna muger en el mundo pudiera sustituirros, condesa. Los deseos de felicidad que vos inspirais, nin-

guna otra pudiera satisfacerlos... Oh! sois tan... tan...

Y la atraía hácia sí por la mano el voluptuoso conde sin encontrar palabra alguna para concluir su elogio, como si la fiebre sensual que lo devoraba, siempre que se veía en presencia de aquella mujer, soberanamente bella, desvaneciera sus facultades intelectuales.

Iberia se dejaba atraer hácia el conde...

Bien pronto sus rostros se encontraron.

El conde estampó sus labios en aquellas mejillas, que parecían formadas para la vida del deleite...

El conde iba á propasarse á mas, extendiendo los brazos en ademán de abrazarla, é Iberia se desasíó, desviando su cuerpo con una lentitud cruelmente tentadora.

El conde empezó á suspirar animosamente. Y decimos animosamente, por mas que nos repugne la palabra, porque no encontramos otra mas *ad hoc* para expresar que toda su vida afluíá en aquel momento al cuerpo, nada al alma. Quería hablar y no podía... é Iberia que conocía su estado, lo apreció con una sonrisa semejante á la que debe errar furtivamente por los labios de Satanás al conquistar un espíritu puro.

El conde acercó mas su asiento al de Iberia de Montrove.

—Oh! dejadme... dejadme! exclamó con voz ahogada; ya que os veo un momento

á solas... á solas, condesa, en vuestra cámara, dejadme besaros otra vez...

—Apartad! exclamó ella con lentitud.

Y lo separaba suavemente.

—Oh! nada mas que otra vez, condesa, suplicaba él con la voz velada... la vista estraviada... el ademan perdido...

Ella le cogió las manos.

—A qué esforzaros en vano? le decia con una voz dulcísima, en obtener favores que hoy es imposible, conde. Yo tambien siento como vos...

Y fingia la voz modulándola mas dulcemente.

—Siento tambien como vos las sensaciones de la simpatia que nos une... pero ya sabeis... ya sabeis que hasta que no sea reina, ni nada os debo, ni nada me concederé á mi misma ni á vos. Qué quereis, conde! me he impuesto eso por tormento, y pienso asi espiar mi falta anticipadamente. Sufrid como yo sufro...

—Oh! esto es terrible, Iberia! Esperar tanto y tanto, da una idea del infierno, porque lo que yo sufro es horroroso! Decidme de una vez que desnude mi espada en defensa de vuestros derechos al trono de los reyes suevos, vuestros mayores, y aunque encuentre la muerte en la primer jornada, será preferible al estado de sufrimiento en que vivo!

—Pronto llegará esa hora, conde.

—Oh! lo mismo nos mandásteis á decir el dia antes de la coronacion de Dorna el

Sangriento, que estuviésemos prontos para desnudar la espada á las primeras palabras que el obispo de Tuy pronunciara en el Monte Sagrado, y nada, condesa.... Dorna se coronó y no llegó á sonar esa voz prometida.

—Es decir que empezais á desconfiar de mi! Oh, conde, conde! Si no sonó esa voz fué porque no tenia reunidos entonces los doce condes que, segun las costumbres de los reyes, mis antecesores, han de constituir la coronacion y la jura...

—En ese caso, podreis estar mucho tiempo esperando....

—No, porque ya no falta mas que uno. Y quien sabe si ese se hallará ya en mis salones, viniendo á ofrecermé su espada?— Mis amigos no descansan...

—La ocasion no puede ser mejor, condesa... pues los nuevos reyes de todo se ocupan menos de arreglar el pais... hay mucho descontento... No se piensa mas que en festines.... cada noche un festin régio... Por otra parte, condesa, se acaba de imponer al pais una contribucion fabulosa para organizarlo en estado de defensa, y se sabe que ese impuesto no tiene otro objeto que pagar las deudas que contrajeron los Dornas desde hace mucho.... Apresuraos, pues....

—Sí... sí.... Estad vos preparado con vuestra gente y no salgais de Orense, aunque os lo manden: cuando yo os llame acudid.

—Oh! descuidad!

—Ya sabeis despues... mi triunfo será tambien vuestro triunfo!

—Sí! exclamò el conde levantàndose. Adios! adios, Iberia mia.

Y alhagada con aquella nueva promesa, y volviendo à cogerse otra vez las manos y à besarlas con voluptuoso afan, el conde de Andrade, se desvió de Iberia de Montrove sin mirarla, como si de hacerlo temiera carecer de fuerzas para dar un paso hácia la puerta.

En pos del conde de Andrade, le llegó su turno à Gian de Bertoa.

Era este caballero, hermano del conde de Villalba, y segun recordarán nuestros lectores tan mal hermano, que obedeciendo à las sugerencias malévolas de Cristovo, inspiradas por la condesa, habia prometido concluir con el conde siempre que los nuevos reyes sancionaren clandestinamente aquel fratricidio, no oponiéndose à su heredamiento consiguiente,

Al verlo, al ver su apostura y gallardia, y su fisonomia, altamente agradable y simpática, dificilmente se creeria ver en aquel caballero un hombre de tan perversas intenciones, un alma tan depravada que por disfrutar de mas ó menos comodidades aspirase à dar la muerte à su propio hermano.

Cuando aquel Cain entró en la cámara de la condesa, la saludó con una galante-

ria estremada, y con una entereza que parecia imposible al hallarse frente á frente de su cómplice: su cinismo haria daño á cualquier otra persona.

—No me canso de dar gracias á Dios, señora—le dijo sonriendo—por vuestro completo restablecimiento. Estando ligada mi suerte á la vuestra por los azares del destino, la enfermedad que padecíais, prolongándose mucho tiempo, hubiera dado al diablo con nuestros proyectos, pues sin vos... sin vuestro auxilio, continuaria gimiendo como hasta aqui bajo la presion mas bien de un tirano que de un hermano. Asi que, condesa, al saber que estábais ya buena, me he apresurado como el primero en venir á felicitaros y á ofreceros con mi espada....

—Vuestra corona ¿no es verdad, señor conde de Villalba?—concluyó Iberia sonriéndose á su vez con afabilidad.

—Mi espada y mi corazon, señora—prosiguió Gian de Bertoa, pues mi corona de conde aun brilla en la frente de un mal cristiano, de un hermano infame de quien reniego.

—Brilla hoy—recalcó Iberia de Montrove—pero no brillará mañana.

—Dios os escuche, señora; y de vos depende señalar ese dia en que los estados de mi señor padre reconozcan un señor mas digno que el que hoy tienen en mi cruel hermano; señalad ese dia... *Alboreal*

*diem Crasti*, como dice el escudo de armas de los Villalbas. (1)

—En cuanto á vos—dijo Iberia—ya podeis disponeros para la batida... es decir, ya podeis hacer desaparecer vuestro señor hermano, porque segun el plan que le habeis indicado á Cristovo de Herbecedo, vuestra cuestion es de oportunidad.

—Oh señora! Esa oportunidad depende solo de mi!

—Entendámonos, pues.

—Muy sencillamente, señora. Mi hermano, como sabeis, no tiene mas parientes que yo, y como yo siempre estoy á su lado... ya veis...

—¿Pero qué veo... que hé de ver...?

—Esto—dijo Gian significativamente. Y desnudó su puñal.

—Es decir que vos mismo vais á ser su asesino!—esclamó Iberia manifestando hipócritamente un sentimiento de terror.

—Yo mismo, señora.

Iberia pareció reflexionar algunos momentos.

Luego dijo:

—¿Y no os seria mejor valeros de otras personas...?

—Oh! no!—interrumpió Gian de Bertoa—una vez y nada mas, dice Santo Tomàs.

—No os entiendo.

—Me esplicaré. Desde niño me he acostumbrado à tolerar buenamente el mal

---

(1) Ya viene ó ya amanece el dia de Jesus.



carácter de mi hermano, confiando que al fin nadie le heredaría legitimamente mas que yo, el día en que sucumbiera á consecuencia de sus locuras en beber. Alentado con esta esperanza, yo que nada bebía, me hice bebedor á mi vez para escitar mas y mas el vicio mortal de mi hermano con mis frecuentes libaciones. Habia noche, señora, que al conde y á mi nos llevaban á la cama desde la misma mesa... noches seguidas, en fin, de tal crápula, que no sé como no hemos sucumbido en una. Como su salud, aunque mas deteriorada que la mia, resistia tanto tiempo, desconfié de este medio de realizar mi proyecto; pero como no tenia otro sin apelar á uno demasiado violento, continué tolerando y bebiendo con resignacion hasta que el diablo estuviera de mejor humor y llamara á sí á mi señor hermano. Pero hace cinco ó seis meses, señora, que el miserable pensó en casarse... ya veis, una vez casado... adios herencia, adios condado de mis padres...!

—Ya lo creo.

—Pues bien: entonces fué cuando para deshacerme de él apelé á ese medio violento que os he indicado, y sobornando á un famoso balletero, dispuse una cacería con ánimo de que en ella le diera muerte. Nuestro castillo se halla situado orilla del rio Ladra; y hácia la parte de Boyzan, donde se le une el Belesar, existen terrenos fragosísimos y muy abun-

dantes de caza, cortados por el puente de los Pazos, único punto despejado por donde en una batida, cruzan y recruzan los cazadores aisladamente en persecucion de las piezas. Dispuse la montería en aquellos terrenos, y á mi buen arquero, hombre de valor si los habia, lo situé de antemano sobre un ribazo contiguo al puente para que cuando viese venir hácia alli á mi señor hermano con objeto de atravesar los Pazos, lo asegurase con toda satisfaccion.—Ya veis que mi triunfo era seguro.

—Segurísimo, encareció Iberia.

—Se dió la batida... mi hermano se dirigió al cabo de dos horas al puente de los Pazos, y yo que le veo ir solo hácia aquel sitio en seguimiento de un javalí, espoleo á mi alazan y me lanzo en pos de él para presenciar mi triunfo. Y sin embargo, señora, mi hermano pasó el puente sin novedad!

—Cómo! le faltó la punteria al balles-tero?

—No le tiró!—Me acerco á él; le pregunto la causa, y me contesta que al estarle apuntando, al tenerlo ya seguro, le faltó de repente el valor... y no pudo disparar sobre el conde.—Ya veis que esto era para desesperar á uno.—Le reconvine duramente, me juró y perjuró que no faltaria á su compromiso por cuanto hay en el mundo, y que no pedia à Dios sino que mi hermano volviera á pasar para ase-

gurarlos con el venablo.—Al espresarse así con fuego, le creí; y deseoso como nadie del buen éxito de mi proyecto, lo dejé preparado en el ribazo y me retiré en busca de mi señor hermano para obligarlo á repasar los Pazos con supercherías de caza.—Lo encontré al fin... le indiqué que por el puente de los Pazos pasaban muchas piezas, y mi hermano picó á su corcel y se lanzó á todo trote hácia el paraje fatal.

—Esta vez sería la verdadera—murmuró Iberia.

—No, señora mia.—Mi hermano llegó al puente, y como esta vez no iba á escape sinó al trote, yo no daría un tabardo viejo por su vida; pero ¡ay! al pasar el puente se detuvo, sintiendo cerca de su frente el silvido aterrador del venablo.

—Apuntara mal el ballestero, no es verdad?

—Sí, señora; con el miedo. Yo comprendí algo de esto y me estremecí. Sin embargo, al ver que mi hermano daba frente al ribazo, espoleé á mi alazan y me puse á su lado, temeroso de alguna imprudencia del fornido ballestero.—En efecto, mi hermano lo habia distinguido y le estaba preguntando con ira por qué le habia tirado. El ballestero se arrodilló sobre los peñascos... rindió en el suelo la ballesta y temblando de miedo empezaba á decir señalando á mi... que si le tiraba para matarlo era porque...—Yo no le dí

tiempo para concluir la denuncia que iba á hacer en medio de su terror, y gritándole con voz de trueno: «Miserable... tirarle á mi querido y adorado hermano!.. muere! le arrojé á mi vez un venablo dejándole frio.

—Bien..... bien....!—aplaudió la condesa.

—Ya veis: era preciso eso.

—Yalo creo. ¿Y vuestro hermano no sospechó nada?

—Nada. Creyó que aquel hombre se habia vuelto loco, y nada mas. Pero en cuanto á mí, no me quedaron mas ganas de remitir á otras manos la muerte apetecida, y resolví llevarla á cabo por mi mismo.

—Y ¿cómo desde entonces no lo lograteis?

—Porque no lo intenté mas, viendo que mi hermano desistia de casarse á consecuencia de haber encontrado á la dama de Lanzós, que era su amada, en brazos de un trovador del Tambre.

—Ah!—remarcó la condesa.

—Hoy ya es distinto. Aunque mi señor hermano no piensa en casarse, puede volver á pensar en ello, y esto daria al traste con mi paciencia, y como ademas Cristovo de Herbecedo ha sabido dar en el blanco, proponiéndome lo que precisamente iba yo á hacer, y la proteccion decidida de mi reina...

Y se inclinó ante Iberia.

—Siempre que levante el pendon de los

estados de Villalba en honor suyo: hoy, pues, no espero mas que una señal para desnudar mi daga y consumir la obra que anhelo.

—Y cómo pensais llevarla á cabo?

—Muy sencillamente. Cuando vos me digais: «Tal dia y tal hora necesito de vuestra espada...» lo arreglaré todo para que el dia y hora designado pueda hallarme donde dispongais.

—En ese caso...—murmuró Iberia—podéis sacar ya de Orense á vuestro hermano, bajo cualquier pretexto, con direccion á vuestras tierras de Ladra y del Tambaga... y en el camino esperad un mensaje mio...

—Sentado sobre el cadáver de mi querido hermano ¿no es verdad, señora?

—Eso es...—contestó Iberia con una sonrisa de pantera--me habeis entendido bien.

—Entonces... quedad, pues, con Dios, reina de Galicia!

—El os ampare, conde de Villalbal

Y la condesa volvió á quedar otra vez sola.

Cuando Gian de Bertoa traspuso la puerta de la cámara, se presentó en ella el conde de Barcala.

Este personaje era un jóven de elevada estatura y de una fuerza extraordinaria para blandir la lanza: y todos sus goce se reducian á dar batidas en sus montañas de Eyron y Alvite. La fama le ha-

cia tan diestro cazador como temible guerrero; y jamás rico-home de nuestro país tuvo una historia mas limpia y pura, pues en su trato y en sus aspiraciones era el reverso de todos aquellos reyezuelos de la época que se designaban señores de vidas y haciendas. Su existencia era la de un buen cristiano y cumplido caballero; y distraído siempre en sus frecuentes monterías, parecia que no ambicionaba mas felicidades, ó que las que habia presentado estaban veladas para su pecho: en esto influia tambien mucho su carácter, pues tan bravo como era en las montañas manejando la lanza contra el moro, tan sumiso y cobarde era á la vista de las damas, resplandecientes de hermosura.

Iberia simpatizaba muchísimo con aquel carácter fiero y tímido á la vez; y si le fuera posible tener un amante, á ella que no podia fijarse en nadie, porque toda su alma se absorbia en su ambicion régia, seguramente que Ourense de Barcelona dominaria su corazón, pues ante él se sentia otra... como una niña en presencia de un niño.

—Entrad, mi querido Ourense; le dijo con la mayor ternura.

El jóven caballero avanzó unos pasos desde la puerta en donde se habia delineado fijamente su gallarda figura.

—Venid... venid... volvió á instarle viendo que se habia parado cerca de ella

con timidez: os quiero mas cerca de mi... á mi lado, Ourense.

El jóven rico-home se acercó mas; pero sin proferir una palabra, ni una salutación cualquiera, como si fuera tal su embarazo ante la belleza de Iberia de Montrove que no pudiera vocalizar frase alguna.

—Asi...asi, Ourense—balbuceó la condesa asiéndolo de un brazo y sentándolo junto á ella.

El jóven se ruborizó como un niño: su rostro estaba encendido como la grana... y aquel rubor que se agolpaba á la frente de aquel caballero de atlética figura, aquel rubor, aquella timidez, aquel fuego prevenia dulcemente en su obsequio.

Iberia le tomó una mano y la estrechaba con espresion entre las suyas como si quisiera comunicarle algo... algo de pasion...cuando el caballero no acertaba á hablar trémulo de deseos.

—Os esperaba, Ourense, prosiguió Iberia—contaba con vos como conmigo misma.—Venis á saludarme por mi restablecimiento ¿no es verdad?

El jóven elevó hácia el cielo de su rostro sus miradas brillantes volviendo á bajarlas como ruborizado.

—Gracias.....gracias, querido amigo mio—prosiguió la condesa con una locuacidad de niña. ...—Creedme, Ourense: os quiero mas que á nada en este mundo. A vuestro lado me siento otra..

mi espíritu tiene una tranquilidad que no tiene con otro alguno. Ourense, Ourense, si me fuera posible faltar à la fé que he jurado en los altares al conde mi señor, con nadie mas que con vos, seria yo feliz, Ourense!

Iberia hablaba en aquel momento con una ternura que parecia absorber en la suya el alma del caballero, el cual parecia confundido con tanto cariño, sin embargo de estar acostumbrado à aquellas demostraciones amabilísimas de la altiva dama.

Por fin, pudo tartamudear un *gracias* lánguido, ahogado..... acentuando esta manifestacion de su pecho con una ligera presion de dedos.

Iberia apretó mas y mas con las suyas aquella mano que apenas abarcaba con ellas, acercó su semblante al del jóven rico-home y empezó à alisarle la melena con una ternura fraternal, pero terriblemente escitadora.

Ourense de Barcala se moria...Tanta amabilidad, tanta mágica dulzura lo desfallecian completamente. Su corazon contenia tesoros de amor y de ternura que, *hirviendo* à las escitaciones de la condesa, lo aniquilaban de sensibilidad, sin fuerzas para formular la mas insignificante frase de pasion. Delicadísimo en toda la bella acepcion del término, el jóven caballero no osaba corresponder con iguales demostraciones de cariño à las que re-



cibia en aquel momento de la encantadora dama.

Tenia Ourento la vista baja y las manos sobre el peto de su armadura: lo primero como una significacion amorosamente espresiva de su timidez: lo segundo como una significacion elocuentísima de los deseos que abrasaban su pecho y cuya manifestacion oral la consideraba como un crimen.

Iberia de Montrove que conocia aquel carácter mejor que el suyo propio, Iberia de Montrove que se hallaba altamente convencida de la esquisita delicadeza que lo particularizaba, delicadeza que formaba un contraste especial con la vida áspera y brava del caballero, Iberia de Montrove era, pues, soberanamente cruel con el jóven y atlético Ourento de Barcala, porque parecia complacerse en poner á prueba su organizacion de hombre en la piedra de toque de sus escitaciones voluptuosas.

No contenta con pasarle la mano por su negra melena, apoyó un codo sobre uno de los hombros del caballero, y descansó la cabeza sobre la palma de la mano, de manera que el aliento de sus palabras caldeaba al jóven conde sin permitirle penetrarse de su sentido.

— Oh!—le decia ella á media voz—¡qué feliz seré cuando os reciba en mi corte, Ourento! ¿qué podreis pedir entonces á

vuestra reina que la muger no os lo conceda?

A esta especie de declaracion, que el caballero estaba muy lejos de comprender, Iberia exhaló un suspiro, elevó los ojos al cielo con una espresion especial de ventura, y se desvió un poco, haciéndose hácia atrás sobre los almohadones de seda del camapé.

Ourense de Barcala, libre por un momento de aquella ardiente atmósfera de muger que lo embriagaba, pudo mover por fin sus encendidos lábios.

—Oh, condesa!—balbuceó—¿y para qué un trono? qué mas felicidad que la de ser adorada y respetada por todos? ¿qué mas trono quereis que el que os levantaron vuestros encantos? La belleza que vos tenéis, señora, es la mejor manifestacion régia que pudiera haberos concedido el cielo para vivir en la tierra como soberana!

—Ourense, Ourense...! murmuró la condesa; siempre os oponéis à mis deseos de felicidades, tratando de ser reina. Qué quereis... anhelo el trono de Galicia, y todo lo sacrificaré à este anhelo que constituye mi vida.

—Lástima grande, señora!

—Oh! y por qué no he de desear la diadema de los reyes suevos, mis abuelos, Ourense? Por qué he de desdecir de mi raza? Quién mas digna que yó, de ocupar el trono que ellos ocuparon? Será acaso la

Boborina, que descende de Heurico, un usurpador? Serán acaso los Dornas, que descenden de un capitan de la corte de Leovigildo? O serán acaso los Travas, que descenden de los Teodomiros, y los Montroves que descenden de Heurico II el Combatiente?

—Pero señora... ¿la felicidad de la vida está en ser reina, ó en ser buena esposa y buena madre?

A este reproche, lanzado con toda la inocencia característica del caballero, la condesa se enderezó como una serpiente herida, y sus ojos irradiaron llamas de cólera.

Pero esta impresion fué tan súbita que se manifestó en la figura de la condesa con la rapidez de la electricidad, y volviendo á acercarse amorosamente al caballero, le dijo con voz dulcísima:

—Acaso el temor de morir por mi causa os inspira esas palabras?

—El temor de morir por vos! exclamó el conde de Barcala. Oh! Iberia... el temor de morir por vos no lo conoceré jamás! El temor de que vos sucumbiérais desgraciadamente en vuestro empeño.... tal vez!

Y la cogió una mano con ternura, y se la besó con respetuoso transporte.

A esta galañteria delicadísima, Iberia abandonó su alma á las emociones que le inspiraba, y miró al caballero con tal fuerza de espresion, que Dios sabe lo que

hubiera sucedido si en aquel momento preciso no sonaran las primeras notas de una balada del trovador de el Altones.

Entonces Iberia de Montrove, súbita como el rayo se desprendió de los brazos del conde de Barcala, haciéndose sumamente hácia atrás sin levantarse del camapé.

Casi al mismo tiempo, la atlética figura del conde de los brigantinos se dibujó en la media tinta de la puerta de la cámara, como si vacilara en entrar ó en quedarse inmóvil en la sombra.

Por fin dijo con la mayor dulzura:

—Señora—no olvidéis que el rey de Galicia nos espera.

---

## II.

### La corte del tigre.

En efecto, á aquella hora el Rey don Froila Dorna recibia corte en los salones de su palacio, á donde iban á rendirle pleito-homenage los condes é infanzones mas poderosos de las dos alas del Miño.

Era tal la concurrencia de ricos-homes al palacio de los reyes que, segun las notas que tenemos á la vista, el camino de la ciudad al palacio era un rio de personas, todas resplandecientes por sus armaduras y las sedas y piedras preciosas que formaban el tocado de las damas.

El pueblo, arremolinándose á ambos lados y hácia las puertas del palacio, for-

maba el cauce de aquella avenida pintoresca.

Al salon principal, en donde tenia lugar la recepcion, les era imposible penetrar á los hidalgos; pues la afluencia de los grandes señores con sus damas, que acudian asimismo á la ceremonia, obstruía la entrada.

Cuando se presentó el conde Hermerildo ó *Tembrante* con Iberia de Montrove, las cabezas de los concurrentes oscilaron con vivacidad; y brillaban todos los ojos con singular afan, espiando los menores movimientos de aquel matrimonio poderoso.

Su entrada en el salon régio fué precedido de un murmullo de admiracion, pues el conde llevaba su armadura mas finísima y vistosa, que lucia estremadamente por su talla agigantada, y la condesa Iberia sus mejores galas, lo que hacia resaltar su belleza soberana.

En el fondo del salon, y sobre un trono ricamente decorado de púrpura y oro, se hallaban sentados el rey D. Froila Dorna y la reina Doña Adosinda; ambos tambien ataviados con sumo lujo, ostentando la diadema real en la frente.

Los reyes se hallaban bajo un arco de oro y plata y piedras preciosas, cuyos dos extremos sostenian el conde mas anciano, el de Deza; y el conde mas jóven, Don Hero de Sobroso.

Al lado de los reyes, y á ambos lados

del trono, se veían de pie los grandes dignatarios del Estado, entre los que figuraban el Borborás de Alemparte, los obispos de Compostela, Tuy, Lugo y Orense, y los hermanos del rey D. Senracino y Don Vitila Dorna.

Los condes brigantinos se acercaron lentamente al trono, y puesto la rodilla en tierra, dijo D. Hermerildo:

—Señor, yo, D. Hermerildo de Barcia, Meirama y Trava, conde de los brigantinos, inclino la rodilla en tierra delante de vos, mi rey, en muestra de vasallaje, y os pido la mano para besarla en señal de sumision y respeto.

El rey D. Froila tendió su diestra al conde Hermerildo y la reina Adosinda à Iberia de Montrove.

El conde Hermerildo besó la mano del rey sin vacilar.

Pero la condesa Iberia, la condesa Iberia en el momento de tocar con sus labios la mano de la reina Adosinda, pareció vacilar unos segundos, como si un sentimiento de repulsion que no pudiera vencer por mas que hacía para ello, la impeliera de rehusarla.

Durante aquellos segundos los ánimos estaban suspensos, porque todos esperaban alguna manifestacion repulsiva del carácter enérgico de la condesa Iberia de Montrove; pero la condesa Iberia de Montrove venció por fin sus escrúpulos, y

besó sumisamente la mano de la reina Adosinda.

—Mis queridos condes—dijo D. Froila: poneos detras de mi y à mi lado, pues quiero hablaros particularmente del estado de vuestra salud, al concluir la ceremonia.

Los condes brigantinos obedecieron al rey, y se colocaron detras como se les mandaba; el conde Hermerildo à espaldas de el rey D. Froila, y la condesa Iberia à espaldas de la reina Doña Adosinda.

Casi al mismo tiempo de efectuar este movimiento los condes brigantinos, un murmullo de admiracion recorrió la asamblea.

Este murmullo lo inspiraba la aparicion de otra pareja señorial que entraba en el salon à rendir pleito-homenage, y esta pareja la constituian los barones de Celme, Wimaredo y Eugea,

Eugea Horban de Sandiaes, arrebatava la atencion de todos por la esquisita belleza que la particularizaba: no era una hermosura varonil como la de Iberia de Montrove; era por el contrario la hermosura de un verdadero angel, encarnada al parecer en una organizacion casi aérea, fantástica, impalpable como las gasas blancas de su tocado.

Aquel ser melancólico y dulce, que ni parecia muger ni angel, pero que parecia participar de las dos cosas: aquella encarnacion suave y lángüida, como esas



creaciones dulcísimas de nuestros sueños; aquella hermosura, en fin, originalísima y de una significacion tan infausta como la que le dieran de Angel de la muerte, conmovió desde su aparicion á ios concurrentes.

Pero, à quien conmovió mas, à quien pareció arrebatarse hasta el delirio, fué al rey D. Froila; pues apenas la vió dibujarse en el fondo del salon, adelantándose hácia él sin tocar casi el suelo con su planta leve, D. Froila se levantó repentinamente como para salir á su encuentro, y por otro movimiento de asombro se detuvo con las manos sobre los ojos cual si le deslumbrara lo que veía.

Iberia de Montrove no perdió ninguna de aquellas sensaciones que conmovian el organismo de el rey: la hiena desde su puesto acechaba al tigre que veia cruzar la gacela por delante.

El rey Don Froila pudo dominarse, y volvió à ocupar el trono.

Era el momento en que llegaban á sus piés los barones de Celme.

—Señor—dijo Wimaredo—yó, Wimaredo del Couso de Celme, baron de la Limiabaja, me arrodillo ante vos como rey que sois de Galicia, y os rindo pleito homenaje.

El rey apenas oia nada....

Las palabras de Wimaredo le zumbaban en los oidos, sin poderlas comprender. Sus ojos no podian separarse de los

del Angel de la muerte; sus labios temblaban prontos á exhalar mil palabras de amor; sus manos, en fin, subian trémulas hácia su corazon como para contener sus latidos, y volvian á bajarse con la laxitud del desaliento.

Iberia no desperdiciaba ningun detall, clavando los ojos instantáneamente en el rey y en Eugea, que yacia arrodillada á las plantas de la reina Adosinda con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Wimaredo esperaba la contestacion del rey para levantarse, y el rey no proferia palabra alguna.

Wimaredo esperaba que el rey le tendiera la mano para besarla con sumision, y el rey no acababa de tendérsela.

Entonces el baron de Celme, levantó sus ojos para mirar al rey D. Froila frente á frente, y al encontrar la mirada ardiente de Iberia que bañaba su semblante, quedó desconcertado, sin poder desviar los ojos de ella ni ella de él.

Era la primera vez que ambos se veian, para adorarse reciprocamente desde aquel momento hasta su muerte.

De la memoria de Iberia de Montrove, se borró desde entonces todo... trono, marido... todo, todo, para no ocuparse mas que de Wimaredo: su organismo se conmovió dulce y armoniosamente como un arpa que vibra al impulso del viento.

Wimaredo continuó arrodillado, miran-

do continuamente á Iberia, sin cuidarse de mas nada.

Entonces fué cuando Eugea Horban levantó su adorable cabeza hácia su esposo, y sorprendiendo todo el delirio de su mirada á Iberia de Montrove, cayó desmayada á los pies de Adosinda.

El rey Don Froila quiso tenderle los brazos, perosu hermano Vitila le detuvo, murmurando á su oido:

—Aun no es tiempo de cogerla en tus brazos: espera, espera, hermano mio.

### III.

#### La corte privada de la hiena.

Al retirarse Iberia de Montrove á su cámara, buscó con mas afan que nunca la soledad, como para darse cuenta á si misma de aquella emocion tan poderosa que la conmovia hondamente desde que el rayo de su mirada lo absorbiera en los de la suya Wimaredo del Couso de Celme.

Una vez sola se arrojó en su camapé y se llevó las dos manos á la frente como si no pudiera soportar los pensamientos estraños que la preocupaban.

En seguida, corrió hácia una ventana y la abrió de par en par como si anhelase respirar el embalsamado aire de la tardes pero sus miradas lejos de perderse en la línea del horizonte con la vaguedad de su

pensamiento, caían curiosas hácia las plantas del palacio cual si esperase ver alguna persona cuyo solo recuerdo llenase su alma.

Era ya cerca del anochecer, y el sol acabara de trasponer las pintorescas cumbres de la sierra de Santa Ladaiña: las sombras avanzaban sobre las peñascales curvas de Monte-alegre, y los objetos empezaban á velarse en las medias tintas del crepúsculo.

De repente hirió sus oídos el melancólico canto del trovador del Allones, que entonaba una balada de amor cerca de su cámara; pero esto no consiguió distraer á Iberia de los pensamientos de fuego que le abrasaban el cerebro.

El hidalgo de Herbecedo seguia cantando, pero Iberia cada vez se mostraba mas insensible al quejumbroso plañir de sus trovas de amor.

Iberia se retiró de la ventana, y desentendiéndose por completo de cuanto el trovador del Allones le quisiera manifestar en sus cantos, llamó á Mesinda.

Presentóse la dueña inmediatamente

—Mesinda—le dijo Iberia—es preciso... es preciso...

Y se quedó perpleja como si no pudiera proseguir.

—Qué, mi señora...? que quereis qué haga?

—Ah, Mesinda!—continuó Iberia,—es

preciso que yo vea pronto á ese hombre... á es, hombre!

—Pero ¿quién es ese hombre, mi señora?

—Ah! es verdad! tú no lo sabes, y no sé por qué mis labios rehusan pronunciar su nombre, cuando nada me acobardó jamás en este mundo!

E inclinó la cabeza sobre el pecho languidamente.

La dueña se quedó inmóvil por un momento, con los ojos fijos en la condesa, asombrada del estado de su alma.

La condesa levantó la cabeza con vivacidad.

—Mesinda—le dijo—ve... sal de aquí sigilosamente... busca al baron de Celme, y dile que deseo hablarle...

—El baron de Celme... murmuró la dueña trasponiendo la puerta; y quién será este baron de Celme?

Iberia de Montrove se quedó sola, y mandó que encendieran la lámpara de plata que habia en la cámara.

Al poco tiempo sintió pasos cerca de sí y la figura de un caballero se dibujó en el dintel de la puerta.

Iberia de Montrove se estremeció al distinguirlo, le palpitó el corazón con fuerza y exhaló un ay! prolongado de sorpresa.

El que aparecia en su cámara era Wimaredo, pero Wimaredo solo.

La situacion de ambos fué embarazosa

por el pronto, pues Wimaredo no acertaba à dar un paso para acercarse à ella, ni ella acertaba à formular una palabra que lo alentara.

Por fin, el baron de Celme, como si viviera en aquellos instantes bajo la presión de un pensamiento de amor que le pusiera una venda en los ojos, avanzó unos cuantos pasos hasta caer à los piés de Iberia.

—Perdonadme, señora; lé dijo—desde que os he visto me siento otro hombre: desde que os he visto olvidé à mi esposa y hasta todo lo mas sagrado que pueda haber en la tierra para mi: desde que os he visto siento una nueva existencia de placer y encanto, y no hago mas que suspirar por vivir y morir à vuestros piés.

Iberia se quedó sorprendida nuevamente à estas palabras.

—Pues, cómo!—murmuró—no os ha mandado venir aquí Mesindá?

—No la conozco.

—¿Nadie os ha dicho que vinierais junto à mi?

—Nadie.

—Y entonces, señor?

—Obedezco à un impulso desconocido, à una fuerza de atracción prodigiosa que me impele hácia vos, Iberia, y que mi razon no puede contrarestar.

Iberia se sobrecogió de alegría à estas palabras del caballero.

Aquel amor, era como el suyo, superior á toda razon y á todo esfuerzo.

Iberia le tendió una mano al baron de Celme.

El baron de Celme la devoró á besos y la estrechó contra su corazon.

Iberia puso la otra mano sobre la rizada y negra melena del caballero, y lo atrajo hácia sí.

En aquel momento volvió á sonar otra balada desgarradora del trovador del Allones, cerca de aquella cámara, como si todo lo espiara y todo lo temiera.

Iberia se desentendió de aquel canto.

El baron la estrechaba contra su pecho.

Iberia se abandonaba á aquellos transportes de amor.

Entonces... entonces se levantó un cortinon á modo de *portiers* que habia en la cámara.

—Mi señora—dijo el trovador del Allones apareciendo en escena—¿me habeis llamado?

—No!—rugió Iberia como una verdadera hiena.

Y clavó una mirada furiosa sobre el importuno, como si quisiera abrasarlo con el rayo de sus ojos.

El trovador del Allones se retiró, pero no sin abarcar el interés de la escena con una rápida mirada.

Mientras esto pasaba en aquella cámara del palacio ¿qué era del pudorósísimo Angel de la muerte?



#### IV.

### La corte privada del tigre.

Los acontecimientos iban marchando por dos diferentes vias para desarrollarse funestamente en un punto dado.

Iberia de Montrove dominaba los unos...

El rey D. Froila Dorna los otros.

Necesariamente los efectos de estos dos genios del mal tenian que evidenciarse en una situacion crítica y terrible, y esta situacion crítica y terrible producir una catástrofe, la catástrofe que cierra nuestra historia.

Cuando el rey D. Froila Dorna se retiró á su cámara, despues de la recepcion que tuviera lugar en los salones de palacio, mandó llamar á sus dos hermanos Don Senracino y Vitila.

Una vez reunidos los tres Dornas, el rey Don Froila les dijo á sus hermanos con voz desfallecida:

—Hermanos míos, ni un momento más, ni una hora siquiera transcurrirá sin que yo me vea libre de las dos personas que, como sabeis, odia tanto mi corazón.

Don Senracino y Vitila quedaron sorprendidos de aquella decisión de su hermano mayor, referente á la vida del Borborás de Alemparte y de su hija Adosinda.

—Eso que deseais, hermano, le dijo Don Senracino pausadamente; me parece muy aventurado hoy.

—Tiene razón D. Senracino—murmuró Vitila—hoy es muy espuesto, porque aun están muy recientes los sucesos, y la muerte del Borborás de Alemparte y de Adosinda, comprometeria mucho la suerte del trono, pues aun no hemos tenido tiempo de ganar completamente á los condes del ala derecha, decididos partidarios del conde Don Veremundez.

—Oh, nada de consideracion alguna!—prorrumpió el rey D. Froila—he dicho que ni un momento más, y así será. Vos, Don Senracino, os elcargareis de la muerte del Borborás esta noche misma, y vos, Vitila, de la muerte de la reina Doña Adosinda tambien esta misma noche.

—Pero, hermano!.. exclamó Don Senracino.

—Nada... nada quiero oír! gritó Don Froila exaltándose por grados.

—Oyenos.... te lo suplicamos por tu bien!—imploró Vitila juntando las manos en ademán suplicante.

—Nada... nada quiero oír! volvió á esclamar don Froila.

Y desviándose de sus hermanos hácia una mesa, dió en ella un fuerte puñetazo diciendo:

—O me ayudais á deshacerme de esas personas que detesto, ó yo mismo con mi puñal me precipito sobre ellas, pues yo... yo... yo desde que volví á ver esta mañana á Eugea Horban de Sandiaes, y la ví en brazos de otro, de otro; poder de Dios! para nada quiero mi corona de rey si la corona no me ha de valer la posesion de esa muger que adoro!

Y como se hallaba la corona real sobre la misma mesa, la arrojó al suelo con ademán de ira.

Los dos hermanos se miraron como espantados.

En seguida ambos se inclinaron sobre la corona, que yacia en el suelo, y ambos la cogieron á la vez, y á la vez la pusieron sobre la mesa.

Quisieron hablar aun, persistir en que el rey don Froila se disuadiera de su funesto empeño; pero al ir á hablar uno y otro, este les impuso silencio con un ademán colérico.

Los dos hermanos volvieron á mirarse

con asombro, é iban ya á retirarse cuando la voz del rey volvió á sonar lúgubrememente.

—Cuidado!—dijo—que lo que os exijo es para que tenga lugar inmediatamente.... esta misma noche....

Y se puso á pasear á lo largo de la cámara con los brazos cruzados atrás y la cabeza inclinada hácia el suelo, en estrecho meditabundo.

Sus hermanos saludaron para retirarse.

—Esperad—gritó D. Froila clavando en ellos sus miradas estraviadas—teneis razon.... esta misma noche no darian esas muertes los resultados que espero..... Os daré un dia de término, hermanos míos.... un dia ¿lo entendeis? Es decir, que mañana de noche las dos cabezas se hallarán aquí mismo, en mi cámara.... Vos, don Senracino, me traereis la del Borborás de Alemparte, y tu, Vitila, la de su hija Adosinda.

—Pero... ¿y los condes del ala derecha?.. preguntó don Senracino.

—Los condes del ala derecha... qué?—preguntó á su vez el rey D. Froila.

—Correrán á las armas contra nosotros al saber esas muertes..... concluyó Vitila.

El rey pareció vacilar un momento, y se detuvo en su paseo por enmedio de la cámara.

—Teneis razon, dijo; pero eso ya lo ha-

reis de modo que los inutiliceis para cualquier tentativa que hagan.

—No sé cómo... opuso don Senracino.

—Vitila encontrará algún medio, dijo el rey.

Vitila guardó silencio.

Don Senracino miró para Vitila.

Vitila bajó los ojos como aturdido.

Don Froila cogió á Vitila por un brazo y se lo sacudió fuertemente como si tratara de despertarlo de su aturdimiento.

—Vitila, le dijo, es preciso que encuentres un medio para que los condes del ala derecha no se reúnan contra nosotros, al saber los asesinatos del Borboràs de Alemparte y de su hija Adosinda.

Vitila levantó la vista del suelo.

—Un medio, murmuró; solo veo uno.

—Habla, dijo el rey.

Vitila tardaba en decirlo.

—Habla... habla...! volvió á gritar el rey, volviendo á sacudirle de un brazo.

—Que deis mañana de noche un banquete, señor, dijo por fin.

—Y qué?

—Que convideis á él á todos los condes, así del ala derecha como del ala izquierda.

—Y bien...?

—Los primeros conforme vayan entrando en palacio, quedarán sumidos en sus calabozos mas profundos, de donde saldrán á media noche atados de dos en dos sobre briosos caballos que guiarán los monteros de don Senracino al castillo de Aldapena.

—Bien... bien...! exclamó el rey, y los segundos?

—Los segundos, señor... asistirán al banquete, porque los segundos son nuestros partidarios.

—Muy bien, muy bien, volvió à celebrar el rey: yo daré las órdenes para el banquete: vosotros... vosotros marchaos ya... y hasta mañana, hermanos míos, hasta mañana que me presenteis esas dos cabezas que anhelo ver fuera de sus troncos.

Los dos hermanos salieron profundamente reflexivos.

El rey se quedó solo.

En seguida se llevó las dos manos à la frente porque parecia abrasársela la fuerza de los deseos.

Luego... luego se sentó sobre un campapé porque las rodillas le flaqueaban, respirando tan fuertemente que parecia ahogarse por falta de aire.

Pasados algunos momentos que fueron para él de agonía, el rey don Froila pareció quedarse mas sereno, y llamó à Fitorio.

Fitorio se presentó en escena.

—Fitorio--le dijo precipitadamente--ya la habrás visto... ya la habrás visto esta mañana à mis piés ¿no es verdad?

—¿A quién, gran señor?

—A ella... à ella... Eugea.

—El Angel de la muerte!... exclamó Fitorio retrocediendo.

Y se santiguó.

—Bellaco! ¿por qué te santiguas así? le gritó el rey dando hácia el hidalgo dos pasos en ademan de herirle.

—Perdonad, gran señor;-contestó Fitorio -pero me inspira tal terror el nombre de esa... de esa mujer...!

—¿Cuándo acabarás de conocer con mil rayos, que Eugea es ni mas ni menos que otra... y no el Angel de la muerte, sino el Angel de la vida?

—¡Ah, señor! si vierais la tormenta que invocó en los barrancos de Cerredelo...!

—Acabarás con tus groseras supersticiones, rayo del cielo! gritó el rey volviendo á acercarse mas y mas al hidalgo, en son de arremetida.

El hidalgo calló é inclinó la cabeza hácia el suelo en señal de sumision.

El rey le dijo en seguida con calma:

—Eugea Horban de Sandiaes, está aquí... en Orense. Yo necesito que mañana esté en mis brazos... y tu Fitorio...

—Traérosia aquí yo!—esclamó el hidalgo estremeciéndose.

—Aquí no, bellaco.

—¿Pues dónde, gran Señor?

—Para que la puedas engañar mas facilmente... para que te sea mas posible arrebatarla y ponerla en mis brazos sin contratiempo alguno, mañana al anoche- cer, bien de grado ó por fuerza, la llevarás á su torre de Sandiaes; y cuando la lleves en tu veloz caballo hácia la Límia, mandarás á decírmelo por cualquier

arquero, para que yo monte á mi vez, y me lance en pos de vosotros.

Fitorio estaba como aturdido.

El rey D. Froila, que esperaba aquella turbacion, sacó un bolsillo de oro de su escarcela.

Fitorio levantó la cabeza al ruido de las monedas.

El rey se lo presentó.

—Ya sabes—le dijo—ó Eugea en mis brazos mañana de noche, ó tu á mis piés cadáver.

—Bien, gran señor—contestó Fitorio—muerte por muerte, ya la reciba de su aliento, ya de vuestro puñal, yo acometeré la empresa árdua y terrible de servicios.

Y tomó el bolsillo.

El rey le volvió la espalda.

Fitorio salió de la régia cámara.

El rey volvió á asomarse otra vez á la ventana... tendió la vista por la oscuridad de la noche, la elevó hácia el cielo y le pidió en silencio toda clase de trabajos, toda clase de penalidades con tal de que á la siguiente noche, el puñal de sus hermanas lo librasen del Borborás de Alemparte y de su hija Adosinda, y la destreza de Fitorio pusiera en sus brazos en la torre de Sandiaes al Angel de la muerte.



V.

La batida.

Hay una cadena de montañas frente à la ciudad de Orense, cuyas elevadas ondulaciones esculpen sus asperezas en el sombrío azul de su cielo.

Hácia la parte mas culminante de aquella cordillera, llamada Santa Ladaiña, y donde segun la tradicion es distinguen aun las ruinas de siete ermitas, en que vivieran en la antigüedad igual número de santas todas hermanas, una lucida jauria de lebreles hacia retumbar los antros de las rocas con sus alborozados ahullidos, jauria que guiaban los mas adiestrados monteros de las tierras de la Limia-alta.

Al frente de esta tropa de cazadores que ya se unia, ya se dispersaba, segun los accidentes del terreno en que tenia lugar la batida, ó segun las prescripciones del que la guiaba, un caballero de

(3—7.)

atléticas formas se hacia notable por la bravura con que perseguia las fieras aun en las asperezas mas imponentes.

Este caballero era el hermano del rey de Galicia, don Senracino Dorna.

A su lado, siguiéndole siempre à pesar de su avanzada edad, como si tratara de probar que en nada desfalleciera su espíritu con los años, se veia à otro caballero de menos estatura, pero de brava y aristocrática traza.

Era este caballero, entrado en años, don Veremundez Borborás de Alemparte.

El tiempo estaba delicioso: las nieblas del Miño, replegándose hácia las montañas opuestas à Santa Ladaiña, como si se arremolinaran en un espeso nudo sobre los peñascos de Montealegre, dejaban completamente descubierto el pintoresco panorama en que tenia lugar la montería.

Desde muy de madrugada que habia empezado esta en las alturas de Piñor, y ascendiendo hasta Santa Ladaiña à la hora del mediodia, en que abrimos la escena, tenian reunidas ya los cazadores bastantes piezas, lo que prometia una batida venturosa.

Pocos momentos despues Don Senracino dió la señal de suspender la batida.

Acababa de ver cerca de sí un precipicio horrible, una de esas grietas peña-

cosas que forma la osamenta de granito de nuestras montañas.

Aquel derrumbadero parecía escitar su curiosidad de una manera notable.

A la vista de aquel precipicio, diríase que todo su pensamiento vibraba al impulso de un proyecto funesto.

—Porque mirais tanto ese abismo? le preguntó el Borborás de Alemparte.

—Ah, señor—contesto Don Senracino—miraba si en él descubria alguna pieza de las que huian delante de nosotros.

—Aunque cayera ahí alguna—dijo el Borborás—imposible seria distinguirla entre la oscuridad y las ramas que se enredan entre los peñascos.

—Os parece así, señor?

—Y tanto, Don Senracino.

—Aunque yo os viera caer ahí, imposible que os distinguiera entre sus profundidades.

—Lo creéis así? volvió aun á preguntar Don Senracino.

Y clavó el rayo de sus ojos en el Borborás.

—¡Quién lo duda! contestó el Borborás sin comprender aquella ansiedad que demostraba el hermano del rey.

Don Senracino calló, y desvió la vista del Borborás y del precipicio.

—Os parece que comamos aquí, y descansemos, señor? le preguntó retirándose hacia una pequeña planicie.

—Cuanto mas antes, D. Senracino: comamos y descansemos aqui, que yo siento ganas de lo uno y de lo otro.

Los dos caballeros se apearon de sus bridones y se tendieron en la planicie.

Llamaron á un criado que les tragara viandas y vino, y empezaron á comer.

Don Senracino comia poco y bebia menos.

El Borborás de Alemparte comia mucho y bebia mas.

—Sabeis, Don Senracino—le dijo—que la caza parece ponerlos de mal humor.

Don Senracino apenas contestó.

El Borborás prosiguió:

—Ayer de noche, cuando me convidasteis á esta batida, cuanto me encarecisteis los gozes de una monteria en estos desfiladeros! Qué! ¿acaso las piezas que hemos matado no corresponden á vuestras esperanzas?

—No—contestó Don Senracino fria é intencionalmente—me falta una.

—Una!

—Si, los corzos y lobos que hemos muerto, no me satisfacen.

—¿Pues qué mas queriais, Don Senracino?

—Un oso, señor.

—Un oso!

—Si, Don Veremundez: para mi no matando un oso no hay caceria completa.

—Uno hemos visto, y huyó.

—¡Si volviéramos à verlo luego!

—Tal vez.

—¡Oh! si vierais que placer es para mi alma encontrarme con uno frente á frente....!

Y sus ojos irradiaban centellas de luz, clavados sobre el Borborás de Alemparte.

—Si vierais—proseguia—con que placer lo acoso con la daga en la mano izquierda y el hacha en la derecha. ....!

—Lo veremos....lo veremos luego, Don Senracino.

—Si....ya lo vereis luego, señor: cuando yo frente á frente de la fiera, me tire á ella con el hacha levantada, y la coja por la ropa....

—Por la ropa, Don Senracino!!...interrompió el Borborás.

Y se santiguó espantado.

—Por la ropa?...¿he dicho por la ropa? exclamó Don Senracino casi delirando de furor.

Y se rió con una sonrisa de demonio.

—Ah! me he equivocado...! dijo despues con voz gutural —me he equivocado.

—Parecia que os referiais á una persona mas bien que á un oso, Don Senracino.

—Es verdad, señor... es verdad....

Y abandonando la cabeza sobre los hombros, como si le abrumara una idea repentina, se quedó un momento abismado.

Don Veremudez Borborás de Alemparte

no se preocupó gran cosa de aquella actitud de D. Senracino, y como ya habían acabado de comer se levantó y le dijo:

—Si os parece, podemos continuar la cacería.

D. Senracino se levantó á su vez, pero con las miradas estraviadas y la respiración agitada.

Los dos caballeros montaron á un tiempo en sus corceles, y Don Senracino sonó su trompa de caza para azuzar á los monteros y los monteros á los lebreles.

Bien pronto la confusa y estridente gritería de la batida recorrió las cumbres de la sierra y se perdió en los antros de los desfiladeros.

Desplegados los cazadores con los perros por aquellos derrumbaderos, á los pocos momentos se perdieron de vista.

Solo los ecos de la montería se sentían en las asperezas de las montañas, debilitándose gradualmente por la distancia.

Entonces el Borbarás, que esperaba á Don Senracino para seguir á los cazadores, picó á su cabalgadura y se lanzó en pos de ellos.

—Esperadme, señor;—le dijo el coloso, Don Veremundez detuvo su caballo.

—Andad, Don Senracino—le dijo—haber si encontrais pronto al oso que deseais.

Don Senracino se acercó entonces al Borborás, y se colocó casi delante de él, El precipicio se abría á pocos pasos co-

mo la boca de un monstruo: las rocas salientes y punteagudas parecian sus dientes...

El Borborás se hallaba colocado entre D. Senracino y el abismo.

—¿A qué correr para buscar esa fiera, señor;—le dijo D. Senracino—si ya la encontré á tiro?

—La encontrásteis, señor?... ¡no os entiendo!

—Si, ya la encontré...! gritó D. Senracino rechinando los dientes de furor.

Y echó pié á tierra velozmente.

—¿Pues donde está? preguntó el Borborás revolviendo su caballo hácia el lado del abismo.

—Aquí! gritó Don Senracino al mismo tiempo que enterraba su daga con rapidez en el vientre del bridon que montaba el Borborás.

El bridon cayó con el ginete, pero no en el abismo, sino á la orila.

En esta caída, el Borborás habia quedado con una pierna debajo del caballo—y por mas que hacía no podia desprenderla de aquel enorme peso.

El caballo apenas se movia.

La sangre del noble animal, corriendo á torrentes, inundaba el pecho del Borborás...

—Don Senracino... tartamudeó el infeliz caballero con voz affigidísima—¿qué es lo que haceis conmigo...?

—Lo que ¡hago con vos, señor, es lo que os decía que haría con el oso....

—Dios mio...! quereis matarme, D. Senracino!!

—Sí, Borborás de Alemparte—quiero mataros... mataros para llevar vuestra cabeza al rey mi hermano, que me la exigió esta noche... Mataros, si, mataros... para que él reine libremente en el trono de Galicia, sin vos y sin vuestra hija.

—Infeliz! exclamó el anciano caballero al recuerdo de su hija.

Y una lágrima tembló en sus párpados.

Era su última lágrima.

—Si, ella tambien morirà hoy, como vos...—siguió guturando Don Senracino...—Vitila se encargò de su muerte... ¿no conoceis á Vitila?

—Ah, vuestro hermano...

—Sí, nuestro hermano, el que estuvo en el castillo de Alemparte viviendo con el nombre del hidalgo de Landrove, para reduciros con sus sortilegios à que hiciérais lo que hicísteis... porque Vitila, señor, Vitila y no las almas de vuestros abuelos era el que se os aparecía de noche en vuestra cámara, rodeado de materias inflamables...

—Ah, exclamó el Borborás mirando dolorosamente para el cielo.

Fué aquella mirada su última mirada, porque rápido como el rayo, Don Senra-



cino le descargó en el cráneo un golpe de hacha que lo aturdió.

Despues, dividió la cabeza del tronco.

Despues, empujó con sus hercúleas fuerzas al caballo sobre el abismo, el cual bajó rodando de roca en roca hasta sus oscuras profundidades.

Despues, empujó así mismo al càdaver mutilado del Borborás...

Despues, por fin, cogió su cabeza por los cabellos, la suspendió en los aires, y volviendo los ensangrentados ojos hàcia Orense, murmuró:

—Reina ya tranquilo, hermano mio!

## VI.

### La serpiente boa.

A aquella misma hora Vitila se hallaba en acecho de su victima, Adosinda.

Pero no era Vitila con su cutis blanca y sus cabellos rojos como todos los Dornas, era Vitila con cutis bronceado y los cabellos negros del hidalgo de Landrove.

Embozado en una larga capa, enteramente encubierto el rostro con ella de modo que casi el embozo le llegaba al birrete, Vitila se deslizaba cautelosamente por los corredores que conducian á la cámara de la reina.

Cerca de la puerta se detuvo, y se puso á escuchar para ver si no le engañaban sus sospechas y Adosinda se hallaba sola en la regia cámara.

Nada oyó.

Alentado con esta prueba atravesó re-

sueltamente la puerta, y entró en la estancia.

Nadie mas que Adosinda se hallaba allí.

Vitila cerró la puerta por dentro.

—Quién sois? ¿qué haceis? exclamó la reina al ver aquella actitud del desconocido.

Vitila se descubrió.

Adosinda comprimió un grito de dulce sorpresa al reconocer en él al hidalgo de Landrove.

—Soy—dijo Vitila con voz seductora—vuestro amante del castillo de Alemparte.

Y se descubrió.

—Y vengo—prosiguió Vitila con la misma dulzura de voz—á morir á vuestros pies.

Y se arrodilló.

Adosinda se arrojó en los brazos de Vitila al ver tanto amor.

Pero de repente se desenlazó de sus brazos.

—Huid... huid, hidalgo!--esclamó--hoy media ya un abismo entre los dos--hoy pertenezco á otro hombre.

—Lo sé, por mi desgracia.

—Si un dia pude amaros--prosiguió Inda, —hoy me costaria la vida ese mismo amor.

—Ved, señora, murmuró Vitila--que yo no puedo salir de aqui sino de noche.

—Por qué?

—Porque si me ven salir de la cámara de la reina me costaria la vida.

—¿Y cómo no tuvisteis eso presente cuando entrásteis?

—Porque contaba con que vos querriais lo mismo al hidalgo de Landrove siendo reina que siendo condesa.

—Imposible!

—Oh! no mireis á otro lado para decirlo, señora; pues vuestra actitud desmiente vuestras palabras. Vos me amais lo mismo, señora... lo mismo hoy que ayer.

—Oh! no... no...

—Oh! sí... sí...

Y Vitila la tomó una mano con efusion.

—Soltad!... soltad!... balbuceó la reina con debilidad.

Y las rodillas le flaqueaban de emocion, pues su cuerpo se fué inclinando sobre los brazos de Vitila.

—Oh! sí, me amais, señora de mi alma...! me amais mas que à todo lo que conoceis...

—No... no... tartamudeaba la reina... dejadme... dejadme...

—Que os deje!

—Si... dejadme!

—Eso es decir que quereis mi muerte?

—Oh! no...!

—Pues entonces, dulce señora mia?

—Vos no os morireis por dejarme, hidalgo.

—Quien lo duda!...quién duda que al verme salir los Dornas de vuestra cámara me despedazaràn como un perro?

— No os verán....

—Pero pueden verme... Oh! si, me verán salir....

—No: ahora no estará ahí ninguno,...

—Y si está alguno, señora?

—No... no está ninguno.

Vitila calló: acercó sus labios á la cabeza de la reina que se inclinaba sobre su pecho, y la besó en sus cabellos.

La reina no le repelió.

Entonces Vitila, sagaz y astuto como una serpiente boa que atrae para devorar, dijo lenta y tristemente.

—Bien, señora; ya que quereis mi muerte, sea. Pudiérais evitarla escondiéndome en vuestra cámara hasta la noche... pero ya que nada os duele mi suerte, la arrostraré sereno...

Y desenlazó los brazos del cuerpo de la reina.

La reina tuvo que apoyarse sobre un camapé para no caer...

Vitila dió dos pasos hácia la puerta.

La reina iba á decirle algo, pero las palabras se detuvieron en sus labios al ver que Vitila volvia la cabeza.

Vitila le dijo:

—Antes de morir, señora, porque mi muerte es segura, ¿me permitireis que bese de rodillas vuestras manos?

La reina le tendió las manos.

Vitila se adelantó hácia ella, mirando sus ojos con tal fuerza de espresion amante, que la reina se vió obligada á bajarlos.

Vitila se arrodilló á sus pies, cogió las manos de la reina, y las besó ardorosamente.

En seguida suspiró.

Despues dijo, con una voz sumamente sentida:

—Ahora... ya puedo morir, señora!

Y se levantó, dirigiéndose hácia la puerta de la cámara.

La reina no pudo oponer ya mas resistencia.

—Hidalgo...! dijo con voz desfallecida,

Vitila se detuvo, y volvió la cabeza hácia la reina.

La reina no podia soportar sus miradas.

—¿Qué me ordenais, mi reina y señora? le preguntó Vitila tierna y respetuosamente.

—No me llameis vuestra reina, hidalgo: llamadme Inda: murmuró débilmente.

—No os llamaré Inda, señora; Inda murió para mi.

Y suspiró.

La reina suspiró tambien.

—Quedaos, hidalgo: murmuró por fin la infeliz—ahora ya no sois vos solo á morir, que somos los dos, si nos ven.

—Gracias al cielo, Inda...! pronunció Vitila echándole los brazos tierna y delicadamente—gracias al cielo que ya desapareció la reina de esta cámara, y solo encuentro en ella á la muger....á la mu-

ger que me ama ¿no es verdad, Inda mia?

—Oh, si os amo! encareció Inda volviendo à suspirar.

En aquel momento llamaron à la puerta.

La reina se sobresaltó.

—Escondeos, hidalgo...! escondeos! exclamó con la voz trémula.

—En dónde?

Inda recorrió con la vista la cámara.

—Allí, dijo.

Y señaló una alcoba.

Vitila entró en ella.

La reina la cerró y guardó la llave en el bolsillo.

Volvieron à llamar.

La reina fué à abrir.

Una camarista se presentó en el umbral.

—Señora, dijo— el conde Fillao de Armeà solicita despedirse de vos para irse à sus tierras de Maceda.

La reina quiso negarse; pero la figura del conde Fillao de Armeá se dibujaba à espaldas de la camarista, con el birrete en la mano.

—Que entre—murmuró la reina.

El conde entró y cerró la puerta.

La reina se sobrecogió de terror: ya eran dos caballeros los que así entraban en su cámara en tan poco tiempo.

—¿Qué haceis? preguntó la reina—por qué cerrais?

—Cierro—contestó el conde de Maceda sobresaltado—porque necesito hablaros à solas.....

—Vos, á mí!! exclamó la reina con altivez.

—Yo, Inda, yo.

—Y ¿por qué el conde de Maceda llama Inda à su reina y no le habla de rodillas?

—Perdonad, señora; pero el peligro en que estamos me disculpa.

—Qué peligro!... El marcharos á vuestras tierras es un peligro para mí?

—Dispensad, señora: yo no vengo á despedirme: me he valido de esa fórmula para poder llegar hasta vos y hablaros sin testigos.....

—Sin testigos...! ¡Si llevaseis vuestra descortesía hasta el punto de venir á hablar de amor á vuestra reina!

El conde de Maceda suspiró dolorosamente, al oír aquel amargo reproche.

—Perdonad, señora, dijo; pero no es de amores de lo que vengo á tratar.

—Pues esplicaos.

—Es de vuestra vida.

—De mi vida!

—Sí, de vuestra vida, señora.

La reina se encogió de hombros.

Empezó á creer que Fillao de Armeá se habia vuelto loco.

Fillao de Armeá prosiguió.

—Y no solo de vuestra vida vengo á tratar, señora, sino de la de vuestro padre.



—De la de mi padre!

—Y no solo de la vuestra y de la de vuestro padre, sino de la mia.

La reina volvió á encogerse de hombros.

—De la mia y de la de todos los condes del ala derecha, partidarios de vuestra causa; concluyó el conde de Maceda.

La reina se sobresaltó, no de las palabras del conde de Maceda, porque apenas las oia, sino de un rumor que sintió en la alcoba en que estaba Vitila encerrado, rumor semejante al que haria la hoja de un puñal entre las hojas de una puerta.

—Ya veis, señora, prosiguió Filláo de Armeá, que la cosa vale la pena de venir junto á vos...

—Pero, en fin, ¿qué es ello? preguntó la reina.

—Ello es, señora, que los Dornas quieren verse libres de vuestro padre, de vos y de todos los condes del ala derecha que les fueron contrarios un dia.

La reina se puso á reir como una loca,

En aquel mismo momento su risa pareció ahogarse en su garganta, sintiendo otra vez el rumor de un puñal en las puertas de la alcoba.

Fillao de Armeá se sintió turbado por aquella carcajada de Inda.

—Os reis, señora? preguntó con voz trémula.

—Pues, no me he de reir de esos cuentos de dueña, conde!

—Oh, señora! no os riais así, por Dios: ved que yo sé que hoy tal vez..... tal vez esta misma noche sea una noche funesta para vos, para vuestro padre y para todos nosotros.

Inda quiso reirse otra vez de cuanto le decia el conde de Maceda, pero otra vez se le ahogó la risa en la garganta....

Habia sentido llamar, no á la puerta de la alcoba, sino á la puerta de la cámara.

El conde de Maceda sintió tambien los golpes.

—Oh, Dios mio! exclamó, que nadie sepa que estoy aqui!

Al concluir de murmurar estas palabras el conde de Maceda, se oyó la voz del rey á la puerta.

—Inda, dijo, abridme.

La reina se sintió doblemente aterrada.

El conde de Maceda temblaba como un epiléctico.

—Escondedme!... escondedme! imploró prosternándose á los pies de la reina.

La reina tendió la vista en torno de sí: en la alcoba era imposible.

En seguida se detuvo su mirada en un gran armario que habia en la cámara, mueble lujoso en aquella época.

—Venid! murmuró arrastrando al conde de Maceda hácia el armario.

El conde entró dentro de él sin preveer siquiera que podia asfixiarse por falta de aire: tal era su terror en aquellos momentos.

La reina cerró, y tal fué su aturdimiento tambien en aquel instante, que se le cayó la llave y rodó debajo del armario.

La reina quiso buscarla, pero el rey llamaba por segunda vez.

La reina corrió á la puerta de la cámara, y la abrió.

—Perdonad, señor; le dijo al rey don Froila, si he tardado en abriros.

El rey no le contestó.

Entró lentamente en la cámara, y miraba á todos lados receloso como si buscara á alguien.

Era ya cerca del anochecer: la luz del crepúsculo penetraba en la cámara debilmente, velada por las espesas colgaduras de las ventanas.

La reina se alarmó de aquellas miradas escrutadoras del rey.

—No estaba aquí con vos vuestro padre?—le preguntó el rey con voz reposada.

—No vino hoy aquí, señor—le contestó la reina—¿no sabeis que ha ido á una montería con don Senracino?

—Sí, Inda; pero creí que hubiera vuelto. Y tanto lo creí, que hubiera jurado que se hallaba aquí hablando con vos.

La reina se estremeció, y no pudo contestar nada, pues temblaba con fuertes sacudidas.

El rey habia ido allí por dos cosas: á saber si habia vuelto el Borborás de la batida, pues aun no regresara su herma-

no don Senracino, y á saber si la reina estaba aun viva ó muerta.

—Adios, Inda; dijo el rey friamente. Y se retiró.

—Adios, señor; murmuró la reina temblorosa.

Aquel adios, fué el último adios de los dos esposos: no volvieron á verse mas en la vida.

Apenas el rey traspuso la cámara, la puerta de la alcoba en que se hallaba Vitila, retembló al impulso de la hoja de su puñal.

La reina se aterró al ver á su gallardo hidalgo de Landrove penetrar en la cámara de aquel modo: desde que lo viera entrar allí por primera vez no habia pasado el tiempo para ella sino de susto en susto.

—Inda—le dijo Vitila quedamente—venid.

Y la arrastró á la alcoba.

El conde de Maceda encerrado en el fondo del armario no oia nada. Temeroso de que el rey se hallara aun en la cámara, no acertaba á moverse siquiera, y se encontraba á punto de asfixiarse por falta de aire, esperando á que la reina, le abriera pues temia comprometerla. Aquel pobre noble del siglo IX era esclavo del lema de sus armas, *maza, da; yunque, sufre*. En aquel momento le tocaba sufrir, y sufrió caballerescamente hasta el fin de sus dias.

Una vez en la alcoba de la cámara Vitila y la reina, el doncel cerró la puerta por dentro.

Aquella doble seguridad la interpretó la reina por una precaucion esquisita de su amante, y no le sorprendió.

La reina se sentó en su lujoso lecho, vestido de seda y oro.

Vitia á sus pies, sobre unos cogines.

—¡Oh, hidalgo!—dijo la reina con la voz desfallecida por la emocion—si vierais que miedo tengo!

La reina se equivocaba: precisamente en aquel momento, momento el mas comprometido de su vida, no tenia miedo á nada, porque no se acordaba de cosa alguna. Todo su pensamiento lo absorbia completamente la felicidad que empezaba á sentir al lado de aquel doncel, que tanto la fascinara en Alemparte.

—No penseis en nada, Inda:—le dijo Vitila—pensad solo en mi, en mi que os adoro tanto que arrostraria mil muertes por vos.

Era la voz de Vitila tan melosa, que Inda no podia resistir su poderoso influjo.

—¡Oh, si os quiero, Inda mia! proseguia el doncel—soy tan feliz sentado á vuestros pies, viéndoos, viéndoos mia, que no cambiaria por este momento toda la eternidad de la gloria....!

—Callad...callad—dijo la reina con voz débil—no blasfemeis del cielo.

Y le ponía al doncel una mano en la boca con una suavidad dulcísima.

Vitila besó con ardor aquella mano.

Inda no podía sufrir mas....

Los besos de Vitila en su mano, abrasaban la sangre de sus venas.....

Inda abandonó la cabeza sobre el pecho, el pecho sobre las rodillas y las rodillas sobre los pies, cayendo desvanecida sobre Vitila como un ave en la boca de una serpiente boa.

Vitila sacó en seguida un pañuelo, y se lo ató ligeramente al pescuezo, formando un lazo.

Inda sacudió los brazos....sin poder gritar.

Vitila apretó el lazo de la garganta fuertemente.

Inda volvió á agitar los brazos y los pies... sin poder exhalar un hay!

Vitila volvió á apretar el lazo mas fuertemente, y la estranguló.

Luego, le cortó la cabeza.....

Luego salió de la alcoba, aplicó el oído al armario, donde se hallaba el conde de Maceda, y no oyó ni su respiración.

Luego, lo mismo que una serpiente que se enrosca en su víctima, se quedó sentado al pie del armario, atento al primer rumor que viniera á turbar el silencio de muerte que reinaba en aquella cámara.

La noche ya había cerrado del todo.

## VI.

### El infierno.

Un cuadro de nuestra galeria dramática, lo hemos titulado el Paraiso, porque nada para nosotros mas espresivamente feliz que la ventura que sintetizábamos en aquel cuadro, con dos figuras de nuestra historia, Eugea y Wimaredo.

Hoy con las mismas figuras, nos toca presentar la antítesis de aquel cuadro, el infierno.

Cuanto hemos gozado dibujando el primer cuadro, tanto tenemos que padecer al perfilar el segundo.

Por lo mismo lo significaremos à grandes pinceladas.

Poco antes del anochecer de aquel mismo dia en que tuvieran lugar aquellos terribles asesinatos de los Dornas, reinaba la mayor tristeza en la casa que ocupaban en Orense los barones de Celme.

Wimaredo se hallaba acostado en su lecho, y Eugea sentada en un sillón que había al lado.

Wimaredo parecía dormido profundamente.

Eugea no hacía más que suspirar de dolor.

De cuando en cuando los labios de Wimaredo se entreabrían y dejaban escapar un nombre querido.

Cada vez que esto tenía lugar, á los ojos de Eugea asomaba una lágrima que temblaba un instante en sus párpados, antes de caer sobre su seno, hacia el cual llevaba á la vez las manos, como si no pudiera con el dolor que le atormentaba.

El nombre que pronunciaba en sueños Wimaredo era el de Iberia, pero con una fuerza de expresión amorosísima.

—Iberia... querida! Iberia mia...! decía.

Nada más triste que aquella escena; aquel dolor que absorbía el alma de Eugea.

—Wimaredo...—decía la infeliz de tiempo en tiempo—inclinándose hacia su esposo, Wimaredo, oyeme... soy yo... tu Eugea.

Pero Wimaredo lejos de reconocer á la baronesa, solo contestaba:

—Oh! si, te quiero, vida mia, Iberia mia!

Aquello desesperaba terriblemente á la infeliz.

Por fin despertó el barón.



—Wimaredo...esposo mio!... le dijo Eugea Horban, tendiéndole los brazos con ternura.

Wimaredo se incorporó en el lecho.

En seguida miró para Eugea como si la extrañara.

Luego se frotó los ojos.

Volvió á mirarla, y al cerciorarse que era Eugea efectivamente la que veía, dijo con aspereza:

—¿Qué haceis aquí, señora?

--Qué he de hacer, esposo mio; como esta noche la habeis pasado fuera de casa, y habeis venido esta mañana á las nueve, y apenas habeis venido, os acostasteis como si no durmiérais nada en toda la noche, por eso estoy intranquila á vuestro lado.

—Pues no teneis porque estar intranquila por nada que me ataña, Eugea. Os lo digo hoy para siempre.

La baronesa se quedó estática á aquellas palabras... con los ojos desmesuradamente abiertos... mirando á su esposo como si lo desconociera.

Efectivamente ¿qué le habia pasado á Wimaredo en veinte y cuatro horas que no era el mismo hombre?

¿Si serian ciertas sus sospechas?

Si habría estado toda la noche requebrando de amores á la condesa Iberia?

Ella necesitaba una esplicacion.

Pero ¿qué mas esplicacion que la conducta injustificable de Wimaredo en

aquellas veinte y cuatro horas, el nombre de Iberia de Montrove dulcemente pronunciado en sueños, y la aspereza de su esposo al rechazar sus cuidados?

Eugea no acertaba á salir de su asombro.

—Por qué me mirais así? le preguntó el baron con dureza.

Eugea ya no pudo sufrir mas, y rompió á llorar.

—Por qué llorais, señora? volvió á preguntarle el baron aun con mas dureza.

Eugea contestó sollozando:

—¿No he de llorar. Wimaredo, al ver que te has trasformado en un dia, al ver que ya no eres el mismo hombre de ayer?

—¿Y bien...? ¿y si no soy el mismo, qué?

—¡Oh, y aun lo afirmas?

—Si; dijo el baron friamente.

—¿Con qué es decir que otra mujer ha podido mas que yo? ¿Con que es decir que otra mujer...?

—Yo no digo nada, Eugea; yo no digo sino que no hay cosa mas fastidiosa para mi que verte á mi lado llorando.

—¿Pues no he de llorar al ver en tí otro hombre?

Wimaredo calló.

Eugea prosiguió:

—¿No he de llorar al ver que mi vista te fastidia, y la de otra mujer no?

Wimaredo siguió callado.

Eugea volvió á decir:

—¿No he de llorar cuando oyes mis quejas con la mayor indiferencia?

Era así en efecto, porque Wimaredo ni aun parecía oirla.

Eugea esperaba en vano contestacion de Wimaredo.

Indiferente el baron á sus palabras y á sus lágrimas, parecia preocupado con otros recuerdos de amor que dilataban su alma, inundándola de delicias.

Trascurrieron unos momentos de silencio.

Wimaredo alteró aquel silencio:

—Eugea—le dijo—es preciso que inmediatamente vuelvas á Celme.

—A Celme!!

—Si, á Celme. Esta misma noche quiero que descanses ya en la torre de Sandiaes, y mañana en Celme. Ahora mismo voy á mandar un criado que disponga un caballo para que te conduzca allá con la velocidad posible.

—No iré, Wimaredo.

—Si, irás, Eugea.

—No iré, Wimaredo. Sola en Celme, moriria sin tí.

—Tambien aquí pudieras llevar una muerte mas amarga....

—Te comprendo.... Tu desamor me mataria mas pronto, es verdad; pero muerte por muerte, prefiero morir á tus piés, que lejos de ti.

—Eugea, no delires. Vas á Celme por-

que de permanecer en Orense, te espon-  
dria à los azares sangrientos de un cho-  
que que va à tener lugar, con objeto de  
derribar del trono al conde de la Limia-  
alta.

—Y cómo no tienes ese temor por la  
condesa Iberia de Montrove?

—Eso es cosa del conde su señor, Eu-  
gea.

—Tambien de su amante el baron de  
Celme.

Wimaredo no contestó nada.

Eugea volvió à llorar.

—Vamos, Eugea; dijo Wimaredo lenta  
y sombríamente—disponte para marchar  
à la Limia-baja.

—Aun persistes en eso?

—Y nadie me hará ceder.

Y al decir esto Wimaredo, que ya se  
habia levantado de cama, llamó à un  
criado y le dió órdenes reservadas.

Eugea redobló mas y mas su llanto.

—Cruel!! dijo à su esposo.

Wimaredo la oyó con la mayor indife-  
rencia, y se puso à tararear una balada  
del Sil, de aquella época, que empe-  
zaba

*Mis suspiros van à ó céo,  
miñas lágrimas à ó Sil...*

—Dios mio! Dios mio!!-esclamaba la  
infeliz Eugea completamente desespe-  
rada.

Wimaredo le volvió la espalda, y salió  
de la cámara.

VII.

El Trovador del Allones.

Al salir Wimaredo de aquella cámara en que dejaba á Eugea desconsoladísima, encontró al trovador del Allones que le esperaba.

Ya empezaba á anochecer.

—Señor baron de Celme, le dijo el hidalgo de Herbecedo—casi, casi, desconfiaba de encontraros en casa.

Y le saludó.

—Qué teneis que decirme? le preguntó el baron.

—Mi señora me envia á vos, para decirnos que no vayais ahora mismo á su casa, segun habiais convenido...

—Pues ¿qué hay?

—Hay... casi, casi nada, mi señor.

—Pues habla.

—Hay, mi señor: que el señor conde don Hermerildo está celoso de vos.

—Pues ¿quién le dijo algo?

El hidalgo de Herbecedo se encogió de hombros.

—No sé--prosiguió--pero el conde, mi señor, supo...

—Qué... qué...

—Casi, casi nada, mi señor: supo que vos habíais pasado la noche de ayer hablando con su esposa... de política.

Wimaredo se sintió turbado.

—Y ¿ha reñido á la condesa por eso?

—Mucho, mi señor. Esta mañana tuvieron un altercado terrible.

—Diablo!

—De cuyas resultas ha determinado mi señora que vos no vayais allí; segun habeis quedado...

Wimaredo hizo un gesto de desesperacion.

El hidalgo de Herbecedo prosiguió:

—Por eso me manda á deciroslo.

—Y qué mas?

—Que me sigais.

—A dónde?

—A donde podais hablar con ella... de política, sin riesgo alguno; sin temor de que el conde, mi señor, se muestre celoso.

Wimaredo respiró.

—En ese caso, marchemos pronto; dijo.

—Seguidme, pues.

Y el hidalgo de Herbecedo lo guió por entre las revueltas calles de Orense, hasta encontrar una senda que rompía desde la ciudad y serpenteaba por los flancos de Monte alegre.

Al cabo de algun tiempo llegaron cerca de la cumbre.

El hidalgo de Herbecedo se sentó sobre unos peñascos.

—Aun no ha venido mi señora—dijo—pero no debe tardar; podeis tomar asiento como yo.

—¿Es aquí dónde debo verla, hidalgo?

—Aquí, mi señor, sentaos mientras.

Era ya noche cerrada.

A pesar de la oscuridad Wimaredo tendía los ojos por todas partes, anhelando rasgar las tinieblas para distinguir el hermoso busto de la condesa Iberia.

Así pasaron algunos momentos de cruel angustia.

—¿Por qué no os sentais, mi señor?

Ya iban tres veces que el trovador del Allones instaba al baron de Celme á que se sentara.

Esta insistencia le hizo sospechar algun siniestro.

Ademas, la oscuridad, el sitio tan apartado... el abismo que se abria á sus piés todo, todo le hizo sospechar alguna felonía, á pesar de no ser nada temeroso el caballero.

Sin embargo, venciendo estos temores se sentó, pero algo desviado del hidalgo.

—Tienes razon—le dijo—mas vale esperarla sentado.

—Casi, casi es mejor, mi señor. Pero por qué no os sentais mas cerca de mi.

—Para qué?

—Porque es mejor sitio.

—Todos son iguales cuando se espera.

—Es que estos peñascos de aquí, sobre ser mejores que ese en que estais, casi, casi forman un camapé, pues tienen hasta respaldo.

El baron de Celme no contestó nada, ni se movió.

Tan solo llevó la mano al pomo de su puñal para estar listo á todo evento.

—Si no quereis acercaros, mi señor, dijo el trovador del Allones, entonces me acercaré yo mas á vos.

Y se acercó á su lado, sentándose *casi, casi* detrás.

—¿Pero decis que ella vendrá aqui? volvió á preguntar Wimaredo con impaciencia.

—Vaya si vendrá! ¿Por qué desconfiais?

—¿Cómo tarda tanto!

—Pareceis un enamorado, mi señor; pues para los enamorados siempre tarda la señora de su amor.

—A vos se os alcanzan esas cosas, hidalgo?

—Casi, casi; pues tambien amo.

—No lo dudo.

—Y tanto ó mas que vos, mi señor.

—Pero sereis mas feliz, ¿no es verdad?



—Lo seré dentro de pocas horas; ahora no.

—¿Por qué no lo sois ahora?

—Porque ahora, mi señor, ella, mi amada, solo piensa en mi rival.

—Ah! teneis un rival!

—Si...un rival terrible!

Y los ojos del trovador brillaron como dos chispas de luz entre las tinieblas de Montealegre.

—Y, por qué es terrible, hidalgo?

—Porque tuve muchos ¿entendeis?

—Y qué?

—Y solo ese que tengo ahora es el mas terrible, porque es el único, de tantos como tenia, que goza los favores de la belleza que adoro.

—Y los demas, no?

—A los demas rivales, ella que es sumamente astuta, los halagaba un tanto para *secarlos* de amor.

—Y al rival que teneis ahora, no?

—Oh, no! A ese no, ira del cielo! A ese lo adora y fué suya desde el momento que lo vió. Por eso, yo ardiendo en deseos de venganza, seré su asesino.

—Hidalgo!

—Si, he jurado matarlo sin que nadie volviera á saber mas de él... y lo cumplo en este momento!

Y al decir esto empujó con toda su fuerza al baron de Celme sobre el precipicio.

El baron, que no pudo precaver que se hallaba tan cerca del abismo, tampoco

pudo evitar el golpe de la caída y bajó sobre las dentadas rocas.

Pero quiso su suerte que pudiera detenerse sobre una, asiéndose á la vez á las raíces de unos arbustos.

Como era de noche, y noche muy oscura, el hidalgo de Herbecedo creyó que el baron de Celme habia rodado al fondo del precipicio, donde quedara despedazado.

Descendia ya el buen hidalgo de Herbecedo hacia Orense con esa satisfaccion sangrienta del asesino en sus primeros momentos, cuando de repente sintió que una mano vigorosa lo cogia por el pescuezo, y *casi casi*, al mismo tiempo la hoja agudisima de un puñal le penetraba por un costado.

—Muere, traidor... muere!—le gritaba la voz del baron de Celme.

El hidalgo de Herbecedo no sintió mas nada, pues cayendo exánime cerca del precipicio, pronto fué empujado á sus abismos por las hercúleas fuerzas de Wimarredo.

La verdadera victima fué el trovador del Allones, pues murió despedazado en el derrumbadero.

## IX.

### Moar.

Moar era el caballerizo de los barones de Celme, el servidor de mas confianza de Wimaredo, pero tambien el mas interesado.

Fuera de este último defecto, que le habia valido los mas severos castigos de su señor, nadie como él para cuidar los caballos, nadie como él para desempeñar una comision por arriesgada que fuese.

Llamábase Tiago Abeiras, pero mas se le conocia por Moar, nombre de la parroquia en que naciera, Santa Eulalia de Moar.

Pocos momentos despues de la salida de Wimaredo de su casa, Moar entró en la caballeriza; y con toda la flema de su carácter y de sus carnes, pues era obeso

hasta parecer cuadrado, empezó á ensillar dos buenos caballos.

Hallábase en esta ocupacion cuando un hombre embozado hasta las cejas penetró en la caballeriza.

Moar se quedó mirándole con desconfianza, cosa natural; pero el recién llegado continuó acercándosele sin desembozarse, cosa que le hizo retroceder de mal talante y haciendo la señal de la cruz.

—Por qué te santiguas al verme, bellaco? le preguntó el desconocido deteniéndose.

—Nada mas natural, señor; contestó Moar calmosamente; pues dicen que la señal de la cruz ahuyenta los diablos.

Y volvió á santiguarse.

—Pues ya ves que no lo soy, contestó el desconocido; cuando aun permanezco aqui á pesar de tus signos.

—Señal que no sereis un demonio, señor.

Y Moar se frotó las manos con regocijo.

—Gracias á Dios que nos entendemos, murmuró el desconocido descubriéndose y tendiéndole la mano.

—Ah! exclamó Moar reconociéndole, conque sois vos, el generoso hidalgo de Abavides!

—Silencio, le dijo Fitorio; que nadie te oiga, pues tengo que hablar contigo reservadamente, y cosas de la mayor importancia.

—Bien... bien, señor; dijo Moar con satisfacción.

Y tomó la mano que le alargaba Fitorio y se la besó amistosamente.

—Ahora, dijo en seguida; mandadme, señor hidalgo de Abavides.

—Deseo, murmuró con sigilo Fitorio, saber cuanto dinero puedo darte, para que seas mas mio que de tus señores.

—¿Mas vuestro que de mis señores? recalcó intencionalmente Moar.

—Sí.

—Oh! pues entonces, señor hidalgo, venis muy mal, porque no hay dinero en el mundo que me pague.

—Vamos, no os encarezcais tanto.

—Lo dicho, señor hidalgo de Abavides.

—¿Bastará esto?

Y Fitorio le enseñó mas de veinte monedas de oro.

Los ojos de Moar brillaron como dos luces á la vista de aquellas monedas.

Por un impulso de su naturaleza egoista, sus manos se agitaron estendiéndose lentamente hácia ellas.

Pero pronto una reaccion instantánea se las dejó plegadas sobre el vientre.

Entonces movió la cabeza á ambos lados como para dar mas fuerza á sus palabras y dijo:

—No, señor hidalgo de Abavides, eso es poco, muy poco.

—¿Y si aumento otras tantas? preguntó con calma Fitorio.

Y sacándolas de su escarcela, mostró cuarenta monedas de oro á la vista del caballero.

Moar se sintió deslumbrado, las piernas le flaquearon y las manos ya no pudieron mantenerse plegadas sobre su vientre, agitándose como las de un ciego que camina sin guía alguna.

—Vamos... ¿qué decís? preguntó Fitorio viendo su silencio.

Moar no contestó nada.

Para él, era la felicidad de las felicidades llegar á obtener aquellas cuarenta monedas de oro.

—Vamos, Moar... volvió á preguntar Fitorio—que me contestas?

Y sacudió las monedas siniestramente.

Aquel ruido desvaneció por completo al caballero: la armonía mas deliciosa del mundo no penetraría tanto en su corazón, seduciéndoselo, como el timbre sonorosísimo de aquellas monedas de oro.

—Diablo!... exclamó—es preciso tambien saber para qué voy á ser mas vuestro, señor hidalgo de Abavides, que de mis señores los barones de Celme.

—Eso es bien facil saberlo, Moar;—contestó Fitorio—mi objeto al hacerte mio, es para que me ayudes á conducir á la torre de Sandiaes....

Y Fitorio se quedó perplejo, como si no pudiera concluir su pensamiento.

Moar le alentó, diciéndole:

—¿A quién, señor hidalgo?

Fitorio no contestó.

—Acabad.... insistió el caballero con ansiedad—¿á quién quereis que os ayude à llevar á la torre de Sandiaes?

Fitorio reunió todas sus fuerzas, como si no tuviera valor para decirlo, y pronunció, ó mas bien tartamudeó con voz ahogada:

—Al Angel de la muerte.

Moar vió el cielo abierto.

—Quién...? mi señora...? preguntó con vivacidad.

—Si...!

—Y cuando, señor hidalgo?

—Esta noche.

—¿Esta misma noche?

—Esta misma noche.

Moar volvió à ver el cielo abierto.

Precisamente se hallaba ensillando los caballos para llevar á la torre de Sandiaes á su señora, segun las órdenes terminantes que recibiera del baron de Celme.

—Corriente-dijo Moar—sino es mas que para eso, para ayudaros á eso, seré vuestro, enteramente vuestro.

Fitorio dudò.

—Dudais? preguntó Moar—pues os daré todas las seguridades que querais, para convenceros de que no miento, señor hidalgo de Abavides; y que ahora, ó dentro de muy poco acabaré de ensillar estos

caballos, el uno para la señora y el otro para mi.

—Pues bien—dijo Fitorio—en ese caso toma ahora veinte monedas, y en Sandiaes te daré las otras veinte.

—Corriente; afirmó Moar estendiendo la mano para tomarlas.

Fitorio se las dió.

Moar las guardó radiante de gozo.

No sabia como agradecer à los cielos aquel fortunon que le concedian, sin sacrificio alguno por su parte.

—Ahora—dijo à Fitorio—escondeos en la caballeriza, y vereis como dentro de poco baja mi señora y monta en este caballo y tomamos el camino de la Limia.

—Y ¿podrán esconderse conmigo dos arqueros mios?

—¡Quien lo duda, señor hidalgo...!

Fitorio salió à la puerta y despidió un silvido.

Pronto comparecieron dos arqueros junto à él.

—Uno de vosotros—les dijo—que se quede aquí, conmigo. El otro que vaya à donde están los demás prontos à montar à caballo, les diga que monten y que se vengán cerca de esta casa: cuando vean salir de ella una señora, que la sigan hasta la torre de Sandiaes, donde descansará esta noche, y que esperen allí mis órdenes.

Uno de los dos arqueros fué à cumplimentar las instrucciones de Fitorio, y el



otro entró en la caballeriza con Fitorio, donde se escondieron en un sitio que les designó Moar.

En seguida Moar concluyó de ensillar los caballos.

Después subió junto á su señora.

Hallábase Eugea aun llorando de desesperacion cuando Moar se presentó á su vista.

La presencia del caballerizo hizo en Eugea el efecto del verdugo en la capilla de un reo de muerte.

—Ya sé á lo que vienes, Moar; le dijo Eugea Horban sin dejar de llorar; vienes á decirme que estás pronto á conducirme á Sandiaes esta noche ¿no es verdad?

Moar se inclinó en señal de asentimiento.

—Si, mi señora...dijo: el señor baron asi lo ha dispuesto.

Eugea, cada vez mas desesperada, no hacia mas que comprimir su llanto.

Ante aquel dolor que se exhibia de una manera tan elocuente, Moar se sentia turbado.

—¡Cómo ha de ser, mi señora! exclamó: el señor baron asi lo ha dispuesto y no hay remedio sino obedecerle.

Eugea se levantó de su asiento vivamente, bajo la impresion de un pensamiento de seducccion que la asaltó, acercándose al caballerizo con ostensible interés.

—Sin embargo, le dijo, yo pudiera quedarme..... y pudiera quedarme, no aquí:

en esta casa, sino en otra: tu te quedarías conmigo, y el señor baron creeria que estábamos en Sandiaes ó en Celme.

Moar retrocedió espantado.

—Oh! no... no, señora! dijo; ya sabeis el génio del señor baron y no me perdonaria jamás. Demasiado sabeis cuan severo es en sus castigos!

—Yo intercederia, Moar.

—¿Y quién intercederia antes por vos?

—Es verdad... Es verdad... murmuró Eugea débilmente.

E inclinando la cabeza sobre el pecho, volvió á sentarse sollozando en los cogines en que se hallaba.

Hubo un momento de silencio.

Durante este momento, Eugea Horbano hacia mas que sollozar y suspirar dolorosamente; Moar dar vueltas á la gorra que tenia entre las manos.

De repente Eugea se levantó y volvió á acercarse al caballero.

—Moar—le dijo—yo sé que á ti te gustan los talentos de oro.....

Y sacó un bolsillo lleno de monedas.

A Moar le deslumbrò el bolsillo, y cerró los ojos volviéndolos á abrir inmediatamente.

—Y como te gustan los talentos de oro—prosiguió Eugea—yo te doy con gusto los cincuenta que hay en este bolsillo.

—Señora...! tartamudeó Moar.

Y se inclinó respetuosamente.

Eran diez talentos mas que los de Fitorio.

Moar vaciló.....

—Si tuviera mas... continuó Eugea, mas te daria; pero aqui no tengo mas.

—Señora...! volvió á decir el caballero. Y otra vez se quedó perplejo.

Hubo un instante de silencio.

Durante este instante de silencio, Moar meditaba que al fin cincuenta talentos de oro eran mas que los cuarenta que le daba el hidalgo de Abavides.

—Vamos, Moar... dijo Eugea Horban

—¿qué respondes?

—Señora... necesito reflexionar esto á solas, porque la cosa es arriesgadísima.

—Bien... pues medítalo como gustes.

Eso era lo que queria Moar; poder bajar junto á Fitorio para ver si este daba mas.

Asi que, haciendo una inclinacion respetuosa, saludó y bajó á las caballeras.

Al penetrar en ellas llamó á Fitorio.

—Señor hidalgo,—dijo—señor hidalgo de Abavides—salid.

Fitorio salió de su escondrijo.

—Qué hay? le preguntó con ansiedad.

—Hay, señor hidalgo... hay... que...

—Vamos ¿qué es ello?

—Ello es que... la señora me ofrece cincuenta talentos de oro por no ir á Sandiaes.

—¿Cómo es ello!

—Os lo diré, señor hidalgo: mi amo, el

señor baron de Celme, me ha mandado que esta misma noche lleve á la señora á su castillo... por temor... no sé á que revolucion sangrienta que vá á haber...

—Adelante... adelante...

—Pues bien: mi señora no quiere ir; quiere quedarse en Orense, y me ha ofrecido cincuenta talentos de oro si accedo á sus deseos y engaño á mi señor.

—¿Y tú?

—Yo... ya veis... cincuenta talentos de oro son mas que cuarenta, señor hidalgo de Abavides; y la cosa no es de desperdiciar, porque la fortuna solo se presenta una vez segun dicen.

—Es decir, que has tomado los cincuenta....

—No, señor hidalgo; pero los voy á tomar, y eso es lo que os vengo á decir antes.

—Pues no los tomes.

—¿Cómo, señor hidalgo..!

—Es claro: tu rompes nuestro trato porque dices que cincuenta son mas que cuarenta...

—En efecto...

—Pues bien: rompe á la vez el de tu señora porque sesenta que te doy ahora y cuarenta que te daré esta noche en Sandiaes son cien talentos de oro.

—Ah!!! exclamó el caballero abriendo la boca de admiracion.

Fitorio le entregò en seguida cuarenta monedas de oro mas.

Moar las recibió cada vez mas admirado.

—Ahora—dijo Fitorio—supongo que ya no habrá mas dilaciones ¿eh?

—Lo juro por el alma de mi padre que todo se hará como querais, señor hidalgo!

Y Moar se arrodilló, se inclinó sobre el suelo, y besó la tierra en señal de sumision.

Despues volvió à subir las escaleras y se presentó resueltamente en la cámara de Eugea Horban.

—Señora—le dijo—he meditado...

—Y bien?... preguntó la baronesa con ansiedad.

—Señora... he meditado que el señor baron es inexorable con los que le faltan, y esta noche iremos à dormir à Sandiaes.

—Oh!! exclamó Eugea cubriéndose el rostro con el pañueio.

Despues, elevó hacia el cielo los ojos empañados de lágrimas y balbuceó dolorosamente:

—¡Si esta es tu voluntad, Dios mio; cúmplase pues!

Y siguió al caballerizo.

## X.

### El banquete.

Todos estos acontecimientos se estaban desarrollando á la vez para venir á converger á un punto dado, al cuadro que vamos á dibujar en estos momentos con nuestras mas ligeras tintas.

Aquella misma noche, pues, en el salon del palacio del rey D. Froila tenia lugar uno de los banquetes mas espléndidos.

La animacion de los concurrentes rayaba en locura.

Las viandas mas esquisitas cruzaban en todas direcciones.

Los vinos mas celebrados del pais brillaban en las grandes copas.

Todo era abundancia y alegria desenfrenada.

El reyerá el mas locuaz.

Solo una cosa llamaba la atencion, que

entre los convidados no habia un solo conde del ala derecha, partidarios todos del Borborás de Alemparte.

En aquel banquete se veian á todos los ricos-homes del ala izquierda:

Al jóven conde de Monterrey;  
al jóven conde de Chamoso;  
al de Neira de Jusá, hermano del desgraciado Fiz;

al de Pallares;  
al de Milmanda;  
al de Laza;  
al de Sanabria;  
al de Tribes;  
alde Fonsagrada;  
al de Lemos;  
al de Laboreiro;  
al de Melgazo;  
al de Monzao;  
al de Armisende;  
al de Chaves;  
al de Ponferrada;  
al de Courel;  
al de Triacastela;  
y al de Adelan.

¿Pero y los condes del ala derecha?

¿Qué era de ellos?

He ahí lo que nadie sabia responder, ni nadie preguntaba, esperando que los acontecimientos esplicaran la falta del Borborás de Alemparte y de sus condes mas adictos.

La animacion continuaba cada vez en progresion.

El mismo rey D. Froila la escitaba como nunca.

Pero; cosa singular! de cuando en cuando, sus miradas vagaban hácia la puerta del salon con el estravio de la demencia, con ese afan febril que caracterizaba sus momentos de temor ó de duda.

Para que nada faltara en aquel banquete suntuoso, se habia dispuesto una música, cuyos sonidos cadenciosos impregnaban la atmósfera de armonia.

El baron de Ruitelan, partidario de los Dornas, entró en el salon y se dirigió al rey.

—Señor—le dijo silenciosamente—conforme á las instrucciones de vuestros dos hermanos, todos los condes del ala derecha se hallan ya en las caballerizas de palacio.

—Todos?

—Todos, señor; menos los condes Don Hermerildo de los brigantinos y D. Fillao de Maceda, y el baron de Celme.

—¿Y esos..?

—No han venido, señor.

—Bueno seria buscarlos...

—Tal vez no sea fácil, señor; porque cuando no han venido...

—He dicho que bueno seria buscarlos—interrumpió el rey de mal talante.

El baron de Ruitelan se inclinó para salir.

—Espera—dijo el rey.

El baron se detuvo.



—¿Cómo has hecho para ponerlos á buen recaudo?

—Señor, he seguido fielmente las instrucciones de vuestros hermanos, y el baron de Forminstan y yo, colocados con nuestros soldados á la puerta, tan pronto como iban llegando los partidarios del Borborás los íbamos llamando aparte como que les teníamos que hablar en secreto...

—Bien...

—Y una vez allí, nuestros soldados les ponían una mordaza y les ataban las manos.

—Y despues?

—Uno á uno los llevábamos á las cabañerizas.

—De modo que allí...

—Allí, señor están unos frente á otros... mirándose atónitos... y nada mas.

—¡Gran cuadro!—gritó el rey—bebamos á su salud, baron.

Y le presentó una copa.

El baron tocó con su copa la del rey.

Los dos bebieron todo el vino que habia en ellas, y el baron se retiró.

—No os olvidéis de cumplir mis órdenes—le gritó aun el rey conforme iba el baron andando hácia la puerta.—Descuidad señor;—contestó el baron de Ruitelan, trasponiéndola.

El rey volvió aun á beber mas.

En seguida propuso un brindis, cuyos ruidosos ecos debieron sentirse hasta en

las caballerizas, donde se hallaban maniatados los condes del ala derecha.

Al acabar de brindar los concurrentes, la atlética figura de Don Sennacino se dibujó en el dintel de la puerta.

El rey que estaba en acecho de las personas que entraban, se inmutó al ver á su hermano Don Sennacino.

Don Sennacino penetró en el salon impávido, dirigiéndose rectamente al rey.

El rey le interrogó con los ojos.

Don Sennacino le contestó quedamente: — Mi mision está cumplida, hermano.

— ¿Y dónde está su cabeza...? preguntó el rey.

— Aquí... debajo de mi capa.

El rey palideció.

— Quereis verla, hermano mio?

El rey empezó á temblar.

— No... no... tartamudeó — la veremos en otro sitio... sígueme.

Y el rey Don Froila se levantó vivamente agitado, y salió del salon seguido de su hermano Don Sennacino.

El rey atravesó varias cámaras y corredores, bajó algunas escaleras, y se detuvo en una pieza que tenia una ventana apaisada.

El rey se asomó con avidez á aquella ventana.

Aquella ventana daba á las caballerizas de palacio, y el rey vió en ella á los condes del ala derecha maniatados y con una mordaza en la boca.

La luz trémula y amarillenta que iluminaba las caballerizas, bastaba á iluminar completamente aquel cuadro de horror.

A favor de aquella claridad, los condes del ala derecha distinguieron perfectamente la cabeza del rey D. Froila.

La espresion de aquellos semblantes, conmovia.

La fijeza de sus pupilas en el rey, espresaba la atonia del que va rodando por un abismo sin término.

Eran aquellas miradas como las miradas atónitas del que está en capilla, sin saber por qué vá a morir.

Al rey pareció satisfacerle aquel cuadro.

—Mostradme la cabeza del Borborás, don Senracino; dijo volviéndose hácia su hermano.

Don Senracino se desembozó, y, asida por sus cabellos blancos, mostró la ensangrentada cabeza del Borborás de Alemparte.

El rey no pudo reprimir un estremecimiento de horror y de placer á la vez; pero al ver los ojos medio cerrados de aquella noble cabeza desprendida del tronco, aquellos ojos que parecian animados aun por un soplo de vida, tuvo que apoyarse contra el muro porque se sentia próximo á desfallecer.

El asesino es débil: la magnitud del crimen, congeia la sangre de sus venas.

Al rey le dominó esta emoción completamente.

Pero, sobreponiéndose á ella por el pronto, le dijo á su hermano:

--Arrojádsela á esos perros, don Sennracino; para que pierdan toda esperanza.

Don Sennracino obedeció á su hermano.

La cabeza del Borborás de Alemparte cayó en medio del círculo que formaban los atónitos condes del ala derecha.

Todas aquellas miradas, fijas hasta entonces en la ventana apaisada en donde vieran asomado al rey, se inclinaron al suelo, reconociendo la cabeza del Borborás.

En seguida, como no podían espresar su dolor de otra manera, volvieron á fijarse otra vez en la ventana.

Aquellas miradas de dolor con las que el rey don Froila creía regocijarse, le impusieron terriblemente.

Parecian otras tantas chispas de luz....

El rey se retiró cabizbajo, seguido de Don Sennracino.

Cuando ambos entraron en el salon, la impresion se desvaneció.

Los dos cuadros eran tan antitésis que no podia ser mas: entre el dolor mudo que espresaban los condes del ala derecha en las caballerizas, y la alegria ruidosa que espresaban los condes del ala izquierda en el salon, mediaba un abismo, el abismo que él acababa de recorrer con temblorosa planta.

Aquella nueva atmósfera de los brindis precipitados, aquella algazara frenética de alegría, borró del animó del rey la impresion de terror que lo abrumara momentos antes; y abandonándose á los placeres de la mesa bien pronto volvió á dominarle el vértigo de la crápula.

--Sentaos, Don Senracino—le dijo á su hermano—sentaos y no os levanteis ya en toda la noche, ni por nadie, ni para nadie, que bien mereceis descansar y beber como ninguno, pues me teneis altamente satisfecho.

Don Senracino se sentó.

Los concurrentes pidieron brindar por la llegada de Don Senracino.

Llenáronse las altas copas de rico Amandi, y todos brindaron por Don Senracino Dorna.

Al acabar de brindar, la esbelta figura de Vitila se perfiló en el dintel de la puerta.

El rey que estaba en acecho de las personas que entraban, se inmutó tambien al ver á su hermano Vitila.

Vitila penetró en el salon sonriéndose picarescamente, y se dirigió junto al rey.

El rey tambien le interrogó con los ojos. Vitila le contestó á media voz:

—Todo ha terminado satisfactoriamente hermano.

—Y donde está la cabeza de ella? preguntó el rey.

—Aqui... debajo de mi capa...

El rey tambien palideció.

—¿Quereis verla, hermano mio?

El rey tambien empezó á temblar.

—No... no... le contestó—la veremos en otra parte... sigueme.

Y el rey, atravesando otra vez las mismas piezas que habia seguido antes con Don Senracino, llevó á Vitila al pié de la ventana apaisada.

—Muéstrame aqui la cabeza de Adosinda, Vitila; le ordenó á su hermano menor.

Vitila se desembozó, y, asida por sus cabellos negros, mostró la ensangrentada cabeza de Inda.

El rey tambien se estremeció al verla, como se habia estremecido á la vista de la del Borborás.

Sus labios habian besado un dia aquella frente lívida... sus ojos habian recogido miradas de amor de aquellos ojos apagados... —Arrójasela á esos perros, Vitila, para que todo lo comprendan; murmuró el rey con voz ahogada.

Vitila obedeció á su hermano.

La cabeza de la hija cayó junto á la del padre.

Entonces, los condes del ala derecha, al reconocerla, comprendieron toda la horrible abominacion del cuadro.

Sus ojos volvieron á elevarse hácia la ventana en que estaba el rey.

Como antes, parecian chispas de luz.

El rey no podía soportar aquellas miradas...

Cogió à su hermano Vitila de un brazo y lo arrastró hácia el salon,

—Esperad... dijo Vitila deteniéndolo: ya sabreis que ahí no están todos...

—Si... contestó el rey—faltan el varon de Celme, el conde de los brigantinos y el de Maceda.

—Del último respondo yo tambien, señor.

El rey empezó á estremecerse.

—¿Y eso? preguntó.

—Mirad! dijo Vitila.

Y le mostró otra cabeza, la de Fiilao de Armeá.

—Oh!!! exclamó el rey ébrio de sangre y de vino... échasela tambien á esos perros para que vean lo que les espera.

Vitila obedeció à su hermano, y arrojó la cabeza del conde de Maceda en las caballerizas...

—Vámonos... vámonos... instó el rey sin atreverse à mirar por la ventana.

Ambos volvieron al salon.

Cuando penetró en él D. Froila, aquella atmósfera embriagadora de locura, volvió à extinguir sus terrores.

—Siéntate, Vitila, siéntate—le dijo à su hermano—que bien mereces beber y alegrarte como nadie.

Vitila se sentó.

Los concurrentes pidieron brindar por la llegada de Vitila.

Llenaron por centésima vez las altas copas de rico Amandi, y todos brindaron por Vitila Dorna.

Al acabar de brindar, la encorbada figura de Fitorio se delineó en el dintel de la puerta.

El rey que estaba siempre en acecho de las personas que entraban, se inmutó de ansiedad al ver al hidalgo de Abavides.

Tal fué su ansiedad, que no esperó á que Fitorio llegara junto á él, sino que él salió á su encuentro, y cogiéndole por un brazo lo condujo fuera del salon.

Entonces el rey... tambaleándose de impaciencia, clavó en Fitorio sus ojos y le interrogó con ellos sin acertar á hablar.

Fitorio se sonreia de gozo...

—Habla... habla...! gritó por fin el rey.

—Allá vá, señor, escoltada por mis arqueros.

—A Sandiaes?...

—A Sandiaes.

—Sola...? Sin Wimaredo?

—Sola... sin Wimaredo.

—Oh!!! exclamó el rey—¡soy el hombre mas feliz de la tierra...! sigámosla, Fitorio.

Y lo arrastró á las caballerizas.



## XI.

### La Balada.

Al anochecer de aquel mismo día mientras pasaban los terribles sucesos que acabamos de consignar en nuestros últimos cuadros, la condesa Iberia y el conde Hermerildo de los brigantinos habian salido de palacio y se ocultaban en una de las casas de Orense mas inmediatas á la catedral.

Solos ambos en una de las habitaciones de esta casa, parecian ocultarse hasta á las miradas de los dueños como si temieran ser reconocidos y denunciados, á la manera de los criminales que huyen.

—Tal vez conmigo no se hubieran metido los Dornas, Iberia; dijo al fin don Hermerildo, despues de unos momentos de silencio.

—Con vos tanto como con el Borboràs y los demás, señor; le contestó Iberia.

—Con el Borboràs de Alemparte, lo comprendo, Iberia; pero conmigo...

Y movió á ambos lados la cabeza como acentuando su duda.

—Con vos mejor, señor. ¿A qué esa confianza en vuestros enemigos?

—Como no hago daño á nadie, creo no tenerlos,

—¡Conque no os habeis opuesto al reconocimiento del mayor de los Dornas ¡or rey de Galicia!

—Antes, sí; pero ahora, no.

—¿Y ahora quién se oponia? Acaso el Borboràs de Alemparte que libró de la muerte en Zás de Brues al conde de la Limia-alta para colocarlo en el trono de Galicia que habia conquistado el mismo Borboràs en la jornada de Chans de Bilan? Acaso los demás condes del ala derecha que, por instigaciones del mismo Borboràs, humillaron sus nobles frentes á las plantas del mal rey que le imponian?

—Es verdad... teneis razon, Iberia... Y, vos que veis mas claro que yo en todo, hicisteis muy bien en que nos saliéramos de palacio á la primer noticia que tuvisteis de la desaparicion del Borboràs y de su hija Adosinda, y de la prision de todos los condes del ala derecha.

Iberia de Montrove no contestó nada.

Se llevó la mano á la frente como si reflexionara.

Su esposo guardó silencio, sin desviar la vista de su semblante.

Al cabo interrumpió este silencio.

—¿Pensais tal vez en que nos marchemos á vuestras tierras de Bergantiños esta misma noche, Iberia? le preguntò.

—Pienso lo contrario, señor.

—Cómo!...

—Pienso que nos quedemos aqui esta misma noche para coronarnos mañana por reyes de Galicia.

—Estais loca, Iberia!!

—Jamás he pensado con mas cordura, señor.

—¡Reyes... reyes de Galicia, cuando si nos cogieran los Dornas, como vos mismo me habeis dicho antes, nos cortarían la cabeza!

—Pero como no nos cogerán...

—Oh! no las tengo todas conmigo, señora, mientras no nos marchemos á vuestras tierras.

—¡Siempre esa cobardía... siempre! ¿No os avergonzais, señor, de ser tan pusilánime, y de que yo tenga mas valor que vos en las circunstancias mas criticas?

—Es que los Dornas son terribles, Iberia.

—Es que los Dornas, señor, por muy terribles que sean, jamás han favorecido nuestra causa como hoy.

—Iberia, vos delirais!

—Sí, Don Hermerilde; hoy estamos mas cerca del trono que nunca.

—Imposible...

—Yo os lo diré luego con mas seguridad.

—Y eso.. ?

—Porque depende de las noticias que recibo de cuando en cuando.

—¿De las que os trae el obispo de Tuy y ese borracho de Gian de Bertoa?

—Sí.

—Gran cosa harán esos por nosotros....

—Mas que vos, por vos mismo.

Y al decir esto Iberia de Montrove volvió la espalda á su esposo, acercándose á una de las ventanas de la habitacion en que se hallaban, pues habia sonado una palmada al pié.

—Qué hay, Gian? preguntó Iberia al asomarse.

Gian de Bertea era en efecto el que diera la palmada al acercarse al pié de la ventana.

—Hay, señora, dijo; que por mas que buscan los míos al tal trovador del Altones no dan con él.

—¿Dónde se habrá metido, Dios mio! exclamó Iberia pesarosa.

—Si su ausencia hará fracasar nuestro plan, señora!

—Oh, no! prorumpió Iberia; porque si él no viene á tiempo soy yo capaz de vestirme de hombre, tomar un laud y subir á los salones de palacio á cantar la balada que nos sirva de señal.

—Mejor seria eso, porque el tiempo ur-

ge, señora; pues los condes del ala izquierda se hallan enteramente beodos en el salon; y si se pierde esta ocasion, desgraciados de los condes del ala derecha, que gimen en las caballerizas!

Iberia de Montrove no contestó.

Se llevó una mano à la frente, y pareció reflexionar como un general antes de dar una batalla.

En esto penetró Mesinda en la habitacion.

—Aquí está, señora, le dijo.

—Quién, ¿el hidalgo de Herbecedo?

—No, señora; bien sabeis que á ese no me mandásteis á buscar.

—Ah! Wimaredo! exclamó Iberia recordando.

Y la condesa bajó al piso bajo; donde esperaba el baron de Celme.

—Wimaredo...! exclamó al verle; gracias á Dios que os habeis salvado!

—Pues qué hay, condesa?

—Hay, que todos los enemigos de los Dornas se hallan presos por ellos en las caballerizas de palacio....

—Pues corramos á salvarlos; poder de Dios!

Y Wimaredo llevó la mano á la espada.

—Sí; los salvaremos, Wimaredo; pero vos no podeis ahora consagrar vuestra espada á otra causa que á la vuestra propia.

—No os entiendo, Iberia.!

—Sí, vuestra causa, Wimaredo.

—Pues qué causa...?

—La de vuestra honra....

—Mi honra.!!

—Sí, Wimaredo. Vuestra esposa cabalga para Sandiaes engañada por el rey Dorna.

—No... que va por disposición mia...

—Si irá; pero el rey Dorna acaba de salir en pos de ella, frenético de amor como siempre.

—Oh!! exclamó Wimaredo, ¿lo sabeis de cierto?

—De cierto, Wimaredo, de cierto.

Wimaredo no escuchó mas, y partió con la velocidad del rayo.

La condesa se volvió en seguida á la ventana, á cuyos pies le esperaba Gian de Bertoa.

—Señora.... que el tiempo urge... volvió á decirle el hidalgo.

—Pues bien, Gian de Bertoa; prepara las haces; avisa al obispo de Tuy y á los demas, que yo corro á disfrazarme de trovador, ya que no viene el hidalgo de Herbecedo.

Iberia ignoraba que estaba muerto.

Gian empezó á andar.

—Espera... le dijo la condesa, ¿recuerdas la señal?

—Sí, señora; cuando se acabe de cantar la balada de los Montenegros.

—Bien, Gian, bien.

Y la condesa se retiró de la ventana.

En seguida entró en otra habitacion,

tomò la espada del conde y presentándose-la le dijo:

—Salid... á la puerta se hallan reunidos todos nuestros bravos brigantinos; agolpáos con ellos hácia las puertas de palacio.

—Pero, Iberia...!

—Basta ya, señor...! Allí, á las puertas de palacio, cuando sintais que yo acabe de cantar la balada de los Montenegros, vuestro honor mismo os dirá lo que teneis que hacer...

—Pero, Iberia...

Iberia no le escuchó mas.

Entró en otra habitacion, se disfrazó de hombre, y tomó el laud del hidalgo de Herbecedo.

Despues salió de casa, y se dirigió hácia palacio entre las sombras de la noche.

Al llegar á la puerta, los soldados que vagaban por allí, no menos beodos que sus señores, no dejaron subir al trovador.

Pero el trovador, se puso á preludiar en el laud.

Los ecos del instrumento penetraron en el salon de la orgia, á pesar de la algazara de los concurrentes.

—Que suba el trovador! gritó el conde de Fonsagrada, con la voz enronquecida por el Amandi.

—Que suba! ordenó Vitila Dorna, tambaleándose en la silla.

—Que suba! gritaron todos los que podian jugar la lengua, pues la mayor parte

la tenían pegada á la boca, de tanto Aman-  
di como habian bebido.

El trovador subió.

—Canta! le gritaron todos.

El trovador paseó una mirada de triun-  
fo por todas aquellas cabezas, que el  
Amandi habia trastornado.

—Canta! volvieron á gritarle.

El trovador se sonrió de gozo, y en se-  
guída cantó la siguiente balada, la de los  
Montenegros, balada famosa de aquellos  
tiempos:

## LOS MONTENEGROS.

—  
(BALADA.)

—«Mal feridos cabaleiros  
que hoxe da batalla vis  
¿non me vedes po los campos?  
¿non me conocés á min?

—Filla do rey Don Fabila,  
ven te conoscemos, si:  
princesa dona María,  
¿á dónde vades ansi  
correndo de rio en rio  
po los montes do pais?

—Bou buscando meus tres fillos.  
non os vides por ahi?



—Filla de reis, detenedvos;  
pois á vossos fillos vin.

—¿Dónde están meus cabaleiros?

—En Montebranco do Sil.  
Combateron corpo á corpo  
co os mouros en brava lid,  
é sendo tres contra moitos  
os tres morreron ali.

—¿Montebranco! Montebranco!!  
¿qué che fixen eu á ti?  
¿Ou Montebranco, tí eres  
Montenegro para min!!

Al acabar la última estrofa de esta balada, se entusiasmaron tanto los condes del ala izquierda, que se levantaron para aplaudir; pero casi todos cayeron de bruces sobre la mesa, pues apenas podian sostenerse en pié.

Aun así, Vitila cogió unas frutas y se las arrojó al trovador á la cabeza.

El trovador, que como saben nuestros lectores, debia tener muy mal genio para sufrir aquellas bruscas galanterias, se fué derecho á Vitila y le dió con el laud en la cabeza.

Entonces, todos quisieron lanzarse contra el trovador; pero este tenia á su favor una ventaja inmensa, puesto que, como

dejamos consignado, los condes del ala izquierda no podían sostenerse en pie por las frecuentes libaciones de Amandi.

Mal lo hubiera pasado, sin embargo, el trovador, si en aquellos momentos no penetraran en el salón los soldados de Gian de Bertoa que, conducidos por este, se arrojaron como leones sobre todos los condes del ala izquierda que se hallaban allí reunidos.

—Adelante, Gian! adelante! le gritaba el trovador, que, como saben nuestros lectores, no era otro que Iberia de Montrove; adelante, y maniatad á estos verdugos.

Gian de Bertoa redoblaba mas y mas sus esfuerzos azuzando á sus soldados, cada vez que oía la voz de la condesa.

Bien pronto los condes del ala izquierda quedaron todos maniatados, en el mismo salón en que se hallaban, excepto don Senracino y Vitila Dorna que, comprendiendo de lo que se trataba á pesar de su embriaguez, se deslizaron fuera de palacio como serpientes que se arrastran.

Cuando Iberia vió sujetos á todos los condes partidarios de los Dornas, dijo á Gian:

—Ahora, Gian, bajadlos.

—A dónde, mi señora?

—A las caballerizas; y estos que reemplacen á los otros, que ya estarán en libertad por el conde D. Hermerildo.

En efecto, apenas Iberia acabara de pronunciar estas palabras, fueron entran-

do en el salon todos los condes del ala derecha dando gritos de alegría.

Al frente de ellos venia el conde Don Hermerildo y el obispo de Tuy.

No habia un conde del ala derecha que no entrara gritando:

—¡Mueran los Dornas!

El obispo de Tuy mezcló un grito entre aquellos gritos, este:

—Viva el conde don Hermerildo, vuestro libertador!

—Viva!! viva!! exclamaron los condes del ala derecha.

Entonces el obispo de Tuy se aventuró á mas, y gritó:

—Viva el rey Don Hermerildo!

Los condes del ala derecha no vacilaron...

—Viva! viva nuestro rey don Hermerildo! contestaron.

El obispo de Tuy se acercó entonces al conde de los brigantinos y á la condesa Iberia, se arrodilló á sus plantas y les dijo:

—Señor—El clero y la nobleza de Galicia, cansados de sufrir el yugo ignominioso y sangriento de los Dornas, os proclama su rey, y os jura ya aquí mismo pleito-homenaje.

—Yo no merezco tanto honor, señor obispo, tartamudeó confusamente Don Hermerildo.

—Mas merece, si mas hubiera, el liber-

tador de los conddes del ala derecha, señor; volvió á decirle el obispo.

Y besándole la mano, se retiró hacia un lado.

En pos del obispo de Tuy se inclinaron y besaron la mano al nuevo rey todos los condes del ala derecha;

el de Roade;  
el de Altamira;  
el de Villagarcía;  
el de Villalva;  
el de Salvatierra;  
el de Barcala;  
el de Andrade,  
el de Friol;  
el de Mesia;  
el de Malpica;  
el de Rivadumia;  
el de Rivaduila;  
el de Amarante;  
el de Monterroso;  
el de Borragueiros;  
el de Parga;

y una porcion de barones é hidalgos que iban entrando en el salon.

—¿Y ahora, señor...? qué me decís ahora? le preguntó Iberia quedamente à su marido.

—¡Ay, Iberia! le contestó el coloso sin dejar de temblar con tanta dicha.—¡Dios quiera que los Dornas no conviertan en humo tanta gloria!

—No penseis en ellos, señor!— Temed mas bien à Alfonso III de Asturias!

Y la condesa tenia razon.

## XII.

### La profecía de las hilanderas de Varouice.

Hacia la media noche, se desató una tempestad furiosa sobre las montañas de Orense.

Los rios, engrosados con las aguas que descendian de las pendientes, rugían pavorosamente en los retorcidos ventisque-ros, arrastrando los árboles en su marcha precipitada.

Estaba la noche oscura, sumamente oscura.

Tan solo de tiempo en tiempo la llama del relámpago rasgaba la densidad de las tinieblas, despegando las montañas de la profunda sombra en que se abismaban.

El lago de la Limia, con los derrames múltiples de las sierras, elevaba sus aguas hasta una altura nunca vista.

El viento de Maceda, el mas fuerte de aquellas soledades, como si llevara en sus alas la venganza de la desgraciada muerte de su señor, gemia furiosamente y batió las hondas del lago hasta elevar sus espumas á las ventanas de la torre de Sandiaes.

Poco despues de la media noche, Eugea Horban llegó á la torre solariega, en compañía de Moar, y seguida por los arqueros de Fitorio.

Eugea subió á la torre.

Moar se quedó en el patio almenado que habia á la puerta, cuidando las caballerías, y los arqueros permanecieron por la parte de afuera como si defendieran la salida.

A Eugea Horban, sola en una de las cámaras de la torre, no le imponia el fragor de la tempestad que rugia sobre el lago.

Cuando el dolor de vernos desalmados conmueve nuestra alma, las tormentas de la naturaleza son nada comparadas á las que se desatan en nuestra inteligencia y en nuestro corazon.

Por eso Eugea, superior al horror de la noche, abrió una de las ventanas que caian sobre el lago, como si pretendiera ahogar entre los bramidos del huracan el dolor que atarazaba su pecho.

Láguida, triste y llorosa, de pié sobre la ventana, Eugea Horban se dibujaba en el alfeizar á la rojiza fosforescencia del

relámpago como la hada de las tormentas, come un verdadero *Angel de la muerte* que va graduando sus víctimas por el aliento rugidor del huracan.

Primeramente pensó en su padre, en aquel pobre anciano que la habia querido y cuidado tanto, y á quien ella habia visto morir de una manera fatal, como todos los individuos de su familia.

Despues pensó en Wimaredo, en Wimaredo del Couso de Celine, aquel caballero tan gentil que se casara con ella ébrio de amor, y á quien acababa de dejar en Orense enamorado de otra.

Eugea Horban se creia el ser mas infeliz de la tierra, al verse abandonada por todos, hasta por su marido; y cuando lanzaba sus miradas á las tinieblas del porvenir, veia que ya en el mundo no podia haber consuelo para ella.

Entretanto el huracan arrullaba sus dolorosos pensamientos con la pompa horrorosa que desplegaba, y cuando las espumas del lago llegaban hasta la ventana en que se apoyaba, Eugea parecia el ser mas insensible de la tierra.

En medio de aquel ruido disonante que retumbaba en torno de ella, Eugea creyó percibir el rumor de unos pasos en las escaleras de la torre.

Volvió la cabeza hácia la puerta de la cámara, miró con avidéz, y nada distinguió en el dintel á favor de la claridad

trémula y macilenta de la lámpara que ardia en aquel sitio.

Eugea atribuyó aquel ruido de pasos á los ruidos disonantes de la tormenta, y fijando la vista en el lago, cuya superficie se estremecía de tiempo en tiempo luminosamente, al refractar la vívida y tremante luz de las exhalaciones, volvió á abismar su pensamiento en el caos de sus dolores íntimos.

La tempestad cedió poco á poco.

Eugea creyó percibir otra vez el mismo rumor de pasos en las escaleras de la torre, y otra vez volvió la cabeza hácia la puerta de la cámara.

Esta vez conoció que sus temores no eran infundados.

En el mismo dintel de la puerta se dibujaba la sombría figura de un caballero, embozado cuidadosamente hasta las cejas.

Al pronto creyó Eugea que pudiera ser Wimaredo, su Wimaredo, el amor de su vida.

Después, al ver la actitud del desconocido, que se evidenciaba como una aparición fantástica, receló.

Pero sus recelos no le obligaron á exhalar ni un ay! ni á hacer movimiento alguno. Inmóvil en la ventana como el caballero en la puerta, ambos permanecieron silenciosos por algunos segundos.

Trascurridos estos momentos, el encubierto se adelantó hácia Eugea, lenta y siniestramente

A Eugea no le impuso aquella lentitud.



rumor de pasos en las escaleras de la torre, y otra vez volvió la cabeza hácia la puerta de la cámara.

Esta vez conoció que sus temores no eran infundados.

En el mismo dintel de la puerta se dibujaba la sombría figura de un caballero, embozado cuidadosamente hasta las cejas.

Al pronto creyó Eugea que pudiera ser Wimaredo, su Wimaredo, el amor de su vida.

Después, al ver la actitud del desconocido, que se evidenciaba como una aparición fantástica, receló.

Pero sus recelos no le obligaron á exhalar ni un ay! ni hacer movimiento alguno. Inmóvil en la ventana como el caballero en la puerta, ambos permanecieron silenciosos por algunos segundos.

Trascurridos estos momentos, el encubierto se adelantó hácia Eugea, lenta y siniestramente.

A Eugea no le impuso aquella lentitud. Cerca ya el caballero de Eugea, le dijo la dama:

—¿Quién sois...? ¿qué quereis...?

—No lo haré sinó á vuestros pies, Eugea. Y el encubierto se arrodilió.

—¿Quién sois? volvió á preguntar Eugea sin inmutarse aun.

—Miradme, contestó el desconocido. Y se descubrió.

—¡El rey!!! exclamó Eugea aterrada.

—Si, el rey... el rey... que os ama;

que no puede vivir sin vos, y que desea morir á vuestros piés.

Eugea se sintió doblemente turbada á estas palabras.

—Oh! decidme, Eugea...!—suplicó Don Froila—decidme si debo vivir en vuestros brazos ó morir á vuestros piés!

Eugea continuaba asombrada.

El rey interpretaba este asombro á su favor.

—Oh! proseguia—¡si supierais cuánto os amo, y cómo os amo, Eugea de mi alma! ¡Si supierais que no he vivido sin vuestra memoria y que todo es horrible en torno mio, si vos no lo iluminais con la deliciosa luz de vuestros ojos! ¡Oh, Eugea, ángel querido de mi alma, decidme una sola palabra de bondad para que no muerde de amor á vuestras plantas! Yo os lo suplico rendidamente! Yo! rey y señor de Galicia; yo, que dispongo de todas las vidas, yo me humillo á vuestros pies pidiendo vuestra ternura, vuestra ternura tan necesaria para mi existencia como el aura para la de las flores!

—Alzad... alzad!... balbuceó Eugea.

El rey se levantó palpitando de esperanza.

Eugea le dijo en seguida:

—Marchaos, señor, marchaos de aquí, porque vuestra presencia en esta cámara mancha mi honra y la de mi marido.

—¡Oh Eugea! ¿por qué irme cuando os amo mas que vuestro esposo, vuestro esposo que á estas horas estará escarnecien-

do vuestra honra mas que yo, en los brazos de la condesa de los Brigantinos.

—¡Oh!! exclamó Eugea, herida doblemente por aquellas palabras.

—¡Qué! ¿lo ignorais?— prosiguió el rey —pues nadie lo ignora en Orense. Toda la corte sabe que se aman frenéticamente desde el momento que se vieron en mis salones.

—No ignoro nada de eso, no! exclamó Eugea.

Y empezó à llorar.

El rey le dijo entonces:

—¡Qué lágrimas tan preciosas derramais Eugea, por el hombre mas ingrato del mundo!

Y al decir esto el rey le tomó una mano.

Eugea la retiró con viveza.

—Atrás! gritó—nadie mas que Wimaredo tiene derecho à tomar mi mano entre las tuyas, señor! No porque seais rey, teneis los derechos del esposo.

—Mi amor à vos, Eugea, mas antiguo que el de Wimaredo, me dá mas derechos que mi corona.

—A vuestro amor jamás correspondió el mio, señor!

—Pero... correspondereis desde hoy, ¿no es verdad?

—Como ayer, señor: nunca!

El Angel de la muerte pronunció estas palabras con tanta energia, que el rey retrocedió desalentado.

Sin embargo, como su amor era tan intenso, y mas que su amor *sus deseos*, vol.

vió á acercarse á Eugea, y á tomarle una mano.

—Soltad, señor; dijo Eugea—ó llamo á mis criados que os arrojen de aqui por mal caballero.

—¡A mi!! al rey de Galicia!!

—¡A vos! al rey de Galicia.

—Intentadlo; gritó el rey rojo de cólera.

Eugea se abstuvo de decir nada.

—¡Intentadlo! volvió á repetir el rey, escitando la repulsion de Eugea.

—No lo intentaré, señor, mientras no os propaseis...

—Ah! llamais propasarme á tomaros una mano, no es esto?

—Sí...

—Pues ved cómo os la tomo... para no soltarla ya.

Y el rey la tomó en efecto.

—Soltadme! volvió á instar el ángel de la muerte.

Lejos de soltarla el rey, la estrechaba ardientemente contra la suya.

—Moar! gritó Eugea.

Moar empezó á cantar rudamente en el patio de la fortaleza.

El rey se propasó á mas....

Acercó á sus labios la mano de Eugea Horban y la besó frenético, delirante.

—Moar!... Moar! volvió á gritar el ángel de la muerte con la voz mas dolorosa del mundo;—¡sube Moar!

Pero Moar seguia cantando.

Al mismo tiempo la tempestad volvió

á renacer de nuevo, desplegando su pompa aterradora.

El rey se propasó á mas....

Se inclinó lascivamente hácia el semblante de Eugea, y lo besó abrasado por la fiebre de su amor, y por la embriaguez del Amandi.

Sus labios quemaban...

—¡Moar! ¡Moar...! volvió á gritar el Angel de la Muerte con la voz desfallecida —¡sube, Moar! ¡sube, Moar!

Pero Moar cada vez cantaba con mas fuerza, como si no oyera las súplicas de su señora.

El rey se propasó á mas...

Tendió sus brazos... rodeando el bellissimo cuerpo del Angel de la Muerte, y el Angel de la Muerte cayó desmayada de terror en los del rey, murmurando sofocadamente:

—Moar!... Moar!...

Pero Moar continuaba cantando con la mayor indiferencia.

La tempestad rugia estrepitosamente en los desfiladeros de las montañas, arrancando los árboles de raiz, que los derrames de las sierras arrastraban al lago.

Era la noche sumamente horrible.

A pesar del horror de la tormenta, un caballero llegó á la torre de Sandiaes á toda la carrera de su brioso alazan.

A la puerta encontró á Fitorio y á sus dos arqueros, que la custodiaban, y queriendo oponerse estos á su entrada, tiró de la espada y empezó á acuchillar á los

guardadores, que huyeron espantados de su destreza.

En el patio encontró á Moar, que le detuvo.

—Cómo! tú detenerme á mí, perro! gritó el caballero.

La voz era la de Wimaredo.

Moar al reconocerla, cayó de rodillas.

Wimaredo le tiró una estocada, y saltó por encima de su cuerpo.

Wimaredo subió á la cámara... llegó á la puerta, y en la puerta se detuvo aterrado.

La luz trémula y macilenta de la lámpara iluminaba una escena de horror...

En un ángulo de la cámara yacia Eugea Horban en el mayor desorden... desmelenada... como si hubiera luchado mucho... y sin conocimiento.

En frente, tambaleándose de embriaguez, y tarareando un romance de la época, que mas bien barbullaba, se veia al rey Don Froila Dorna.

Wimaredo fué derecho al rey...

—¿Me conoces?.. le gritó con furia.

El rey clavó en Wimaredo sus ojos ensangrentados... y despues se puso á reir como un idiota.

—¡Defiéndete, villano!! le gritó Wimaredo.

El rey volvió á reirse ruidosa y bacanalmente.

Wimaredo tuvo que matarlo como á un bandido.

Le tiró una estocada á fondo, y e

cuerpo del rey rechazó la punta de la espada.

Tenia una cota de malla.

Wimaredo arrojó á un lado la espada, y sacando su puñal se lanzó sobre el rey como sobre un oso.

El rey no oponia resistencia alguna, y cayó á la primera puñalada de Wimaredo, mas por la fuerza del golpe, que por el daño de la herida.

Wimaredo se tiró sobre el rey, y le dió dos puñaladas terribles, una en cada ojo, como si pretendiera cegarlos mas que matarlos.

Despues... despues se dirigió hácia Eugea.

El Angel de la Muerte abria sus ojos en aquel momento como si empezara á volver en sí.

Wimaredo no tuvo valor para clavar el puñal en aquellos ojos dulcísimos y melancólicos...

Cambió de punteria, y le dió á Eugea Horban en el corazon.

—Muerta ó viva,—murmuró—inocente ó culpable, tú no debes vivir mas en este mundo

Wimaredo juntó aquellos dos cadáveres... y al amarrarlos, aun veia fijos en él los ojos azules del Angel de la Muerte... como si viviera todavia...

En seguida reunió todas sus fuerzas, suspendió en el aire los dos cuerpos... se acercó á la ventana y los arrojó á las revueltas ondas del lago.

Luego... se quedó un momento en la ventana, inmóvil, pensativo... y respirando con fuerza...

Era que, en medio de la oscuridad, aun creía ver brillar como dos chispas de luz los ojos azules del Angel de la Muerte.

La profecía de las hilanderas de Varonice empezaba à cumplirse, pues por Eugea Horban iba à derramarse la sangre mas noble y generosa de Galicia.

---



### XIII.

#### Los Incendiarios del Alba.

Dos meses despues de la catástrofe que acabamos de referir, el estado de Galicia se evidenciaba altamente lisongero para el porvenir.

Don Hermerildo de Barcia Meirama y Trava, conde de los Brigantinos, habia sido coronado por rey del territorio en el Pico Sagro, siguiendo la costumbre de la monarquia sueva, y luego fué consagrado en la catedral de Santiago, por mano de su obispo Don Ataulfo II.

El nuevo rey fijó su córte en esta ciudad, y dedicándose á los intereses generales del pais mas que su antecesor, don Froila Dorna, la calma sucedió á las agitaciones que provocara la guerra de parcialidades que hemos bosquejado, guer-

ra conocida en nuestras crónicas antiguas por *las guerras del Miño*.

Todo parecía augurar un porvenir risueño para Galicia: tranquilos los condados, los monasterios y los pueblos, absorbido el poder señorial por la corona, todo parecía entrar en un período de descanso y de prosperidad.

Pero, de pronto, estado tan feliz se alteró notablemente.

Pequeñas partidas de incendiarios empezaron á significarse en las montañas, las que á favor de la noche ponian fuego á los monasterios y castillos, incendiándolos al primer canto del gallo, por lo que empezaron á denominarlas en el pais *os lumieiros da alborada*.

El rey D. Hermerildo trató de poner remedio á estos desastres, y reuniendo las haces de sus condes y abades, se internó en las montañas de Lugo, en donde hacian mas estragos los incendiarios.

Sin embargo de tomar esta actitud imponente en aquellos tiempos, el rey don Hermerildo no logró dar con los misteriosos gefes de aquellas misteriosas falanges, que solo se veian de noche, cruzando las montañas con un hacha resinosa en la mano, y que al llegar el dia parecian esconderse en las entrañas de la tierra.

Recorria el rey el territorio en que mas hacian sus desafueros los incendiarios, con la esperanza de sorprender siquiera uno por donde viniera en conocimiento

del objeto que los movia á consumir su obra de devastacion; cuando tuvo que retroceder vivamente hácia Santiago, pues recibió aviso de que aquellas falanges esterminadoras, aprovechándose de su concentracion de fuerzas en las montañas de Lugo, habian penetrado en las tierras de Santiago é incendiado el castillo feudal de Roade.

Angustiosa era la lucha que se presentaba contra un enemigo tan terrible como invisible; y la corte poseida del mayor pánico, se puso en estado de defensa, dejando de hostilizar á los incendiarios.

Al seguir historiando tan lamentables sucesos, tenemos que buscar la causa de aquellos efectos crueles en la vida de las cámaras y de los salones señoriales.

Preciso nos es, pues, volver á dar á nuestros trabajos la forma dramática que hemos adoptado desde el principio, para sorprender esas causas que las mas de las veces no puede sorprender el exámen analítico del historiador.

Penetremos, pues, en la cámara de la reina Iberia, y tal vez por el estado de su alma, vengamos á converger muy luego al punto de verdadera afinidad.

Hallábase la reina Iberia asomada á una ventana de su palacio, la tarde en que la volvemos á presentar en escena.

La reina Iberia parecia mirar con la mas grata complacencia á un gallardo caballero que se paseaba en los jardines de palacio, y á pocos pasos de la ventana,

Desde otro punto de los jardines, enteramente escondido entre el follaje de unas higueras, un caballero espiaba á la vez la aptitud amorosa de Iberia, frunciendo el ceño mas y mas à medida que la reina se engolfaba en su contemplacion amante.

El caballero que se paseaba y miraba la reina con amorosa ternura, era el conde Ourente de Barcala.

El caballero que se hallaba oculto en las higueras del jardin, era el baron Wimaredo del Couso de Celme.

La reina llamó al primero, y se puso á hablar tiernamente con él desde la ventana.

Entonces, no pudiendo sufrir ya mas el baron de Celme, se retiró del sitio que ocupaba, y sin que lo viera nadie, entró en palacio dirigiéndose resueltamente á la cámara de Iberia.

La reina no se sorprendió de la llegada de Wimaredo, y despidió cariñosamente à Ourente de Barcala, retirándose de la ventana.

—Estabais hablando con él, señora; le dijo Wimaredo con voz áspera.

—Y bien? le contestó la reina—no hemos de hablar con nuestros amigos?

—No, cuando sabeis que esos amigos pueden inspirar celos à vuestro amante.

—Es decir, Wimaredo, que aun persistís en que Ourente de Barcala me ama à mi!

Y la reina se sonrió con ironía.

—Como dudarlo, señora! exclamó Wi-

maredo. Pues por quién, sinó por vos se pasea en el jardin?

—Por mi!!

—Por vos, señora.

—El ¡Ourente!!

—El, señora; él.

—Ah! que poco lo conoceis, Wimaredo!

—¿Por qué, señora?

—Porque si conocièrais á Ourente de Barcala, Wimaredo, no hablariais asi de él. Es el hombre mas cãdoroso del mundo....

—Lo sé.....

—Y aun cuando amara à una persona, jamás la revelará el amor que sentiria por ella, porque creeria ofenderla con solo revelárselo.

—Lo sé tambien, señora.

—¿Pues entonces, Wimaredo?

—Eso no quita de que os ame...

—¡A mi!.. casada..!

—A vos, y cien veces á vos. Y sinó ¿por qué se sonroja cuando oye vuestro nombre? por qué se sonroja cuando os vé? ¿por qué se sonroja cuando os habla?

—Eso... eso... tartamudeó la reina— lo mismo le sucede con cualquiera dama.

—Pues bien, Iberia; yo os he dicho que tengo celos de Ourente de Barcala y que no le hableis nunca á solas, y vos le habeis hablado á solas, faltando á la promesa que me hicisteis.

—Es que mis conversaciones son inocentes con él, Wimaredo.

—Yo no digo lo contrario; pero no me

placen esas conversaciones à solas por muy inocentes que sean, Iberia.

—Yo no os puedo responder de no tenerlas.

—Pues yo exijo en nombre de nuestro cariño, que no le habléis jamás, si apreciáis la tranquilidad de mi alma, toda vuestra Iberia, toda vuestra, bien lo sabéis vos, y Dios!

Y Wimaredo elevó à los cielos una mirada tiernísima.

La reina se encogió de hombros con la mayor indiferencia.

En seguida volvió la espalda al caballero, abrió la ventana, y se puso à mirar para Ourente de Barcala que aun seguía paseando en el jardín.

Aquello era terrible.

Aquel desaire marcadísimo conmovió tanto al baron de Celme, que casi sus ojos se humedecieron de lágrimas.

—Adios, Iberia; murmuró lánguidamente: ¿à qué luchar mas? Me retiro à mis tierras de la Limia-baja... y Dios me dará fuerzas en la soledad para no volver à acordarme mas de vos, de vos, por quien todo lo sacrifiqué en este mundo.

La reina no le contestó.

Ni siquiera volvió la cabeza para mirar al caballero.

Tan solo dijo:

—Subid Ourente, subid; y hablaremos en mi cámara de los incendiarios.

Wimaredo no pudo sufrir ya mas, y salió de la cámara.

Ourente entraba cuando Wimaredo salía.

Wimaredo no quiso parar ni siquiera unos momentos en Santiago, y montando à caballo y seguido de su escudero, se dirigió inmediatamente à sus tierras de la Limia-baja.

Era ya de noche.

Cuanto mas caian las sombras, mas y mas aumentaba el dolor del caballero; porque à favor de la oscuridad de la noche el habia sido el mas feliz de la tierra en los brazos de aquella muger que lo rechazaba por otro.

Cuando llegó à su castillo de Celme, era su dolor mas intenso, mas insufrible.

Encerrado en el castillo como una crisálida en su capullo, sus dias trascurren como los de un condenado, sin hablar con nadie, ni aun con su sobrino Alvay, el hijo de su hermana Alva y del mayor de los Dornas.

Este retraimiento fué cruel para su vida.

Una noche, à poco de llegar Wimaredo al castillo de Celme, se acercaron à sus muros dos personas, pegándose à ellos como dos sombras.

Era ya media noche, y la oscuridad completa.

Estas dos personas, que se recataban con el mayor misterio, empezaron à murmurar intencionalmente la primera estrofa de la balada de los Ulloas, imitando el canto fatídico del buho.

Ula à os lobos, ula uloa,

ulauloa, uloularás,  
uloularalos ulando  
é na Ulloa os queimarás.

A las primeras notas de esta balada, una voz tierna é infantil contestó desde la almena con el mismo canto.

—¿Dorna ó Celme?—preguntaron quedamente los de abajo.

—Dorna; contestó la voz de niño desde arriba.

—Te has decidido al fin? volvieron á preguntar los de abajo.

—Si; contestó el niño: seré mas de mi padre que de mi tio.

—Gracias á Dios que tu alma es como tus cabellos, Dorna; digeron los de abajo: hasta mañana, pues, á estas horas, que vendremos á vengar la muerte de tu padre, y de nuestro hermano.

—Hasta mañana á estas horas; contestó el niño.

El niño no era otro que Alvay.

Los dos misteriosos personajes no eran otros que Don Sennacino y Vitila Dorna, gefes de los Incendiarios del Alva, que querian vengar la muerte de su hermano mayor incendiando á Wimaredo en su castillo, como habian incendiado otros castillos y otros nobles, enemigos suyos.

Al siguiente dia, á la misma hora, los Dornas llegaron al pié del castillo de Celme.

Esta vez iban seguidos de varios arqueros, todos con hachas resinosas en la mano.

Los Dornas se acercaron al pié del mu-



ro, y pegando sus lábios á las paredes, volvieron á murmurar la balada de los Ulloas como la noche anterior:

Uia á os lobos, ula uloa,  
ulauloa, uloularás,  
uloularalos ulando  
é na Ulloa os queimarás.

Al espirar la última nota se oyó en la almena la voz infantil de Alvay que repetía la misma balada.

Los Dornas se estrecharon las manos en señal de triunfo.

Luego espiró la voz del niño y todo quedó en el silencio mas completo.

Los Dornas permanecian callados é inmóviles.

Al poco tiempo volvió á sentirse la voz tierna de Alvay, cerca de una poterna del castillo, que repetía la balada de los Ulloas.

Los Dornas corrieron hácia la poterna, seguidos de sus gentes.

Alvay abrió la puerta.

Los Dornas abrazaron á Alvay con reconocimiento.

En seguida encendieron sus hachones.

Después, todos entraron precipitadamente dentro del castillo.

Al poco tiempo salieron, apagaron los hachones, y se retiraron detrás de unos peñascos contiguos.

A las dos ó tres horas, las montañas empezaron á iluminarse con el resplandor de las llamas que salían del castillo de Celme.

Los gallos de las cercanías empezaron á cantar como si aquel resplandor de las llamas anunciase la salida del sol.

Los Dornas todo lo observaban desde los peñascos en que se guarecían, peñascos que formaban una especie de gruta como un dolmen de los celtas, y vieron sobre la almena, iluminada por el fuego, la figura de Wimaredo que parecía demandar gracia á los cielos.

Entonces cogieron al niño Alvay y lo llevaron hasta los pies de la almena.

—Wimaredo del Couso de Celme! exclamaron—somos los Dornas vengadores de nuestro hermano mayor, con la traicion y el incendio. Mira.

Y le mostraron al niño.

—Tu mismo has criado dentro de Celme, al hijo de un Dorna, vengador de su padre, como nosotros, pues él nos ha abierto las puertas del castillo para convertirlo en tu infierno.

—Ah!!! exclamó Wimaredo como si despertara de un sueño.

Y se llevó las manos á los cabellos, retorciéndoselos con la mayor desesperacion.

Wimaredo no pudo decir ni hacer mas nada, pues desmoronándose un torreón contiguo, vino sobre la almena en que se hallaba, aplastando con los sillares al caballero.

## XIV.

### El Trono y el Cadalso.

Como hemos consignado en la primera parte de nuestra historia, á la muerte del rey don Ordoño I, el conde don Fruela, hijo de Bermudo el Dácono, se sublevó contra el hijo de don Ordoño I, Alfonso III, obligándole á abandonar á Oviedo y retirarse á Alava.

Al erigirse en rey de Asturias el conde Don Fruela, cometió tales y tantos desmanes, tales y tantas tropelias, que desesperados sus vasallos por aquella tiranía, se revelan contra él y lo asesinaron en su misma corte de Oviedo.

Entonces fué cuando Alfonso III ocupó el trono de Asturias; y al ver la usurpacion que los condes de Galicia habian hecho de nuestro territorio, erigiéndolo en reino independiente, reunió sus haces de

asturianos y alaveses y penetró en nuestras montañas en son de roconquista.

Mal lo hubiera pasado el señor rey don Alfonso III en nuestros desfiladeros, si no favoreciera sus intentos, el estado angustioso en que se hallaba Galicia, pues como los Incendiarios del Alva continuaban sus venganzas horrorosas contra los enemigos de los Dornas, el nuevo rey don Hermerildo no podía formalizar la defensa de su corona y de la independencia del territorio erigido en monarquía.

Por otra parte, la reina Iberia, alma de la nueva situación monárquica de Galicia, como si todo lo hubiera despreciado desde el momento en que llegó á ceñir la diadema, miró los asuntos del reino con la indiferencia mayor del mundo, viviendo mas para su vida privada, desordenada y licenciosa hasta lo sumo, que para nada de cuanto tuviera relacion con el mismo afianzamiento de su corona.

Estadotán calamitoso no podía menos de favorecer la invasion del rey D. Alfonso III en nuestro territorio; tanto, que sus haces habian pasado el Eo por el valle de Valeira, y el rey D. Hermerildo continuaba en Santiago, aterrado con los partes incesantes que recibia sobre nuevos incendios, incendios que amenazaban invadir su mismo palacio.

El rey D. Alfonso III prosiguió su marcha desde el Eo al Miño, rindiéndosele los pueblos á discrecion y uniéndosele mu-

chos condes gallegos con sus meznadas.

Desde Lugo, à donde pernoctó algunos días para arreglar la diócesis, que se hallaba en el mayor desórden, el rey Don Alfonso III se dirigió á Santiago.

Entonces fué cuando á la vista de las ordenadas haces de asturianos y alaveses, el rey D. Hermerildo y la reina Iberia quedaron abandonados de los suyos, que corrieron á incorporarse al ejército invasor.

Tan solo un conde permaneció fiel al rey D. Hermerildo, el conde Ourenté de Barcala, que juró morir luchando por él.

En tal estado, el rey D. Hermerildo, la reina Iberia, y el conde Ourenté de Barcala, desalojaron á Santiago y se concentraron en sus tierras de Bergantiños.

El rey Alfonso III siguió al alcance; pero en las marinas de Bergantiños y en las asperezas de Barcala, lejos de hacer prisioneros al rey Hermerildo, á la reina Iberia y al conde Ourenté, los *marinás* y los *montañeses* de aquellas regiones diezmaban á los asturianos y á los alaveses, poco prácticos en el terreno.

No desalentó por eso el rey D. Alfonso III, é inundándolo todo de soldados, se dieron varias batidas en aquellas asperezas, teniendo la suerte de que en una de ellas sucumbiera el jóven y bizarro conde Ourenté.

Desde entonces la defensa palmo á palmo del territorio, quedó reducida á la

que hacian tan solo los brigantinos, sucumbiendo como bravos y leales à los pies de su señor, en un combate que se dió en Coristanco, donde apenas quedó uno.

Viéndose ya hasta sin criados el rey D. Hermerildo y la reina Iberia, intentaron llegar hasta la Coruña disfrazados de carboneros, con objeto de embarcarse hácia las costas de Portugal, ocupadas por la morisma; donde asi estarían à salvo de la venganza de Alfonso III; pero su mala estrella hizo que fueran reconocidos y presentados al monarca de Asturias.

El rey don Alfonso III no les perdonó.

Mandó à su verdugo que dispusiese dos tajos, uno junto à otro en la plaza de la Coruña, y el mismo presenció el suplicio de don Hermerildo y de Iberia.

Cuando la colosal figura del rey don Hermerildo se inclinó sobre el tajo, elevó una mirada de resignacion al cielo, y despues, fijándose en Iberia que inclinaba tambien la suya, le dijo otra vez con la voz mas triste del mundo:

—¡Iberia, Iberia! Eva perdió à Adam, y tu tambien me pierdes à mi!!

Iberia no hizo caso de estas palabras, porque en aquel momento, arrojaba sobre la frente de Alfonso III la maldicion mas aterradora del mundo; maldicion que no dejó concluir el hacha del verdugo cayendo rápidamente sobre su cuello.

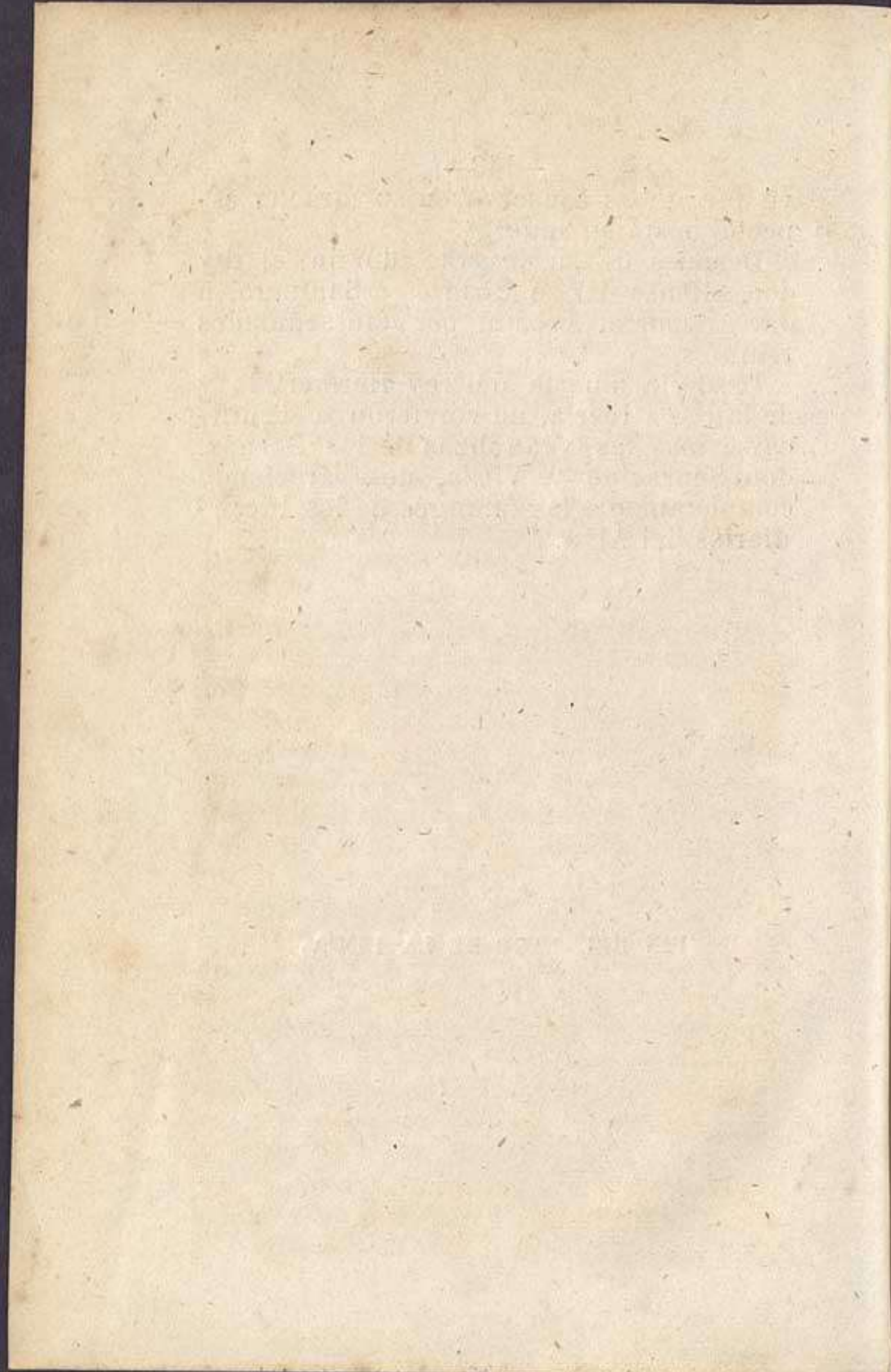
Por las últimas palabras, pues, de estos dos personajes de nuestra historia, se

vé que ambos conservaron su carácter especial hasta su muerte.

Después de su desgraciado fin, el rey don Alfonso III se dirigió á Santiago, á dar gracias al Apóstol por tan señalados triunfos

Desde la muerte del rey Hermerildo y de la reina Iberia, no volvieron á significarse mas las venganzas de los Dornas, don Sennacino y Vitila, desapareciendo completamente las falanges de los Incendiarios del Alva.

FIN DEL LAGO DE LA LIMIA.





AL SEÑOR DON  
MANUEL MARTINEZ MURGUÍA.

---

Mi querido amigo: si he escrito esta obra ha sido porque tu me has instado á escribir una mejor que *Los Hidalgos de Montforte*, libro que tanto te ha satisfecho.

De seguro que en *El Lago de la Limia*, no habré llenado el objeto que me propuse, porque una obra empezada en Badajoz, continuada en Ceuta y Alcalá de Henares, y concluida en la Coruña, necesariamente tiene que resentirse de unidad de impresiones y de conservacion de caracteres.

No es culpa mia, pues, lo que no depende de mí, y sí de la suerte; y en este concepto tu bondad dispensará lo que nunca dispensaría tu criterio.

Cuando empecé esta obra éramos muy amigos: hoy que la termino, nuestra amistad se ha resentido por las circunstancias particulares de nuestra vida; pero como quiera que los sentimientos purísimos del poeta estan por encima de las

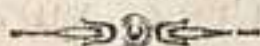
miserias del hombre, te dedico este libro  
consecuente con mi propósito al escribirlo.

Esta dedicatoria, no vendrá à ser sino  
una fecha querida en nuestra existencia,  
mientras vivamos: despues de nuestra  
muerte, si el libro nos sobrevive, será mas:  
será un sentimiento palpitante de la afini-  
dad intelectual que siempre nos ha iden-  
tificado; *en Galicia*, aceptando la frase en  
el sentido religioso con que decimos *en Je-  
sucristo*.

Coruña 1. ° de Abril de 1861.

BENITO VICETTO.

# INDICE.



## PRIMERA PARTE.—TOMO PRIMERO.

### LAS GUERRAS DEL MIÑO.

	<u>Páginas.</u>
DIORAMA DRAMÁTICO DE GALICIA.....	5.
INTRODUCCION.—Los Borborinos.....	22.
PRÓLOGO.—Los tres castillos.....	25.
I..... El Castillo de Sandiaes.....	35.
II... El Castillo de Aldapena.....	53.
III... El Castillo de Celme.....	67.
IV... Galicia en el siglo IX.....	83.
V.... La jura en Amoroce.....	105.
VI... Idolatría.....	121.
VII.. Fiebre de amor.....	133.
VIII.. El Paraíso.....	151.
IX... El Paso del Miño.....	161.
X.... Chans de Bilan.....	181.

## TOMO SEGUNDO.—SEGUNDA PARTE.

### EL SIL LLEVA EL AGUA Y EL MIÑO LA FAMA.

	<u>Páginas.</u>
I..... El ramo de flores.....	5.
II.. . Adan y Eva.....	18.
III... La prensa en el siglo IX... ..	51.
IV... Luz y tinieblas.....	94.
V. . . Scabellus suffer.....	116.

VI...	El Milagro.....	135.
VII..	Xura en Cruz, xura en Zás..	150.
VIII..	Los Dornas.....	165.
IX...	Xuro en Cruz, Xuro en Zás..	190.
X....	La Hiena.....	201.
XI...	La Coronacion.....	213.

FOMO TERCERO.—TERCERA PARTE.

EL ANGEL DE LA MUERTE.

	<u>Páginas.</u>	
I.....	La corte pública de la hiena.....	1.
II....	La corte pública del tigre.....	29.
III...	La corte privada de la hiena.....	36.
IV...	La corte privada del tigre.....	41.
V....	La batida.....	49.
VI..	La serpiente boa.....	58.
VII..	El infierno.....	71.
VIII..	El trovador del Allones.....	77.
IX...	Moar.....	83.
X....	El banquete.....	94.
XI...	La balada de los Montenegros.	105.
XII..	La profecía de las hilanderas de Varonice.....	117.
XIII..	Los Incendiarios del Alba.....	129.
XIV..	El trono y el cadalso.....	139.
	Dedicatoria,	